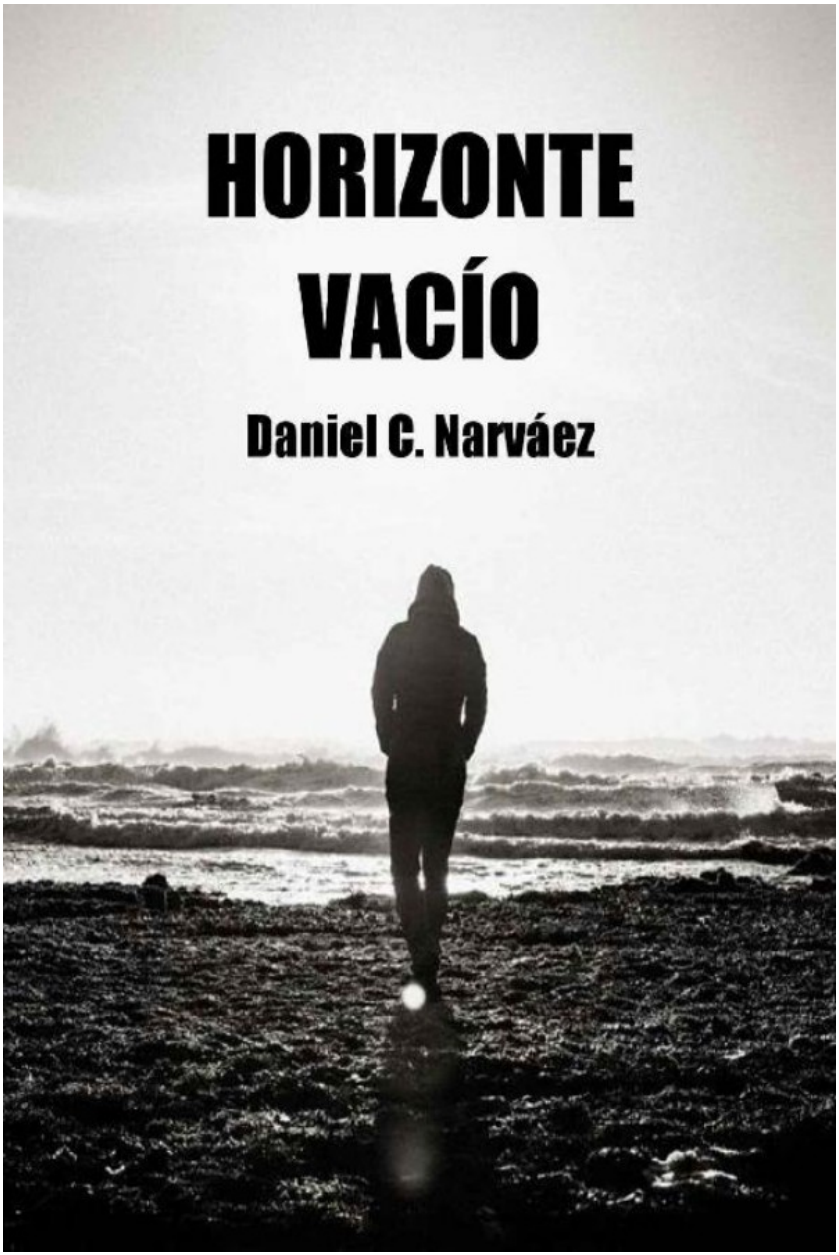
HORIZONTE VACÍO

Daniel C. Narváez



Horizonte vacío

Daniel C. Narváez

(2017)

Sinopsis

Jukka Lehto, desolado por no haber tomado la decisión correcta en su momento, decidió dar un cambio radical a su vida. Renunció al mundo de la docencia y se refugió en la rutina de un trabajo repetitivo que le permitía recorrer la provincia de Alicante. Un mundo que le ofrecía aparente seguridad.Un par de hechos fortuitos se cruzaron en su camino haciendo que conociera a dos mujeres: Helena y Jana. Desde ese día, sus miedos, sus silencios y una serie de mentiras hábilmente disfrazadas se convirtieron en el verdadero rostro del microcosmos que Jukka percibía como seguro.

“Las cosas no son como en realidad
fueron, sino como se las recuerda.”
Andrei Tarkovski

1

Jukka puso el intermitente saliendo de la autovía en dirección a Elda. Había estado conduciendo toda la noche y frente a él, en el horizonte, se comenzaba a ver la claridad de un nuevo amanecer. Sabía que en un lugar de ese lejano horizonte se encontraba el Mediterráneo. Pero no era el día propicio para alcanzarlo. Había sido una típica noche de diciembre: larga, oscura, fría. Los seiscientos treinta kilómetros de recorrido se le habían hecho eternos, sólo con la ayuda de un par de bebidas cargadas de cafeína había podido aguantar al volante. Eso y la compañía de las emisoras de radio y su colección de cds de Hawkwind.

Siglas y señales lo habían martilleado durante el camino: A–1, A–3, A–31. En el retrovisor se alejaban los nombres de poblaciones que no conocía más que por pasar junto a ellas. Seis provincias, casi a provincia por hora: Burgos, Segovia, Madrid, Cuenca, Albacete y Alicante. De recuerdo, el mal trago del Puerto de Somosierra, donde su coche había luchado con el gélido aire del exterior para poder avanzar centímetro a centímetro sobre una superficie que amenazaba con helarse cada vez más a cada minuto. Durante el trayecto había vivido las situaciones típicas: el juego limpio de los camioneros indicando con los intermitentes la posibilidad de adelantar; el cabreo ante el típico acosador pegado al maletero del coche con las luces largas encendidas; los frenazos al avisar el navegador GPS con un pitido agudo la cercanía de un radar; la desgana de los dependientes de las áreas de servicio al pedir la llave del aseo. En definitiva, el fascinante mundo de la conducción nocturna.

Curiosamente este viaje no entraba en sus planes. Pero allí estaba, entrando en una ciudad a la que, aparentemente, nada le unía. Este pensamiento le rondaba la mente una y otra vez junto a una incómoda sensación de sueño, porque, al no esperar el

desplazamiento, el día anterior –un jueves– lo había pasado entre corrección de exámenes, tutorías y reuniones en la Facultad. Había terminado un poco cansado, pero en lugar de irse a su piso, donde seguramente se habría instalado cómodamente en el sofá frente al televisor para ver una película antigua, o reciente; de nacionalidad exótica o de alguna república actualmente inexistente; relajarse y al mismo tiempo tomar nuevas ideas para sus clases, había cedido ante la insistencia de Arantxa, una colega con la que le gustaba pasar ratos muertos hablando de películas y series de televisión, con la que intercambiaba habitualmente DVD.

Jueves, 17 de diciembre de 2009 –una fecha que siempre recordaría–, sobre las cuatro de la tarde, Arantxa lo llamó al despacho y le insistió para mantener una de sus conversaciones. Estaban compartiendo el visionado de unas series policiacas y según ella, "tenían que comentar ya mismo lo que habían visto". En el fondo Jukka tenía ganas de romper la rutina y sobre todo de hablar con alguien. No es que se llevara mal con el resto de colegas. Simplemente no había relación más allá de la típica charla sobre cuestiones de trabajo. El día a día le resultaba vacío y cansino.

Pero con Arantxa podía hablar de otros temas, no en vano tenían gustos semejantes e inquietudes parecidas. Ella, con sus treinta y dos años, diez años más joven que él, tenía una mirada viva, inquieta, con un brillo que se disparaba cuando empezaba a aprender de un tema que desconocía. Para ser profesora, y eso a Jukka le gustaba, solía terminar las frases con groserías y conjugando de todas las formas posibles: "joder" y "a tomar por culo". En alguna ocasión se había referido a sí misma, cansada de desplazarse semanalmente de Madrid a Burgos, para atender sus horas de clases y tutorías, "como puta por rastrojos". Jukka le había dicho, en broma, que hablaba como un estibador de puerto. Aunque él le solía replicar con alguno de los sonoros vocablos malsonantes que sabía en finés, aprendidos de su abuelo: perkele y saatana entre otros. Tanta familiaridad, conversaciones y encuentros habían hecho dudar a Jukka en algún momento sobre si había algo más, algún tipo de atracción, pero él mismo se dio cuenta de que no existía. Después de dos años no había nada más que amistad. «Mejor así. De todas formas, el amor no existe» había concluido Jukka. Era una buena manera de pasear por el parque del Parral, que estaba junto a la Facultad, cuando el frío no lo impedía. En caso contrario siempre había algún rincón en las diversas cafeterías que rodeaban a la Universidad.

En alguna ocasión, al acabar la jornada, habían ido a algún bar

del centro a continuar sus interminables conversaciones sobre series policiacas. Arantxa, envuelta en el humo de los cigarrillos y saboreando un par de gin tonics, y Jukka, con su sempiterno ruso blanco, parecían salidos de esas historias de policías nórdicos decadentes, huérfanos del estado de bienestar. Invariablemente llegaban a un punto en el que contrastar realidad y ficción los sumía en una melancolía previa al estancamiento de ideas. Llegados a ese punto, una despedida y una conversación aplazada hasta otro día. Mientras Jukka volvía a su casa con la mente perdida en ese cine del norte. No solo recordaba a los clásicos como Sjöström, Dreyer o Bergman sino actuales como con Trier o Louhimies. Estas historias le producían una especial sensación de goce estético. Personajes y situaciones se le antojaban harto familiares hasta el punto de empatizar con ellos. Recientemente estaba empezando a encontrar esa misma sensación con las realizaciones de los países bálticos.

Aquel día, como de costumbre, acompañó a Arantxa hasta el hostal donde solía pasar los dos días que acudía a sus clases. Estaban enfrascados en una conversación sobre sociópatas en series de televisión. Jukka estaba argumentando "no me gusta la típica narración clásica, ya sabes, planteamiento, nudo y desenlace. Al menos en su forma tradicional de estructura lineal y todo eso. Prefiero esas narraciones que desconciertan, que no sabes muy bien lo que te están contando. Está claro que siempre hay un inicio y un final, pero el final ¿por qué no dejarlo abierto? Y el inicio igual, dejar dudas, cuantas más mejor. Eso es lo que me gusta de esas películas posmodernas. Todo ocurre como en la vida real. Las cosas suceden sin tanta truculencia. El día a día es sórdido y siniestro por sí mismo. Como le digo a los alumnos: el gran motor de la ficción y la realidad es la venganza, y esta, por supuesto, no es agradable". En ese momento sonó su móvil; con una melodía que desconcertaba a sus colegas. La versión de Metallica del tema de Morricone Ectasy of gold. Horas más tarde, durante el viaje, Jukka se lamentó varias veces por haber contestado esa llamada. La conversación parecía haberse instalado en su memoria palabra por palabra.

— ¿Señor Lehto? ¿Jukka Lehto?

—Sí, soy yo —contestó con reservas.

—Mire usted… —se oyó una respiración entrecortada al otro lado de la línea—. Soy Rafael Melero Soler.

—¿Sí? —dijo Jukka alargando inconscientemente la pregunta—. ¿En qué le puedo ayudar?

—No sé muy bien cómo explicarme… — se hizo un silencio

mientras Jukka miraba a Arantxa y se encogía de hombros—. Mire… — continuó su interlocutor—, soy el padre de Lorena Melero. Usted fue su profesor… en Alicante. ¿Recuerda?

Súbitamente el rostro de Jukka cambió, se dio cuenta porque Arantxa le preguntaba por señas que ocurría. Nítidamente le vinieron a la mente algunas imágenes del pasado mientras se decía a sí mismo: «Jodido pasado».

—Señor Lehto. Mi hija está enferma. Su estado es malo… mucho… — se notó un quiebro en la voz—. Insiste en verle. No nos ha dicho el motivo al resto de la familia. Parece que ella le tiene cierto aprecio, recuerdo que en alguna ocasión hablaba de sus clases y de cómo la motivaba en su asignatura y le aconsejaba para que se esforzara en otras.

Jukka estaba mudo. Escuchaba y pensaba al mismo tiempo: «De todos los momentos del pasado… Precisamente este. Hay que joderse».

Arantxa estaba frente a él. Aterida de frío daba patadas al suelo para entrar en calor, se subió la bufanda hasta las orejas y frotaba sus manos enguantadas para calentarse. Sus ojos grises brillaban por el frío, y el cabello negro comenzaba a estar húmedo, lanzando esporádicamente reflejos de azabache. Jukka aprovechó un momento de silencio al otro lado del teléfono para despedirse de su compañera, con un rápido gesto y un «tengo que irme mañana nos vemos». No advirtió el gesto de sorpresa y molestia en el rostro de Arantxa quien no dudó mucho a la hora de entrar en el hostal.

Jukka comenzó a caminar mientras reanudaba el diálogo. No se daba cuenta, pero caminaba en círculos.

—Pero, señor Melero, no acabo de entender muy bien — dijo intentando organizar una rápida excusa—. Estoy en Burgos. Estamos a jueves y aún tengo un par de clases mañana. En todo caso podría ver si el fin de semana existe alguna posibilidad de acercarme —mintió descaradamente.

—No creo que mi hija aguante el fin de semana — respondió Melero.

Jukka quedó en silencio otra vez. «Sí. Suena muy grave. ¿Le voy a negar una última alegría si está tan mal? ¿Pero qué es lo que tiene?» Pensó reflexivamente y preguntó en voz alta al mismo tiempo.

—Un accidente — dijo lacónicamente Melero—. La atropellaron y… —no terminó la frase.

—Vale. Salgo en un par de horas — respondió Jukka mirando el reloj—, si no hay problemas estaré en Elda a primera hora de la

mañana. Mentalmente se planificó el tiempo: «Son las seis y media, me da tiempo de descansar un poco y saliendo a las doce puedo llegar al amanecer. No habrá mucho tráfico».

Tras preguntar la dirección, se encaminó a su casa. Hoy era uno de esos días que había venido al trabajo andando y a pesar de la premura que tenía no le seducía la idea de coger el autobús. Estaría demasiado saturado a esas horas y más con el frío del exterior. Se cerró bien su cazadora de cuero, una vieja prenda que había pertenecido a un piloto británico de la Segunda Guerra Mundial, y comenzó a caminar pasando por delante del antiguo Hospital Militar, reconvertido en centro de salud, para luego seguir a la inversa el curso del río Arlanzón, cuyas riberas comenzaban a destilar una gélida neblina que jugueteaba con las ramas esquiladas de los árboles. Pasó junto a la estatua del Cid y tras atravesar varias manzanas llegó a su piso.

Preparó algo de equipaje, no sabía muy bien qué llevar, ni cuantos días iba a estar por allí, así que una bolsa de viaje y enseres de aseo eran lo básico. Luego, tras tomar algo de comer y apurar el café que quedaba en la cafetera se dirigió a su coche para en unos instantes iniciar el viaje por la autovía.

Elda. Tranquilidad en las calles. El navegador le indicaba la dirección de destino, pero dio varias vueltas a la calle donde se encontraba el hospital. Aparcó y se dirigió a la entrada, donde se quedó un instante pensando. Entró. Se acercó al mostrador de recepción para preguntar por la habitación 22. En ese momento escuchó que lo llamaban, se giró y vio a un hombre que debía estar en torno a la cincuentena que se dirigía hacia él. Tenía aspecto cansado y los ojos vidriosos, enrojecidos por una mezcla de dolor y desesperación. Jukka tomó aire. No prometía nada bueno lo que iba a encontrar.

—¡Señor Lehto! ¿Ha tenido buen viaje? Soy Rafael, el padre de Lorena — se estrecharon las manos—. Vamos a la cafetería. Querrá desayunar ¿no? De todas formas, ahora ella está durmiendo. Los calmantes la ayudan. No son horas de visita, pero lo he arreglado todo para que pueda pasar —Jukka recordó que Lorena le había comentado en alguna ocasión que su padre era alguien importante del ayuntamiento.

—Gracias. La verdad es que necesito un café. —dijo Jukka mientras trataba de salir de la espesa nebulosa del cansancio.

—Disculpe, pero no me lo imaginaba así. Tenía otra idea acerca de un profesor de Universidad. —dijo Melero con tono sorprendido.

Jukka notó la mirada escrutadora de su interlocutor. Imaginaba

lo que estaba pensando: «Ya estamos con lo de profesor. ¿Qué pensará que pinta hay que tener? Está desconcertado. No tanto por el metro ochenta de altura. Él también es alto. El pelo. La melena por los hombros lo desconcierta. La barba estilo "tercio de Flandes" que diría Arantxa. Las botas, los vaqueros y la chaqueta de cuero lo tienen intrigado. Pero qué rayos. Explico cine. No soy uno de esos pijos de Económicas o de Derecho». Sus pensamientos estaban a punto de perderlo en un punto de no retorno.

—Si no es molestia… —comenzó Melero—, su apellido no es español ¿verdad?

—Es una larga historia familiar. Es finlandés. —Llegaron a la cafetería y Jukka pidió un café bien cargado—. Mi abuelo, en los años 40, llegó a España y acabó instalándose en esta zona. Cambió los eternos inviernos del norte por el sol de la costa.

—¡Ah, bien! —dijo Melero con desgana para luego volver a la primera conversación—. Pero usted ya no vive aquí —inquirió Melero—, hace unos años sí ¿cierto? Cuando conoció a mi hija. Quiero decir, cuando le dio clases.

—En efecto —Jukka comenzó a darse cuenta, quizás por efecto de la cafeína, que Melero estaba iniciando una especie de interrogatorio. Tenía curiosidad por saber cuál era la causa del interés de su hija en este profesor. «Pero la curiosidad mató al gato» pensó mientras preparaba su contestación—. Ya sabe. En la Academia Valenciana del Cine.

—Sí. Sí. Recuerdo que hablaba muy bien de sus clases. La verdad es que eso alegró a toda la familia. Había empezado otra carrera y la abandonó.

—Arquitectura —sentenció Jukka.

—Exacto —replicó Melero observando con cierta sorpresa a Jukka—. Veo que está bien informado, que conoce cosas de mi hija. No imaginaba que se lo hubiera contado.

—Bueno —comenzó a decir para suavizar la situación— tenga usted presente que yo era el responsable académico de ese centro. Tenía acceso a los expedientes de todos los alumnos y figuraba si habían cursado algo con anterioridad. No recuerdo que ella me contara nada al respecto —mintió mientras terminaba el café. En el fondo sabía la historia: una carrera iniciada por obligación, tradición familiar lo llamaban, un año en Barcelona lleno de desastres tanto a nivel académico como sobre todo personal. Y un nuevo inicio en este peculiar centro para hacer lo que realmente le gustaba. Jukka no había olvidado el contenido de las numerosas horas que pasaron juntos hablando.

—Claro, claro —añadió Melero—. Parece ser que los alumnos sintieron mucho que se fuera.

—No lo creo. Por cierto, señor Melero —inquirió Jukka dando un giro a la conversación— ¿qué es lo que ha ocurrido? Me comentó por teléfono algo de un accidente.

—Fue hace una semana. Lorena había venido a vernos, quería decirnos algo muy importante. Se ha instalado en Alicante. ¿Sabe que ha montado una empresa por su cuenta? Se dedica a hacer fotos. Pues nada más llegar, justo cuando estaba cruzando una calle ocurrió una desgracia, venía un coche y el conductor no la vio. Quién sabe. El caso es que fue… —a Melero se le enrojecieron los ojos y la voz se le quebró durante un instante—, fue brutal señor Lehto. El impacto la lanzó varios metros más adelante y no sólo eso, sino que el coche siguió, frenando, y la arrastró varios metros hasta que ya finalmente pasó por encima.

Jukka estaba lívido. En el fondo no es que sintiera aprehensión por el relato que le acababa de hacer su interlocutor de los hechos, sino por la circunstancia de que Lorena estuviera aún viva. Desde el 11 que había pasado todo hasta este día. Había leído noticias de accidentes similares y la muerte había sido instantánea. No pudo más que preguntar.

—Pero… entonces su estado…

—Muy malo. Los médicos no se explican cómo sigue aguantando. En el lugar del accidente sufrió una parada cardiorrespiratoria. La sacaron adelante, pero luego aquí… La han operado un par de veces, pero tiene órganos en muy mal estado… el coche le pasó por encima, le rompió algunas costillas. Fue…

—No siga. Por favor —interrumpió Jukka—. No se haga daño recodando. Debe de ser duro para usted —frase a la que siguió un pensamiento: «Pues claro que sí, menuda tontería acabo de decir, pues claro que debe de ser duro para el padre». Luego, de manera inconsciente hizo otra pregunta—. ¿El conductor? ¿Se detuvo para ayudar?

—Es lo más triste. Se dio a la fuga, y la descripción del coche que han hecho algunos testigos apenas ayuda a localizarlo. La Policía está en ello.

Hubo un silencio por parte de los dos. Ambos se miraban como buscando preguntas y respuestas. Finalmente, Melero habló de nuevo.

—Señor Lehto. ¿Por qué quiere verlo mi hija? Parece como si esa insistencia es lo que la mantiene con vida. Se ha pasado siete días medio dormida por los calmantes. Pero cuando despertó el

primer día tras la operación lo primero que nos dijo fue que los avisáramos. Cada vez que se despierta sus palabras son las mismas, la misma pregunta: «Papá, ¿has llamado a Lehto?».

—No tengo ni idea. Desde que me fui de Alicante hace ya tres años no he tenido contacto con ella ni con nadie —mintió de nuevo Jukka—. Por cierto, ¿por qué han tardado seis días en llamarme? —pregunta que cayó como un mazazo sobre Melero.

—En fin. Creo que lo mejor es que subamos —fue la única respuesta.

Jukka asintió y le dijo que antes iba al aseo, "a poner orden en estas greñas" había tratado de bromear. Frente al espejo Jukka veía como resbalaba el agua sobre su rostro. Intentaba, también, poner en orden su melena. Comenzó a pensar en Melero y la escueta conversación que había tenido. Más que nada le intrigaba la actitud: «Su hija está jodida, y el tipo sólo intenta saber porque estoy aquí. Puede que sea lo normal. La última voluntad de alguien resulta ser un tipo de cuarenta y tantos años con aspecto de pirata. ¡Cielos! Hasta yo mismo me pregunto el por qué estoy aquí».

Salió del baño y volvió junto a Melero. En ese instante sonó el móvil. Melero lo miró, nuevamente sorprendido, los riffs de guitarra sonaban especialmente potentes esa mañana. «La cafeína está haciendo su efecto», pensó Jukka. La llamada era de Arantxa. «¿Tan temprano? ¡Ah, no! Si ya son las nueve».

—Hola Arantxa, dime.

—Jukka, ¿cómo estás? Ayer te fuiste de manera tan misteriosa que me dejaste intranquila. ¿Va todo bien?

—Sí. No hay ningún problema —en el fondo se preguntaba que estaba pasando. Arantxa nunca se había interesado por él más allá de las conversaciones habituales. Nunca se habían llamado al móvil, que él recordara, ni habían cruzado correos de índole personal más allá de "te he dejado un DVD en el buzón".

—Ya. Bueno, oye… ¿Vas a estar en tu despacho esta mañana?

—No —respondió sorprendido Jukka —. ¿No te marchas a Madrid esta mañana? De hecho, a estas horas siempre estás de viaje.

—No, no, no, no… Hoy me he quedado. Por eso te pregunto a qué hora vas a estar por el despacho.

Jukka se quedó pensativo. La verdad es que no había avisado a nadie de que se iba. Ni había puesto la preceptiva incidencia docente en el sistema. Normalmente los viernes no iban los alumnos, pero si el decano se enteraba de su ausencia le soltaría alguna de sus típicas y molestas puyas. Demasiado tenía que

aguantar con los comentarios absurdos acerca del largo del pelo y "las pintas de rockero".

—Arantxa. Escucha. Es que no estoy en Burgos… —hizo una pausa para pensar si continuaba o no—. Estoy en Elda.

—¡Joder, tío! ¡Ya podías haber avisado!

— Arantxa… —le desconcertaba el enfado de su colega— ¿Avisar de qué?

—Tienes razón. Disculpa —se oyó como respiraba de manera profunda al otro lado del teléfono—. Oye, Jukka, cuando vuelvas me avisas y ya nos vemos otro día. Que te vaya bien.

Jukka se quedó perplejo mientras guardaba el teléfono en el bolsillo. «A lo mejor necesita cambiar de hora o que la ayude con algún trabajo en esas comisiones que nos roban la vida» Pensó insistentemente. Su mirada se encontró con la de Melero, quien, rápidamente, le hizo una pregunta que se veía venir. Pregunta en la que se podía adivinar cierto grado de malicia.

—¿Su mujer? ¿Su pareja? No quisiera haberle causado molestia con este desplazamiento tan inesperado.

—No. No tengo pareja, ni estoy casado —frase que trató de enfatizar—. Se trataba de una compañera de trabajo.

—¡Ya!

En silencio llegaron al ascensor y subieron a la segunda planta. Caminaron por un largo pasillo. A Jukka, como a tanta gente, no le gustaban los hospitales. No es que los asociara a enfermedad, dolor y sufrimiento, que lo hacía, sino que le repelían esos espacios pulcros, los largos pasillos, la racionalidad de las ventanas, puertas y segmentación espacial. Los colores le producían un sentimiento contradictorio. Como en otras ocasiones en las que había acudido a un hospital bien por necesidad bien por cortesía, en cuanto divisó las paredes pintadas de blanco y crema, pensó en lo que él había identificado como una paradoja constante: «Si es tan necesario relajar con los colores, ¿por qué siempre la gama de blancos, grises y colores crema? Al final se degradan y dejan en evidencia lo que se quiere evitar: la mugre. Además, la cantidad de lugares en los que no hay luz al final crean bocas de lobo en los pasillos». También sentía aversión por el olor. Un aroma que contenía la mezcla de cóctel de medicamentos, limpiadores ácidos y antideslizantes. Lo detestaba. Pero sabía que era necesario. Higiene. Sus pensamientos se detuvieron ahí, de manera abrupta una vez más. Habían llegado frente a la puerta de la habitación 22.

Por primera vez desde que había llegado se sintió nervioso. ¿Qué iba a encontrar al otro lado de la puerta? Reencontrar una

parte del pasado en las condiciones que le habían dicho no era lo más deseable. Notó que el pulso se le aceleraba. Intentó tranquilizarse intentando poner en orden su melena. Melero le dijo que esperara que iba a entrar para ver si su hija estaba despierta. Cuando abrió la puerta pudo escuchar, antes de que la cerrara de nuevo, como decía "el profesor ese ha llegado". Se escuchó el ruido de alguna pesada silla al moverse, un diálogo entrecortado, y al abrirse de nuevo la puerta una voz de mujer, joven a juzgar por el tono, que decía algo así como "todo va a estar bien". De la habitación salió Melero con una mujer, también en la cincuentena, que obviamente sería la madre de Lorena.

—Mi esposa —indicó Melero—. María López.

—Encantado… —comenzó a decir Jukka, pero cambió el sentido de la frase—, aunque lamento hacerlo en estas circunstancias.

Mientras estrechaba la mano de la señora López, Jukka se dijo a sí mismo que había hecho el tonto. Esa falsa solemnidad de la frase hecha no era lo suyo. Se sintió no sólo observado, sino escrutado por ella. «La madre que protege a la cría» reflexionó mentalmente.

—Pase —le indicó Melero—.

Jukka abrió la puerta y entró en la habitación. La luz entraba y quedaba filtrada por unas cortinas blancas. Como un velo sobre la vista. «Parece un jodido sudario» pensó Jukka. La habitación tenía un tamaño medio. Había dos camas, orientadas hacia el sur, separadas por una cortina. En el lado derecho se encontraba un armario y en la pared de enfrente de las camas el omnipresente televisor colocado sobre un soporte. Estaba apagado y reinaba un profundo silencio. Debajo de había un sillón de aspecto cómodo, mullido y que invitaba a descabezar un sueño. Jukka miró hacia le ventana, intentando divisar el cuerpo que se apreciaba en la cama que estaba junto a ella. Distrajo su mirada al sentir unos pasos delante de él. Se percató en una chica joven que se parecía enormemente a Lorena. Casi idéntica salvo por algún detalle en la mirada y el esbozo de los labios. Por fin, detrás de ella divisó la figura de Lorena en la cama. Tenía los ojos cerrados.

—Acaba de dormirse otra vez —dijo la chica que estaba frente a él—. Soy Sandra. Su hermana.

—Hola Sandra, soy… bueno… ya sabes —dijo él.

—Sí. No te preocupes. Se despertará enseguida. Ya sabes que estás aquí. Un momento.

Jukka observó que Sandra se dirigió a sus padres, que se encontraban en el umbral de la puerta. Les dijo algo en voz baja. Percibió un gesto de desaprobación en ambos, pero ella gesticulaba

y señalaba indistintamente primero a Jukka y luego a su hermana. Los padres salieron, aunque Jukka se quedó sorprendido por la mirada que el señor Melero le dirigió. No llegaba a comprender si era de ánimo o de odio.

—Ven —la voz de Sandra lo devolvió a la realidad—. Acércate a la cama, te puedes sentar en el borde.

Jukka se acercó a la cama y por primera vez tuvo una idea de lo ocurrido. Aunque estaba tapada y llevaba la bata del hospital, el cuerpo de Lorena se veía maltrecho. Uno de los brazos estaba escayolado. Tenía contusiones y magulladuras en la cara. Un nuevo pensamiento en la mente de Jukka: «Su rostro de diamante ha perdido el brillo». Una pequeña herida se inclinaba en su frente. De manera tímida asomaba la marca de un hematoma por el cuello y el escote redondo de la bata. Se perdía más allá de la vista, pero el color purpúreo anunciaba el desastre ocurrido. Jukka se percató en el gotero y su incesante suministro translúcido de calmantes, antibióticos y otros compuestos que intuía servirían para aliviar el dolor y combatir sus heridas. En todo caso para alargar la vida. O para evitar el necesario descanso final. Jukka sintió una opresión en el corazón y la respiración se le agitó. Sus ojos se humedecieron.

—Jukka… —Sandra se dirigió a él por su nombre, lo que le hizo entender que con ella no tenía nada que esconder—. Mi hermana se muere. Por favor. Se bueno con ella. No le rompas el corazón otra vez, ¿vale?

—No… —comenzó a decir Jukka.

—No digas nada —le dijo Sandra poniéndole la mano en el hombro—, tan solo recuerda cuando la conociste, todo lo que hablasteis; pero sobre todo lo que no os dijisteis. Yo os voy a dejar solos. Voy a llevar a mis padres fuera un rato, necesitan descansar. Cualquier emergencia ya sabes, avisas a las enfermeras y me llamas, te apunto aquí mi número.

Mientras Sandra apuntaba el número en un pañuelo de papel, Jukka se quedó sorprendido de la capacidad que tenía para organizar las cosas. De cómo era capaz de mantener la cabeza despejada y lúcida en un momento como este y sobre todo con su hermana en la cama en un estado más cerca de la agonía que de la vida. Sobre todo, teniendo en cuenta su juventud. Veintitrés años. Ella se acercó a él para entregarle el papel.

—Ella, ahí, en esa cama, y el responsable de esto impune. ¡Vaya mierda! —terció Jukka indignado.

—Lo están buscando —susurró Sandra, mientras acariciaba el pelo de su hermana—. Tarde o temprano lo cogerán… Es cuestión

de tiempo. Lo cogeremos.

Al decir esta última frase miró directamente a Jukka. Él se quedó sorprendido al ver un extraño brillo en los ojos de Sandra. No lograba identificar si ese brillo era fruto del dolor, de la rabia o de algo más poderoso. En cualquier caso, sus miradas conectaron. Sintió como si toda su indignación se la estuviera transmitiendo y clamara por un poco de paz en toda esta dolorosa situación.

Sandra se acercó de nuevo a la cama y se sentó en el borde. Con una mano le indicó a Jukka que se pusiera junto a ella. Mientras, ella comenzó a acariciar la larga melena castaña de su hermana. Con tanta suavidad y cariño que a Jukka se le removieron las entrañas. A continuación, Sandra acarició el rostro de Lorena y al notar que esta se movió levemente se acercó al oído y le susurró unas palabras.

Lorena abrió los ojos y miró cansinamente a su alrededor. Se notaba que estaba adormecida y que le costaba percibir donde estaba y lo que estaba ocurriendo. Pero la borrosa figura que estaba al lado de su hermana se hizo nítida y enseguida reaccionó.

—¡Jukka! —alcanzó a decir al tiempo que empezaban a resbalar las lágrimas por sus mejillas—. ¡Pero… tu pelo! Has cambiado —dijo Lorena sorprendida pues recordaba a Jukka con el pelo corto.

Sandra se apartó y salió silenciosamente de la habitación. Jukka se sentó en el borde de la cama y cogió la mano de Lorena. No lloraba, pero notaba sus ojos humedecidos y una opresión en el pecho. Con la otra mano acarició la mejilla de Lorena. Sus ojos se miraban.

—Mi estimada Lorena. No esperaba tener que verte en este estado.

—Jukka… No es mi culpa…

—Ya lo sé. Recuerda: no hay culpa.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te va en Burgos?

—En Burgoslavia —bromeó sin darse cuenta que al reír Lorena experimentó dolor—. Lo siento no quería hacerte reír.

—No importa. ¿Burgoslavia?

—Es por el frío —dijo Jukka, omitiendo parte de lo que estaba pensando: «Es todo tan frío.»

—Me sorprendió mucho que te fueras. No me avisaste antes.

—Te envié un mensaje el mismo día que me trasladé. Al móvil.

—Lo sé. Lo recibí —Lorena miró hacia la ventana—. No son formas de hacerlo. Me pasé el día llorando. ¿Sabes qué día te fuiste?

—Sí. El 26 de julio. El día de tu cumpleaños —Jukka, sin saber muy bien porqué, se sintió extrañamente avergonzado—. Han

pasado ya dos años, Lorena. ¿No has podido olvidar?

—¿Y tú?

—No —sentenció sinceramente Jukka—. ¿Sabes?

—¿Qué?

—La noche antes de marcharme intenté llamarte. Llegué a marcar tu número… pero no me atreví a enviar la llamada.

—Pero, ¿por qué?

—Tenía miedo. En serio.

—¿Miedo… a mí? —dijo Lorena al tiempo que intentaba levantar una mano para alcanzar a Jukka, pero no pudo por el dolor. Él cogió su mano y la acarició.

—Lorena, tenía miedo a que al oír tu voz cambiara de opinión. Si te hubiera dicho que me iba, que dejaba el trabajo, y me hubieras rogado una sola vez que me quedara, lo habría hecho. Desde que te conocí fuiste una parte de mí, y la mitad del tiempo ni lo sabías — al acabar la frase Jukka se dio cuenta de que Lorena se había quedado dormida. «Malditos calmantes» se dijo. Se quedó junto a ella, sentado en la cama, sosteniendo su mano entre las suyas.

2

Jukka hizo memoria. Otoño de 2006. Academia Valenciana del Cine. Inaugurado dos años atrás, el Centro —como solían llamarlo — había surgido de la mente de unos cuantos profesionales del audiovisual y políticos de la Comunidad Valenciana. El proyecto tenía el ambicioso objetivo de formar a las nuevas generaciones de cineastas, desde directores hasta carpinteros. Una utopía desde luego, puesto que no había tejido profesional activo en la ciudad de Alicante. Al menos en la cantidad prevista como para mantener en funcionamiento un centro de enseñanza dotado de un enorme estudio de cine que permanecía vacío e inactivo durante demasiado tiempo.

El proyecto se había agigantado con la entrada en escena de una de las universidades públicas en entorno, que se empecinó en tutelar la carrera de Comunicación Audiovisual. Para ello efectuó una convocatoria para nombrar un responsable académico. Esa convocatoria se cruzó en la vida de Jukka. Desde que se doctoró en cine había estado trabajando en universidades de México y Colombia, pero cansado de la lejanía de su tierra —sus orígenes finlandeses siempre los consideró anecdóticos— decidió volver con lo puesto. Lo que incluía un abultado curriculum gracias al cual ganó por goleada a los otros pretendientes a la plaza. En consecuencia, era su tarea respetar la normativa y legislación universitaria vigente para con los alumnos y su título. Hasta ahí no había problema. La complicación surgió cuando la dirección general del complejo fue asignada a un tecnócrata, Adolfo Lábaro, cuya misión era rentabilizar las instalaciones y los recursos humanos.

Obviamente su elección no tenía nada que ver con líneas de curriculum, ni preparación académica, ni idoneidad para el puesto de trabajo. Se debía a un nombramiento de carácter político.

La opinión que se forjó Jukka fue la de que Lábaro era un cantamañanas embutido en un traje. Una prueba de ese carácter

habían sido las numerosas reuniones con representantes de diversas universidades europeas y americanas en las que Lábaro había empleado una verborrea extraña que él consideraba inglés al cien por cien. Jukka había aguantado la risa, la carcajada en numerosas ocasiones, cuando había escuchado al director general emplear frases como “I arrive with my tongue out”, “this is the drop that fills the glass to the brim” o “look you for where”. Si había llegado al puesto de Director General no había sido más que debido a una llamada que alguien en un despacho de las altas esferas políticas había hecho a otro despacho y así sucesivamente.

Como responsable de la gestión, Lábaro presumía de ejercer el control de aquel lugar “con mano de hierro, pero con guante de seda”. También solía acabar numerosas frases con una coletilla que exasperaba a Jukka: “cuidado exquisito”. En realidad, sus acciones, palabras y actitudes tan solo reflejaban autoritarismo. Lábaro era un hombre de mediana estatura, pelo canoso que llevaba siempre engominado hacia atrás. Rostro redondo y con muestras de un prematuro envejecimiento. Fumador empedernido lo rodeaba un tufo a nicotina y humo que anunciaba con antelación su presencia. Sus ojos habitualmente, desde primeras horas de la mañana, reflejaban un brillo acuoso producto de su enfermiza adicción al alcohol. No obstante, era el jefe y había que acatar sus órdenes por extrañas y contradictorias que fueran.

Lábaro tuvo la genial idea de diseñar unos cursos de cine, actuación y aspectos técnicos por los que se cobraba una cifra desorbitada que constituían un claro ejemplo de competencia desleal no solo a la formación reglada de los módulos de formación profesional sino a la propia carrera universitaria que se impartía en la Academia. Pero, contando con la aquiescencia del gobierno autonómico, estaba claro que lo único importante era sacar dinero. Sin importar los medios. Cuando Jukka se empezaba a cabrear por alguna de estas cuestiones, se trataba de calmar a sí mismo recitándose a Quevedo: “Poderoso caballero es Don Dinero”.

Que tres años después de su apertura la realidad económica y profesional de la Academia era una ruina no era un secreto para nadie. De manera que la vida dentro de aquel fastuoso edificio mitad Bauhaus mitad Casa del Fascio había iniciado un vertiginoso descenso al infierno, arrastrando a los veinte profesores y un centenar de alumnos que acudían cada día. Pero, así y todo, Jukka vivía para su pasión: enseñar.

Jukka tenía la costumbre de llegar al aula antes que los alumnos. Le gustaba preparar la clase con metódica tranquilidad.

Abría el armario donde se guardaba el ordenador, lo encendía, a continuación, el proyector, presionaba el interruptor para bajar la pantalla y probaba que los altavoces estuvieran encendidos. Una vez encendido el ordenador, introducía su clave en la cuenta de profesor buscaba la carpeta de archivos donde estaban las imágenes y videos que iba a utilizar ese día.

Pero ese martes en especial notó, cuando se encontraba a mitad de preparación de su típico protocolo, que había entrado alguien en la clase. Miró y vio a una chica que estaba sacando un portátil de su mochila y ocupando su sitio. No le dio mayor importancia y tras decir un "buenos días" al aire y sin esperar respuesta siguió preparando todo. Cuando terminó, se sentó, sacó los apuntes de la carpeta —aunque siempre terminaba abandonándolos— y los puso sobre la mesa. Se remangó las mangas y miró al frente esperando que llegara la veintena de alumnos que estaban matriculados ese año en su asignatura de Teoría del Arte. Se fijo que la chica que estaba en el aula lo estaba mirando. Tenía la cabeza ladeada apoyada en una mano. El flequillo de una larga melena castaña con algo de tinte rojizo le caía sobre la mitad de la cara. Sus labios eran finos y pintados de rojo vivo. Los ojos reflejaban algo de melancolía. Jukka dedujo que esa mirada debía encontrarse, en ese preciso momento, en el espacio etéreo de los sueños, ya que dio por sentado que la alumna estaba dormida con los ojos abiertos, un fenómeno que había detectado en más de un estudiante a lo largo de sus años como docente. Jukka se levantó, casi para experimentar su teoría, y se acercó a ella. Pero para sorpresa de Jukka se dio cuenta de que no estaba dormida ya que la mirada de la chica lo siguió. No tuvo más remedio que romper el silencio.

—¿Qué tal? Dispuesta a una nueva semana de clases ¿no?

—Sí, claro.

—No recuerdo tu nombre.

—Lorena Melero López.

—Pues nada… —Jukka no sabía muy bien que decir, de modo que puso un tono burlonamente serio— Lorena Melero López espero que te guste la asignatura.

—Ya lo creo. Me gusta el arte —dijo ella de manera sincera, motivando que Jukka reflexionara—. «¡Vaya! Espero que sea verdad, siempre dicen lo mismo y al final vienen mendigando el aprobado».

Jukka sonrió y salió del aula. A lo lejos del pasillo aparecieron los primeros alumnos y alumnas con sus mochilas en las que llevaban los portátiles. Sonrió para sí pensando en que la dirección

del Academia Valenciana del Cine había prohibido el uso de los portátiles en las aulas ya que algunos profesores se habían quejado de que los alumnos no atendían las clases y se dedicaban a ver videos, a jugar online, a chatear con los amigos e incluso a descargar porno. Desde luego que Jukka no pensaba aplicar esa medida en sus clases. Como responsable académico debía dar ejemplo y acatar las órdenes de la dirección, pero si algo tenía claro es que por encima de todo estaba la libertad de cátedra, y que en virtud a esa libertad no iba a imponer medidas punitivas. Si alguien no atendía le daba igual, era responsabilidad de cada uno tomar decisiones y ser coherente con ellas. Sabía que Lábaro se enteraría enseguida de su actitud y le llamaría al despacho para tratar de convencerlo de lo importante que son las normas y las actitudes. Pero primero tenía que dar su clase. Las reprimendas vendrían luego.

Fue saludando a los alumnos y a alguno de los profesores que se dirigían a las aulas. Cuando estuvieron dentro, inició la clase que ese día analizaba las relaciones del expresionismo alemán con el cine. La hora y media de clase pasó aparentemente rápida. Fue de esos días en los que los minutos parece que tienen prisa por escapar. Al concluir la clase se produjo la típica estampida de los alumnos. Jukka recogió sus cosas, apagó el ordenador y se dirigió a la puerta. Allí coincidió con Lorena.

—Me ha gustado mucho la clase —dijo ella, sin apenas mirarlo.

—Me alegro —dijo Jukka pensando en si realmente era sincera o estaba tratando de hacerle la pelota.

—En serio. Me gusta mucho la arquitectura.

—¿En serio? Bueno, pues espero que te aprendas bien este tema, por si cae en el examen.

—Vale —dijo inocentemente ella, tras lo cual salió del aula y apretó el paso para ir a reunirse en la cafetería con sus compañeros.

Jukka subió a su despacho. De camino se encontró con Victoria, una de las profesoras. Comenzaron a hablar de temas laborales ya que corrían rumores de que este mes se iba a retrasar el pago de las nóminas. La conversación fue interrumpida por la aparición, así podría describirse, de Mario, profesor de la asignatura de guión, que llegó anunciando a todo volumen que esa tarde presentaba su enésima novela en una librería del centro de la ciudad, vino gratis incluido en el acto. Jukka y Victoria prometieron solemnemente acudir, aunque luego no lo hicieran. Entraron en el despacho de Jukka, un pequeño espacio con paredes de cristal y láminas de madera en los laterales, una ventana enorme con una impresionante

vista hacia el Mediterráneo que permitía la entrada de una luz desproporcionada. Continuaron la conversación sobre el preocupante tema de las nóminas para luego pasar a otros menos intensos como las prácticas de los alumnos. Terminados los temas del día, Victoria salió y Jukka iba a hacer lo mismo, pero al salir se topó de lleno con Lorena que se encontraba esperando fuera. Casi la arrolla.

—Hola —dijo ella—, he venido por lo del trabajo. El de tu asignatura.

—¡Ah, eh… bien! Pasa al despacho.

—Si te pillo en mal momento…

—No, no, no… que va.

Luego él le explicó lo que tenía que hacer, que sí, que podía entregar una fotografía pero que fuera original a la hora de hacerla y que la acompañara de una explicación. Le recordó la obligatoriedad de entregar un trabajo sobre el libro Lo espiritual en el arte de Kandinsky y poco más.

Se sucedieron los días de clase, pasaron las semanas y sin darse apenas cuenta llegó el final del cuatrimestre con la evaluación. Los trabajos se acumulaban en su despacho, alguno de ellos realmente originales. Entre ellos estaba el de Lorena, cuidadosamente envuelto en papel. Lo abrió y se encontró con un retrato. Pensó que era de ella, pero luego se dio cuenta de que era de su hermana. Medio sorprendido Jukka se empezó a reír mientras pensaba: «¡Tiene bemoles la chiquilla! Entregarme como trabajo una foto de la hermana. ¡Anda que sí!» Pero poco a poco empezó a ver que en realidad el retrato era un maravilloso collage hecho a base de otros fragmentos de retrato. Le dio la vuelta y encontró una nota detrás explicando el porqué de ese trabajo.

—¡Vaya cara más guapa! —escuchó Jukka que decían desde la puerta. No se había dado cuenta de que había entrado Concepción, otra de las profesoras encargada de la secretaría académica.

—Ya ves. Pido un trabajo creativo y una alumna me ha dado esto. Una foto de su hermana —respondió Jukka, aunque luego comenzó a matizar—. Pero bueno, la técnica es lo que importa.

Días después Jukka se encontró corrigiendo el trabajo de Kandinsky que había redactado Lorena. No salía de su asombro. Aparte del hecho de que empezaba asegurando que tenía una lámina de Kandinsky en su dormitorio —lo cual estaba fuera de lugar para un trabajo de asignatura—, la redacción era impecable. La parcelación de los contenidos estaba realizada con un esmero y una claridad que demostraban gran inteligencia. Jukka se resistió,

por un momento pensó que se encontraba delante del típico trabajo fusilado de internet, pero tras hacer una comprobación escribiendo párrafos en Google, tuvo que claudicar con sus reservas y calificar el trabajo. Con el bolígrafo verde escribió en la parte superior derecha un 9,5. Pero no levantó el boli. Se quedó mirando y se dijo: «¡Qué narices! Lo que es justo es justo» y tachó esa calificación para poner un 10.

Se quedó pensativo. Se giró en su sillón y se puso a mirar por la ventana, viendo las nubes que se cernían sobre la costa y como el levante, enfurecido, agitaba las palmeras y las banderas que estaban en la entrada del edificio. La Senyera parecía pelearse con la bandera de la Unión Europea mientras que la de España, enredada por un giro inesperado de la tela, parecía ir en otra dirección. El estado ensimismado se rompió cuando del despacho de al lado se escuchó la voz, con acento andaluz, de Javier, el profesor de fotografía, que lanzó el típico alarido que solía emitir una vez a la semana: "¡San Viernes! ¡Fin de semana! ¿Quién se baja a por unas cañas?". Jukka sonrió. Fin de semana. A desconectar.

Pero la sorpresa para Jukka no había terminado. Si había quedado impresionado por ese trabajo no menos quedó cuando la semana siguiente entregó otro de redacción y estructura perfecta. Un comentario sobre los espacios arquitectónicos en la película 2001 de Kubrick. Jukka, volvió a hacer una cata en internet y no encontró ningún rastro de plagio. Estaba tan escarmentado de la típica picaresca estudiantil que siempre tomaba esa precaución. Pero estaba encontrando una especie de diamante en bruto. Es más, pensó en una especie de némesis. Con mucho camino por recorrer, pero con el tiempo y los conocimientos adecuados, podría aprovechar ese talento que parecía innato. Pocos días después citó a Lorena a tutoría. La felicitó tanto por la foto como por los trabajos redactados. Le hizo la propuesta de ampliar el último trabajo que había realizado para poderlo convertir en un artículo. Para sorpresa de Jukka ella aceptó encantada.

A partir de ese momento, Jukka sintió que en las clases no podía parar de fijarse en ella, y ella tomaba notas sin apartar la mirada de él. Se sorprendía a ratos pensando en que estaba vampirizando sus conocimientos. A diferencia de otros profesores que confiaban en el dictado de apuntes obsoletos, o en la lectura en el aula del contenido de saturadas diapositivas de powerpoint, Jukka quería que sus alumnos buscaran y razonaran. Que discutieran. No entendía la docencia como una serie de conferencias —o una única conferencia de cuatro meses de duración en el peor de los casos—

donde el profesor se lucía y presumía de sus conocimientos. Para eso estaban otros foros. Cada día al entrar en el aula se recordaba la máxima de Goethe: "Comprender significa ser capaz de hacer". Sentía la mayor de las satisfacciones cuando los apuntes se transformaban en la realidad de una práctica bien hecha.

Pero en otros momentos no sabía cómo interpretar ese cruce de miradas. ¿Atracción? Jukka trataba de mantenerse al margen de ese tipo de situaciones por las que ya había visto pasar a algunos colegas de otros centros de trabajo. A veces sentía que se ahogaba y se decía hasta la saciedad: «¡Joder! Típicas bobadas de profesor alumna, a ver si me centro». Pero cada vez costaba más. Había días que no podía. En cierta ocasión llegó al despacho presa del nerviosismo. Victoria le preguntó si le pasaba algo y él tan sólo pudo contestar algo muy vago: «Luchando con mis demonios. Todos tenemos demonios, ¿no?». Ella inquirió, en realidad quería ayudarlo, bien sabía las presiones a las que lo sometía Lábaro, pero Jukka no quiso ahondar en el tema.

Además, para complicar aún más sus temores, de manera cada vez más frecuente Lorena iba a tutoría. Las conversaciones que al principio eran sobre cuestiones de las clases, las prácticas y las dudas ante la redacción del artículo que estaba preparando fueron derivando a otros temas más cotidianos y, era de esperar, a otros de índole personal. Así es como supo que había comenzado a estudiar arquitectura en Barcelona, obligada por la tradición familiar, ya que, si bien su padre no había estudiado dicha carrera, el resto de la familia provenía de una casta de arquitectos. Supo de cómo se aburría en las clases y como poco a poco fue perdiendo el interés por la carrera para abandonarla dos años después de haberla empezado. De cómo el desinterés se tradujo en distracción y en un noviazgo falto de afecto. De un regreso, obligado, al hogar familiar y una especie de ultimátum para que encarrilara su vida. La decisión de estudiar Comunicación Audiovisual fue un acierto ya que siempre había demostrado un talento especial para la fotografía.

Poco a poco, Jukka abandonó las tutorías de despacho por tutorías de cafetería, algo que había aprendido de su director de tesis unos años antes y que había resultado muy útil. Pero en realidad, aunque tratara de convencer al resto de colegas y al omnipresente director del centro de que eran tutorías, lo cierto es que no eran más que largas charlas a última hora de la tarde en las que iban y venían ideas, anhelos, planes de futuro, etc. Todo con la tutela y complicidad de Omar, el encargado de la cafetería, que les

solía reservar una mesa que se encontraba discretamente escondida tras un panel de anuncios. En otras ocasiones se encontraban en la entrada del edificio, y mirando al mar, sintiendo la húmeda brisa del levante cargada de salitre, conversaban aprovechando los minutos hasta el final. En alguna ocasión caminaron siguiendo el perímetro del edificio y Jukka sonreía en su interior al imaginarse a Lábaro pidiendo que le hicieran una copia de las grabaciones de seguridad, pues el edificio estaba plagado de cámaras que vigilaban entradas, salidas y ángulos muertos. Aunque Jukka tenía la teoría de que en realidad esas cámaras no grababan nada.

También sabía Jukka que corrían rumores. La frecuencia de las tutorías, las conversaciones de cafetería o en el exterior despertaba la imaginación de más de uno. Pero en el fondo eran comentarios espurios fruto de mentes demasiado calenturientas y ociosas. Se convencía a sí mismo estructurando sus ideas: «Primero: no pasa nada entre nosotros. Segundo: si pasara algo somos dos personas adultas».

Sin darse cuenta, tras las vacaciones del verano de por medio —lo que les obligó a estar distanciados, pero en contacto por medio del correo—, y una escapada de Jukka a Burgos, llegó un nuevo curso. Lorena se matriculó en la asignatura que Jukka impartía en el curso siguiente. Estética. La dinámica entre ellos fue similar al año anterior, aprovechaban cualquier oportunidad diaria para mantener alguna conversación. La asignatura comprendía prácticas de fotografía en las que se debían materializar las categorías y conceptos estéticos que explicaba. Rosenkranz, Nietzsche, Benjamin, Artaud, Baudelaire… Lecturas y reflexiones sobre bellezas no clásicas. Lorena parecía disfrutar. Las conversaciones se llenaron de nuevos conceptos.

La confianza entre ellos había aumentado y en ocasiones se intercambiaban sms durante el día. Se cruzaban en los pasillos y Jukka notaba como Lorena, si iba en compañía de otros compañeros bajaba el rostro y lo miraba esquivamente sonriendo, con una mezcla de picardía y nostalgia en la mirada. Sin embargo, por mucho cuidado que Jukka ponía en mantener un límite y no cruzar más allá de la amistad —insólita desde luego para un profesor y una alumna— lo cierto es que en algún momento algo podría torcerse.

Marzo suele ser un mes de viento. Aquel día en concreto, a pesar del radiante sol, hacía un vendaval de levante abrumador. Las pocas nubes que había en el cielo se desplazaban a gran velocidad. Jukka había estado esperando un día así para tener una clase especial. Vio el estado del tiempo y avisó a los alumnos de que la clase se iba a

desarrollar en la playa.

A pocos kilómetros de donde se encontraba la Academia Valenciana del Cine había una playa. La Playa del Saladar, aunque todo el mundo la conocía por el complejo de viviendas que se construyeron allí en los años 70: Urbanova. El proyecto de reconvertir los humedales en zona urbanizada quedó estancado varias décadas atrás. Tan solo se construyeron unas decenas de edificios que en la actualidad mostraban, en la mayoría de los casos, un aspecto deslucido. Además, por encima de este lugar surcaban el cielo los aviones del cercano aeropuerto de El Altet, en una incesante procesión de aterrizajes y despegues que adornaban el ambiente con la cadencia de turbinas acelerando y decelerando. En el fondo, Jukka consideraba que aquel era un lugar tranquilo, ya que desde octubre hasta abril apenas había gente. Únicamente alguno de los residentes en las pocas viviendas habitadas que salían a pasear durante las primeras horas de la tarde, o los rezagados que alargaban la sobremesa en los pocos restaurantes que permanecían abiertos durante todo el año. Su hora favorita, desde luego, el atardecer. Cuando la jornada de trabajo había sido intensa, y normalmente lo era, se acercaba hasta allí y caminaba durante horas por el paseo o si el tiempo lo permitía cerca de la orilla.

Aquel día, Jukka quería ilustrar el concepto de la naturaleza en el Romanticismo y a falta de bosques frondosos, mares helados o picos cubiertos de nieve, le parecía sensato que un levante de furia infernal capaz de tragarse la costa sería un buen sustituto. Avisó a los alumnos para que se repartieran en coches y les dijo donde los esperaba. Se llevó además unos textos de Goethe y Turner. Cuando estuvieron todos en la playa Jukka inició su insólita clase, gritando al viento para hacerse escuchar y entender. Los alumnos, sentados en semicírculo alrededor de Jukka, estaban como hipnotizados al verse en la playa, luchando contra los elementos para poder entender algo. Jukka les insistía en lo importante que era sentir la naturaleza, la tierra, el mar, el viento para tener conciencia de uno mismo, de la libertad. Se dio cuenta que Lorena lo miraba electrizada, realmente hechizada. Jukka, en plena explicación les invitó a gritar al viento. Un grito vital, les dijo, “como si os fuera la vida en ello”. Veinte personas gritaron al unísono contra el viento. Un grito duró más que los demás. Jukka sonrió al ver a Lorena recuperando el aliento. Luego los invitó a que caminaran solos por la playa buscando una definición de belleza. Tras veinte minutos los llamó cerca de la muralla del paseo y les empezó a preguntar. Cuando llegó delante de Lorena y ésta iba a contestar, una

inoportuna racha de viento le sacudió su larga melena poniéndose delante de su rostro y tapándole la boca. Ella intentó apartar la cabellera, pero solo estaba consiguiendo enredarse más. Jukka, en un gesto inconsciente, le apartó el pelo del rostro sosteniéndolo entre sus dedos. Ella se ruborizó, él sin soltar el pelo, miró hacia el suelo mientras escuchaba risas y comentarios en voz baja por parte del resto de alumnos. Un pensamiento pasó por su mente: «Acabo de cagarla, joder». Miró a Lorena, quien estaba quieta mirándolo expectante, y anunció el final de la clase. Regresando a su coche le pareció escuchar la voz de Lorena que decía “belleza eres tú”, pero prefirió no cerciorarse, no volver la vista atrás y pasar de largo.

Desafortunadamente para Jukka, al llegar a la Academia, la recepcionista le dijo que el director quería verlo. Sospechó sobre qué iba a tratar la conversación, pero se dijo que era demasiado pronto para ello. Se acercó a la puerta y llamó antes de entrar.

—¿Sí? Adelante. Pase usted señor Lehto —dijo Lábaro con amabilidad.

—Tú dirás Adolfo —dijo directamente Jukka tratando de agilizar la bronca que esperaba recibir.

—¿Qué tal todo? ¿Las clases bien? ¿Alguna queja de los alumnos? ¿Los profesores están tranquilos? —esta pregunta molestó a Jukka ya que demostraba que sabía de antemano que el profesorado estaba inquieto— No deben de preocuparse por esos bulos que corren por ahí. Siempre hay alguien dispuesto a jodernos con tonterías sindicales.

—Todo bien.

—Perfecto —sacó un cigarrillo y lo encendió—. Me han informado que has ido con los alumnos a la playa. ¿Es cierto eso?

—En efecto.

—¡Qué original! —dio una larga calada al cigarrillo y acto seguido expelió el humo envolviendo su rostro en una humareda. Jukka sabía que ese era el momento: «Ahora empieza el espectáculo»—. ¿No tenías otra cosa mejor que hacer? ¿Te imaginas que se nos ahoga uno de los alumnos? El lío en el que me metes es bestial, a ver que les digo yo a los padres.

—Adolfo… No hemos ido a bañarnos, tú has visto el día que hace. Ha sido una clase de Estética, ¡joder! Además: es una carrera universitaria ¿qué pintan los padres? Son mayores de edad.

—¿Y qué historia es esa de que le has metido mano a una alumna? —eso es lo que esperaba Jukka. Las noticias de lo que había pasado había llegado de manera desproporcionada y antes de que él mismo llegara a su coche. «Absurdo que en este puto centro

unos se dediquen a espiar a otros. Los alumnos y los profesores se despellejan a escondidas cada vez que pueden».

—Llama a la alumna a tu despacho. Habla con ella. Sin que esté yo presente.

—Mira Jukka, tú estás aquí porque yo quiero, no te hagas el legal ahora.

—Te recuerdo, Adolfo, que estoy aquí porque la Universidad convocó una plaza para ser el responsable académico de esto, que mi curriculum fue el mejor valorado y el que mayor puntuación sacó. Mi contrato está firmado con la Universidad no contigo. Tú eres el que llegó aquí a golpe de teléfono y a dedo.

—¡A mí ni se te ocurra faltarme al respeto o te largo a la puta calle! —explotó Lábaro cuyo rostro estaba cambiando del rojo al púrpura por motivo del enfado.

—Vale. Tú mismo. ¿Puedo irme ya?

—Mira… —Lábaro rebajó el tono en uno de sus típicos altibajos — Entiendo que tengas ganas de hacértelo con alguna alumna. Hay mucha niña mona ahí afuera. Pero ten un poco de cuidado. ¡Joder! En público no.

—Te repito que llames a la alumna. Que te cuente ella.

—Bueno, ya veré. Anda lárgate con tu estética y tus filósofos a otra parte. Piensa como de costumbre, tío, con la cabeza. No con la bragueta.

Jukka salió del despacho. Se fue al suyo notando como por el camino algunos alumnos hablaban en voz baja y lo señalaban con la cabeza. «Vale. Vamos bien» pensó.

El zumbido del móvil lo apartó de estos recuerdos y lo trajo de nuevo a la realidad. Mientras cogía el teléfono para contestar miró a Lorena que descansaba plácidamente. Nada parecía indicar que en su cuerpo se estaba produciendo una lucha por la vida, o por la muerte. No conocía el número. Contestó en voz baja.

—¿Sí?

—Soy Sandra. ¿Cómo va todo?

—Tu hermana duerme. Lleva así quince minutos.

—Vale. Cualquier cosa me avisas.

—Descuida.

Nada más cortar la llamada se abrió la puerta y entró una enfermera. Saludó y realizó una serie de comprobaciones. Puso el termómetro a Lorena, miró los niveles del gotero, revisó algo en un bloc y tras apuntar la temperatura salió. En ese momento Lorena abrió los ojos y buscó con la mirada a Jukka, quien se había

acercado a la ventana y miraba con ojos cansados al horizonte. El no se había dado cuenta de que ella estaba despierta, por lo que se sorprendió cuando escuchó su voz.

—¿Recuerdas el día que quedamos para ensayar la exposición del video que iba a hacer?

—Claro que lo recuerdo —dijo él volviéndose.

Jukka recordaba ese día con una nitidez impresionante. Lorena había hecho un trabajo impresionante el año anterior analizando un videoclip, y se le ocurrió que podría explicar a los del curso actual lo que había hecho. El análisis plano a plano, las influencias que tenían, los elementos visuales. Era un videoclip realizado con la técnica de rotoscopía, algo que la fascinaba, y que esperaba poder hacer algún día. Aquella tarde de primavera Jukka quería que Lorena ensayara. Ella le había dicho que le ponía nerviosa hablar en público, y estuvo a punto de rechazar la oferta de exponer su trabajo, pero Jukka confiaba en las posibilidades de ella. Le dijo que cuando explicara a los otros alumnos él estaría en el aula, que controlaría desde el fondo de la misma el tiempo y le iría dando indicaciones. Finalmente ella accedió y se llegó esa tarde con todo el material previsto.

Jukka había reservado un aula y tras pedir la llave en conserjería se fue allí para preparar el proyector y el ordenador. En ello estaba cuando llegó ella. Cuando Jukka la vio se quedó mudo por su aspecto. Nunca la había visto vestida de esa manera. Lorena llevaba unos leggings negros que marcaban el contorno de sus piernas, sus caderas y sus nalgas como una segunda piel. Una camiseta ajustada de color rojo marcaba sus pechos. La melena castaña reflejaba los rayos de sol que entraban por la ventana. Jukka sintió una atracción inmediata pero súbitamente un pensamiento se instaló en su mente: «No hay que cruzar la barrera. Nunca. Con lo de hace un mes ya vale». Ella comenzó a exponer su trabajo, mientras que Jukka, sentado en la mesa corrida frente al ordenador hacía anotaciones en un papel para luego comentarla con ella. En un momento que Lorena se detuvo por no saber qué decir, él le dio un consejo para hablar: “Toda aula tiene el punto de los mil metros. Se encuentra frente a ti. Mires donde mires ahí está. Su utilidad es buscarlo y relajarte cuando sientas que te pones nerviosa. Te obliga a no mirar a nadie”. La contestación que dio Lorena lo dejó desconcertado “Pero tú no lo usas. Me miras a mí”. Jukka no supo que decir. En ese mismo momento Lorena se acercó a la mesa para apuntar algo en un folio que tenía preparado. Se inclinó y con sus nalgas rozó a Jukka, quien no reaccionó. Ella,

dándole la espalda, se incorporó y se acercó aún más, pegándose a él. Jukka notó como ella estaba nerviosa. El levantó las manos a media altura como para intentar cogerla por los hombros, pero se detuvo. Lorena se giró y quedó mirando fijamente a Jukka. Él notaba como la respiración de ella era jadeante, como el pulso se le había acelerado, se notaba como palpitaban las venas de su cuello, sus labios humedecidos. También él se sentía extrañamente excitado. Su corazón latía desbocado, sus sienes sentían una opresión que empezaba a doler, sus músculos estaban tensos. Pero un pensamiento se cruzó en su mente: «Pasar de largo. Aunque quieras. No te metas en líos. Aquí no». Cogió a Lorena de los hombros y acertó a decirle que no.

A continuación, todo volvió a la normalidad. Lorena continuó con su explicación, más nerviosa de lo que había empezado. Terminó de manera atropellada y apenas prestó atención a lo que le dijo Jukka. Tan solo miraba la puerta como queriendo huir. Salió rápidamente, en cuanto pudo.

—Lamento lo que pasó —dijo Lorena sacando a Jukka de su recuerdo.

—No pasó nada —añadió él, pero pensándolo bien se corrigió— Créeme si te digo que siento que no pasara nada.

—¿Jukka? —preguntó ella sorprendida— ¿Estás seguro de lo que dices?

—Ya lo creo.

—Lorena, lo siento. Iba hasta arriba de ansiolíticos —aclaró Jukka, intentando justificar en este momento algo que había ocurrido hacía ya dos años.

—Me lo podías haber explicado —dijo Lorena—, lo hubiera entendido. Te hubiera ayudado, lo sabes ¿verdad?

—Lo sé. Pero me costaba pensar, me costaba actuar. Me pasaban las horas muertas en el despacho, mirando por la ventana. Te aseguro que el mejor momento de la semana era cuando os daba clase a los de tu grupo y te tenía cerca. O cuando venías a tutoría y nos poníamos a hablar.

—¿Te acuerdas cuando lo de la matrícula de honor? —preguntó ella con ojos brillantes.

—Claro. Como olvidarlo. Recuerdo que te dije "¿si te pongo una matrícula de honor que me das?" —Lorena comenzó a reír al recordar la escena—, me soltaste un "Lo que tú quieras" mientras me mirabas de una manera seductora. Te aseguro que me costó no saltar por encima de le mesa, a pesar de las pastillas, la pose que tenía y como dijiste la frase. ¡Joder! Me hubiera fundido contigo en

un abrazo.

—Pero eso sí lo hiciste al día siguiente ¿no? Con Giovanna. —le preguntó entre la curiosidad y el reproche refiriéndose a una alumna italiana.

—¿Celos, Lorena?

—Me dijeron que estuviste con ella en un aula y que luego os fuisteis juntos en tu coche.

Jukka también recordó este momento. Le vino a la memoria Giovanna, una joven italiana, alta, con cuerpo de modelo —de hecho, había desfilado en alguna pasarela en Italia— y un rostro marmóreo de perfil clásico adornado por dos ojos de color celeste. Los compañeros de Jukka le lanzaban puyas siempre que podían con frases como "tío, te has quedado con la tía más buena de la tercera promoción" a lo que él solía responder con un irónico "no es mía, pero si crees que tienes posibilidades con ella inténtalo". Desde luego recordaba el día que le había indicado Lorena ya que tenía el coche aparcado al lado del de un colega y los vio meterse en el coche y salir en dirección a la ciudad.

—Te voy a contar lo que pasó —empezó Jukka—. Giovanna era la alumna a la que le dirigía el trabajo final de la carrera. Estuvo trabajando muy duro durante todo el curso. Al día siguiente de lo que me cuentas era su examen ante el tribunal. Simplemente preparamos la defensa. Cuando terminó me pidió si la podía bajar a Alicante y dejarla al lado del Puerto ya que yo pasaba por ahí.

—Y… ¿lo del día siguiente?

—¿Lo del día siguiente? No entiendo a qué te refieres Lorena.

—Al acabar el examen. Ella se echó en tus brazos…

Jukka recordó que el día del examen de Giovanna uno de los compañeros de Lorena se presentó en el aula con una cámara para "tomar nota de cómo es el procedimiento para cuando me toque el próximo año". Ahora recordó que el chico también grabó la reacción de Giovanna fuera del aula cuando emocionada de alegría al haber sido calificada con una matrícula de honor abrazó y dio varios besos a Jukka. «Ya podía haber grabado este chaval la misma situación quince días después cuando, tras la ceremonia de graduación, quien me daba abrazos y las gracias era el padre de Giovanna, agradecido por haber tutelado a su hija y haberla ayudado a evaluar con éxito».

—Lorena… Sabes que lo que estás diciendo es una tontería. Sabes bien lo que pasó porque Alberto lo grabó todo y es más que evidente que una cosa es la alegría y otra muy distinta la pasión desenfrenada.

—Disculpa —dijo Lorena—. No tiene sentido salir con estas cosas ahora. Ha sido una bobada, una chiquillería.

No pensaba lo mismo Jukka, quien se argumentó a sí mismo que era lo normal. Seguro que Lorena sabía en su interior que estaba viviendo los últimos momentos de su vida y quería respuestas, quería sobre todo saber el por qué de tantas cosas que había vivido y la razón de las que no iba a vivir.

—¿Y tienes alguna alumna especial ahora?

—¡No! —contestó Jukka enfadado—, ¿Pero ¿qué piensas? Mira. Lo tuyo fue algo especial. No le des más vueltas. No sabes lo mucho que has significado para mí.

—Significado —dijo con tono melancólico—. En pasado.

—Y en presente. Tenlo por seguro. De verdad.

—Comprende que me sintiera confusa… Me había hecho ilusiones y desapareciste.

—No me siento orgulloso de ello ya te lo he dicho. ¿Sabes por qué me fui? Estaba harto. Lábaro no paraba de insistir en despedir profesores, en tomar medidas punitivas contra quien reivindicara algo por insignificante que fuera. ¿Te acuerdas el día que todos los alumnos pedisteis acceso a más equipos ya que los tenían guardados en un armario sin uso? Pues su respuesta fue que había que expulsar al delegado de los alumnos. ¿Sabes quién paralizó esta estupidez? —Jukka tomó aire. Lorena lo observaba en silencio—. ¿Te acuerdas de un compañero de cuarto curso, Javi, al que llamabais Obiwan? —ella asintió en silencio— ¿Recuerdas que en 2007 se fue de Erasmus a la Universidad de Leeds? Pues le pilló las inundaciones de ese año. Me puso un mensaje diciendo que había perdido todo, y que no tenía como volver. ¿Sabes cuál fue la reacción de Lábaro? “¡Que se joda! ¡Ese tío es un caradura!”, eso es lo que dijo. Me tocó contactar con la familia, y con la embajada española en Londres hasta que al final conseguimos traerlo de vuelta. ¿Sabes quién fue al aeropuerto a esperarlo junto a la familia para presumir de que la Academia cuida a sus alumnos?

—Tú —dijo Lorena con voz apenas audible.

—No, estimada, fue Lábaro. A sacarse una bonita foto —volvió a respirar profundamente y continuó—. ¿Te acuerdas de Julio, Manolo, Marían, Joan, Leyre? —Lorena miraba en silencio, recordaba que eran profesores que le habían dado clases—. Durante tres años, desde 2004, Lábaro me insistía en que había que despedirlos. No había motivos ¿sabes? Sólo porque a él le daba la gana. Esgrimía razones como el sobrepeso de alguno de ellos, o el físico de alguna profesora. ¿Sabes para qué? Para poder enchufar a

algún amigo o devolver algún favor a sus amigos políticos. —instintivamente Jukka cogió una botella de agua que había en la mesita junto a la cama de Lorena y bebió—. ¿Te acuerdas de tus compañeros que fueron a Ucrania? Con ese absurdo convenio firmado con la Universidad de Sebastopol —Lorena asintió de nuevo— ¿Sabes lo que es recibir una llamada a las cuatro de la madrugada desde Ucrania, hecha por Nekane, la profesora que los acompañó, acojonada porque habían hospedado al grupo en un albergue ubicado en un polígono industrial lleno de tíos borrachos? Se suponía que iban a un hotel de lujo, pero los metieron en un tugurio. ¿Sabes lo que es escuchar a una colega diciendo que tiene miedo a que la violen una pandilla de los tipos que pululan por ahí? Que te cuenten con voz angustiada que su habitación no tiene ni puerta no es precisamente algo que desees escuchar. ¿Lo sabes verdad?

—Sí —contestó Lorena— mis compañeros nos contaban cosas y nos mandaron fotos. También que te avisaron.

—Pues entonces ya sabes quién buscó un hotel para que pudieran irse y al menos estar tranquilos. ¿Sabes la bronca que me cayó al día siguiente, que vine sin apenas dormir, por haber tomado esa decisión? ¿Sabes que Lábaro obligó a todo el grupo a dejar el hotel para que se trasladaran a otro que le buscó una agencia de viajes de un amigo? ¿Sabes que luego presumió ante las altas jerarquías de la Generalitat de haber arreglado una situación tensa que se había presentado? —Jukka tenía los ojos enrojecidos mezcla de la rabia y de la indignación que le producía recordar todo esto—. Cuando regresaron todos, Lábaro llamó a Nekane al despacho y ¿sabes que ocurrió? Los gritos de la bronca se escuchaban hasta en la cafetería. La conclusión era que debería haberse dejado violar si hubiese llegado el caso. Luego me llamó a mí y me empezó a abroncar. No quieras saber. Pero me levanté y lo dejé con la palabra en la boca. Dos días antes había conseguido la plaza que ahora ocupo en Burgos.

—Jukka, lo siento. Nunca me contastes…

—Lorena —repuso más calmado Jukka— eras una alumna. Tú no tenías porqué saber todo esto. Era parte de mi trabajo. Me afectaba, me consumía, me hundió. Un buen día acabé en el medico. Deshecho. Desorientado.

—Y… es cuando te dieron las pastillas para poder soportarlo.

—Así es.

Jukka volvió a sentarse junto a ella, en el borde de la cama. Sintió como la mano de Lorena rozaba la suya. Sintió paz.

Tranquilidad. Sus dedos empezaron a entrelazarse y acabaron unidos. Ella lo miró fijamente.

—Quiero sentirte Jukka —dijo Lorena en voz baja.

—Lorena, mi estimada —repuso él acariciándole el cabello.

—Me refiero a algo más… —añadió ella con voz apagada.

Jukka se percató de ese detalle. La voz había sonado extraña. Casi como un quejido. También notó que estaba más pálida de lo que hasta ese momento se encontraba, resaltando el color de los moratones.

—¿Te encuentras bien? —dijo él preocupado y sacando el móvil del bolsillo— ¿Llamo a una enfermera? ¿Llamo a tu hermana, a tus padres?

—No. Estoy bien. Estoy cansada.

—Duerme si quieres.

—Jukka… Es que… —Lorena titubeaba.

—Dime.

—No te lo tomes a mal… es que… Tengo novio.

Jukka sonrió. Volvió a acariciar la melena de Lorena y le habló.

—Pues lo normal. Alguien como tú, inteligente, guapa y simpática es normal que tenga a alguien a su lado ¿no?

—Sí. Pero… no sé si… —Jukka no la dejó terminar. Suavemente le puso el índice sobre los labios. Sabía lo que iba a decir y creía que era producto del shock, de la medicación, de la vida que se escapaba. No quería que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse o no tuviera tiempo de hacerlo.

—Vale —dijo ella—, pero por favor quiero sentirte. Muy cerca, por favor.

Jukka la miró. Reflexionó un momento «Y si… La responsabilidad del pasado hay que asumirla. Puede que sea una estupidez, pero si le hice daño en el pasado no hay que quedarse únicamente en un lo siento». Sin decir nada acercó el sillón a la cama, se percató de la ubicación del gotero y de la vía que descendía hasta conectarse en la mano de Lorena. Mentalmente ensayó los movimientos con precisión milimétrica para no hacerle ningún daño. Cuando se sintió preparado retiró la sábana. Las piernas de Lorena quedaron al descubierto y ocultaban las brutales señales del accidente bajo unos vendajes. Su cuerpo, cubierto por la bata en la que aparecía el logo del hospital, parecía extremadamente frágil. Jukka notó que la respiración de Lorena era entrecortada, como aquel día en el aula. Ella lo miraba a los ojos, como aquel día.

Con mucho cuidado Jukka pasó los brazos por debajo de las

piernas y la espalda de Lorena y la levantó poco a poco. La tomó en brazos y asegurándose de que la vía no se enredara ni se soltara de su mano, se sentó suavemente en el borde de la cama. Apoyó a Lorena contra su pecho y luego mientras con una mano sostenía su cabeza con la otra le acarició el rostro. Ella sonreía y Jukka notó como la palidez desapareció momentáneamente y su rostro se ruborizó. Aunque tenía el brazo escayolado, Lorena hizo el esfuerzo y con los dedos acarició la cabeza de Jukka. Ella intentó incorporarse un poco pero un gesto de dolor se dibujó en su rostro. Jukka entendió y acomodó mejor el cuerpo de ella sobre su pecho. La boca de Lorena, entreabierta permitía ver unos dientes blancos. Jukka acercó sus labios a los de ella y la besó. Sus labios se fundieron, sus lenguas se buscaban. Jukka notaba como el cuerpo de Lorena se erizó por un instante. Luego, se miraron a los ojos. Lorena sonreía y entornó los ojos. Tomó la mano de Jukka y la llevó a su pecho, para sentirla sobre el corazón. Jukka notaba los latidos y esa rítmica cadencia lo cautivó. Imitando a Lorena también cerró los ojos. Se quedó profundamente dormido, el cansancio pudo con él. Apenas unos segundos que le hicieron sentir como si hubiera dormido días enteros.

El ruido de pasos agitados, voces alteradas y gritos entrecortados, un lastimero quejido que poco a poco se convirtió en un llanto desolador lo volvió a la realidad. Abrió los ojos y se encontró con la causa de este panorama que había oído antes que visto. Se percató que su mano seguía sobre el pecho de Lorena. Pero no notaba los latidos del corazón. Bajó la vista y la vio. Con los ojos cerrados, pálida, inerte. Pero con una sonrisa en el rostro. Una expresión de felicidad. Jukka intentó moverse, pero en ese momento y sin que supiera muy bien cómo, Melero se acercó corriendo y le quitó el cuerpo de su hija de encima y entre lágrimas lo depositó en la cama. Observó como la madre se abalanzaba sobre ella y lloraba mientras repetía como una letanía la frase “mi pobre niña”. Sandra también lloraba, pero tuvo un momento para hacerle un gesto de aprobación a Jukka que estaba desconcertado. Despacio y tratando de pasar desapercibido recogió su cazadora y se dirigió a la puerta. No se había percatado que otra persona había presenciado la escena en la que él sostenía el cuerpo inerte de Lorena. Leopoldo, el novio de Lorena. Jukka lo miró y sin que mediara ni una sola palabra ni un gesto, éste le dio un puñetazo en el rostro al tiempo que comenzaba a insultarlo. Jukka sintió junto al golpe como empezaba a salir sangre que escurrió entre sus dedos y comenzó a gotear en el suelo.

Una enfermera entró en la habitación y con voz autoritaria puso orden en la habitación. Los únicos que parecían ajenos eran los padres de Lorena. Leopoldo seguía intentando encararse con Jukka y sólo la persistencia de Sandra consiguió detenerlo. La enfermera le indicó a Jukka que lo siguiera hasta la sala de urgencias donde le realizarían una cura.

Aturdido, dolorido, cansado, somnoliento. Cuando salió del hospital miró al cielo y dejó que el sol calentara su rostro.

3

Jukka estaba descansando en la habitación de un hotel que había localizado cerca del Parque de la Concordia. Tumbado en la cama miraba el techo. A su lado, sobre la colcha arrugada, el teléfono móvil —en modo silencio— indicaba una nueva llamada entrante efectuada por Arantxa. Era la vigésima. Un nuevo icono en forma de sobre parpadeó señalando un mensaje nuevo, también de Arantxa.

A Jukka la nariz le dolía a pesar de los calmantes que le había recetado y que tenía encima de la mesilla de noche. Por su mente pasaban entrelazadas imágenes del pasado más lejano y de lo que había ocurrido apenas unas horas atrás. No lograba quitarse de la cabeza la muerte de Lorena. Había momentos en los que creía sentir el peso de su cuerpo en los brazos. No lograba apartar de su memoria el rostro que tenía ella cuando estaba inerte en sus brazos. Esa sonrisa. «Feliz. Se ha ido feliz.» Pero en el fondo le reconcomía una terrible duda. Si no se hubiera ido. Si se hubiera quedado en Alicante. Si no hubiera pensado únicamente en él. Si hubiera prestado un poco más de atención a lo que ocurría a su alrededor. Si hubiera prestado verdadera atención a Lorena. ¿Hubiera llegado a la misma situación? Dudas. Demasiadas para un día tan intenso. Jukka se levantó, se dirigió a la nevera del mini bar y la abrió. Cogió una mini botella de vodka, la abrió y la bebió de un trago. Volvió a la cama y se dejó llevar por un sueño inducido por los medicamentos y el alcohol.

El zumbido del móvil lo despertó. Tenía la impresión de que acababa de dormirse, pero cuando cogió el teléfono y vio la pantalla se quedó perplejo. Sábado, siete y media de la tarde. Había estado durmiendo cerca de veinticuatro horas seguidas. La llamada era de Sandra.

—¿Sí, Sandra? —contestó con voz somnolienta.

—Jukka —notó que hablaba en voz baja, como ocultando el

hecho de estar llamándolo—, ¿cómo estás?

—Bien —mintió, pero que era una nariz rota comparada con la muerte de su hermana—. ¿Y tú cómo estás?

—Te lo puedes imaginar. Oye, no puedo hablar mucho. Mañana al mediodía es el funeral.

—Me lo imaginaba. Pero no creo que el resto de tu familia quiera verme por ahí.

—Pero yo sí. Además, tengo algo importante que decirte —se escuchó ruido de voces junto a la de Sandra, por lo que esta terminó la conversación de forma brusca—. Te mando la dirección en un mensaje. Tengo que colgar.

Jukka quedó pensativo. «¿Ahora qué? ¿Se puede complicar aún más esta situación?» Decidió salir y tomar el aire. En recepción preguntó por la dirección de algún bar y le explicaron cómo llegar al más cercano. Consiguió llegar tras perderse un par de veces al lugar que le habían indicado en la calle Don Quijote. El barman se quedó mirándolo y desconfió un poco al ver a un tipo greñudo con un esparadrapo sobre una nariz rota y unos ojos que empezaban a ponerse morados por efecto de la fractura.

—¿Un mal día? —dijo el barman tanteando el talante del cliente.

—De perros —acertó a decir Jukka.

—Bueno. Todo tiene solución, ¿no? Menos la muerte —replicó aquel intentando mantener una conversación lo más esquiva posible.

Jukka se limitó a asentir. El barman esperaba que pidiera algo.

—Un ruso blanco. Por favor.

Jukka se dedicó a sorber lentamente del vaso. Cada trago le dolía. No supo cuanto tiempo tardó en acabar su copa. Pero cuando lo hizo regresó tranquilamente al hotel. Se dio una ducha, engulló un par de calmantes y se metió en la cama. En el momento de dormirse le pareció estar entrando en un oscuro pozo sin fondo, en una caída irremediable.

El sonido del despertador del móvil lo sacó de la espesura del sueño. Tenía que prepararse para ir al funeral. Miró el teléfono y vio en efecto un mensaje enviado por Sandra, cerca de medianoche, indicándole el lugar. Un tanatorio cercano al hospital donde había fallecido Lorena. Se afeitó y nueva ducha. Se vistió lo mejor que pudo, tan solo había echado una americana a toda prisa en el equipaje y una camisa gris.

Cuando llegó, la capilla del tanatorio estaba llena. No quería que se notara su presencia por lo que se quedó al fondo, junto a una

columna. Desde allí podía ver a la familia en primera fila. Los padres destrozados, y Sandra intentando mantener el tipo. Junto a ella distinguió a Leopoldo, que llevaba puestas unas gafas oscuras. Luego entre el resto de asistentes reconoció los rostros de algunos antiguos alumnos y alumnas. Algunos lloraban, otros reflejaban la pena en sus miradas. En medio de un pasillo, junto al altar estaba el ataúd.

—¿Jukka? —escuchó una voz familiar detrás de él— ¿Eres Jukka? ¡La hostia! ¡Pero chiquillo que cambiado estás!

Se giró y vio a Victoria acompañada de Nekane. Jukka las miró y simplemente abrazó a Victoria y luego a Nekane. Les indicó que salieran fuera. Victoria le dijo algo a Nekane y esta se fue, no sin antes hacerle una imperceptible caricia en la mano.

—Pero ¿qué te ha pasado en la nariz? —preguntó Victoria.

—Nada, que soy un poco torpe y mira como he acabado.

—Pero, pero… ¿cómo te has enterado de lo de Lorena? Ha sido una pena, oye. Tan joven.

—Si yo te contara.

—Oye… Tú sabes algo.

—No es agradable ver como muere uno de tus demonios —dijo él de manera reflexiva.

—¡Ay, Jukka! —replicó ella observándolo con ojos llorosos. Jukka notó como le comenzó a temblar el parpado—. Había escuchado rumores, algo había visto, pero no sabía… ¡Claro! Cuando a veces me decías que estabas luchando contra tus "demonios interiores", ¿era ella?

—No había nada, de verdad. Mira estoy agobiado. Estoy harto —dijo cambiando de tono—. Ayer fue un día muy raro. Tan raro que Lorena acabó muerta en mis brazos. ¡Joder! No he podido dejar de pensar en la pietá. Tengo ganas de que termine todo esto y volver a Burgos.

—Vale, tranquilo —le dijo Victoria pasándole el brazo por los hombros—. ¿Cómo te va por allí?

—Bien. Muy bien. Clases, reuniones y mucho anonimato. ¿Y vosotros? ¿Cómo os va?

—Para que te voy a engañar. Mal. Va todo muy mal. Lábaro y su equipo no paran de gastar el dinero. ¿Sabes? Cuando te fuiste lo primero que hizo fue asumir tu puesto con el complemento salarial incluido. Pero sin hacer absolutamente nada. No ha parado de hacer viajes a Rusia, al Caribe y vete tú a saber dónde más. Despidió a unos cuantos profesores y contrató a varios amigos suyos o recomendados, alguno de ellos no puede ni firmar las actas por no

sé muy bien que tema de incompatibilidad laboral. Últimamente se encierra en su despacho y durante horas se escucha la destructora de documentos con su zumbido característico.

—Todos los tiranos, desde Mesopotamia, tienen un deseo incontrolable por destruir las pruebas de sus excesos. Él no iba a ser menos.

—El tema no pinta bien.

—Huid —dijo secamente Jukka.

Acababa de terminar la frase cuando vio llegar a Lábaro, que caminaba con su peculiar aire pomposo y grandilocuente oscilando de un lado a otro. Era el estilo reservado para sus grandes puestas en escena. Vestía un traje oscuro y corbata negra elegida para la ocasión como no podía ser de otro modo. El pelo engominado le daba un aspecto especialmente grotesco. Jukka tuvo la esperanza de que lo ignorara, pero, por el contrario, su presencia actuó como un imán para Lábaro, quien se acercó rápidamente al tiempo que comenzaba a hablar con un tono de voz demasiado alto, nada apropiado para el lugar y el momento.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! ¡Jukka Lehto! ¡Caramba! —se acercó y bajó el tono lo imprescindible para no montar un escándalo, pero para asegurarse que su comentario iba a ser escuchado, al menos en las inmediaciones— ¿Qué pasa señor Lehto? ¿Qué incluso desde Burgos te la seguía tirando?

Jukka sintió el aliento etílico de Lábaro. El comentario desde luego se había escuchado y había tenido el efecto deseado. Jukka notó como algunas personas lo observaban y como aparecían gestos de asco y desprecio. Por su mente pasó fugazmente la idea de darle un puñetazo a Lábaro. Pero se calmó con una idea: «Por respeto a la memoria de Lorena mejor no. Menos hoy y menos aquí». Por el contrario, decidió quitarse de en medio tras intentar dejar desconcertado a Lábaro.

—Yo también me alegro de verte, Adolfo, pero me tengo que ir. Que te vaya bien.

Tras decir eso salió al exterior del tanatorio. Se puso sus gafas de sol oscuras y se sentó en un banco y sin poder aguantar más dio rienda suelta a unos sentimientos encontrado. Dolor y pena se mezclaron con la rabia y la indignación. Mientras lloraba amargamente se dijo que al menos nadie lo miraría raro. En definitiva, era uno de los lugares más propicios para mostrarse así.

No supo cuánto tiempo esperó en el exterior. Tras la experiencia con Lábaro y cómo lo había expuesto de manera tan canalla no tenía ganas de estar durante el oficio religioso. De todas maneras,

nunca había creído en las palabras de los curas. En un determinado momento vio como salían rostros conocidos. Tenía ganas de salir de allí y regresar a la rutina de las clases, de los trabajos, las prácticas y tutorías. Mantener la mente ocupada se le antojaba una de las mejores maneras de salir de todo este embrollo que no acababa de entender. El zumbido del móvil lo distrajo. Lo llamaban de la Facultad. Pensó en que quizás era Arantxa, pero ante la duda no tuvo más opción que contestar.

—¿Lehto? —reconoció al instante la voz. Se trataba del decano —. ¿Cómo estás muchachote?

—No muy bien Arturo.

—¿Estás mal de salud?

—No —Jukka pensó que podía haber mentido y haber dicho que lo aquejaba una gripe, o un problema estomacal o cualquier virus o bacteria, algo propio de la fecha, pero optó por contar la verdad—. Estoy en Elda. En un funeral.

—¡Ah, caramba! ¿Alguien de la familia? En cualquier caso, vaya mi pésame por delante.

—Gracias. No es familiar. Es asunto personal. Disculpa tengo que saludar a los parientes.

—De acuerdo. Oye cuando vuelvas pásate por mi despacho. Tenemos que comentar algo. Oye, buen viaje de regreso.

—Gracias.

Jukka bien sabía que a pesar del tono cortés y amable le iba a caer una especie de filípica, término que además encontraba apropiado ya que el decano era especialista en Historia Antigua. La verdad es que lo había hecho mal. No había dado ningún aviso. Le tocaba asumir la responsabilidad de sus actos. En estos pensamientos se encontraba cuando se acercó Sandra.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Jukka.

—Mal —tenía los ojos vidriosos y no paraba de secarse la nariz —. Se había trasladado a Alicante. Había empezado a trabajar en lo que le gustaba.

—Me imagino. A hacer su vida. Con su pareja y con un montón de responsabilidades.

—Leopoldo no vivía con ella. Solo iba cuando quería… —no terminó la frase y se quedó mirando a Jukka.

—Entiendo. No sigas.

—Ahora sé que no volverá algún fin de semana a visitarnos. Ni nos reiremos de nuestras tonterías, ni iremos a conciertos, ni haremos tantas cosas que solíamos hacer… —sacó algo del bolsillo y se lo entregó—. Por cierto, Jukka, toma esta pulsera. Era de mi

hermana. He pensado que quizás te gustaría tenerla de recuerdo.

Jukka le dio las gracias. Se trataba de una pulsera de acero con una placa de unos cinco milímetros de ancho en la que estaba grabada la letra L.

—Bueno Sandra, lamento que hayamos tenido que conocernos en estas circunstancias. Pero tengo que regresar. La vida sigue.

—En el fondo te conocía algo —dijo Sandra que vio como Jukka, quitándose las gafas, la miraba con curiosidad—. Mi hermana me contó muchas cosas. Recuerdo —añadió Sandra—, un día que explicaste algo sobre mitología; una historia que provenía de la cultura nórdica y que acabó convertida en una canción country o algo similar. Disculpa, pero no recuerdo bien.

—La Cacería Salvaje —murmuró Jukka.

—Sí, puede que fuera eso —dijo ella—. A mi hermana esa historia le impactó mucho. Sobre todo, la manera como lo explicaste. Me dijo que empezaste poniendo una canción, repartiste folios con la letra y los animaste a cantarla.

Jukka comenzó a recordar con nitidez ese momento. También recordó como las miradas de Lorena y la suya se encontraron en determinada estrofa de la canción. Jukka podía, incluso en este momento, recordar la melodía.

Their faces gaunt, their eyes were blurred, their shirts all soaked with sweat

They're ridin' hard to catch that herd but they 'aint caught 'em yet

'Cause they've got to ride forever in the range up in the sky

On horses snorting fire as they ride hard, hear them cry

—Estaba enamorada de ti y pensó que tú también —añadió Sandra.

—Lo estaba —reconoció Jukka—, pero ya sabes que no siempre se obtiene lo que uno quiere. Las más de las veces porque no se sabe cómo obtenerlo por fácil que sea. Ahora no creo que todo eso tenga mucha importancia.

—Para mí sí —dijo Sandra secamente—. Jukka, tengo que decirte algo. No me encaja lo del atropello.

Sandra iba a comentarle con más detalle lo que había comenzado a decir cuando llegó el padre de ésta acompañado de Leopoldo, el cual se plantó delante de Jukka con gesto amenazador.

—Señor Lehto —comenzó a decir Melero—, accedí a la petición de Lorena porque no sabía muy bien sus motivos. Sospechaba algo, pues no es normal que una chica como ella tuviera tanto interés en

su profesor —dijo la palabra profesor con desprecio—. Accedí a que hablara con ella porque parecía que eso iba a darle algo más de tiempo y pensé, la esperanza es un sentimiento muy fuerte, que iba a recuperarse. Pero mis temores se hicieron realidad. Usted no es más que un depravado. No sé cómo me contengo y no lo llevo ante las autoridades, quizás porque Sandra me dice que estoy equivocado. Tengo que creerla porque es mi hija. Pero desconfío. Si me da la más mínima oportunidad le aseguro que pagará por lo que ha hecho. Ya me ha costado una hija. Deje en paz a la que me queda. No se acerque. Ni se le ocurra llamarla ni tener cualquier tipo de contacto con ella. Desaparezca de nuestras vidas.

Dicho esto, Melero pasó un brazo por los hombros de Sandra y comenzó a caminar con ella en dirección a donde se encontraba el resto de familiares y amigos. Sandra se volvió buscando a Jukka con la mirada, luego bajó la vista al suelo y abrazándose a su padre continuó el camino.

—¡Sandra! —gritó haciendo que ella se volviera—. ¡Busca! ¡Encuentra lo que buscas! ¡Se justa!

Leopoldo, que estaba delante de Jukka, lo miró con desafío. «Y este ¿qué rayos quiere de mí? ¡Absurdo!», pensó Jukka. Apartó a Leopoldo con un leve movimiento de la mano y se dirigió a su coche. Se metió dentro y arrancó. Aceleró y salió en dirección a la autovía. Llegó a una bifurcación y detuvo el coche. Miró. Hacia la izquierda estaba señalizado Madrid, y más allá seguía el camino hasta Burgos. Hacia la derecha indicaba Alicante. Estaba dudando. Quería volver a su rutina, pero dudaba. No pudo pensar más, sonó el claxon de un vehículo que estaba detrás del suyo, miró por el retrovisor y haciendo una seña de disculpa puso el intermitente a la derecha.

Jukka estacionó el coche en uno de los aparcamientos de la playa del Saladar. Justo donde aquel día había dado la clase a sus alumnos. Caminó por la arena y se dirigió hasta la orilla. Se quitó las botas, se sentó y comenzó a mirar al horizonte. Como esperaba, con la cadencia habitual, comenzaron a sobrevolar el mar y la playa con un ensordecedor estruendo aviones procedentes de lugares tan distantes como Londres, Oslo, Dusseldorf, Eindhoven o París.

Sentía en su rostro la suave brisa de levante que soplaba llevando el olor del Mediterráneo hasta su nariz, aunque no podía oler bien. Le molestaba la fractura. Sintió no obstante el acre sabor del salitre que flotaba en el ambiente. Las pequeñas olas del mar chocaban contra la arena al llegar a la orilla y alguna de ellas subía más que las demás. Estas eran las que mojaban los pies de Jukka,

quien se estremecía al sentir el frescor del agua. Recordó el episodio con Lorena en esta playa y todo el caos que había generado. Sacó la cartera de su bolsillo y rebuscó algo. Una foto que mostraba alguna señal de deterioro, pero no demasiado ya que tenía unos dos años de antigüedad. En la foto se veía a Lorena caminando por la playa. Vestida con unos vaqueros desgastados, una cazadora de cuero tipo aviador y un shemagh enrollado en torno al cuello. Su melena revoloteaba en torno a ella agitada por el viento que hacía ese día. Con su mano intentaba ordenar el pelo. Se apreciaba una mirada melancólica en dirección contraria a la persona que había tomado la foto, que desde luego no había sido Jukka, sino una compañera de Lorena. La dirección de la mirada sí que se dirigía hacia donde ese día se encontraba él. Estuvo observando la foto durante un rato. En silencio, sin pensar en nada.

Sonó el móvil. Era, de nuevo, Arantxa.

—Hola Arantxa —contestó.

—Hola Jukka. Arturo me ha dicho que has perdido a alguien… ¡Hostia tío! Lo siento. ¿Cómo estás?

—Pues… confuso. Sí. Esa es la palabra.

Jukka no prestó atención a lo que comenzó a decirle Arantxa acerca de la amistad, de contarle sus problemas, que podía contar con ella, que la avisara en cuanto llegara a Burgos, que lo invitaba a comer. Palabras y frases que no escuchaba. Jukka se puso en pie. Sin cortar la llamada, cogió el móvil, lo miró, echó el brazo hacia atrás buscando conseguir impulso y lo lanzó con toda la fuerza que pudo hacia el mar. El móvil desapareció unos cuantos metros más adelante, y como para sentenciar su desaparición una ola pasó por encima del lugar donde acababa de hundirse.

Jukka se dirigió al coche. Su calzó las botas, arrancó, puso la radio e inició su camino.

4

Septiembre era un mes que siempre le había gustado a Jukka. Sobre todo, en la playa. Los turistas se habían ido, los niños comenzaban la rutina del colegio, las noches eran más frescas y las tormentas de la última etapa del verano solían desplegar una variedad cromática y sonora que le fascinaba. El cielo era capaz de albergar al mismo tiempo gamas de grises y morados que pugnaban por desgajar el omnipresente azul celeste. Cuando había tormenta la visión de los rayos y el estruendo de los truenos le causaban una placentera sensación de finitud.

Como era habitual, llegó a su piso a media tarde. Dejó la mochila del trabajo en el salón y encendió el portátil que tenía sobre la mesa. El contenido de su portátil era espartano. Navegador, un procesador de textos, hoja de cálculo y un rudimentario procesador de imágenes para ver las fotografías que debía adjuntar en cada informe trimestral. Lo mismo ocurría con su perfil de navegación en internet. Cuenta de correo, en donde se almacenaban los correos que recibía de la empresa con información y noticias de última hora de parte de la supervisora y spam que prometía sueldos millonarios, fármacos capaces de transformar la potencia sexual hasta límites épicos, premios ganados sin haber participado en concurso alguno y mil argucias publicitarias. También tenía almacenado en favoritos una web de música que solía emplear para pasar las horas y su acceso al foro El Gran Capitán, único lujo que se permitía, ya que había decidido olvidar todo lo referido con el cine. La historia militar le pareció una buena opción y encontró ese foro nada más teclear en el buscador de Google “historia militar”. Se sentía a gusto leyendo comentarios y viendo fotos y láminas de soldados, batallas y equipo militar de todas las épocas. Incluso se había atrevido a crear su cuenta con avatar incluido: Lehto68.

Este día, como cualquier otro, abrió la pestaña de favoritos y

seleccionó Grooveshark. Una vez dentro de la web, buscó el canal de chill out y comenzó a sonar una selección de música relajante. Fue al baño y se duchó. Luego, tras vestirse con un raído pantalón de corte militar y una camiseta de manga larga, cogió una cerveza de la nevera, la abrió y salió a la terraza. Contempló el horizonte, el reflejo anaranjado de un sol que precedía al otoño; se deleitó con el olor del salitre y la calma que flotaba en el ambiente. Bebió a pequeños tragos y apoyado en la barandilla recordó como había ido la jornada para poder rellenar el informe diario de trabajo antes de mandarlo a la supervisora. Sin saber porqué, ese día hizo un recorrido rápido por sus últimos años.

Habían pasado cuatro años y la nueva vida que había elegido Jukka le satisfacía enormemente. Cierto era que en ocasiones recordaba la sorpresa que causó cuando nada más regresar a Burgos entregó su carta de renuncia. Eligió además un viernes para no tener que dar mayores explicaciones ni encontrarse con más gente de la deseada. Desde luego esquivó a Arantxa quien insistía en verlo y le saturaba el correo electrónico con mensajes de apoyo.

Regresó a Alicante tal y como se fue. Con un par de maletas y varias cajas de libros. Se instaló en un apartamento que había pertenecido a sus padres y que estaba desocupado desde hacía años. Un pequeño espacio donde poder vivir sin más pretensión que pasar desapercibido el resto de sus días. Algo que parecía ser factible teniendo en cuenta que su apartamento formaba parte de un gran bloque de doscientas viviendas situado en segunda línea de la playa. La altura de su piso, una planta diecisiete, le permitía tener una privilegiada vista de la playa y de los bloques colindantes. La urbanización tenía piscina, pistas deportivas, club social, árboles; en definitiva, lugares donde poder pasar el tiempo. Su piso era discreto. Nada más salir del ascensor había un pasillo exterior que comunicaba las diferentes puertas de los apartamentos, que estaba señalados por medio de letras. Desde la A hasta la F. El suyo era la letra E. El modelo más pequeño que hizo la constructora a finales de los ya lejanos años 70. Como todos, el piso estaba orientado hacia levante.

La puerta de su apartamento daba acceso a un pasillo en forma de ele en torno al cual se iban distribuyendo los diferentes espacios del piso. Apenas se entraba estaba el cuarto de baño. Frente a la puerta de entrada estaba el dormitorio principal, con salida a una terraza de unos siete metros. Siguiendo el pasillo a la izquierda una pequeña habitación con una ventana estrecha en el tercio superior

de la pared. La recordaba con cariño pues fue su habitación desde la infancia hasta los primeros años de juventud momento en que marchó a estudiar fuera de Alicante. No obstante, la puerta siempre la tenía cerrada. En cuatro años no había entrado. Frente a esta habitación estaba el salón. Amplio, luminoso y, de la misma manera que el dormitorio, con acceso a la terraza. Al final del pasillo y junto a la pequeña habitación, estaba la cocina con orientación a poniente.

Jukka se instaló en pocos días. Días de trámites para darse de alta en los servicios básicos y que le sirvieron para mantener la mente ocupada. Su siguiente prioridad fue cambiar el mobiliario pues parecía más un museo de los años ochenta que un piso del siglo veintiuno. Donó todos los muebles a una ONG que trabajaba con exdrogadictos en un programa de restauración y venta de muebles. Trajo los suyos del piso en donde vivía en Burgos y completó con alguna oferta de las tiendas locales.

No olvidó lo más importante: el trabajo. Jukka, había estado trabajando en la enseñanza desde que terminó sus estudios. Veinte años trabajando en aulas. No tenía pensado muy bien que buscar. Tampoco es que hubiera una gran oferta laboral. Crisis. Paro. Pensó en algún momento que había cometido una especie de suicidio al largarse de un trabajo más o menos seguro, pero lo que andaba buscando no lo iba a tener. Estuvo barajando sus posibilidades y su memoria le llevó a una persona de la que tenía un buen recuerdo: Elisa Alonso.

Elisa había sido su primera jefa. Era la directora de un centro de formación de azafatas de vuelo —tripulantes de cabina de pasajeros como aprendió a decir correctamente Jukka en aquellos años— y de congresos. Cuando lo seleccionaron para trabajar allí le resultó de lo más extraño «¿Qué voy a enseñar a las azafatas?» se preguntaba. La respuesta vino enseguida: Historia del Arte. Jukka siempre recordó este trabajo con cariño. La academia en cuestión estaba ubicada en un entresuelo. Con gran acierto se habían instalado cuatro aulas y tres despachos además de una minúscula recepción en un espacio de cerca de noventa metros cuadrados.

Fue una buena época y comenzó a curtirse en las maneras de enseñar, de evaluar, corregir, y algo muy importante a lidiar con las exigencias de una empresa. Recordó que el día que abandonó aquel puesto de trabajo, un caluroso día de mayo de 1999, Elisa se mostró muy comprensiva, sentía tener que prescindir de Jukka pues sus clases gustaban, pero él había decidido emprender una nueva faceta en su vida. También Elisa le había dicho que el día que volviera, si

necesitaba algo que la llamara. Que nunca dudara en pedirle ayuda si tenía algún problema.

«Diez años es mucho tiempo» había pensado Jukka antes de llamar por teléfono a Elisa, pero para su sorpresa, ella se alegró mucho de escucharlo. Tras las típicas palabras de saludo, quedaron en verse en el centro de la ciudad, en una cafetería que estaba enfrente de la academia que aún funcionaba. Jukka llegó pronto. Elisa llegó a la hora en punto. Jukka admiró de nuevo el estilo y elegancia de Elisa, quien seguía teniendo el porte atractivo de tiempo atrás. «Aunque el exceso de maquillaje y el tinte del pelo ayudan» se dijo a sí mismo. Estuvieron hablando. Jukka hizo una especie de recorrido vital de sus últimos años en apenas media hora, hasta que llegó al punto principal. La necesidad de tener un trabajo. A su edad y en la coyuntura de crisis por la que se estaba pasando no aventuraba ninguna perspectiva de éxito. Pero para su sorpresa, Elisa tuvo solución. Le comentó que su hermano tenía una empresa, llamada Gestión General —bromeó con el nombre indicando que lo mismo servía para gestionar un supermercado que para gestionar una fábrica de calzado— en la que seguro podría encontrar algo para él. El resto de la conversación transcurrió en torno a una interminable taza de café, recordando experiencias de los años en los que Jukka fue profesor en aquella academia. Días después Jukka entraba a formar parte de la empresa Gestión General, en un puesto de trabajo nuevo para él consistente en supervisar el posicionamiento de los productos de una multinacional, que estaba presente en el sector de la alimentación y los productos de droguería, así como la correcta aplicación de las ofertas que dicha empresa implementaba para tratar de fomentar el consumo de sus marcas y salvar el escollo de la crisis.

Jukka tenía una lista de cuarenta y cinco supermercados que debía visitar a lo largo del mes, semana a semana, día a día, en las comarcas de l'Alacantí, la Marina Baixa y la Marina Alta. Desde El Campello hasta Denia, realizaba una ruta siguiendo el litoral revisando productos, anotando, hablando con los encargados, llevando nuevas promociones —vales de descuento, camisetas, balones de playa, material escolar, o "ilusión para los menos favorecidos" en época navideña, es decir: la típica campaña por la que la empresa donaba un euro por cada compra de determinado detergente— y tratando de resaltar los productos y marcas de la multinacional colocando coloridos y vistosos poster en las entradas de las tiendas, stopper en los lineales donde estaban los productos, expositores de cartón e incluso algún hinchable con forma de

botella de champú. Por este motivo había cambiado de coche, ya que necesitaba más espacio para llevar todo perfectamente organizado en cajas. Debía efectuar dos visitas al mes, una por quincena. La primera de ellas siempre para implantar la oferta, la segunda para reforzarla y comprobar el grado de aceptación por parte de los consumidores.

El cómo y cuándo hacía las visitas estaba en manos de cada empleado. De manera que Jukka había organizado las visitas de tal manera que le permitían disfrutar de algunos días libres al mes. Planificó siete rutas que visitaba en los primeros días del mes, de lunes a viernes. Dejaba un día libre en medio y luego volvía a empezar la segunda ronda de visitas. De este modo al final del mes tenía a su disposición unos tres o cuatro días libres, sin contar con el destinado al curso de formación.

La manera en cómo se había organizado las rutas despertó el recelo de la coordinadora de zona, pero los directivos de la multinacional no pusieron reparos, entre otras cosas por mediación del hermano de Elisa. No sólo contaba el hecho de tener "padrino", sino que Jukka era eficaz en su trabajo y prueba de ello eran los numerosos incentivos que recibía a final de mes en forma de sobresueldo.

Cuando inició este trabajo, Jukka tuvo la incertidumbre de si con el sueldo podría vivir sin apreturas. Pero para su sorpresa, el sueldo de promotor era bastante más alto que el que había percibido como profesor de universidad. Si a ello se le unían los incentivos que solía recibir había meses que realmente eran muy beneficiosos. Jukka no tenía mayores gastos. Recibos de consumos por servicios de luz, agua, gas, teléfono; el gasto de la comida personal, que se reducía a desayunos y cenas. El único lujo la cerveza que consumía cada noche antes de dormir. La comida principal entraba dentro de los gastos que pagaba la empresa, junto al combustible y el kilometraje. También, cada año, hacía un modesto donativo a una ONG que trabajaba en la India.

Terminó la cerveza y se preparó unos fideos instantáneos. Mientras lo hacía se dedicó a repasar las anotaciones del día para rellenar los informes de visitas que debía remitir al final de cada jornada. Una rutina cómoda de realizar, sin mayor esfuerzo. Decidió acostarse pronto ya que al día siguiente iba a realizar la ruta de Calpe. Mientras daba vueltas en la cama, intentando conciliar el sueño —llevaba cuatro años con un trastorno de sueño severo— recordó la sesión del día que acababa de terminar y que, como

sucedía una vez al mes, había consistido en acudir al curso de formación para la campaña mensual. Comenzó a recordar mientras miraba al techo.

El radio despertador había sonado a las siete. Como de costumbre: ducha y aseo personal. Para variar, se vistió un poco más elegante de lo normal. El curso de formación suponía pasar encerrado la mañana entera, junto al resto de comerciales de la zona —que incluía las provincias de Valencia, Murcia y Albacete—, en el salón de convenciones de un hotel. Unas veinte personas a las que se unían los responsables de la empresa de Gestión General y la multinacional estadounidense, Dicker & Stake, de la que dependían los productos.

A Jukka le divertían esas sesiones. Sobre todo, la parte de rolplay en la que debían tratar de convencer a uno de ellos mismos, que asumía el papel de encargado de supermercado y cuya única respuesta era invariablemente negativa, de la pertinencia de implantar la promoción o el producto. Debían ensayar como presentar las promociones, como argumentar frente a una negativa, llevando el final de la conversación a un estandarizado "si aumentan las ventas de este champú —o el producto que fuera— ganamos todos". A media mañana solía haber una pausa para un desayuno que solía consistir en bollería y café.

Ese día, Jukka fue al aseo antes de participar del desayuno. Se estaba lavando las manos cuando entró Peter Wageman, uno de los americanos. Lo saludó con un gesto de la cabeza mientras se secaba las manos en la máquina de aire. Cuando acabó, Wageman se dirigió a él.

—Hola, ¿Jukka? —preguntó con un marcado acento anglosajón.

—Sí, exacto.

—¿Cómo ves la nueva campaña de otoño?

—Bien —contestó con la mayor neutralidad posible, ya que a él no le correspondía juzgar la pertinencia o no de objetivos, estrategias y demás asuntos.

—Perfecto —dijo Wageman sonriendo y mostrando una blanca y cuidada dentadura—. Bueno, oye, necesito pedirte un favor. Me han dicho que eres el encargado de visitar las tiendas de la zona de Calpe, Benissa y Moraira.

—Sí, entre otras.

—Vale, vale, vale. Mira, es que estoy buscando a una persona que conocí hace unos meses. Si no es molestia me gustaría que pasaras a ver si está en la dirección que me dio.

—Ya. Entiendo. ¿Una mujer? ¿Un hombre?

—¡Je, je, je, je! —rio nerviosamente Wageman—. Una mujer desde luego.

—Bien —dijo Jukka encogiéndose de hombros—. Dame los datos y la próxima semana tengo visita por esa zona. Si me das tu número te llamo con lo que averigüe.

—¡Ok, perfecto!

Wageman le dio un papel en el que había garabateado un nombre y una dirección. Sin prestarle mucha atención lo guardó en el bolsillo de la camisa y volvió con el resto de compañeros al curso. Las horas pasaron plomizas. Objetivos, argumentos, materiales nuevos, recordatorio de protocolos para presentar facturas, incidencias, espíritu de equipo. Cuando acabaron a media tarde Jukka volvió a su piso. Preparó el material para el día siguiente, organizó mentalmente su ruta. Cenó. Fideos de sabor incierto. Cerveza en la terraza mirando sin prestar atención alguna al horizonte. Nueva sesión de sueño agitado ante la expectativa de un nuevo día.

5

Le gustaba despertarse temprano y hacer el recorrido pronto. Prefería viajar por la carretera de la costa en lugar de hacerlo por la autopista. La empresa abonaba los desplazamientos por ésta, pero él prefería el viejo camino. Podía deleitarse con el mar, así como con el espectáculo del sol cuando comenzaba a surcar el horizonte para alumbrar un nuevo día. Desde luego había partes del itinerario que eran lentos debido a las curvas y las cuestas, pero así y todo los disfrutaba.

Salió pronto esa mañana, aun era de noche. Condujo por la carretera —una saturada N332— hasta llegar a Benissa, lugar donde empezaba la ruta del día. Allí esperó en una cafetería en la calle Doctor Vicente Buigues, justo enfrente estaba el Super Plus. Desayunó un café con leche y un cruasán. Desde donde estaba sentado observaba el rítmico movimiento de los empleados que estaban dentro del supermercado a través de un gran ventanal. La puerta principal estaba cerrada y ya se empezaban a reunir personas con bolsas y carritos de la compra esperando que a las nueve en punto se levantara la reja metálica. Casi todos eran ancianos. Jukka se deleitaba viendo como cada dos semanas a la misma hora veía las mismas caras, en las mismas actitudes. Una vez dentro los encontraba siempre en los mismos pasillos comprando los mismos productos y llenando los carros con monótona eficacia. Los años de rutina habían producido esta curiosa coreografía. A las nueve en punto la verja se empezó a levantar y los clientes que esperaban fuera iniciaron el ritual de la compra. Jukka pagó su desayuno, salió y se dirigió al supermercado. Una vez dentro saludó a una de las cajeras y preguntó por Vanesa, la encargada. La avisaron por megafonía. Se acercó una chica joven de rostro redondo, con el pelo recogido en una coleta, ojos vivos y amplia sonrisa. Caminaba deprisa y parecía alegrarse de ver a Jukka.

—¡Hola Jukka! ¿Qué me traes esta semana?

—¿Qué tal Vanesa? Pues mira, la promoción del mes es para la

nueva línea de champú Flaw.

—¿El anticaspa o el nuevo?

—El nuevo, Flaw Total.

—Vale. ¡Joder, mira que es bueno!

—¿Ya lo has probado?

—Sí claro. ¿No lo notas?

—Pues no, con esa coleta que llevas…

Vanesa comenzó a reírse y Jukka sonrió. Le encantaban estas conversaciones triviales. Sin mayores razonamientos. Sin segundas lecturas ni cargadas de contenidos. Tampoco tenía que soportar envidias de colegas, ni egos exagerados de recién llegados a una profesión que le quedaba grande, ni intrigas por ocupar un puesto de gestión. En este trabajo cada uno tenía asignada un área y debía cumplir con sus objetivos e incluso superarlos —lo que suponía un incentivo económico— sin pisar a nadie. La competencia, en todo caso, era con otras empresas, otros comerciales y promotores a los que no conocía.

—Si quieres me suelto la coleta —dijo Vanesa sonriendo.

—Anda, déjalo para otro día —bromeó Jukka.

Jukka puso a Vanesa al corriente de la promoción. Debía poner unos stopper en el lineal de los champús para llamar la atención de un posible cliente. A cambio, la encargada del supermercado recibía un talonario de descuentos para cada producto de la empresa. Vanesa aceptó y acompañó a Jukka para seguir charlando con él. Ninguno de los dos tenía interés en el otro más allá de las bromas que gastaba Vanesa. Ella, con veintinueve años, acababa de casarse con el cajero de un banco que estaba al lado del supermercado. Se habían conocido en el bar de enfrente, el mismo donde solía desayunar Jukka. Su carácter extrovertido le hacía bromear y hablar con todos los que entraban en la tienda. Jukka vio que habían retirado una estantería en la zona de los frutos secos.

—Vanesa, ¿hay hueco en ese sitio?

—Sí. Se nos cayó la estantería, se rompió una pieza y la central no nos va a mandar nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo unos expositores montables en el coche. Son para el lavaplatos Etching.

—¡Joder Jukka! ¡No se te escapa una! —dijo riendo—. Venga va, ve por uno y lo pones. Ya sabes. Me dejas la tienda limpia.

—Descuida.

Cuando terminó, se despidió de Vanesa quien estaba hablando con el comercial de una empresa de refrescos. Se dirigió luego al otro supermercado que debía visitar en la misma localidad. La

Botiga “El Saladar”, una pequeña tienda que vendía frutas y verduras pero que de manera inexplicable había aceptado comercializar uno de los productos estrellas de la multinacional americana, el refresco Siberian Fresh. Cuando se lo comunicaron a Jukka no se lo creía. «En el último rincón del mundo y llega este refresco con nombre a Guerra Fría. ¡Alucinante!» fue lo primero que pensó. Pero en efecto, la primera visita que hizo encontró una reluciente nevera, suministrada por la compañía a los clientes selectos, llena de botellas de medio litro de un líquido azul que sabía agradablemente a frutas. Jukka cuando vio por primera vez el refresco tuvo un pensamiento siniestro: «Parece limpia cristales. Lo mismo les da por vender anticongelante y la gente lo consume. Si viene de Estados Unidos por fuerza creen que está bueno». Aunque cuando lo probó, con las reservas de un catador de comidas envenenadas, claudicó: «Está bueno de cojones».

Llegar hasta la tienda solo lo conseguía gracias al navegador, ya que estaba ubicada en una recóndita calle de una abigarrada zona de urbanizaciones. La insistente voz femenina del dispositivo GPS lo iba guiando por la CV—741 en dirección a Benimeit, hasta que lo obligaba a desviarse e introducirse en un camino que no tenía ni clasificación en la nomenclatura de carreteras. Llegaba al camino de Fanadix, confiando en el buen criterio de la máquina, para luego serpentear entre las colinas que se iban acercando a la costa y que habían sido ocupadas por adosados, chalets y algún pequeño edificio. Todo un ejercicio de atención constante a la hora de conducir debido a las cambiantes de rasante y a las pronunciadas curvas que jalonaban el camino. Llegaba a la calle Urbanización San Jaime, pero debía dar unas cuantas vueltas antes de poder aparcar, ya que la zona estaba llena de chalets con la señal de vado en las entradas y el sitio libre escaseaba. Le llamaba la atención el criterio del Ayuntamiento correspondiente, o al menos el del responsable de urbanismo, ya que a la derecha de la calle por la que transitaba las cuatro calles existentes tenía nombres de comunidades autónomas españolas: Catalunya, Castella i Lleó, Asturies y Castilla La Mancha; mientras que a la izquierda parecía que el responsable de nombrar las calles había estado leyendo Las mil y una noches, ya que los nombres eran más exóticos: Larache, Casablanca, Orán, Amman, Bagdad, Basora. Eso, o es que era especialista en Medio Oriente y mundo islámico.

Tras aparcar debajo de la frondosa sombra que proporcionaba un árbol enorme, se dirigió a la Botiga “El Saladar” donde entabló conversación con el dueño. Nada importante. La carestía de la vida,

los impuestos, las facturas, la jubilación que aún tardaría en llegar. Por su parte Jukka escuchaba, asentía, y llegados al incómodo punto del silencio por no saber qué decir. Explicaba la promoción, entregaba el material y poco más. En este caso, además, no había nada que dejar, ya que este mes no había promoción por el refresco. El verano, temporada alta de consumo en la que se entregaron camisetas, gorras y un sorteo —del que no se sabía quien había resultado ganador—, había terminado y esta tienda no tenía ningún otro producto. Jukka se limitó a apuntar que la nevera estaba medio llena y que no había ningún otro producto de la competencia dentro de ella, lo cual era una política que llevaba la compañía a rajatabla. Si se detectaba el empleo de la nevera con otro producto que no fuera el propio automáticamente se retiraba del establecimiento. Jukka se despidió, volvió al coche y marchó al siguiente destino.

Volvió sobre el camino, condujo de nuevo por la N–332 y luego se desvió a la derecha en dirección a Teulada por la CV–740. Llegó a su siguiente visita, de nuevo un Super Plus en la calle Tabarca, pero no encontró al encargado. Avisó al cajero que iba a revisar los productos de Dicker & Stake. El cajero le respondió con una especie de gruñido y un gesto afirmativo. «Como si le digo que vengo a ver una cabra» pensó Jukka. Revisó todo y puso un stopper donde los champús. Salió y se metió en el coche. Condujo a través de la Avenida del Mediterráneo y al final de la misma se desvió a la derecha tomando la CV–743. No le gustaba este tramo del itinerario. La carretera, estrecha, era muy traicionera. Largas rectas y de repente curvas peligrosas a derecha e izquierda, a lo que había que unir cruces, rotondas e intersecciones por las que solían incorporarse los vehículos de manera brusca sin respetar las normas de conducción. Finalmente llegaba a Moraira.

El primero de los supermercados que visitaba estaba cerca de una salida de la CV–743, en la calle Móstoles. Se trataba de un supermercado que ocupaba toda la manzana. En la fachada destacaba un toldo con los colores de la bandera española y un rótulo en letras de molde en el que se podía leer, en letras rojas y amarillas, Super Paco. Construido en los años setenta en un descampado, había resistido el paso del tiempo y en la actualidad había acabado engullido por los bloques de apartamentos que habían proliferado desde los años ochenta en adelante. Por su situación, siempre estaba lleno de gente comprando. A Jukka le constaba, porque se lo habían comentado en un curso de formación, que numerosas empresas del sector habían intentado comprar el local para incorporarlo a su red, incluso una empresa francesa había

llegado a hacer millonarias ofertas en varias ocasiones, pero el dueño no pensaba ni por un momento en desprenderse del negocio. Un dueño, que actuaba de encargado a pie de cañón, con el que Jukka sufría cada vez que visitaba la tienda.

Francisco Ramírez, así se llamaba, era de poca altura, alrededor de un metro sesenta. Tenía la cara cuadrada y apenas le quedaba pelo, el poco que tenía estaba cubierto de canas. De mirada viva, sus ojos verdes brillaban maliciosamente cuando bromeaba. Solía acompañar sus comentarios con una sonrisa burlona y un gesto desconcertante consistente en mirar a los lados, como esperando aprobación a sus palabras. A diferencia de otros encargados, le gustaba recibir a los promotores y comerciales en su despacho. En un espacio de apenas seis metros cuadrados tenía una mesa de madera de estilo rústico, una silla de director forrada en cuero y una desvencijada silla de comedor, seguramente rescatada de algún contenedor, para las visitas. Sin ventanas, la única corriente de aire que existía era un destartalado ventilador que estaba sujeto a una de las paredes y que apuntaba siempre hacia su sitio, por lo que el aire pasaba sin efecto alguno por encima de la visita que se encontrara con él. Para acabar de rematar la claustrofobia reinante en tan minúsculo despacho, Francisco Ramírez tenía colocado un retrato de Franco en la pared justo encima de su sillón de director. No se trataba de una foto cualquiera. Como el mismo Ramírez recordaba hasta el aburrimiento, se trataba de: “Un auténtico retrato de Jalón Ángel. Francisco Franco en su Cuartel General. Me avisaron a tiempo antes de que lo tiraran a la basura. Estaba en el almacén de la Delegación de Hacienda de Alicante. ¡Tirar a la basura al Generalísimo! ¡Al Caudillo! Así nos va”. Este relato lo hacía invariablemente a cada visita.

No era el único símbolo de aquella infame época. Junto al sillón, Ramírez tenía una bandera del régimen franquista. Una rojigualda con el escudo de la “época más gloriosa” como solía decir Ramírez, es decir, la que terminó con la muerte del caudillo. A Jukka le indignaba ver el águila de San Juan con toda la parafernalia que la acompañaba. El yugo, las flechas, y el lema “una grande y libre” le parecía fuera de lugar en el momento actual en el que se encontraba la sociedad. Pero siempre han existido los nostálgicos. Con Ramírez las conversaciones empezaban siempre de la misma manera, referencias al Generalísimo, la pervivencia del contubernio comunista masónico, la ocasión perdida por los héroes del 23 de febrero. Luego derivaba en la necesidad de mantener la “casta española”. Momento en el que comenzaba a presumir de su mujer

cien por cien española que estaba en casa “ocupándose de la familia como Dios manda”. Le contaba una y otra vez la historia de sus tres hijas, todas con nombres de advocación mariana: Macarena, Lourdes y Rocío; y sus cuatro hijos: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. A lo que Jukka, pacientemente, asentía con una expresión ausente, ya que había escuchado tantas veces la historia que ya no tenía la tentación de reír al escuchar juntos los nombres de evangelistas y vírgenes.

«Cansino», es lo que se repetía Jukka en su interior ante la verborrea nostálgica e irracional de su interlocutor. De modo que su estrategia era escuchar, desconectando lo máximo posible y aprovechar un momento de respiro, para atacar con la última promoción que llevaba. Así hizo ese día y consiguió únicamente colocar los stopper en el lineal de champús.

Medio agotado por haber tenido que aguantar una vez más la conversación con Ramírez, Jukka volvió a su coche y se marchó por la carretera costera que unía Moraira con Calpe. Era un itinerario corto, pero realmente curioso ya que la mayoría de las tiendas, restaurantes e incluso casas que había en los márgenes de la carretera tenían nombres alemanes, holandeses o noruegos. Le hacía sonreír ver en algunos comercios de esta zona carteles escritos a mano, o impresos, estratégicamente colocados en los que se podía leer: “Se habla español”. Era como estar en un mundo paralelo. En realidad, la gran cantidad de ciudadanos europeos instalados en esa zona era abrumadora. Con un predominio de personas mayores, cada vez más se podía ver a familias más jóvenes ocupándose de los negocios. Incluso habían construido colegios especiales donde se educaba según los modelos de sus respectivos países. Un auténtico mosaico de la Europa actual, a la que se estaban incorporando cada vez más rusos y ucranianos.

Atravesó las calles serpenteantes de La Sabatera, cruzó el paso sobre el Barranc Roig y se incorporó a la carretera que unía Teulada con Moraira en un descenso hacia la costa. Un camino que siempre contaba con un volumen de tráfico generoso, aunque, obviamente, en verano era mayor. Las siguientes visitas estaban muy cerca. La primera de ellas un Super Plus en la calle Les Vinyes.

Cuando entró, no pudo hacer más que sonreír al escuchar la música que sonaba por megafonía, un remix tecno de los que le gustaban al encargado:

Azzurro,
Il pomeriggio è troppo azzurro
E lungo per me.

Mi accorgo
Di non avere più risorse
Senza di te

El encargado, Carlos Celdrán, era un tipo joven, rozando la treintena. Era alto y delgado, con un rostro fino y alargado, tenía unos ojos oscuros vivarachos que brillaban alegremente. Celdrán tenía una melena larga y lacia que le llegaba hasta la cintura. Cuando hablaba solía moverse nerviosamente y normalmente concluía sus frases con un "pim—pam, pim—pam" mientras agitaba las manos como si fuera un Dj. Cuando Jukka le pedía permiso para poner algún tipo de promoción él se desentendía con una frase que era su leitmotiv: "eso ya lo han hablado los jefes ¿no? Pues tú a lo tuyo a poner todo y me dejas la tienda bien adornada. ¡Pim—pam, pim—pam!". Tal y como esperaba, dejó las promociones previstas y continuó el recorrido.

La siguiente parada era justo en la perpendicular, la Avenida de la Paz. El supermercado era el William's Market, perteneciente a una pequeña cadena británica que operaba en España. Jukka detestaba las visitas a esta tienda —no por el idioma ya que se defendía en inglés con cierta soltura, aunque la encargada insistía en hablar en español— sino porque ésta, Kathryn Gossiper, llevaba siempre las conversaciones a terrenos personales. Tenía rostro triangular, que llevaba siempre con un exceso de maquillaje, ojos de un azul intenso y cabello tintado en rubio platino, algo entrada en carnes, siempre vestía ropa muy ajustada. Kathryn solía recibir de manera muy educada a Jukka. Apenas él había terminado de explicar cuáles eran promociones y ella había analizado el porcentaje que sobre las ventas tendría resaltar el producto y en consecuencia el aumento de sus ganancias una vez hubiera abonado a los proveedores. Así ocurrió aquel día en el que tras poner la promoción del champú le dejó el talonario de vales.

—Jukka —comenzó a decir ella mientras se esforzaba en hablar español con su acento británico— ¿conoces a algún abogado?

—Pues no. A ninguno. ¿Tienes algún problema? —preguntó con desgana, pues ya sabía que aquello iría a derroteros nada agradables.

—¿Te acuerdas que te dije que había echado a mi novio de casa?

—Sí, recuerdo. Fue en la última visita, hace un mes.

—Bueno, pues volvió a por cosas suyas, pero no quería irse y al final un vecino consiguió echarlo. Me dice que tenga cuidado que me va a pillar por ahí.

—Vamos, que te ha amenazado. ¿Cierto?

—Sí.

—Pues no seas tonta y ve corriendo a la Guardia Civil y lo denuncias.

—Pero si se entera me puede hacer daño.

—¿Prefieres que te de una paliza? ¿O que te mate?

—¿Podrías declarar ante un abogado? —le preguntó directamente mientras Jukka pensaba en la clase de lío que iba a meterse.

—Tú ve a denunciarlo y luego todo se andará —vio que no acababa de entender la expresión—. Si llegado el momento necesitas ayuda me llamas.

—Gracias.

Jukka se despidió. Sabía que algo había de verdad, pero mucho de mentira. Ella tenía antecedentes por consumo de drogas, borracheras y escándalo en la vía pública. Se lo había dicho Celdrán cuando al principio de comenzar en este trabajo Jukka le comentó que le tocaba visitar el supermercado de los ingleses que estaba a la vuelta de la esquina. "¡Ándate con ojo muchacho! —le había dicho —. La inglesa es canela fina para meterse en líos. Borracha y hasta las cejas de farlopa. La han trincado varias veces y a punto de acabar en la trena. ¡Con estos ojitos lo he visto yo!".

Jukka decidió no darle más vueltas al asunto y continuar con su itinerario de visitas. Condujo por la sinuosa carretera de Moraira a Calpe. Era un trayecto plagado de curvas peligrosas en el que Jukka disfrutaba con el cambio de marchas pues le gustaba apurar al máximo antes de entrar en las curvas. Le gustaba sentir como la fuerza centrífuga atraía al coche y parecía arrojarlo al arcén. En ocasiones le daba impresión de que si no mantenía correctamente el control del coche podría acabar zambulléndose en el mar. A mitad de camino paraba obligatoriamente en un supermercado de reciente apertura, el Parduotuve. Era propiedad de Anselm Vagnas, un lituano de mediana edad que acababa de instalarse en Moraira. El negocio lo gestionaba su pareja, Fernando Baradat, al que había conocido mientras este fue a Lituania con una beca Erasmus. Baradat era alto, tanto como Jukka, delgado hasta la exageración. Su rostro escuálido y rectangular quedaba atenuado por unas gafas igualmente rectangulares tras las que se escondían unos ojos marrones que denotaban nerviosismo e inseguridad. Su cabello revuelto aumentaba esta imagen. No obstante, gestionaba el negocio con una meticulosidad excepcional. Cuando en alguna ocasión Jukka le había mencionado a Baradat el orden que llevaba,

pues tenía un registro de cada una de las promociones que había llevado y el tiempo que había estado en vigor, el número de clientes que se habían beneficiado en el caso de descuentos, o el número de balones y camisetas repartidos, éste solo acertaba a decir que quizás por haber empezado a estudiar arquitectura —carrera que no había concluido tras iniciar su relación con Vagnas y su huida a este perdido rincón de la geografía española— concebía todo como una suma de espacios compuestos por elementos ordenados cada uno en su lugar. Aquella mañana, como de costumbre, Baradat no tuvo inconveniente en que Jukka dejara el material de promoción. Una vez terminó, nuevo trayecto en la serpenteante carretera, con algo de calor, con más cansancio. Hasta el siguiente supermercado.

En la Avenida de la Diputación siempre realizaba dos visitas. Una, al Super Plus que gestionaba Cristina Peluispe. Sevillana, de estatura media, rostro redondo con una nariz respingona, ojos avellana y media melena rizada, y que hacía años que se había trasladado a la provincia de Alicante. Cuando se casó. El negocio familiar estaba en plena expansión: materiales de construcción. Pero tras los primeros envites de la crisis, abandonaron todo. Su marido se había montado un negocio al que había puesto nombre anglosajón para darle "mayor presencia e impacto", tal y como le había dicho en una ocasión que coincidieron en el supermercado e intercambiaron tarjetas. Outsourcing. Lo llamativo es que ni él ni su mujer tenían ni idea de inglés. Pero el nombre era pegadizo.

Jukka se desesperaba cuando tenía que visitar este Super Plus. Normalmente las promociones estaban cerradas, puesto que los representantes de ambas empresas las negociaban en la sede de la cadena comercial. Pero Cristina Peluispe parecía gozar haciendo esperar a Jukka y robarle su tiempo. Siempre salía con que tenía que llamar a sus superiores para ver si estaba todo arreglado. Las frases que decía, con un acento cerrado y seco, falto de vida y de gracia, contrariaban a Jukka. Pero no había otra alternativa. Peor le sucedía en la siguiente visita.

Unos metros más adelante estaba una tienda de carácter familiar, La Marina, cuya dueña atendía a la clientela con una mezcla de desprecio y prepotencia. Jukka no se explicaba como Georgia Moreno, que así se llamaba la dueña, no había perdido la clientela. Georgia era de corta estatura, gruesa, pelo castaño y ojos marrones. Tenía un insólito cuello bovino, más ancho que el rostro. Empezaba la jornada —como bien había comprobado Jukka en más de una ocasión— con un generoso trago de una botella de coñac barato que guardaba en el cajón de su mesa. Quizás por el latente

estado etílico en el que se mantenía todo el día o simplemente porque era así, Georgia se decía y desdecía varias veces en una conversación. Lo cual, como puede inferirse, no facilitaba nada el trabajo de sus empleados. Trabajadores que, en número excesivo, deambulaban por el interior del supermercado sin saber muy bien qué hacer; hecho que, además, motivaba las broncas más escandalosas, por inapropiadas, que Jukka había presenciado. El simple hecho de mover una caja o poner una botella con la etiqueta ladeada desplegaba por su parte una serie de insultos y amenazas acompañadas de referencias a sus orígenes en este negocio: "¡Con quince años yo me ganaba el pan vendiendo bacalaos y pescadillas! ¡Así que no te hagas el señorito y pon bien la puta caja de naranjas en su sitio!". Bronca tras bronca había hecho que Jukka tuviera un concepto sobre ella de lo más simple: «Es un ser despreciable». Tan pronto como pudo le dejó la promoción con los vales y se largó a su siguiente cita.

Supercoop, avenida de Europa. La visita más fácil de todas, puesto que tan solo debía dejar el material al cajero o cajera y ellos se encargaban de ponerlo. Normas de la empresa que así había cerrado el trato.

Jukka miró el reloj. Las dos y media. Todas las visitas del día realizadas. «Hora de comer» se dijo mientras se dirigía al restaurante al que solía acudir cuando iba a Calpe: La Barca. Una terraza con vistas al Peñón de Ifach, junto al puerto, en una zona abarrotada de terrazas y restaurantes, donde el olor a fritura de pescado se mezclaba con las voces de los camareros que promocionaban los mejores fritos, las mejores sopas de marisco, las mejores capturas de la bahía para sus propios locales. Un lugar donde perderse entre multitudes de familias inglesas, alemanas, noruegas o rusas que acudían como una plaga de langosta a la hora de la comida. «Como moscas a la mierda» pensaba Jukka en ocasiones.

Conocía todos los restaurantes de la zona del puerto. A él también lo conocían y sabían su rutina. Empezaba en un extremo del paseo e iba cambiando de uno a otro. Prefería esta zona a la de la playa, más saturada y en verano realmente insoportable pues el olor a bronceador y cremas hidratantes se mezclaba con el de la fritanga generando un nauseabundo aroma. De manera habitual, Jukka solía comer una ensalada y pescado. Lubina, salmón, lenguado, merluza. Iba variando según los días. Excepcionalmente se homenajeaba con un arroz a banda, sólo cuando no tenía visitas por la tarde ya que el alioli de la zona contenía una generosa

cantidad de ajo. En esta ocasión ordenó la típica ensalada, salmón con guarnición de verduras al vapor, una cerveza y un botellín de agua. Como ya conocían sus costumbres, el postre lo cambiaba por un café expreso bien cargado. Tras comer le gustaba saborear el café, alargando cada sorbo mientras perdía su mirada en el horizonte azul del Mediterráneo. Momento que solía emplear para reflexionar: «Así he pasado ya los últimos cuatro años. Ya no es que mantenga un perfil bajo, como había tratado de hacer en Burgos, sino directamente ya no tengo perfil. He convertido mi existencia en una rutina predecible. Me gusta. Estoy cómodo».

Cuando hubo terminado, cerca de las cuatro, decidió hacer la visita que le había encargado Wageman. Lo cierto es que desde que le dio el papel con los datos no se había tomado la molestia de mirar el nombre ni de localizar la dirección. Pensaba que una vez que estuviera en Calpe buscaría la calle e iría directamente. Tampoco es que tuviera muchas ganas por lo que había ensayado una especie de excusa más o menos convincente en el sentido de haber pasado por la dirección en una hora en la que no había nadie o que la persona que buscaba acababa de salir y que una vez que había terminado su jornada no tenía más obligación de permanecer en la ciudad. Excusas muy peregrinas.

Leyó los datos camino del coche: «Helena Härma. Dovela Estudio de Arquitectura. Calle Gabriel Miró. ¡Ah, joder! Wageman no ha puesto el número. Me toca recorrer la calle entera… Vale. El móvil». En efecto, buscó en Google y apareció la dirección completa del estudio, así como el teléfono de contacto. Pensó en llamar para contar que iba de parte de Wageman y en caso de recibir una negativa poner rumbo a su casa y descansar. Pero se lo pensó mejor no fuera a preguntarle el americano por el aspecto de la tal Helena Härma y la fastidiara con la respuesta quedando en evidencia. Condujo hasta la calle, aunque al ser en el centro no tuvo fácil aparcar. Finalmente lo consiguió y se dirigió a la dirección. Portal abierto. Entresuelo puerta B. Subió y llamó. Abrió la puerta una mujer de figura esbelta, alta, pelo negro, tez blanca y ojos azules. «Una mirada gélida» pensó Jukka. Se apartó un inoportuno mechón de pelo del rostro y miró a Jukka.

—¿Helena Härma? —preguntó él.

—Sí. ¿Qué quiere?

—Vengo de parte de Peter Wageman.

—Lo siento —dijo ella al tiempo que cerraba la puerta con energía y un atisbo de enfado en el rostro.

Jukka se quedó asombrado y contrariado. Pensó por un instante

que bien podía estar a mitad de camino a su casa, o dando una vuelta por la playa, o mil cosas que estaba tratando de inventarse en ese momento para desahogar su frustración. Optó por lanzar un improperio en finés tratando así de no llamar demasiado la atención.

—Haista vittu! —resonó en el rellano del entresuelo. «¡Qué te follen! Ya es molestia tener que venir a buscar a esta tía para que no haga ni caso» comenzó a pensar mientras comenzaba a bajar la escalera. No oyó como se abría la puerta B ni como Helena se dirigía a él.

—¡Eh, tú! —dijo Helena desde la puerta mientras Jukka se detenía y se giraba para mirar—. Mine vittu!

Se quedaron mirándose fijamente a los ojos. Una especie de duelo esperando la reacción del otro. Jukka fue quien dio el primer paso.

—¿Estonia?

—¿Finlandés? —preguntó ella mientras asentía con la cabeza.

Jukka volvió a subir. Tendió la mano.

—Jukka Lehto, creo que hemos empezado mal.

—Helena Härma, aunque bueno, eso ya lo sabes. Por el imbécil de Wageman.

—Vale. Veo que no lo aprecias. Le diré que no te he encontrado.

—Muchas gracias —dijo ella sonriendo—. Mira, tengo mucho trabajo esta tarde, pero me gustaría que pudiéramos hablar con más calma. ¿Te importa que nos veamos en otro momento?

—No, claro que no. Pero aquí a Calpe vengo una vez al mes.

—Bueno, pues mira te doy mi número de móvil y cuando puedas me llamas y nos vemos.

—De acuerdo. Toma el mío —Jukka apuntó su número en un stopper que tenía en el bolsillo del pantalón. Helena se echó a reír cuando se lo dio.

—¡Qué original!

—Mejor que una tarjeta. Es más visible. Me dedico a esto de las promociones.

—Vale, Jukka Lehto. Nos vemos cuando quieras.

—Perfecto. Ya te llamaré.

Se despidieron y Jukka bajó la escalera. No se dio cuenta de cómo lo miraba Helena. Con curiosidad. Una inquietante curiosidad. Salió a la calle, se metió en su coche, arrancó puso la radio y condujo hasta la Playa de San Juan. «Un merecido descanso» se dijo mientras entraba en el ascensor. No se dio cuenta, pero entró otra persona en el ascensor. Una chica joven, estatura

media, rubia, no pudo verle los ojos ya que llevaba unas gafas de sol. Vestía camiseta ajustada, unos shorts vaqueros y sandalias. Llevaba un voluminoso bolso de tela que se veía cargado.

—¿A qué piso vas? —preguntó cómo era costumbre.

—Diecisiete —respondió ella.

—Vale. Vamos al mismo —dijo Jukka antes de sumergirse en sus pensamientos.

Al llegar y abrirse la puerta, ella tropezó con un vecino que esperaba el ascensor. Dio un traspié y casi cae, pero recuperó el equilibrio y se fue hacia la izquierda por el pasillo que llevaba a las puertas de los apartamentos. Jukka tras saludar al vecino e intercambiar las típicas frases acerca del estado del tiempo, la tranquilidad de la playa en septiembre y algunas cuestiones de la comunidad de vecinos, se dispuso a entrar en su casa. Fue entonces cuando se dio cuenta de algo que había en el suelo. Justo delante de la puerta de los ascensores. Se acercó, lo cogió y se sorprendió al verlo. Un DVD de cine clásico. «Los Nibelungos de Fritz Lang. Edición coleccionista. ¡Joder! Cuánto tiempo sin ver una de estas» se dijo sorprendido. Recordó a la chica que había salido con tanta prisa del ascensor que casi cae. Dedujo que sería de ella, pues el vecino con el que había intercambiado unas palabras no llevaba nada en las manos y, por lo que sabía, su afición era el fútbol. Decidió pues acercarse al apartamento de la chica para preguntar si era suyo el DVD. Recorrió unos pocos metros hasta llegar a la puerta B. No había duda. El apartamento A era el más grande de todos los tipos y pertenecía a una familia de Madrid que venía durante los meses de junio a agosto. El C y el D eran propiedad de un rico industrial de la provincia que pasaba largas temporadas en Suecia. Solo quedaba el B. Llamó al timbre y esperó. Nada. Sin respuesta. Volvió a llamar con el mismo resultado. Jukka no quiso ser pesado. Pensó que a lo mejor la vecina estaba ocupada y no podía abrir. Sabiendo donde vivía ya pasaría a ver si el DVD era suyo. Volvió a su piso. Se dio una ducha. Preparó unos fideos, los comió mientras rellenaba el informe online de la jornada del día. Salió a la terraza con una cerveza bien fría. Apoyado en la barandilla observaba como anochecía. El azul grisáceo de última hora de la tarde fue cambiando a morados y finalmente azul oscuro intenso y negro. En el horizonte las luces de las estrellas comenzaron a confundirse en las luces de los barcos de pesca que acudían cada noche a la bahía. El olor a salitre, llevado por una sueva brisa, llegaba hasta la terraza acompañado del tenue ruido de las olas que se fundía en una melodía de frecuencias con el canto de

los grillos. Jukka miraba al horizonte. Sin moverse, sin pensar en nada más que en esa línea inalcanzable.

6

Nuevo día de rutina. La ruta más lejana al límite de la provincia. En esta Jukka prefería comenzarla en orden ascendente siguiendo en primer lugar la eterna N–332. Gata de Gorgos, Ondara y El Verger. Desde ahí luego continuaba por la CV–723 hasta Denia. Cuando hacía esta ruta, en lugar de volver a la carretera nacional prefería seguir el camino de la costa que unía Denia a Xábia, atravesando el parque natural del Montgó. Salía de Xábia a lo largo de la carretera del cabo la Nao en dirección a Portitxol, seguir a continuación por la carretera de la Granadella, el camí Vell del Morro del Castell, serpentear por las calles de Cumbre del Sol y finalmente enlazar con la carretera de Moraira a Teulada y de ahí seguir por el camino a Calpe. Solía llegar a tiempo de comer en uno de sus habituales restaurantes.

Lo que se salía de la rutina ese día fue que nada más empezar el recorrido recibió un mensaje en el móvil de parte de Prisca Blanco, la supervisora de la zona, quien una vez al mes acompañaba a los promotores para ver in situ como aplicaban las promociones, como desarrollaban el argumentario que la empresa les explicaba durante el curso de formación mensual. También tomaba nota del tiempo que se empleaba en cada visita, la distancia recorrida optimizando el tiempo y ajustando el kilometraje ya que la empresa corría con los gastos de desplazamiento.

Prisca era de estatura media, escuálida, con un eterno corte de pelo estilo masculino, gafas redondas y profundos ojos negros. Oriunda de Porcuna, su acento jienense estaba cargado de resentimiento. En una ocasión un compañero le contó a Jukka que Prisca se fugó cuando era joven del pueblo debido a que su familia la había comprometido en nupcias con un señorito del lugar. Una manera de medrar en la escala social a costa de la voluntad ajena. Tras recorrer media España llegó a Alicante donde finalmente se instaló. Los infortunios del pasado habían conformado a una

persona engreída, de ego desarrollado hasta el absurdo y con una fijación constante por humillar a sus empleados por los detalles más insignificantes. A Jukka no le caía bien, pero era parte de la cúpula directiva y no había más remedio que aguantar sus reniegos. Esa mañana, pues, no había más remedio que aguantar la compañía de Prisca. Lo único positivo era que no iba a efectuar todo el itinerario, por cuestiones de agenda, tan solo estaría con Jukka en Denia.

La visita a los supermercados de Denia fue bien hasta que llegaron a un Super Plus que se encontraba en el Camí de Sant Joan, ya a las afueras de la ciudad. El encargado, Rodrigo Arnaiz, apenas llevaba un mes y medio en su puesto y no conocía al detalle las dinámicas de promociones. Acababa de incorporarse a este trabajo y no estaba acostumbrado a la dinámica del mismo. Tampoco tenía desarrollado el sentido del humor por lo que los diálogos eran de una sequedad y frialdad absoluta. En las dos ocasiones que Jukka había visitado el supermercado había tenido que recordarle que la tienda no era suya sino de la empresa y que si sus jefes habían accedido a que se implementara la promoción él tenía que indicarle donde estaban los productos y proporcionarle un lugar para materiales de merchandising. Nada más. Normalmente esas conversaciones acababan en llamadas telefónicas que Arnáiz hacía a sus superiores y que terminaban con él volviendo cabizbajo e indicando con mirada bovina dónde tenía espacio para un expositor, o para las camisetas y balones. «Espero que hoy el bobalicón este no me entretenga y no me haga ni perder tiempo ni quedar mal delante de Prisca» pensó Jukka. Pero como temía, Rodrigo se enzarzó en una discusión sin sentido acerca del espacio disponible, del agravio que suponía para otras marcas que los productos de Stake emplearan reclamos más vistosos en el punto de venta. Intento de razonamientos acompañados de gestos y actitudes simplonas. Jukka, interrumpió y con tono exasperado dijo lo que tantas veces había repetido: “¿Pero no te enteras que la tienda no es tuya? Si tus jefes ya han cerrado este trato pues lo aceptas y punto. O te cambias de curro, que hay gente más despierta esperando para trabajar”. Acabó de decir la frase mirando de reojo a Prisca que tomaba notas en su libreta con gesto de comisario político. Rodrigo murmulló algo incomprensible y dejó que Jukka hiciera su trabajo, seguido por Prisca.

Al salir de la tienda, empezó la reprimenda. Los transeúntes se quedaban atónitos al ver como Prisca recriminaba con voz agitada el comportamiento de Jukka. Que si no había tenido respeto, que si había sido prepotente, que si las formas una y otra vez, que si esto y

lo otro. Hasta salió la manera en la que conducía. Jukka optó por murmullar un "lo siento no ocurrirá más" para poder seguir con las visitas y salir de Denia cuanto antes, lo que significaba perder de vista a Prisca. Poco le importaba el informe que mandara a los jefes superiores.

El resto de visitas, un par de Super Plus y una tienda independiente. Sin mayor problema en ninguna supuso que pudiera terminar la ruta. Se despidió de Prisca, quien le recordó una vez más lo importante de la profesionalidad, del comportamiento impecable e impoluto en el trabajo antes de dejarlo.

Jukka llegó a Calpe para la hora de la comida. Se dirigió al restaurante que le correspondía ese día para comer. Sentía una sensación agridulce tras la jornada de hoy. Contaba con que Prisca le echaría alguna bronca para no perder la costumbre. Pero no se esperaba que fuera por una tontada que encima era responsabilidad de otra persona. «Este Rodrigo es un imbécil. A ver si algún día aprender a hacer su trabajo y no jode a los demás. Malabarista, es lo que es. Un malabarista».

Pensamientos que iba desgranando mientras comía su ensalada y un filete de lubina a la plancha. Cerveza, agua con gas, y café en lugar de postre. Pensamientos que se retiraron paulatinamente al empezar a observar a una pareja que llegó y se sentó en la mesa que estaba justo delante de la suya. Eran ya de cierta edad, entrados en los sesenta. Ella era gruesa. Con pelo canoso rizado. Vestía un pantalón de chándal y una blusa floreada. Gafas de sol oscuras. Él, de apenas metro sesenta, tenía pelo engominado hacia atrás. Canoso. Vestía vaqueros ajustados y camisa negra remangada sobre unos brazos fibrosos y tostados por el sol. Destacaba un viejo tatuaje de un ancla y un nombre que Jukka no apreciaba a leer desde donde estaba. La camisa abierta hasta el cuarto botón dejaba ver una gruesa cadena de oro de la que pendía un grueso crucifijo. Apenas intercambiaron unas palabras entre ellos cuando llegó el camarero. Sin hablar nada se tomaron una crema de bogavante y luego, cuando les trajeron una enorme mariscada, cada uno, con matemática precisión fueron pelando gambas y langostinos. Tenían el ritmo propio de una máquina. En el centro, un centollo esperaba su turno. Fue el hombre quien empezó a manipularlo y a extraer la carne que le iba pasando a su mujer. Un trozo para ella otro para él. «El sentido del amor. A eso se reduce», pensó Jukka.

Mientras apuraba su café mirando al mar pensó en llamar a Helena, pero no insistió mucho en ese pensamiento. Pensó que lo mejor era hablar con Wageman esa misma tarde y decirle que había

encontrado a la mujer y que ella ya le llamaría. Esa sí que era una manera inteligente de quitarse el tema de encima.

El regreso hasta su piso fue complicado debido a una retención por obras en Altea. Si bien esta circunstancia le regaló un momento desconcertante cuando en pleno atasco, con el carril lleno de vehículos detenidos, el conductor que iba delante bajó de su coche, abrió el maletero y sacó una cerveza de una nevera portátil. El mismo conductor le hizo a Jukka el gesto de compartirla a lo que amablemente renunció. «¡Qué cosas!» pensó. Cuando llegó, tras una ducha necesaria, se percató del DVD que había encontrado el día anterior y que había dejado en la mesa del salón, junto al portátil. Volvió a mirar la carátula y esbozó una media sonrisa. Decidió acercarse de nuevo a intentar devolver la película a la vecina. Salió. Llamó a la puerta y escuchó pasos. Se dio cuenta que lo observaban por la mirilla, aunque no abrían la puerta. Puso el DVD delante para que lo vieran al otro lado. Se escuchó el ruido de un par de cerrojos descorriéndose. Finalmente, una cabeza se asomó cautelosamente. Jukka se encontró con unos marrones que le miraban con curiosidad. Una melena rubia platino, un rostro ovalado, de piel muy blanca, en el que llamaban la atención unos labios puntiagudos pintados de rojo intenso. Una nariz ligeramente respingona completaba lo que podía ver. El cuerpo se cobijaba detrás de la puerta como si fuera un escudo y temiendo a algo desconocido.

—Hola buenas tardes —comenzó a decir Jukka educadamente —, soy el vecino del apartamento de al lado, bueno, de la letra E.

—¿Sí? —dijo la chica con curiosidad aferrándose a la puerta con más intensidad.

—No sé si te acordarás, pero ayer coincidimos en el ascensor y al salir se te debió de caer esto —Jukka le alargó el DVD—. Vine enseguida, pero debías estar ocupada. Hoy he venido en cuanto he llegado del trabajo.

—Gracias —dijo ella.

—Buena película, por cierto —añadió él, aunque se dio cuenta de que la chica no tenía ganas de conversación—. Bien, que la disfrutes. Hasta luego.

Jukka volvió a su piso sin dejar de pensar en la frialdad y falta de interés demostrado por la dueña del DVD. «En fin, todos tenemos rarezas» esbozó mentalmente mientras llegaba a su apartamento. Encendió el ordenador, buscó la plantilla de documento para el informe del día. Se preparó unos fideos como cada día. Al abrir el correo para enviar el informe se llevó una sorpresa. En la bandeja de entrada, junto a la publicidad de siempre, había una notificación

de Facebook: Helena Härma le solicitaba amistad.

Recordó que hacía cuatro años que no lo usaba. No es que fuera un fan de las redes sociales, pero lo empleaba para comprobar el impacto que tenían las prácticas de sus alumnos ya que les pedía que estrenaran los cortos que realizaba. Algunos alumnos abusaban de este método y lo buscaban cuando se conectaba para preguntarle asuntos relacionados con las asignaturas, las prácticas, las calificaciones, o simplemente para chatear sobre música o cine. Otros colegas directamente facilitaban sus números de móvil para que los llamaran o les enviaran mensajes. Pero Jukka prefería este método. En ocasiones si notaba que empezaban a ponerse pesados con las conversaciones y las preguntas, o si detectaba que se entraba en una especie de bucle irracional o si alguien empezaba una especie de tonteo virtual desconectaba rápidamente; pero las más de las veces sí que empleaba horas para hablar, compartir videos y referencias a películas de cierto interés. Pero hacía cuatro años que había borrado todos sus contactos, toda su información. No tenía explicación a porque no desactivó la cuenta. Quizás debería haberlo hecho. O quizás no. El caso es que tenía una solicitud de amistad de alguien que acababa de conocer. Jukka entró en Facebook con cierto temor. No tenía ningún mensaje ni foto ni absolutamente nada. Buscó el perfil de Helena antes de decidirse a aceptar la solicitud de amistad. Había unas cuantas fotos en las que aparecía visitando monumentos, comprando libros, y unas cuantas fotos de unos planos arquitectónicos. Revisó los amigos que tenía Helena y se trataba de personas con intereses semejantes. Animado por lo que había visto le dio a aceptar la solicitud de amistad. Automáticamente apareció en la columna derecha, habilitada para el chat, la minúscula imagen de Helena. Indicaba que hacía una hora que se había conectado. En algún momento coincidirían.

Estaba a punto de empezar a comer sus fideos cuando sonó el timbre. No esperaba a nadie. Cuando abrió se encontró a la vecina, la chica del DVD. Se quedó asombrado, entre otras cosas porque ahora pudo ver con detalle que era bastante joven. Apenas veinticinco o veintiséis años. Un metro setenta y cinco calculó Jukka. Los labios armoniosos estaban sin el carmín rojo que los cubría cuando fue a verla antes. Vestía una camiseta morada de manga corta, muy ajustada marcando unos senos pequeños; mallas deportivas ajustadas a unas piernas de contorno perfecto.

—Hola —dijo ella sonriendo y con un marcado acento extranjero que a Jukka le sonó a eslavo.

—Hola —replicó Jukka apartándose un mechón de pelo de la cara.

—Soy la vecina del B. ¿Te acuerdas?

—Claro, hace un rato he ido a llevarte un DVD.

—Es que siento haber sido tan… ¿cómo se dice? ¿Fría?

—No pasa nada.

—Jana —dijo ella alargando la mano— Me llamo Jana Navratilova.

—Encantado. Jukka Lehto —dijo el estrechándole la mano mientras añadía—. Como la tenista. Navratilova. Y con el sonido de nuestra jota.

Jana rio la ocurrencia de Jukka. Sus ojos se iluminaron y su rostro se enrojeció.

—Pues… —dijo Jukka para intentar alargar la conversación, pero fue interrumpido por Jana.

—Jukka. Quería agradecerte lo del DVD. Lo daba por perdido. Si te apetece puedes venir a mi casa y tomamos algo.

—No quiero molestar —dijo él mientras pensaba en que era una manera muy original de agradecer la devolución del DVD.

—En absoluto —replicó Jana—. Es más, insisto.

Fue ahora Jukka el que rio la ocurrencia. Asintió y le pidió un par de minutos para cambiarse mientras ella volvió a su piso. Cuando Jukka llegó, Jana lo invitó a pasar a su vivienda. Lo poco que vio le recordó a su propio apartamento, pero un poco más grande. Sobre todo, la cocina ya que tenía una galería que daba al pasillo exterior. El salón tenía las mismas dimensiones y junto a él estaba el dormitorio principal, lo que sabía por haber visitado hace años un piso similar. El resto de la casa no lo vio, pero sabía cómo era: un dormitorio de tamaño medio y un baño completo. Como en todos los apartamentos, salón y dormitorio principal tenían acceso a la terraza que tenía la misma longitud que la de su piso. Cuando entró Jana lo hizo pasar al salón. Tenía muebles muy sencillos. «Catálogo Ikea» pensó Jukka. Dos sofás de tres y dos plazas, mesa auxiliar, mesa de comedor y cuatro sillas con tapizado azul a juego con los sofás. Mueble modular de color cerezo, en el que destacaba una televisión de plasma, un DVD y sistema de sonido multicanal. En las estanterías había unas cuantas películas. Esto llamó la atención de Jukka quien de reojo intentó leer los títulos. La voz de Jana llamándolo a la terraza le sacó de esta acción. En la terraza había una tumbona, una mesa de plástico de color verde y dos sillas a juego. Varias plantas daban algo de colorido a las toscas paredes descoloridas.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Jana.

—Si tienes una cerveza estaría bien —dijo Jukka con total confianza.

—Vale —Jana entró y hasta la terraza llegó el ruido de la nevera al abrirse y el tintineo de unas botellas de cristal. Regresó con dos botellines de tercio.

—Gracias —dijo Jukka y bebió el primer sorbo—. No te había visto antes por aquí.

—Pues llevo desde mayo en el piso. Yo tampoco te había visto.

—Debemos tener horarios diferentes, obviamente —Jukka bebió de nuevo— De modo que eres ¿checa?

—Sí —respondió ella bebiendo de su botella—. De una pequeña ciudad a unos ochenta y cinco kilómetros de Praga. Jičín. No te sonará.

—¡Ah, sí! ¡Claro que sí! Está en la zona del Paraíso Bohemio —dijo Jukka con expresión segura ante la mirada desconcertada de Jana.

—¿Lo conoces? ¿De verdad?

—Ya te digo. El castillo Trosky, el valle que hay a sus pies, el bosque que hay en las laderas del castillo. Sí lo conozco.

—¿Y eso a que se debe? —preguntó Jana con interés.

—Cosas del pasado —respondió apesadumbrado Jukka—. No es algo que me apetezca recordar.

—Vale.

—Y tú, Jana. ¿Cómo es que hablas español tan bien?

—Como tú ¿no? No eres español ¿no?

—Sí lo soy. Es una larga historia familiar. Mi abuelo vino de Finlandia a España a mediados de los años 40. Una historia aburrida.

—Vale —Jana bebió y comenzó a mirar el horizonte. Las primeras sombras de la noche ya se cernían sobre el mar y los colores azul oscuro y negro se iban fundiendo—. Estudié español. En la Universidad.

—Lengua y literatura. ¿Filología?

—No. Eran asignaturas complementarias y en una academia privada. Estudié Film Studies… ¿Cómo se dice aquí?

—Cine. Comunicación Audiovisual… más o menos. No hay algo similar.

—Pues entonces eso. Estudié cine.

—Interesante —dijo Jukka al tiempo que sintió una especie de escalofrío—. ¿Trabajas en algo relacionado con el cine?

—No —contestó con pesadumbre—. No tiene nada que ver. ¿Y

tú? ¿En que trabajas?

—Promotor de ventas. Voy a supermercados de la provincia, me aseguro de que los productos de la compañía para la que trabajo estén bien posicionados, que se apliquen las ofertas y promociones. Es un trabajo, hasta cierto punto, cómodo.

—Pero estás fuera todo el día, en la carretera. ¿Verdad?

—Sí. Pero me gusta. Me relaja conducir —bebió un sorbo y cambió de tema—. ¿Y esa afición por el cine clásico? Los Nibelungos no es una película que le guste a cualquiera.

—Me gusta ese tipo de cine ¿sabes? Como que era todo muy ingenuo, muy directo y con mucha frescura —Jukka advirtió que los ojos de Jana se habían encendido, su rostro además demostraba entusiasmo en lo que decía.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo él con cierta indiferencia.

—Oye, Jukka, ya sé que te acabo de conocer y a lo mejor te suena a tontería o a que soy una pesada, o descarada. Pero… —balbuceó un poco antes de terminar la frase— ¿te gustaría ver la película conmigo? A lo mejor te convences de que es cierto eso que te digo. Si ves como hacían los efectos especiales, la interpretación, los movimientos de cámara tan rudimentarios para la época, el propio tema. Está basado en una leyenda épica…

—Disculpa Jana —cortó Jukka—, en serio me gustaría, pero mañana tengo que madrugar. Tengo que ir a hacer una de las rutas que me toca y tengo que salir temprano. En serio. Me gustaría, pero si no te importa mejor en otro momento.

—Vale —dijo Jana con cierta frustración.

—En serio, me gustaría. ¿Podemos vernos otro día? —preguntó Jukka.

—Pero tendría que ser por la tarde. Tengo un compromiso por la noche —respondió ella mirando hacia el horizonte.

—Sin problema. Cuando llegue después del trabajo vengo a avisarte.

—Mejor me llamas al móvil —le dijo mientras le apuntaba el número en un trocito de papel y se lo daba.

Jukka lo cogió. Sintió un escalofrío al rozar los dedos de Jana. Se percató que, en su mirada, hacía unos instantes viva y alegre, había aparecido como un velo de tristeza o, aún más, de melancolía. Tras despedirse de ella volvió a su apartamento. Terminó el informe que no había hecho antes y comenzó a pensar en el encuentro con Jana, en la breve conversación que le hizo recordar su pasado.

Cogió una cerveza de la nevera, la abrió y salió a la terraza. Por

curiosidad miró en dirección al piso de Jana. Se veía luz. Luego, Jukka perdió su mirada en el firmamento. Algunas estrellas brillaban tenuemente, otras, por el contrario, parecía hacerlo con insistente fijeza. Del interior del salón le llegaba la música. Decidió finalizar su día. Se dispuso a apagar el ordenador, pero vio que tenía un mensaje de Helena. Entró en la red social y leyó las pocas líneas que le había remitido justo a la hora en la que había estado hablando con Jana. "Gracias por aceptarme. Un saludo". Jukka respondió con un escueto "De nada".

Jukka se acostó. No podía conciliar el sueño. Comenzó a dar vueltas en la cama. Sabía lo que pasaba en estos casos. Los minutos se hacían eternos y las horas pasaban lentamente como movidas por un mecanismo que ralentizaba cada segundo hasta la exasperación. Sin ninguna intención de pasar más tiempo del necesario en vela, decidió levantarse. Sabía el motivo de su desvelo. Jana. No exactamente ella. La situación desencadenada por el DVD le había hecho enfrentarse a un pasado del que quería desprenderse, del que al menos durante cuatro años había conseguido mantener fuera de su mente. Jukka deambuló por su apartamento.

Se detuvo delante de la habitación que estaba frente al salón. La puerta había permanecido cerrada durante cuatro años. Miró fijamente. No estaba seguro, pero se decidió. Abrió la puerta y encendió la luz. Sintió el olor a cerrado que penetraba por sus fosas nasales. Una mezcla de aire estanco, aroma a papel envejecido y plástico. Observó con detalle. Cuando organizó la habitación, el día que se instaló, lo hizo a conciencia, con meticulosidad y detalle. Frente a la entrada, de pared a pared, había una mesa encima de la cual se encontraba un portátil, una lámpara de mesa, un disco duro externo con los cables de conexión cuidadosamente guardados en una caja de cartón. Un atril con unos folios llenos de polvo ocupaba la esquina derecha. Recordaba muy bien lo que contenían los cajones de la mesa: bolígrafos, marcadores, material de oficina, algunas viejas fotografías y una funda de plástico en forma de tubo donde tenía guardado sus títulos de licenciatura y doctorado. Nunca había entendido la costumbre de colgarlos en las paredes como habían hecho otros colegas.

Sobre la mesa, anclada en la pared, había una pequeña balda de madera en cuya parte inferior había colocado una luz de neón pequeña, de manera que iluminara el portátil. Encima de la balda había un organizador de lápices, bolígrafos, marcadores de lectura y otros utensilios que en el pasado usaba a diario. En la pared de la izquierda estaba atornillado un panel de corcho en el que no había

absolutamente nada. Normalmente en él ponía horarios, clases, tutorías, reuniones, etcétera. La pared derecha estaba ocupada por unas estanterías de madera en la que estaban perfectamente ordenados una cantidad generosa de libros sobre cine, arquitectura y estética. Alguno de los libros de cine era de su autoría. También se encontraban algunas revistas con marcadores entre las páginas. Artículos que había escrito en el pasado.

La parte superior de una de las estanterías estaba ocupada por unos estuches en cuyo interior se ordenaban películas en DVD. Clasificado por continentes: cine asiático, europeo, americano. Separado también por géneros: comedia, drama, ciencia ficción, musical. Un estuche en especial tenía una etiqueta en la que había rotulado a mano “Cine de los orígenes. Cine Primitivo. 1896 – 1930”. En su interior se encontraban las obras maestras de los cineastas rusos, alemanes, nórdicos y americanos que construyeron a base de filmar los cimientos del cine tal y como se entendía aun en la actualidad. Jukka cogió el estuche. Lo limpió con esmero y revisó su contenido. Cada uno de los títulos le recordaba una clase, un momento especial de su pasado. Respiró profundamente. Se llevó el estuche a la cama. A medida que leía cada uno de los ciento sesenta títulos archivados fue recordando planos, escenas y secuencias. Así como momentos del pasado.

7

El sol del amanecer se escurría entre un resquicio de la persiana y daba de lleno en el rostro de Jukka. Por más que quería dormir no podía permitirse el lujo. Poco importaba que se hubiera quedado dormido cerca de las cuatro de la madrugada, vencido por el tedio de sentirse inquieto y sin poder conciliar el sueño. Junto a él, en la cama, estaba el estuche de películas que había revisado. Lo cogió con cuidado y lo llevó a la habitación y lo depositó cuidadosamente en su sitio. Por un instante tuvo la tentación de cerrar la puerta, pero la dejó abierta.

Ducha. Aseo. Desayuno con café bien cargado. Revisó el plan de ruta. Hoy le tocaba una de las más cortas, que además era por el interior. Su dinámica consistía en conducir por la A–7 hasta Ibi, visitar los tres supermercados que la cadena Super Plus tenía allí y continuar a continuación por la CV–806 y la CV–8153 hasta Onil, donde visitaba una única tienda independiente, luego seguía con la CV–799 hasta Biar donde debía pasar por otros tres supermercados, dos de ellos de la cadena Super Plus. A continuación, seguía por la misma CV–799 hasta llegar a Villena. Allí una visita al Super Plus de turno y una tienda de una cadena que operaba en Albacete pero que tenía una en Villena como en una especie de avanzada para introducirse en la Comunidad Valenciana. Al menos eso era lo que le había contado en más de una ocasión Marta, la encargada.

La ruta, aunque corta en kilometraje, solía durar más en tiempo sobre todo en Villena. El motivo no era otro que la ubicación del supermercado que al estar en plena calle de la Corredera hacía necesario buscar aparcamiento en las inmediaciones, tarea complicada por encontrarse en el centro de la ciudad. La solución que encontró Jukka fue la de estacionar en un descampado cercano y hacer el trayecto de cerca de un kilómetro a pie. Cuando tenía que dejar alguna caja o algún expositor la cosa cambiaba. Aparcaba en la zona de carga y descarga lo que en más de una ocasión le había ocasionado molestias con la Policía Local. Mientras Jukka

argumentaba que estaba descargando, el policía de turno se empecinaba en que su vehículo no era de reparto. Hoy no era uno de esos días.

En esa ruta, el regreso en dirección a Alicante lo obligaba a bordear Elda a través de la A–31. No tenía otra opción ya que la empresa no entendería un rodeo mayor. Cuatro años y aún sentía un escalofrío que le recorría la columna vertebral cuando pasaba junto a Elda. Instintivamente aceleraba en ese tramo llevando el coche a límites cercanos a la infracción por exceso de velocidad. Nunca había tenido, por otra parte, encuentro alguno con la Guardia Civil. Por suerte o por desgracia.

La primera sorpresa del día la tuvo al llegar a Ibi. En el primer Super Plus encontró un cartel puesto en la reja metálica que indicaba que la tienda permanecería cerrada por defunción. Vio salir al encargado de una cafetería que estaba enfrente y fue a saludarlo y darle el pésame por si era alguien cercano.

—Hola buenas —dijo Jukka al tiempo que señalaba el cartel—. Ya he visto…

—Ya te digo —comenzó a informarle el encargado—. Que me han llamado a las ocho y media diciéndome que se había muerto el fundador de la empresa. Una cosa repentina, nadie lo esperaba. Así que nos han ordenado a todas las tiendas de la empresa cerrar. Los encargados tenemos que ir a Villajoyosa, al tanatorio, a presentar los respetos y tal. A los empleados los he largado a sus casas. ¡Día libre los jodíos!

—Pues como dice el refrán, no hay que mal que por bien no venga. ¿Y dices que todos los Super Plus están cerrados?

—Así es colega. ¿Tenías muchas visitas hoy? Pues vete cambiando de ruta o tómate el día libre.

—Ya me gustaría el día libre, pero con la supervisora que tengo, no creo que acceda.

—Pues que te sea leve. Bueno tío, yo me largo.

Mientras se alejaba el encargado Jukka envió un mensaje a la supervisora informándola de la circunstancia especial. Curiosamente recibió respuesta enseguida. No se creía lo que leía en el mensaje: “Visita los que no sean de la cadena y luego te tomas el día libre. Pero antes de que acabe el mes visitas de manera extra las tiendas”.

Visitar Onil y Biar fue cuestión de un par de horas. De manera que a las once y media de la mañana había terminado. Al meterse en el coche tras la última visita no sabía muy bien qué hacer. Decidió conducir, a ver si de esta manera se le ocurría algo.

Llegando a Elda se acordó de Jana. Había quedado en ver la película con ella. «La tarde perfecta para ver los Nibelungos y reencontrarse con Fritz Lang» se dijo. Condujo hasta el centro comercial que estaba en Elda y se dirigió a la sección de imagen y sonido. Hacía cuatro años que no tenía televisor. Ni reproductor de DVD. De modo que decidió comprar uno de cada. Sabía que equiparse de nuevo lo iba a poner en contacto con parte de su pasado. Pero ya era hora de recuperar lo recuperable.

Cuando salió de la tienda y tras meter la caja del plasma y el DVD en el maletero rebuscó en su pantalón el papel que Jana le había dado con su número de teléfono. Llamó. Esperó. Ella contestó.

—Hola Jana —comenzó hablando Jukka—. Recuerda que te dije que quería ver la peli contigo.

—Sí, me acuerdo —oyó que dijo ella.

—Si te parece bien esta tarde, a partir de las seis podemos quedar y la vemos.

—Vale, bien —dijo Jana. A Jukka le pareció que su tono era más alegre que con el que había iniciado la conversación.

—Una cosa Jana, si no te importa ¿podemos quedar en mi piso? Tengo algo para ti.

—¿Para mí?

—Sí. Digamos que es una especie de sorpresa. Una tontería —Jukka escuchó una risa nerviosa a través del teléfono.

—Vale. A las seis estoy en tu casa. Nos vemos —dijo alegremente Jana antes de cortar la llamada.

Jukka se quedó pensativo. Miraba el móvil. Miró el contenido del maletero. Reflexionó y esbozó un pensamiento «¡Uf! No sé si esto tiene sentido».

Fue con el coche hasta Urbanova. Caminó un poco por el paseo y sintió el cálido sol de finales del verano en el rostro. Apenas había gente en la playa. Se quitó las botas y se acercó hasta la orilla donde se sentó a mirar el horizonte. De vez en cuando alguna de las olas le mojaba agradablemente los pies. Le gustaba esa sensación. Pasada una hora volvió sobre sus pasos. Se dirigió a uno de los restaurantes que estaban en el paseo. Se sentó y enseguida llegó el camarero para ofrecerle el menú del día. Jukka pidió ensalada, lubina y pidió que en lugar de postre le pusieran un café. De beber: cerveza y botellín de agua. La rutina de siempre trasladada a otro sitio. Mientras comía veía los aviones que sobrevolaban el mar para enfilar el aeropuerto. Una llamada al móvil lo sacó de su distracción.

—¿Sí? —contestó mientras terminaba de tragar uno de los

últimos bocados del pescado.

—¿Jukka Lehto? —era una voz femenina.

—Sí, soy yo. ¿Quién llama? —no reconocía la voz.

—Soy Helena Härma. No sé si te pillo en buen momento.

—¡Hola Helena! —Jukka había olvidado por completo contactar con ella— ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Me pregunto si estás por Calpe. Si andas cerca podemos vernos para comer y hablamos.

—¡Vaya! Hoy no estoy en Calpe. Me tocaba otra ruta y al final debido a un imprevisto he acabado en Alicante. Pero si te viene bien mañana podemos vernos. Tengo que ir a la zona de Villajoyosa y Altea. A la hora de la comida habré terminado, si te parece me puedo acercar y nos vemos.

—Me parece perfecto. No tengo ningún compromiso. Bien. Si no es molestia me haces una llamada cuando salgas para aquí.

—Descuida, te llamo.

—Venga pues, un saludo.

—Nos vemos.

Jukka anotó en el móvil la cita del día siguiente con Helena. «De repente se llenan los días de compromisos. No es mala idea porque acabo tan pronto cada día que me sobran horas» se dijo mientras apuraba su café. Miró el reloj. Debía irse ya. Aun tenía que llegar a su casa, desembalar el televisor y el DVD, conectarlos, probarlos, darse una ducha. Tareas necesarias para un encuentro consigo mismo que lo tenía algo nervioso.

Cuando sonó el timbre de la puerta Jukka ya tenía todo preparado. Lamentaba no haber comprado también un sistema de sonido, pero dado que la película que iban a ver tendría una banda sonora orquestal, al ser de la época muda, podría servir el propio televisor. Abrió la puerta y en efecto era Jana. Estaba radiante, o al menos eso le pareció a Jukka. Camiseta verde, short vaquero, sandalias, y la media melena recogida en una coleta. Sus ojos brillaban, su rostro estaba ligeramente ruborizado. Llevaba el DVD en una mano y en la otra una caja con seis botellas de cerveza.

—He pensado que quizás podemos tomar algo mientras vemos la peli —dijo alegremente.

—Por supuesto —añadió Jukka invitándola a entrar—. Te va a parecer una tontada, pero el televisor es nuevo. Acabo de comprarlo esta mañana. Igual que el DVD.

—¿No tenías televisor? —preguntó ella extrañada.

—Pues no. Suena raro ¿verdad? Pero no. He estado cuatro años sin tele.

—Bueno, pero tienes portátil —dijo ella señalando hacia la mesa del salón.

—Sí, eso sí. Bueno, será mejor que meta las cervezas en la nevera. Ponte cómoda.

—¿Qué es lo que me dijiste antes que tenías que enseñarme?

—Primero vemos la peli —dijo Jukka llegando al salón con dos botellas abiertas. Le ofreció una a Jana y se sentó en el sofá. Ella, abrió el DVD y puso el disco en el interior. Con los mandos seleccionó el menú, idioma para los rótulos y presionó al play.

—¡Ay! ¡Qué bien! —dijo emocionada al empezar los primeros acordes de la música de la película, que para sorpresa de Jukka se trataba de una adaptación de la partitura de Wagner sobre el mismo tema. Se sonrió al ver a Jana dar botecitos de alegría y aplaudir cuando comenzaron las imágenes. «¡Cielos! En la vida había visto algo igual. ¿Puede ser que realmente esté así de contenta por ver una película muda de 1924? Ni yo en mis mejores tiempos. La verdad es que me emociona verla así» pensó mientras la observaba. Ella lo miró y sonrió.

En la pantalla se sucedían los planos y las secuencias. De manera rudimentaria Fritz Lang había trasladado la épica del poema mitológico al celuloide. Sombras, luces, seres misteriosos, pactos de amistad traicionados, amores imposibles. Todo con una maestría sin precedente para el momento, los años veinte. Turbulentos desde luego. Jukka bebía lentamente y disfrutaba de la composición de los encuadres. Se dejaba embriagar por la falsa arquitectura de los espacios, la iluminación que recreaba distintos mundos. El significado de los personajes. Bien lo sabía pues había formado parte de su temario, de sus artículos y hasta de algún libro. Le estaba viniendo todo a la mente y, para su sorpresa, no sentía ningún rechazo. Sentía calma. Vio que Jana estaba inmóvil. Sostenía la cerveza y apenas había bebido. Sus ojos no se apartaban de la pantalla. Jukka se percató que ella seguía cada movimiento de los personajes, de manera casi imperceptible movía los labios, no sabía si interpretando los diálogos o dando instrucciones. Su coleta se estremecía con los tenues movimientos que hacía con el cuerpo. En el preciso instante en que Hagen asesina a Sigfrido acertando con la lanza en el punto débil del héroe, Jana lanzó un pequeño gemido, no tanto por ver la muerte del héroe sino por la magistral ejecución de la escena. Jukka escuchó un tenue “maestro” que emitió ella en voz baja. Por último, cuando Krimilda hace su juramento ante el cuerpo inerte de Sigfrido, anunciando una terrible venganza, a Jana le empezaron a brotar lágrimas de los ojos. «No es

tristeza, no es dolor. Es emoción. ¡Está dentro de la película!» se sorprendió Jukka. Jana observaba la pantalla. Terminó la primera parte de la película. Ella se volvió a Jukka limpiando las lágrimas con sus dedos.

—Pensarás que soy una tonta ¿no? —dijo ella mientras sonreía —. Ponerse a llorar con una película tan antigua.

Jukka no dijo nada. La miró directamente a los ojos. En ellos vio la sensibilidad, el amor por el cine. Le sonrió.

—No pasa nada Jana. Es maravilloso ver a alguien emocionarse así con una historia.

—Es que es una historia muy bien desarrollada. ¿Has visto como Lang crea esos mundos diferentes? Date cuenta: el mundo de los caballeros, ordenado, simétrico. Hasta en las ropas hay simetría. Luego el de Sigfrido, el mundo de la naturaleza, con esos bosques descomunales, con prados misteriosos y el tesoro de los Nibelungos en el subsuelo, dentro de la tierra. ¿Y Brunilda? Maravilloso. Lava y hielo. El caos. Ya verás, el mundo de los hunos es magistral. Es lo más expresionista de la película: las cuevas, los laberintos subterráneos. Es todo artificial. Pero encierra la esencia de una época caótica, la época de entreguerras con la lucha ideológica entre razón y sinrazón. La crisis de la modernidad.

Jukka estaba admirado. La observaba en silencio mientras exponía sus ideas. Cuando terminó, Jana sonrió y una vez más brotaron lágrimas de sus ojos. Jukka detectó la alegría, pero también le pareció vislumbrar un atisbo de tristeza producido por un motivo ajeno a la película. Se levantó del sofá, le tendió la mano a Jana. Ella la cogió y Jukka sintió una piel suave, notó un pequeño temblor en el pulso. Quizás desconfiaba de él.

—Ven. Te dije que tenía algo para ti. Tranquila. Confía en mí.

Jukka se acercó a la habitación pequeña. Sin soltar la mano de Jana la invitó a pasar. Ella, que había estado mirando a Jukka todo el rato de repente se fijó en la estantería llena de libros y películas. Sus pupilas se dilataron, se ruborizó y miró a Jukka. El cogió el estuche de películas antiguas.

—Jana, esto es para ti —le dijo mientras se lo entregaba.

—Pero… No sé… ¿Me lo dejas? —dijo ella mientras lo abría.

—Te lo doy.

—¡Hala! ¡Pero si son un montón de películas! —exclamó emocionada.

—Y ahora son tuyas.

—Pero no puedo quedármelas. Te habrán costado mucho dinero.

—Jana, insisto. Quédatelas. Te las regalo.

—Gracias Jukka —dijo contenta, dejando el estuche en el suelo y dándole un abrazo a Jukka. El sintió su cuerpo pegado y al principio no sabía si corresponder al abrazo, pero finalmente lo hizo. Aparentaba ser tan frágil. Jukka notó el latido del corazón de ella acelerado, las venas del cuello palpitaban. Miró su rostro y notó que los ojos le brillaban de felicidad. Sintió calma. Se miraron fijamente sin decir nada.

—Será mejor que veamos la segunda parte ¿no?

—Sí, claro —dijo Jana con gesto intrigado—. Jukka, ¿cómo es que tienes tantas películas y libros de cine?

—Otro día te lo cuento. ¿Vemos la segunda parte de la película o no?

Jukka cambió el disco y puso la segunda parte. En el exterior ya anochecía. Por la puerta abierta de la terraza entraba el fresco aire de las primeras horas de oscuridad.

A mitad de película Jana se recostó sobre Jukka. Ella lo miró y el tan solo acertó a abrazarla. Notó como se acurrucaba. Vio también que se había quitado las sandalias y jugueteaba con sus dedos rozándolos entre sí. El brillo de la pantalla se reflejaba en los ojos de Jana. En el momento que se desplegaba la venganza de Krimilda, lanzando a los hunos contra sus propios hermanos, Jukka se dio cuenta que Jana se había quedado dormida. Intentó no despertarla al moverse. Tenía una plácida expresión de felicidad en el rostro. Se había encogido. «Como un gato» pensó Jukka. Con suavidad la tomó en brazos. Ella por un instante abrió los ojos, pero se trataba del típico gesto involuntario. Estaba dormida. Profundamente dormida. «Que extraño. Es como si de repente se hubiera sentido tan en paz consigo misma que se ha sumido en un sueño reparador. Ya me gustaría a mí tener esa tranquilidad» se dijo asombrado. La llevó hasta la cama y la puso suavemente encima. Del armario sacó una colcha fina, y se la puso por encima. Entornó la puerta y volvió al salón. Apagó el televisor y el DVD. Encendió el ordenador preparó el informe del día y entró en su cuenta de correo para enviarlo.

A las siete sonó el despertador del móvil. Jukka se levantó del sofá. Estaba un poco dolorido. Se asomó a la habitación con cautela y vio que Jana seguía durmiendo. Estaba boca abajo y con el rostro vuelto hacia la puerta. Se le había soltado la coleta y tenía el pelo revuelto. Tenía medio cuerpo cubierto por la colcha. «Impresionante» pensó Jukka «Sigue durmiendo. No recuerdo haber visto a nadie dormir de esa manera. Que tranquilidad. Ni se mueve. Y… que bella». Este último pensamiento lo devolvió a la realidad.

Intentó no hacer mucho ruido mientras se aseaba. Optó por salir directamente y desayunar por el camino. Le dejó una nota a Jana escrita en una servilleta: “Tengo que ir a trabajar. Te dejo una copia de las llaves para que cierres cuando salgas. Cuando vuelva te busco”. Estuvo tentado a terminar con una expresión cariñosa del tipo “un abrazo” o “un beso”, pero dudó. Indecisión. «Mejor pasar de largo» Se dijo mientras salía furtivamente del apartamento y cerraba la puerta silenciosamente.

8

Viernes. Final de semana. Normalmente el viernes experimentaba un bajón al acabar la jornada. El fin de semana le obligaba a abandonar una rutina que era su refugio. Esto siempre le inquietaba. Sin embargo, este día se sentía diferente. Conduciendo por la N–332 no paraba de pensar en la tarde anterior. La visión de Jana entusiasmada por Los Nibelungos lo había desconcertado. Más aun su propio arranque de confianza al dejarla sola en su piso, con las llaves. Se acordó del abrazo que ella le dio cuando le regaló las películas. Para él simplemente era parte de un pasado que se esforzaba por olvidar y del que renegaba cada día al enfrascarse en su nuevo y hasta cierto punto mecánico trabajo. Pero para ella había significado algo especial. «¿Una conexión con su propio pasado? ¿Acaso Jana también huye? ¿Es esa su tabla de salvación?» pensó por unos instantes. No podía ensimismarse mucho. La carretera era en algunos tramos peligrosa. Curvas, cambios de rasante, cuestas empinadas, cruces, incorporaciones súbitas desde las urbanizaciones de los lados, camiones, motoristas, turistas extranjeros con autocaravanas. Era el peor tramo de la carretera que a diario recorría. Hoy lo era más por tener la cabeza ocupada con las recientes vivencias.

Luego estaba el asunto de Helena. «La verdad es que es el mejor día. Viernes. Cumplo, hablo con ella y tema zanjado. El lunes correo a Wageman y se acabó» se dijo mentalmente. Tenía ganas de olvidar ese tema.

Tras frenar bruscamente al percatarse de que un monovolumen con matrícula holandesa acababa de incorporarse a la carretera sin respetar las señales, Jukka se centró en el día de hoy. Ruta más o menos complicada. Primera parada Villajoyosa. Super Plus de la Avenida del Port. Lugar complicado para aparcar debido a que incluso en otoño e invierno la zona estaba saturada de turistas. Jukka solía aparcar en alguna de las calles perpendiculares y luego

hacer el recorrido andando. Lo malo de esa visita era tener que soportar al encargado. Pablo Fuentes. Se trataba de un tipo alto, de pelo rizado y cara redonda. Tenía unas ojeras permanentes que marcaban de morado el contorno de los ojos. Tenía una mirada vidriosa. Con una eterna mueca que imitaba una sonrisa, destacaba un incisivo que siempre encontraba manera de escapar entre los labios y mostrarse de manera amenazadora. Fuentes pertenecía a un grupo religioso que se empeñaba en considerarse heredero de los principios de la reforma protestante, aunque lo cierto es que dicho grupo criticaba de manera vehemente y enfermiza a todo aquel que no tuviera sus creencias. Grupo organizado en el medio oeste estadounidense había cambiado las señas de identidad de los protestantes, es decir la Biblia, por una visionaria que había organizado un sistema que unía creencias ultraconservadoras, misticismo milenarista, en el sentido del fin inminente del mundo, y una férrea militancia del vegetarianismo como sistema de alimentación ideal para purificar cuerpo y alma. En cada visita Fuentes intentaba convencer a Jukka de la absoluta pertinencia de sus creencias y lo invitaba a que asistiera algún día a los oficios religiosos que celebraban cada fin de semana. Jukka en este punto era inflexible, las creencias, si las hay, son de índole personal. No creía que ningún grupo tuviera exclusividad alguna en estos terrenos.

Un nuevo día le tocaba encontrarse con este personaje, el cual, durante las horas en la que los empleados tenían que reponer mercancía en las estanterías, y a diferencia de otros supermercados en los que se emitía música electrónica de fuerte base rítmica para acelerar el trabajo, Fuentes solía emplear a Mahler. “No es dañino para el alma y permite trabajar en armonía” le había explicado en alguna ocasión.

—¡Buenos días señor Lehto! —fue el sonoro recibimiento de Fuentes.

—Hola, muy buenas.

—¿Qué te trae por aquí, hermano?

—Me trae una promoción de champú. Al margen de eso, puedes ahorrarte el discurso sobre la hermandad y todo eso con lo que sueles adornarla —dijo secamente Jukka para su propia sorpresa.

—Un poco alterado ¿no? —replicó Fuentes al tiempo que hacía un guiño y esbozaba una extraña mueca a medio camino entre la sonrisa y la mirada psicótica.

—No. Es que tengo algo de prisa. Además, no he dormido muy bien esta noche.

—¡Ah! El descanso es fundamental. Hay que dormir ocho horas. Mírame a mí. Nada de cansancio. Nada de abatimiento, ni estrés. Una buena lectura antes de dormir, una buena dieta equilibrada a base de legumbres y hortalizas y como nuevo.

—Ya —dijo Jukka, pensando en las ojeras de su interlocutor—. Ni nada de televisión, ni de cine, ni de radio, ni de internet ni de esas cosas ¿no?

—Exacto —dijo guiándole un ojo—. Son armas del Antagonista. Del Gran Engañador. Esas manifestaciones del ocio son las autopistas del Diablo.

—Ya. Vale. Si tú lo dices —expresó con indiferencia Jukka. La verdad es que en fondo sentía una mezcla de lástima y admiración. Lástima por la retahíla de absurdas ideas que defendía como verdades absolutas; admiración porque creía en ellas con sinceridad —. Bueno señor Fuentes. ¿Le interesa la promoción? Ya sabe. Marco el lineal de champú y le dejo estos vales para que se beneficie de algún descuento en nuestros productos.

—¡Que remedio, hermano! Está acordado por la empresa.

—Sí, la empresa —dijo Jukka mientras pensaba que si no fuera porque en la empresa trabajaba un familiar éste no tendría el empleo—. Bueno, pues toma el talonario de vales y voy a poner el stopper en su sitio. No me lo quites que ya sabes que tiene que durar un mes. Si pasa alguno de mis jefazos y no lo ve me metes en problemas.

—Descuida —le volvió a guiñar un ojo.

—Ya puestos a hablar de empresas —dijo Jukka—, en el fondo ¿no has pensado nunca que mi empresa y tu comunidad, o iglesia o lo que sea, no son muy diferentes? Yo trabajo para una multinacional de la limpieza y tú eres parte de una multinacional de la fe.

—¡Oh! —replicó sorprendido Fuentes—. No creo que la iglesia verdadera sea una multinacional.

—La iglesia verdadera —repitió Jukka en voz baja—. Sería interesante saber que piensa Dios, si es que existe, de esos exclusivismos. De tantas muertes en su nombre, de tanto grupo aprovechando la oportunidad de engañar y explotar, de tanta ignorancia al mismo tiempo. Sería muy interesante saberlo.

—¿Crees en el Hacedor?

—Puede que sí, puede que no —contestó Jukka devolviéndole el guiño—. Me tengo que ir. Ya sabes. Mi multinacional espera mis humildes servicios.

Siguiente visita. Destino Finestrat. Jukka conducía por la CV–

770, que discurría de Villajoyosa en dirección al mar, hasta enlazar con la CV–759 lo que lo hacía girar en dirección contraria. Avanzaba por una carretera estrecha dejando chalets, urbanizaciones ubicadas en el seco y amarillento terreno de la zona, curvas peligrosas a izquierda y derecha, camiones saliendo de los polígonos cercanos y siempre delante de su mirada la enorme mole del Puig Campana. Luego debía serpentear entre las callejuelas de Finestrat hasta llegar al Carrer Figueretes, donde había un minúsculo Super Plus. Era realmente una tienda pequeña con el logo de la empresa. Apenas en ochenta metros cuadrados estaba el surtido básico. El encargado, Pedro Cuervo, solía tratar con indiferencia a Jukka. A sus cuarenta y cuatro años el poco pelo que le quedaba era grisáceo. Destacaba su rostro redondeado y rojizo en el que dos ojos grises, con un perpetuo brillo acuoso, lanzaban miradas inquisitoriales a todo el que se ponía delante de él. Su voz aflautada en ocasiones se le quebraba y cuando recuperaba el tono normal parecía hacer honor a su apellido. Cuando Jukka llegaba solía empezar a cuestionar el valor de las promociones llegando a indicar que no existían estadísticas fiables que demostraran que estas medidas de marketing ayudaran a las empresas a vender más sus productos. A Jukka le desesperaba esa cantinela. Máxime teniendo en cuenta que en verano solían aumentar el consumo de ciertos productos como las patatas Hasty y el refresco Siberian Fresh. Jukka siempre le argumentaba que debería revisar el detalle de la caja en los meses de verano y ver que producto y de que empresa se vendía más. La respuesta era siempre la misma: falta de tiempo. Aquel día, la conversación fue menos intensa que otras veces.

—Buenos días —dijo Jukka.

—Hola buenas —respondió con gesto aburrido Cuervo que estaba leyendo unos papeles.

—Este mes toca promoción con el champú.

—Pues vale.

—Como no tienes lineal te dejo un poster.

—Una cosa —dijo levantando la mirada de los papeles—. ¿Por qué después de un verano en el que no has parado de traer cosas de repente sólo toca una tontada con el champú?

—¿Estás de broma? ¿No lo has pillado todavía? —respondió Jukka observando a la mirada acuosa de Cuervo, quien se encogió de hombros—. Mira es muy sencillo. En verano habrás visto que promocionamos refresco, patatas y productos de limpieza ¿no? Suponemos que el consumidor, en esos meses, suele venir de

vacaciones a estas zonas costeras a apartamentos, luego aumenta en consumo de productos para limpiar. ¿Concibes que alguien se venga de Madrid, Guadalajara u otro sitio a cuestas con el lavaplatos o suavizante para la ropa? ¿Te has dado cuenta que a diferencia del año y de otras marcas nuestros productos son envases más pequeños? Vamos, que duran un mes aproximadamente. El tiempo de las vacaciones. Lo de las patatas y el refresco es obvio. Sesión de playa o piscina y ¿qué te apetece? Picar algo y beber algo. ¿Te has dado cuenta que sobre todo están dirigidas al sector familiar? De ahí que las patatas vengan en bote y no en bolsa. Aguantan más en una bolsa cargada con todo lo que necesitan padres y madres para ir a la playa o la piscina. ¿Sabes por qué ese ligero toque picante en las patatas? Porque ayudan a aguantar el calor, aunque para combatir la sensación de picor nada mejor que un refresco.

—¡Joder! Estáis en todo en tu empresa —exclamó Cuervo.

—Yo no —aclaró Jukka—, los que lo fabrican todo esto allá en Estados Unidos. Piensa ahora. Septiembre. Me has visto venir cuatros años con promociones de champú en septiembre. ¿Por qué? Sencillo. Después del sol del verano, del agua de la playa o de la piscina, nada mejor que un champú de estos para dejarte el pelo en condiciones. ¿Te has dado cuenta que es unisex? Te deja el pelo en condiciones independiente del género, de si es largo o corto, de la cantidad. ¿Qué que contiene la fórmula? Ni idea. ¿Lo has probado?

—No —balbuceó Cuervo— si para los cuatro mechones que tengo…

—Pruébalo y verás que por poco que tengas se queda suave.

—Tú es que con esas melenas…

—Pruébalo. Ya me contarás. Piensa que si tu empresa ha contratado todos los productos de la mía será por algo. Sois los cracks de la región en nivel de ventas.

Cuervo se quedó pensativo y al final quitó un poster de una marca de cerveza alemana para que Jukka pusiera el del champú. Jukka se despidió. Antes de volver al coche se tomó un descanso para ir a un bar y tomarse un café bien cargado. «Estoy que me caigo. He dormido fatal. Si esto de Jana se repite tengo que cambiar el sofá. Tengo marcadas hasta las cremalleras de las fundas». Reflexionó en su mente. Pensó en Jana. «Se habrá despertado, me habrá buscado. ¿La nota estaba bien visible? Espero que sí. Lo mismo ha desayunado en casa. No sé si había algo decente en la nevera y en la despensa. Habrá tenido que buscar en los armarios de la cocina. Pero qué tontería. Su piso está al lado, lo lógico es que desayune en el suyo». Jukka se dio cuenta de que estaba

desgranando pensamientos demasiado absurdos y se centró en su café. Una pareja de la Guardia Civil entró y se lo quedó mirando. La melena, las ojeras, la cara de sueño. Pero siguieron a lo suyo: desayunar. «Todos tenemos una rutina. La de estos es desconfiar por naturaleza» pensó mientras apuraba el café.

Regresó de nuevo hasta la N–332 para seguir camino de Alfàs del Pi. En los márgenes de la carretera se aglomeraban una serie de locales comerciales de diverso tipo. Tiendas de muebles, lámparas, pequeños comercios familiares dedicados a la venta de frutas y verduras, restaurantes chinos, restaurantes de comida rápida, talleres, hostales y clubs de alterne. Al llegar junto a un hostal que prácticamente tenía las habitaciones y terrazas colgadas en la carretera, tenía que hacer cambio de sentido a la izquierda para enlazar con la CV–763, en cuyo primer tramo, llamado Carrer l'Arabí, se encontraba su siguiente visita. Una nave reconvertida en supermercado. Un rótulo luminoso con influencias kitsch a base de neones rosas y azules, encendido día y noche, indicaba el nombre la tienda: The Alfà's Market. Era una de las visitas que realmente repugnaban a Jukka. Más que la visita al casposo Francisco Ramírez.

El motivo era tener que ver y hablar con Norberto Bañuls. De unos sesenta años, era un hombre algo grueso, de andares chulescos y porte engreído. De rostro cuadrado, y completamente calvo, sus labios tenían un aspecto reptíleo a lo que contribuía un constante gesto involuntario consistente en asomar la punta de la lengua para humedecerse los labios. Unos ojos saltones completaban aquel rostro que producía un efecto de rechazo en Jukka. No solo era el aspecto físico, sino más bien el carácter que lo acompañaba: déspota, soberbio, tirano. Bañuls se encargaba de recordarle a Jukka en cada visita que él no era el encargado, sino el dueño. Matizaba lo de dueño acompañando cada sílaba con un movimiento rítmico de la mano. «El hecho de ser el dueño debe de interpretarlo en el sentido de ser un señor feudal» pensó Jukka el primer día que tuvo contacto con él. También era el dueño de un concesionario de coches, importados de Japón, que estaba al otro lado de la carretera, en dirección a la playa.

No había ocasión en la que Jukka no presenciara la manera como trataba a sus empleados, los cuales causaban baja con una cadencia constante. Cada mes había alguien nuevo. Sobre todo, las cajeras. Siempre cajeras. Normalmente chicas jóvenes, que apenas superaban los veinticinco años. Jukka tenía curiosidad hasta que un día el propio Bañuls le contó el porqué: "carne fresca muchacho.

Nada como una chica joven. En el almacén hay sitio de sobra. Si algún tienes ganas de un polvo rápido me lo dices". Jukka recordó que le dijo que alguna de las empleadas podría denunciarlo por acoso. A lo que Bañuls respondió, con gesto soberbio, que gracias a las ventas de coches de lujo estaba "muy bien relacionado con jueces, abogados y políticos".

Desde ese momento Jukka aumentó su repulsión hacia Bañuls. Pero no tenía más remedio que aguantar. Era cliente de la empresa para la que él trabajaba. Lo que trataba de evitar era el contacto con Bañuls, de manera que entraba en el supermercado, dejaba la promoción y en todo caso se lo comentaba a Mara Blanco, una cajera que aguantaba estoicamente los abusos del jefe. Viuda, 29 años, dos hijos que mantener. Su vida era una lucha constante entre largarse o seguir en ese maldito trabajo para darle de comer a los suyos. Jukka la sorprendió un día llorando, con rabia, en la parte trasera de la tienda. Un día que él había aparcado allí para descargar unos expositores voluminosos. Intentó calmarla, escuchó toda su rabia, toda su amargura y la animó a que se fuera de allí. Pero para su desaliento, siempre la encontraba en la caja número uno. Con expresión cansada. Abatida. Derrotada por el día a día. Cruzaban unas miradas y quedaba todo explicado.

De modo que este día, Jukka entró. Buscó con la mirada a Mara, le hizo un gesto y ella esbozando una sonrisa a medias le asintió con la cabeza. Jukka fue hasta donde se encontraba el champú, colocó el stopper y salió, no sin antes deslizarle a Mara dos talonarios de vales bajo la caja registradora. No podía hacer más. Ella tampoco quería más ayuda que ese cruce de miradas.

Nuevo trayecto. Filas de coches. Camiones. Turistas despistados deteniéndose donde buenamente quieren hacerlo. Policías refugiados tras gafas de sol oscuras. A Jukka, en ocasiones le exasperaba que una parte de trayecto tan corto le llevara tanto tiempo. Pero era la realidad del asfalto. El precio a pagar por la modernidad de los caminos, la relatividad entre tiempo y espacio.

La N–332 llegaba a Altea flanqueada por edificios de apartamentos a la derecha y la vía del tren a la izquierda. El color blanco de las casas y edificios predominaba sobre el amarillo de la tierra y el azul del mar. El casco antiguo sobresalía por las cúpulas azules de la iglesia del Consuelo. Urbanismo mediterráneo en esencia pura. Callejuelas que iban siguiendo la orografía del terreno, subiendo y bajando, creando un laberinto encalado, aprovechando la orientación al mar para recibir la brisa en verano y las horas de sol en invierno, aunque el clima era siempre agradable.

Pero la parte de Altea que visitaba Jukka era la nueva. La de la explosión urbanística de los setenta. Bloques de edificios, pantallas que absorbían el aire y la luz, en cuyos bajos se hacinaban comercios, bancos, restaurantes, quioscos e infinidad de tiendas de recuerdos típicos.

Tres supermercados. Tres mundos. En la calle La Séquia, un supermercado llamado igualmente La Séquia. Regentado por una familia china, aunque el propietario era de la localidad. Jukka dudaba que realmente fuera una familia ya que siempre había alguien nuevo tras el mostrador. Pero en cualquier caso parecía que lo estaban esperando. Ellos mismos cogían el material y lo colocaban en su sitio. Cuando Jukka pasaba a ver los productos y revisar su ubicación tenía la sensación de estar en un árbol navideño, todas las estanterías decoradas con los materiales de todas las empresas que tenían implantación en dicha tienda.

Siguiente visita. Super Plus del Carrer de la Filarmónica. Paseo andando desde donde aparcaba el coche. En esta ocasión no está el encargado. Entrega material y se marcha al siguiente, la última visita del día. Otro Super Plus, en el Carrer Sant Pere. Frente al mar. Antes de entrar envió un mensaje a Helena: “Termino en hora y media. Sobre las dos y media estoy en Calpe”.

En la tienda se encontró con el encargado, Rogelio Bosch. Joven. Acababa de entrar en la treintena, de altura media y complexión gruesa. El rostro, y lo que se adivinaba de su cuerpo debajo de la ropa, no mostraba exactamente un cuerpo obeso. Parecía más bien hinchado. Como si alguien le hubiera inyectado líquido por debajo de la piel y ésta estuviera sometida a una presión cambiante a cada paso que daba. Jukka esbozaba un símil: un colchón de agua. Los ojos marrones de Bosch parecían empequeñecerse cada vez más en aquel rostro creciente. Jukka recordaba siempre la impresión que le causó el día que lo conoció y sus pensamientos: «El cuento de la vaca y la rana. Pero éste es la rana».

Rogelio se acercó a Jukka con una amplia sonrisa.

—¡Hombre Jukka! ¿Qué tal? —le dijo dándole una sonora palmada en la espalda—. Oye, por cierto, me he casado.

—Bien —dijo Jukka con fingida educación—, enhorabuena.

—Mira, te voy a enseñar unas fotos —añadió Rogelio mientras sacaba el móvil del bolsillo y comenzaba a buscar unas fotos moviendo sus gruesos dedos sobre la pantalla.

—No hace falta, de verdad —añadió Jukka.

—Ya verás ya. Mira estas son de la despedida de soltero, mi novia y yo.

—¿Despedida de soltero con la novia en la fiesta? —preguntó Jukka sorprendido.

—Sí hombre. Mis amigos nos lo organizaron en plan Oktoberfest. Date cuenta, parecemos auténticos alemanes —palabras que acompañó mostrándole a Jukka la pantalla del móvil.

Jukka tuvo que contener una carcajada. No así sus pensamientos. «Grotesco. Esto es grotesco». Observó con detenimiento las imágenes. En la primera foto, Rogelio aparecía ataviado con ropa de tirolés. Destacaba su expresión bovina. Los pantalones cortos le quedaban muy ajustados y los tirantes que los sostenían mostraban una fuerte tensión al tratar de mantenerlos en su sitio. La camisa blanca parecía a punto de estallar. El gorro tirolés, con una pluma que parecía de gallina, completaba el conjunto de manera muy extraña. Jukka reflexionó: «O el gorro es muy pequeño o la cabeza es muy gorda».

Rogelio pasó a la siguiente fotografía en donde aparecía junto a la novia, la cual estaba embutida en un traje de apariencia alemana pero que igualmente parecía a punto de estallar.

—Ya te digo —terció Rogelio—, auténticos alemanes.

Jukka observó la sonrisa complaciente de Rogelio y reflexionó de nuevo tratando de mantener una expresión neutra que no traicionara sus ideas. «Sí. Pelo negro. Tez morena. Ojos oscuros. Sí. Lo que tú digas. Auténticos alemanes».

Rogelio le enseñó otra foto. En ella aparecía él, sentado sosteniendo una jarra de cerveza. Tenía una pose aún más grotesca ya que intentaba posar en pose heroica. Ladeado, miraba con interés hacia el techo. Con la mano izquierda sostenía la jarra y la derecha la tenía apoyada en la cintura, formando una especie de asa amorfa con el brazo. «Está satisfecho. El heroísmo falsario» pensó Jukka. Siguió observando la imagen y no pudo quitar la vista de una enorme barriga que caía hacia el suelo. Se notaba la atracción que ejercía la gravedad sobre la protuberancia abdominal y la tensión de la camisa por mantener la barriga en su sitio.

No contento con estas fotos, Rogelio comenzó a enseñarle a Jukka las de la ceremonia civil y luego las del banquete. La imagen del novio vistiendo un traje excesivamente ajustado, con una chaqueta en la que las solapas se estiraban hacia atrás por efecto de la obesidad, fue suficiente para Jukka. «Digno de El Padrino. En cualquier momento aparecen unos matones con pistolas y se los cargan a todos. Pero no caerá esa breva» pensó Jukka.

Con paciencia estoica Jukka aguantó el visionado de todas las fotos que Rogelio le enseñó. Cuando hubo terminado, Jukka dejó la

promoción acordada. Había terminado sus objetivos de la semana y se dispuso a salir e iniciar el fin de semana. A priori nada de coche, nada de desplazamientos. Camino de su coche, y antes de dirigirse a Calpe revisó el teléfono y vio que había un mensaje de Helena, quien le indicaba el restaurante donde lo esperaba. Aprovechó el momento para hacer una llamada al teléfono que le había dado Jana. Fuera de cobertura. Lo intentaría más tarde, antes de comer.

Una vez en Calpe se dirigió al restaurante que le había indicado Helena. Curiosamente era uno de los que él solía frecuentar en su rutinario turno. Llegó y vio que ella ya estaba en la terraza bebiendo una copa de vino blanco. Se acercó, saludó y se sentó enfrente de ella. Iba vestida con un traje elegante. Pelo suelto, maquillaje discreto y gafas de sol sobre la cabeza. Jukka dudó por un instante. Su indumentaria era la normal en un día de trabajo. Vaqueros descoloridos, una camisa arremangada, un poco desaliñado debido al constante entrar y salir del coche. La melena rebelde con la brisa. «Pero es lo que hay» se dijo.

—Hola Helena.

—Hola Jukka —dijo ella sonriendo—. ¿Te ha sido difícil encontrar este sitio?

—Pues no. Mira por donde suelo venir a este restaurante. En realidad, a todos los de esta zona. Cuando vengo a Calpe o estoy de paso y coincide la hora de la comida.

—Claro, lo de las rutas —dijo ella mientras le servía a Jukka una copa de vino.

—Sólo una, ya sabes, tengo que conducir.

—Que prudente.

—Me gusta llegar de una pieza a casa.

—Por supuesto —Helena miró hacia el peñón de Ifach que tenía enfrente—. ¿Cuánto tiempo llevas con este trabajo?

—Cuatro años.

—Por cierto. No quiero que le digas a Wageman que me has visto.

—Descuida.

—¿No te interesa saber el motivo?

—No —dijo Jukka secamente—. Los motivos ajenos son de sus dueños.

Helena rio la ocurrencia. Al tiempo que volvió a dar un sorbo a su copa. Jukka se fijó en que el reflejo del sol en su negra melena. Por un momento creyó atisbar una mirada cargada de recelo en sus ojos.

—Muy bien Jukka, me parece un buen punto de vista.

En ese momento llegó el camarero, que reconoció a Jukka y lo saludó con un amable gesto. Puso una gran ensalada en el centro de la mesa.

—Me he permitido pedir —dijo Helena—. Supongo que no tendrás problema con una ensalada y un “arros del senyoret”.

—No, en absoluto —contestó Jukka mientras pensaba en que Helena era el tipo de persona que sabía muy bien lo que quería. «Lo malo es a ver que le cuento a Wageman. A ver si lo llamo el fin de semana y así finiquito este asunto. Si Helena dice que no quiere saber nada es que así es». También pensó que no tenía mucho que hablar con ella. Optó por un tema banal.

—De modo que estonia. ¿Nacida allí?

—No. Nací en Calpe. Me crié aquí.

—Ya. Pero sí que sabes insultar en estonio.

—Como tú ¿no? —replicó ella masticando con suavidad un trozo de tomate—. Quiero decir, que tú de finlandés el nombre y poco más. Tienes el típico acento de esta zona.

—Mi abuelo era de Huittinen. No me preguntes donde está eso que no tengo mucha idea. No he estado nunca allí. Fue cosa suya enseñarme finés cuando era un crío. Imagina: saber un idioma con el que no puedes hablar con nadie. Es casi absurdo.

—Me resulta familiar —dijo Helena sonriendo—. Mi abuelo hizo lo mismo conmigo. Me enseñó estonio y solo podía hablarlo con mi hermana.

—Es como ser un perro verde.

—¡Ja, ja, ja! —rio a carcajadas Helena—. ¡Un perro verde! ¡Qué ocurrencia Jukka!

—Piénsalo y verás que es verdad —dijo él—. Que cachondos nuestros abuelos por enseñarnos sus idiomas maternos. Lenguas que no nos sirven para gran cosa.

—Bueno, no del todo. Ha servido para que nos conozcamos.

—Sí, mira. Ahí tienes razón. Pero que conste que nuestros idiomas son parecidos, aunque con diferencias.

—Es el destino de Europa. Media Europa habla semejante a la otra media y solo han generado siglos de falta de entendimiento. Incluso ahora.

—Si tú lo dices —dijo indiferente Jukka—. Por cierto ¿cómo llegó tu abuelo aquí?

Llegó el camarero con el arroz y empezó a servirle en los platos. Helena hizo un gesto para indicarle que ella se encargaba.

—Pues cosas de la guerra. Cuando acabó la Segunda Guerra Mundial, como muchos estonios abandonó el país por discrepancias

con el sistema soviético.

—Ya, me imagino. Pero ¿participó en la guerra?

—No, no, nada de eso —dijo ella insistiendo y moviendo el tenedor acompañando la negación—. Era demasiado joven. En mil novecientos cuarenta y cinco él tendría unos diecisies o diecisite años. No tenía edad para andar pegando tiros.

—Bueno. En algunos casos se hacían excepciones.

—Te aseguro que él no —recalcó negando con la cabeza—. ¿Y el tuyo?

—Cosas de la guerra. Pero él sí estuvo involucrado.

—¿Sí? Cuéntame.

—¿Seguro? —Jukka estaba perplejo.

—Que sí hombre, venga.

—Bueno, pues la historia de mi abuelo, Pekka Lehto, comienza en 1939. Lo de antes es niñez y adolescencia que no viene al caso. ¿Te suena la Guerra de Invierno?

—Sí, claro. Cuando os invadieron… —Helena hizo un gesto señalando a Jukka luego negando y señalando al norte— bueno a tí no, que eres de aquí —dijo riendo— a tus ancestros quiero decir. No tan ancestros vamos. Ya me entiendes.

—Sí, lo pillo —dijo Jukka riendo con la manera de explicar las cosas que tenía Helena, no la imaginaba así—. Pues eso. Los rusos invaden Finlandia por aquello de querer proteger la frontera de Leningrado, bueno el San Petersburgo de toda la vida. Bien. Pues mi abuelo, jovencito, con unos dieciocho años recién cumplidos lo llaman a filas. El pequeño ejército finlandés le dio una paliza tras otra al Ejército Rojo. Vamos que no se dejaban ganar ni por asomo. Mi abuelo formaba parte de toda esa historia. Emboscadas, escaramuzas, asaltos a las posiciones rusas. Bien pues en una de estas lo hieren y en diciembre del treinta y nueve lo mandan al hospital. Lo ascienden a sargento y cuando le dan el alta lo ponen al frente de una unidad de instrucción de reclutas extranjeros.

—Interesante —interrumpió Helena, mientras sirvió una copa de vino a Jukka.

—Entre todos los que estaban allí, por cierto, había bastantes estonios, había un personaje muy pintoresco. Un español.

—¿Un español? ¿Qué se la había perdido en Finlandia?

—Ya verás. Se llamaba Luis Magirena. El tipo había nacido en Sevilla y había participado en la guerra de Marruecos durante la década de los 20. Según me contó mi abuelo era un tipo no muy alto, moreno, pelo oscuro y ojos negros. De mirada inquieta y semblante siempre risueño. Bien —continuó Jukka mientras daba

cuenta de buena parte de su arroz— pues el tal Luis participó en la Guerra Civil Española. Curiosamente en el bando republicano.

—En el bando republicano —repitió en voz baja Helena—. ¿Y qué le hizo irse a Finlandia a luchar contra los soviéticos? ¿No eran en teoría sus aliados ideológicos?

—Pues vete tú a saber lo que mueve a las personas. El caso es que el tipo estaba allí. No tenía ni idea de finés. Solo hablaba español y francés, que es lo que hablaban casi todos los que estaban allí. Como mi abuelo había estudiado francés le tocó actuar de enlace con la compañía de Magirena. Me imagino que aquello debía ser un caos. Imagina. Un oficial dando órdenes, mi abuelo traduciéndolo al francés y los reclutas comprendiéndolo en su lengua materna.

—No deja de ser curioso… —miró a Jukka con interés y mirada profunda— ¿cómo dirías tú? ¿Perro verde?

—Sí exacto. Bueno, pues el tal Luis a pesar de su experiencia de combate no empezó muy bien en Finlandia. Lo pusieron al mando de una sección y el tipo se perdió en medio del paisaje nevado y casi acaba prisionero de los rusos. Luego lo trasladaron a una unidad de blindados y tampoco empezó bien, estando en un tanque se le disparó la pistola y se hirió en el pie.

—¡Venga ya! ¡Qué desastre de tío! —exclamó sonoramente Helena.

—Sí, no empezó con buen pie… quiero decir… — añadió Jukka mientras Helena reía—. Bien el caso es que cuando terminó lo de la Guerra de Invierno, los rusos, a pesar de todo, se quedaron con lo que querían. El tal Magirena se quedó en Finlandia. Siguió formando parte del ejército, aprendió finés y alcanzó el grado de sargento. Total, que en mil novecientos cuarenta y uno, cuando Alemania atacó a la Unión Soviética, éstos declararon la guerra a Finlandia. Así a las bravas. Lo que no esperaban los rusos es que los finlandeses lanzaron su peculiar guerra relámpago en bicicleta.

—¿Cómo que en bicicleta? —preguntó con los ojos desorbitados por la sorpresa Helena.

—Sí, no tenían muchos vehículos a motor para el transporte de tropas y usaban bicis. Bueno, pues la excepción mi abuelo y Magirena. Estaban los dos en la misma unidad de tanques, se habían hecho buenos amigos. Combatieron juntos hasta el año cuarenta y tres. Cuando tomaron Petrozavosk, es decir, recuperando parte de lo que les habían arrebatado en el conflicto anterior.

—Curioso.

—Allí es donde murió Magirena. Según me contó mi abuelo, en

una salida rutinaria de patrulla su tanque fue alcanzado por los disparos de un blindado ruso. A Magirena lo sacaron del tanque envuelto en llamas. El pobre estaba sentenciado. Así y todo, consiguió llegar con vida al hospital de campaña. Mi abuelo fue a verlo y Luis le pidió que viniera a España a buscar a su hermana y contarle que había fallecido y entregarle sus pocas posesiones.

—Vaya. Una historia de camaradas en el frente —dijo con aire serio Helena—. No me imagino lo que tiene que ser ver morir a un compañero, a un amigo, a alguien que te importa de esa manera.

—No es agradable —dijo Jukka de manera casi imperceptible. Su rostro se contrajo y por un instante su mirada se perdió en el horizonte.

—¿Cómo dices?

—Nada —dijo él volviendo a recuperar la compostura—. Pues el resto lo deduces. Terminó la guerra. Después de la desmovilización mi abuelo vino a España a cumplir con la promesa que le había hecho a su amigo. Recorrió buena parte de Andalucía, ya que sabía que Magirena era oriundo de Sevilla. Finalmente encontró a la hermana en Algeciras. Me contó que fue duro dar la noticia. Tras pasar unos meses en la ciudad, mi abuelo dudó en regresar a Finlandia o ir a Estados Unidos. Pero uno de los amigos que había hecho, un familiar de Magirena, le ofreció trabajar con él construyendo barcas. Lo que son las cosas. Mi abuelo aceptó, empezó a trabajar y a los dos años conoció a una chica y se casaron. El resto ya es una historia más personal.

—Alucinante —dijo Helena—. Constructor de barcas… ¿No sintió nostalgia de volver a su tierra?

—No. Me da que mi abuela ya se encargaba de que no tuviera esos peregrinos pensamientos.

—Un brindis —exclamó Helena alzando su copa—. Un brindis por nuestros abuelos. Sobrevivieron a tiempos intensos y han hecho de nosotros lo que somos.

Brindaron y comieron algo más de arroz. Luego Jukka llamó al camarero y pidió un café. Helena un tiramisú.

—Mi abuelo —comenzó a decir ella—, cuando se afincó aquí comenzó en el negocio de la construcción. Vino con lo puesto. Aunque lo recuerdo como un hombre culto. Siempre hablando de arte y literatura. Empezó de albañil. En la posguerra de España, Calpe era un pueblecito de pescadores. Apenas cuatro casas, el puerto y el Parador. Algo de huerta y poco más. La suerte que tuvo mi abuelo fue que coincidió con los años de la expansión turística. A inicios de los cincuenta es cuando empieza la construcción de

casas, villas, hoteles, chalets. En los sesenta ya empieza todo el tema de apartamentos, a llegar turistas en manadas. Para esa época mi abuelo ya tenía ahorros y empezó a invertir en el negocio de la construcción. De albañil a empresario. Tuvo suerte y le fue bien.

—Estupendo. Salir de un país y llegar a otro para empezar de cero no es nada fácil —reflexionó Jukka en voz alta.

—Menos aún al tener que hacerse cargo de mi hermana y de mí.

—¿Y eso?

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico. Mi hermana tenía seis años y yo tres.

—¡Vaya! Lo siento.

—Mi abuelo nos educó, se ocupó de que no nos faltara nada. Además, él solo. La abuela falleció en el parto de mi padre —dijo con aire triste.

—Pero has llegado a ser arquitecta. Al menos eso dice la placa de tu estudio.

—Sí. Fue duro también, acabando la carrera falleció mi abuelo. Yo estaba en Valencia y me avisó mi hermana cuando había pasado todo y al llegar a Calpe pues él ya no estaba. Así de simple. Mi hermana decidió irse a vivir a Alemania, donde tenía a su novio. De repente me vi sola. Pero bueno. Acabé de estudiar, volví aquí, me instalé en la casa que había construido mi abuelo en los años setenta y comencé a luchar por un sitio en la vida.

—Un brindis por eso también. Por los objetivos cumplidos —brindaron de nuevo.

Helena estaba en silencio. La historia había apagado su semblante. Estaba pensativa y miraba a Peñón de Ifach, siguiendo el vuelo de las gaviotas.

—Me fascinan las gaviotas —dijo Helena—. No es que sean las aves más hermosas del mundo, pero poder volar en libertad y de repente zambullirse en el mar saliendo a la superficie como si nada. Remontar el vuelo de nuevo. Ojalá pudiera hacerlo alguna vez. Pero debería ser gaviota y no mujer.

Jukka asintió esbozando una sonrisa al tiempo que la miraba.

—Bien Jukka —dijo ella cambiando el tono—, ha sido agradable hablar de nuestros abuelos. Pero tengo que volver al trabajo. La agenda no perdona y hay clientes a los que atender.

—Claro, claro, por supuesto. Con los tiempos que corren no hay que perder a un cliente.

—Bien dicho. Por cierto. ¿Podemos quedar otro día?

—¡Ehmmm! —acertó a decir Jukka sorprendido por la petición —. Ya sabes, paso por aquí a menudo, dime qué día te viene bien y

me organizo.

—Me refiero a quedar para ir a cenar —dijo directamente al tiempo que sacaba la tarjeta de crédito para pagar la comida y haciendo un gesto a Jukka para que no insistiera en pagar él—. La próxima vez pagas tú.

—Bien… vale… Pues siendo para cenar cualquier día me viene bien. Suelo terminar a primera hora de la tarde.

—Bien. Pues ya te llamo y nos vemos —recogió su bolso rápidamente. Sin que Jukka lo esperara le dio un par de besos en las mejillas y se fue.

Jukka se despidió haciendo un gesto con la mano. Se dirigió a su coche. «¡Vaya! El pasado siempre está presente». Llegó a su coche y condujo hasta la Playa de San Juan. Iba relativamente despacio. Sentía que había comido demasiado y el vino le estaba pasando factura. Un ligero atontamiento. Al llegar a Campello decidió abandonar la N–332 y girar a la izquierda bajando por la calle San Bartolomé y seguir la línea de la costa, con la ventanilla bajada para sentir el fresco de la brisa en el rostro.

Al salir del ascensor se dirigió a su apartamento. Pero cambió de parecer al sacar las llaves del bolsillo. Decidió acercarse al piso de Jana. Llamó al timbre, pero no hubo más respuesta que el silencio. No se veía luz por las ventanas, ni se percibió ningún ruido. Volvió, ligeramente contrariado, a su piso. Mientras abría la puerta pensó por un instante «Si al menos estuviera aquí». Pero no, cuando entró el piso estaba en silencio. Fue a la habitación y la cama estaba arreglada. La colcha con la que la había tapado la noche anterior cuidadosamente doblada encima. Siguió andando por el piso. En la cocina había una nota: “Te he dejado las llaves en el buzón. Muchas gracias por todo. Cuídate. Te llamaré”.

Una ducha más larga de lo corriente. La rutina de enviar el informe diario y preparar los comprobantes de restaurantes, gasolina, parking y kilometraje: 0,25 céntimos por kilómetro. No daba para cubrir gastos reales del coche, pero es lo que había. Todo debidamente escaneado y enviado al departamento correspondiente. A fin de mes recibiría un ingreso, aparte de la nómina, con el importe de lo gastado.

Jukka salió a la terraza. Abrió su botella de cerveza y empezó a mirar al horizonte. Bebió. El sabor no le resultó familiar. Era un sabor más áspero. Miró la botella y era una de las que había traído Jana la noche anterior. Miró en dirección al apartamento de ella. No había luz. Ni un atisbo de movimiento. Solo oscuridad.

9

Fin de semana. Jukka aprovechaba el sábado por la mañana para descansar. Le gustaba levantarse tarde. Aunque estuviera despierto le relajaba seguir acostado boca abajo y dejar vagar su mente por paisajes imaginarios. Alrededor de las diez solía desayunar. Era un día especial y le dedicaba más tiempo al desayuno. Zumo de naranja, tostadas con mantequilla y mermelada, algo de queso azul en pequeñas cantidades. Café con leche. Recién hecho y humeante. Tras el desayuno su costumbre habitual era salir a caminar por el paseo de la playa. Independientemente de si el día era húmedo y frío o de sofocante calor, Jukka caminaba hasta llegar al final de la curva que formaba la arena, ya en el término municipal de El Campello.

A fuerza de repetir esa rutina varios años se había dado cuenta que muchos caminaban a esa misma hora. Como un jubilado que le recordaba a Richard Widmark, o una antigua compañera de la Facultad, que ya no lo recordaba, y que se había reconvertido en publicista de una agencia de moda. Rostros conocidos repitiendo una rutina, que para Jukka era semanal, y que no se cruzaban ni una mirada. Cada uno ensimismado en sus pensamientos.

Aquel sábado de septiembre Jukka salió de su piso, pero no bajó directamente en el ascensor. Se acercó de nuevo al apartamento de Jana. Albergaba dudas de si llamar. Las persianas estaban bajadas. Dudó. No obstante, se decidió y llamó. Igual que la noche anterior: silencio. No hubo respuesta. Salió pues en dirección a la playa a caminar.

La comida del sábado solía ser sencilla. De primero una ensalada, a continuación, pasta, o pollo asado, o pescado asado. Fruta y alguna infusión. Cuando hacía buen tiempo Jukka se sentaba en la terraza y contemplaba el paisaje. Sacaba el portátil y buscaba algo de música y navegaba por el foro de historia militar. Así hasta que bajaba el calor o sentía algo de fresco, según la

estación del año. Normalmente un nuevo paseo a media tarde y si había ganas tomaba un café, o una cerveza en alguna de las cafeterías de un centro comercial que estaba detrás del edificio de apartamentos donde vivía.

Aquella tarde la comenzó en la terraza, buscando música relajante y navegando por el foro al que era asiduo. Estaba poniendo su contraseña cuando sonó el teléfono. Vio que la llamada era de Helena. Contestó.

—Hola Helena, ¿cómo estás?

—Bien Jukka. Muy bien. Oye, ¿te viene bien que quedemos para cenar esta noche?

—¿Cenar? ¿Hoy? —preguntó él dudando ante lo súbito de la petición.

—Si hombre, hoy.

—Vale, vale. Sin ningún problema.

—Muy bien. Te recuerdo que eliges tú el restaurante. Y… no hace falta que sea sofisticado —dijo Helena en tono condescendiente.

—Descuida.

—¿Me recoges?

—Claro. ¿Dónde?

—Apunta. Avenida Marina, número 317. Es un chalet de dos plantas. Verás el seto y el jardín desde la entrada.

—Apuntado. ¿A qué hora te viene bien?

—¿Ocho y media?

—Ocho y media.

—Vale. Nos vemos entonces. Un beso, Jukka.

—Lo mismo.

Se sorprendió con esta última respuesta, pero notaba que la confianza de Helena era contagiosa. Miró el reloj y vio que tenía un par de horas antes de empezar a prepararse. Podría incluso, según pensó, dormir algo antes de irse ya que lo normal era que el fin de semana se acostaba antes que otros días.

Jukka buscó algo de música. Una de tantas carpetas que tenía con chill out y la seleccionó. La música empezó a sonar por los altavoces. Se recostó en el sofá, tapándose con una ligera colcha que trajo de la habitación. Aspiró un poco y recordó «es la que le puse a Jana. Aún tiene su aroma». No pensó más. El sopor de la tarde, el tiempo muerto, la música, el cómodo tedio de ver pasar las horas lo sumió en un profundo sueño.

Jukka miró con atención la ropa que tenía en el armario. Tenía

varios trajes que hacía ya más de cuatro años que estaban en sus bolsas. Varias americanas, un surtido bastante amplio de camisas lisas ya que odiaba los cuadros y las rayas. Cazadoras de varios tipos. «¡Qué narices! No me voy a vestir de pingüino» pensó mientras escogía un vaquero negro, una camisa gris azulada y una americana negra. Se vistió con cierta desgana. Antes de salir en dirección a Calpe volvió a pasar por el piso de Jana. El mismo resultado. Silencio.

Llegó a la dirección que Helena le había indicado. Normalmente circulaba por esa carretera casi a diario. Estacionó el coche y se dirigió a la entrada. Llamó y la puerta se abrió. Iba a entrar con el coche cuando vio que Helena salía de la casa, lo saludaba y se dirigía hacia donde él estaba. Esperó.

—Hola Jukka. Has llegado puntual —dijo ella sonriendo. Llevaba puesto un mini vestido negro ajustado.

—La fuerza de la costumbre —comentó Jukka—, si se llega a la hora todo funciona mejor.

—Seguro —dijo Helena—. Si tú lo dices será cierto. ¿Dónde vamos a ir?

—Sorpresa. Espero que te guste.

Se montaron los dos en el coche y Jukka se dirigió hacia Altea. En el camino apenas hablaron. Los típicos comentarios acerca de la jornada laboral. Jukka tenía la vista fija en la carretera y en el fondo estaba pensando en Jana. «No sé quién es. No sé absolutamente nada. Pero ¿por qué me desconcierta tanto su ausencia?» Pensaba repetidamente, como absorto en un extraño bucle.

—Te noto pensativo —dijo Helena—. ¿Te preocupa algo?

—No, nada —mintió Jukka—. Son cosas del trabajo. Ha sido una semana un poco rara.

—Pues desconecta. Es fin de semana.

—Tienes razón —no obstante, Jukka siguió pensando.

Llegaron a Altea y Jukka aparcó en la calle Sant Pere. Se dirigieron a un restaurante que estaba en esa misma calle. Una trattoria ubicada frente a la playa.

—¡Vaya! ¡Qué original! —dijo riendo Helena.

—Si prefieres otro sitio —dijo en tono molesto Jukka.

—No, es perfecto. Oye, no te mosquees. En serio. Las veces que he tenido alguna cita me han llevado a restaurantes de lujo, y la mitad de las veces quien me ha llevado no tenía ni idea de lo que estaba pidiendo, ni para que servían los cubiertos.

—¿Wageman? —preguntó Jukka con una sonrisa en los labios.

—El mismo y punto final con ese tema. Prohibido hablar de él.

—Tomo nota.

Pasaron y se sentaron en la terraza, en una mesa orientada hacia la playa. Hacía calor y sólo de vez en cuando llegaba hasta ellos algo de la húmeda brisa de levante.

—¡Anda! ¡No me había dado cuenta! —dijo Helena mirando la decoración.

El restaurante, tanto en el interior como en el exterior, estaba pintado de colores muy vivos. En las paredes habían colgado lagartijas de cerámica, también de colores muy llamativos y que hacían contraste con las paredes. Del techo colgaban macetas con plantas en una armonía de colores y formas: hiedra, tradescantia, ciso, helecho. Junto a las cestas colgantes, pendían del techo también pequeñas figuras de payasos de madera vestidos con trajes de colorines. Algunas de las figurillas colgaban más que otras lo que en ocasiones obligaba a quien pasara por debajo a esquivarlas o rozarlas para que se movieran como equilibristas. Jukka advirtió que a Helena el restaurante, por su sencillez y carácter desenfadado, le había gustado de verdad.

Pidieron la cena. Jukka una ensalada y lubina al horno con salsa verde. Helena un plato de pasta.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Jukka— ¿Se está sintiendo la crisis en tu estudio?

—No mucho. Trabajo para clientes extranjeros. Casi todo son alemanes y noruegos. En menor medida algún estonio —sonrió cuando lo dijo— y lituanos.

—Ya. Vienen con proyecto definido: construirse una casa para la jubilación. ¿Cierto?

—Exacto —dijo ella mirando sorprendida a Jukka—. Muchos aún están trabajando, pero se construyen su casa y poco a poco la van preparando para el futuro.

—El futuro —murmuró Jukka—. "Solamente aquel que construye el futuro tiene derecho a juzgar el pasado".

—¿Cómo dices? —dijo Helena mientras se limpiaba los labios de bechamel.

—Nada, nada. Pensaba en voz alta —Jukka bebió de su copa de vino—. Entonces… me comentabas acerca de tus clientes.

—Sí. Ya te digo. Hacen una inversión de futuro que para mí es mi sustento.

—¿Manejan dinero?

—De todo hay, ya puedes imaginar. Pero hay algunos que vienen con bastante dinero. Sobre todo, los bálticos.

—¿Bálticos? ¿No tienes clientes rusos? Están invirtiendo mucho en esta zona.

—No trabajo con rusos —dijo Helena con tono molesto.

Se hizo un silencio entre los dos. Jukka miró al horizonte como buscando una razón para dirigir hacia allí su atención. Pero no la había.

—Disculpa si he sido brusca —dijo Helena.

—No importa —dijo Jukka dando luego otro sorbo a su vino antes de seguir hablando—. ¿No trabajas entonces con clientes españoles?

—Al día de hoy hay pocos clientes de por aquí que puedan pagarse una casa como las que suelo diseñar.

—Me gustaría ver alguno de tus diseños.

—¿Seguro? —preguntó riendo Helena.

—Sí. En serio. ¿Qué es lo que sueles ofertar a tus clientes? ¿Diseño moderno o clásico?

—De todo un poco. Los hay que no tiene idea y les asesoro con unas cuantas ideas que suelo manejar.

—Tu estilo.

—Llámalo estilo si quieres, pero no tengo tales pretensiones. Son obras de encargo, empleo algo básico. Algunos clientes vienen con grandes ideas. Quieren algo semejante a lo que han visto en alguna foto, o en una revista de decoración. Suele ser difícil trabajar con ellos, no entienden a la primera que aquí ese tipo de vivienda no es práctica. Demasiada luz y demasiado calor. Otros por el contrario pretenden que les haga un diseño semejante a sus estilos nacionales y también tengo que convencerlos de que ni materiales ni espacios ni proporciones encajan en este ambiente. Muy pocos vienen con la idea de construir una especie de legado para la humanidad en forma de obra artística arquitectónica. Me han pedido desde palacetes neogóticos hasta descaradas copias de Le Corbusier. No te sorprenda si muchas veces suelo acabar las entrevistas con ellos diciéndoles que la casa tiene que servir a la comodidad, que la obra de arte es revolucionaria pero la casa conservadora.

—Adolf Loos. Eso es de Loos. Ornamento y delito —dijo Jukka limpiándose la boca y bebiendo un poco de vino.

—¡Exacto! —dijo Helena mirando de nuevo sorprendida a Jukka —. No me esperaba esos conocimientos por tu parte. ¿Y la frase esa de antes? La de construir el futuro y no sé que más del presente.

—Pensé que no habías prestado atención.

—Te equivocas —dijo Helena sonriendo.

—Nietzsche. Una idea interesante que tiene que ver con el tomar

partido por el momento presente.

—¿Cómo ves tú el presente?

—La ética de la impostura.

—¡Vaya frase! —dijo Helena riendo—. No obstante, es una interesante idea.

—Es lo que pienso. Los políticos y por extensión los gobiernos han dado por válido el uso de la mentira disfrazada para sustentar sus ideas, proyectos y prácticas. Se maquilla la mentira y se la convierte en lo normal.

—Ya. Y no hay solución o al menos tú no la ves ni quieres verla ¿no?

—Yo no tengo ganas de buscar ninguna solución.

—Si todo el mundo pensara como tú la situación no cambiaría nunca. Seguiríamos en el Medievo.

—No tengo ganas de profundizar. Me quemé hace tiempo intentando frenar ese tipo de actitudes y de imposturas.

—¿Ah sí? Cuenta… si es que quieres.

—No es algo que recuerde con satisfacción.

—Me imagino, pero ya sabes la frase: quien olvida el pasado… —dijo Helena sin acabar la frase.

La brisa había dejado de ser tan intensa y volvía a sentirse el último calor de la temporada. El olor a salitre permanecía en el ambiente y envolvía todo. El cielo estaba despejado y podían verse las estrellas. El horizonte que tanto cautivaba a Jukka se apreciaba de manera nítida a pesar de la oscuridad. Dos mantos oscuros, negro y azulmarino oscuro, se fundían en dos planos separados por una línea apenas perceptible que podría ser un punto por donde se doblaban.

—No me gusta recordar ciertas partes de esta historia —dijo Jukka con tono serio—. Pero bueno. Ahí va. Hace años yo me dedicaba a la enseñanza.

—¡Anda! Pues que interesante ¿no?

—En su momento sí.

—Pues vaya cambio más radical.

—Más que cambio creo que es una especie de metamorfosis. Tenía mis motivos, pero es un asunto vetado ¿de acuerdo? No insistas.

—De acuerdo —asintió Helena, aunque inclinando la cabeza miró de refilón a Jukka antes de lanzar una pregunta—. ¿Cuestiones de política?

—Política. Mira, desconfío de los políticos. Los que he conocido tan sólo me han decepcionado. Una antigua novia que tuve, una

fugaz relación de apenas unos meses que no sirvieron para nada, ha tenido una carrera fulgurante en un partido político. Ha jugado bien sus cartas y poco a poco ha ido medrando. Ahí la tienes, en la alcaldía de un pueblo de la costa. No solo ella, sino que ha llegado a tener la suerte de enchufar a su hermana. ¿Sabes? Lo más irritante es que siempre había criticado los excesos y enchufismos de los contrarios, la derecha. Y de estos lo mismo. Tuve la suerte o desgracia de tener contacto con algunos altos cargos del gobierno autonómico y lo mismo: gente sin preparación, sin el más mínimo interés por preocuparse por los problemas reales. Tan solo miraban por llenar las arcas y sus bolsillos. Ya les puedes plantar delante un plan maestro para sacar adelante un proyecto cultural o social que ellos sólo piensan en repartir la tarta y tener su jugosa porción. Da igual. Derecha o izquierda. Todos quieren tarta.

—Pero… ¿nadie se salva de esa visión que tienes tan pesimista? —preguntó Helena— ¿Ni las nuevas formaciones que aparecen?

—Para ser un hábil político en este país hay que conocer y controlar el grado de ignorancia de la población. Ahí está lo magistral de la política. Si la masa es ignorante les puedes vender fácilmente ideas muy viejas como sinónimo de modernidad. Me asombra como se vuelven a repetir las ideas defendidas por Goebbels o Primo de Rivera.

—No olvides a Plejánov –dijo Helena enarcando una ceja.

—Sí claro —dijo sorprendido Jukka—. No sabía que estabas tan puesta en propaganda bolchevique.

—Te sorprendería saber las cosas que sé —concluyó Helena con un guiño.

—No sé. Creo que vivimos una época complicada. La ética de la impostura nos rodea.

—¿Cómo? —preguntó de nuevo Helena.

—Personajes que gobiernan, dirigen o controlan. No tienen la más mínima preparación o cualificación para los puestos que ocupan, tan solo el mérito de pertenecer a una formación política. Se dedican a ser quienes no pueden ser. Apenas saben hablar, no son capaces de hilar una frase con la más mínima coherencia. No son capaces de sumar dos y dos, gritan y desprecian a los que tienen a su cargo, amenazan, coaccionan.

—Ya veo.

—Clientelismo. Somos un país de clientelismo. Amigos y familiares en su mayor parte. O favores a empresarios. Ya sabes, por ejemplo, el típico empresario de la construcción que no tiene donde colocar a la hija, pero como tiene contactos con la administración

pública, pues todo arreglado: directora de recursos humanos de cualquier empresa. O, gracias a esos contactos, de vender pescado en un mercadillo a subdirigir cualquier empresa. O de estar tirado en casa, pasar a ser gestor de materiales y delegado sindical como premio.

—Es un mundo perverso.

—Perverso… sí —añadió Jukka pensativo—. Sobre todo, porque al normal de los mortales se le pide curriculum, cualificaciones, preparación hasta para barrer una calle. Y los que están arriba no tienen esa necesidad. ¿Qué te parece? Digno del mismísimo Bertolucci en su Novecento.

—Buen ejemplo una película —rio Helena—. No te tomes el cine tan en serio. Es ficción.

—Ya, pero la línea entre ficción y realidad, en ocasiones, es muy delgada.

—Entonces, ¿qué propones?

—El Club de los Jacobinos.

—¡Hostia Jukka! —exclamó sobresaltada Helena—. ¿En serio? ¿El terror?

—¿Por qué no?

Helena se quedó en silencio mirando a Jukka con sus profundos ojos azules. Se había ruborizado al final de esta conversación. Siguieron cenando sin apenas hablar. Cuando terminaron, comenzaron a caminar por el paseo marítimo.

—Que fresco hace esta noche —dijo Helena que tembló casi al mismo tiempo que lo decía.

—Ten, ponte mi chaqueta —dijo Jukka poniéndosela por encima de los hombros.

—Gracias. Normalmente no suelo tener frío en esta temporada —dijo acomodándose la prenda—. ¿Tú no tienes frío? Y no me vengas con lo de ser finlandés porque tú Finlandia solo la has visto en fotos. Igual que yo Estonia.

—No tengo frío —dijo con seguridad a lo que siguió una frase con tono neutro—. Para frío el que pasé en Burgos cuando viví allí.

—¿Y qué hacías tú en Burgos? —preguntó Helena con gesto curioso.

—Nada, cosas del trabajo.

—¿Lo mismo que aquí?

—¿Conoces algún sitio por aquí donde tomar algo? —dijo Jukka incómodo cambiando de tema.

—Vale. Como quieras —dijo Helena.

Mientras seguían caminando Helena volvió sobre el tema que

incomodaba a Jukka.

—Entonces… —dijo Helena con voz suave— ¿estabas en Burgos?

—Sí. Unos cuatro años más o menos.

—Si es tan frío deberías pasarlo mal con el trabajo. Es decir, con el coche recorriendo la provincia llevando todo eso que lleváis a los supermercados.

—Veo que conoces bien como se desarrolla este trabajo. ¿Wageman? —dijo Jukka intentando llevar a Helena a un punto incómodo.

—Sí, claro —respondió ella con calma.

Llegaron a un bar y se sentaron en la terraza. La camarera se acercó para preguntar lo que deseaban tomar.

—Gin tonic —dijo Helena.

—Un ruso blanco —pidió Jukka.

—¡Joder Jukka! —rio Helena—. Buscas algo potente.

—Ya sé que no te gusta el tema —dijo Jukka cambiando de tema —. Pero lo de Wageman.

—Ya sabes que está vetado el tema —dijo ella sonriendo—. Pero ya que insistes. Estuvimos saliendo hace un año. Parecía que iba en serio. Hasta que un día me lo encontré con otra. Una cajera de un supermercado. De esos que visitáis.

—Ya. Pues... vaya. En fin —terció Jukka que había supuesto que era eso precisamente lo que había pasado.

—¿Y tú? ¿Tienes pareja?

—No.

—Pero ¿has tenido alguna?

—Hace años.

—No salió bien ¿no?

—No. Al principio muy bien, pero la relación se fue enfriando. Quizás producto de la rutina.

—Entiendo.

—Además que al volver de México ya no había nada —dijo Jukka de manera inconsciente sin pensar en lo que decía—. Se acabó todo lo que había en común.

—¿Estuviste en México?

—Sí —dijo Jukka de manera escueta.

—¡Vaya! Eres una caja de sorpresas. Cuenta, cuenta.

—Fui a trabajar. Universidad de Zacatecas.

—¿Profesor? —exclamó Helena boquiabierta—. Eso me lo tienes que contar.

Al fondo se divisaban las luces de Calpe y aunque era de noche

se apreciaba la imponente mole del peñón de Ifach. Helena miró a Jukka. El detectó que había algo en sus ojos. No sabía muy bien cómo interpretarlo. Curiosidad, inquietud. El también tenía curiosidad. Le estaba contando abiertamente cuestiones de su pasado que significaban una quiebra en su voluntad por ocultarlas. «Se resquebraja la voluntad del anonimato» pensó Jukka. Comenzó a recordar, al tiempo que hablaba, de sus años en México. Helena escuchaba en silencio.

10

—Zacatecas es una bombonera —comenzó diciendo Jukka ante la atenta mirada de Helena—. Hay muchos edificios coloniales, junto a otros de época del Porfiriato, afrancesados. Lo más llamativo era la piedra rojiza empleada en muchas de esas construcciones. Pero como te digo, al igual que una bombonera cuando se acaban los bombones pierde su encanto, lo mismo pasa con la ciudad. Visto todo, y se puede ver en una mañana, empieza el aburrimiento —luego Jukka prosiguió su relato de manera detallada.

"Dos mil quinientos metros de altitud en el centro norte del país. Zona semidesértica en la Meseta Central de México. Tierra rojiza. Cielo azul y nubes gruesas y blancas que en cuestión de minutos se convierten en masas plomizas que dejan caer auténticos diluvios. Sol abrasador y frío extremo de un día para otro. Calles serpenteantes, siguiendo la ondulante orografía del terreno, colinas plagadas de casas de aspecto frágil debido a su apariencia, mostrando ladrillos, vigas y encofrados como si no hubieran sido terminadas pero que en realidad era lo habitual. Enlucidos de cemento pintados de vivos colores y murales callejeros con advocaciones a la Virgen de Guadalupe y a líderes zapatistas por igual. Olor a especies y cocina típica. Chile, canela, cilantro. Guisos de carnes. Puestos de comida rápida donde poder comer tacos, enchiladas, tortas, pozoles, atole, tamales. La siempre omnipresente sandía, el aroma penetrante del mango cortado, el aspecto desconcertante de la jícama, todo aderezado con chile molido. Picante aquí y allá. Hasta en los dulces y caramelos.

La primera sensación que tuve cuando llegué a la ciudad en el verano de 2002 fue falta de fuerzas. Me costaba respirar por la altitud. Acostumbrado a vivir junto al mar de un día para otro me encontraba a más de dos mil metros de altura. Durante los primeros días aprendí a ralentizar mis pasos, mi respiración. En definitiva, a

tomarme la vida con más calma.

Durante esos días también conocí a mis jefes y los compañeros con los que pasaría cuatro años, aunque al principio no sabía si mi estancia iba a ser temporal o para siempre. Las posibilidades laborales en España eran tan escasas, que tener un doctorado y un incipiente curriculum académico era el sinónimo de estar lastrado con una pesada losa. No encontré otra opción que emigrar. Las clases en una escuela de azafatas no daban para vivir con un mínimo de holgura.

Mis jefes, Aysel Martínez y Cuauhtémoc Garza, fueron a esperarme al aeropuerto internacional General Leobardo C. Ruíz. La visión que tuve del aeropuerto desde el avión según iba descendiendo fue desconcertante: una pista de asfalto en medio de una planicie rojiza en la que destacaba un edificio rojo y amarillo pálido. Parecía un jodido helado que se había caído al suelo. Resultaba difícil creerlo, pero desde ese aeropuerto despegaban aviones con destino a Dallas, Forth Worth y Los Ángeles.

Aysel Martínez, directora de la facultad donde iba a trabajar, tenía cuarenta y pocos años, de constitución gruesa. Su rostro, redondo y carnoso, de labios caídos y párpados igualmente hinchados, reflejaban una vida de excesos. Alcohol y drogas habían pasado factura. Como descubrí a lo largo del tiempo, el estado etílico era constante. Solo la piel morena y el pelo negro atenuaban un poco el gesto del rostro. No obstante, cada vez que hablaba, la cadencia pastosa de sus palabras flotaba por encima de su acento y recordaba el tono propio de las anfetas y el alcohol.

Cuauhtémoc Garza era el marido de Aysel. Con el tiempo me di cuenta que no era mi jefe, como me había dicho, simplemente era el marido de la jefa, pero se arrogaba el título de jefe de igual manera. De la misma forma que su mujer, Cuauhtémoc era de constitución gruesa. Le costaba caminar y movía su cuerpo pesadamente. Los cristales de las gafas apenas conseguían disimular el brillo acuoso producido por la borrachera diaria.

Instalarme en un país extranjero fue tarea complicada, o al menos eso me pareció. La primera semana la pasé en un apartamento que me dejó un profesor de la universidad. Un minúsculo piso al que accedía por una desvencijada escalera. El salón y la cocina estaban en el mismo espacio. Olía a gas todo el tiempo ya que la instalación era muy precaria, no obstante, me aseguraron que no había escape alguno. No tuve más remedio que creerlo. Al baño, también de pequeñas dimensiones, se accedía por una puerta que más bien parecía un agujero hecho en la pared. La

ducha no goteaba, chorreaba continuamente. Dos habitaciones completaban el piso. Ambas daban a un riachuelo que discurría por la parte posterior de la casa. Riachuelo o corriente de aguas fecales siempre me quedé con la duda. La zona era tranquila. Máxime teniendo en cuenta que desde la gran ventana del salón se podía ver el cementerio de la ciudad. El lugar adquiría un aspecto sobrenatural cuando al caer la noche emanaba una bruma densa y pesada producto de las lluvias, el calor que se desplegaba una vez terminaba la tormenta y la densa vegetación que rodeaba el camposanto.

Una semana después encontré un piso mucho más decente en el centro de la ciudad, en la ladera de una colina, lo cual me permitía tener una espectacular vista de buena parte de la ciudad. Espectacular por caótica. En realidad, el piso era la parte superior de una vivienda, propiedad de un prestigioso médico, que había segregado esa parte de la casa una vez que sus hijos habían abandonado el hogar familiar. Salón, cocina, tres espaciosos dormitorios, dos cuartos de baño y una espaciosa terraza desde donde veía el conglomerado informe de casas que reptaban por las colinas de los alrededores.

Me quedé sorprendido al ver dónde iba a trabajar. La facultad se encontraba al final de una larga y empinada cuesta de tierra que cada día tenía que transitar una vez bajaba del autobús. En el camino me encontraba habitualmente con conejos que salían corriendo de entre los matorrales y serpientes. No era experto en la materia, pero una serpiente de cascabel es fácilmente reconocible. Aprendí a observarlas y evitarlas.

El edificio de la facultad se encontraba en lo alto, junto a una colina que se cernía sobre él. Era un cubo construido enteramente en hormigón armado. El aspecto que tenía era más parecido a un bunker que a una facultad. Se alzaba sólido, frío, despersonalizado. Únicamente una vetusta cruz de madera, colocada por los albañiles que varios años atrás construyeron esa mole, rompía la gélida presencia del edificio. La pintura azul de las fachadas aumentaba la sensación de frialdad del edificio. El interior, donde estaban los distintos departamentos, estaba en sintonía con el exterior. Pequeños despachos para los profesores en la parte más fría del edificio, la que estaba pegada a la colina. Tan cercana que una vez probé a tocar la piedra desde la ventana y lo conseguí. El despacho, como todos, era frío. Incluso en los meses de más calor estaba fresco. Pero en invierno era insoportable. Solía trabajar con unos mitones, bufanda y gorro de lana. Los compañeros también hacían

lo mismo.

El claustro de profesores del departamento al que estaba adscrito, Artes y Humanidades, no era muy numeroso, en comparación por ejemplo con el de Historia de América, Filosofía, o Lengua y Literatura.

Mis compañeros en aquel sitio eran de lo más variopinto. Con Baltasar Sauz me llevaba bien. Baltasar, de constitución gruesa con un enorme bigote en el rostro y fumador empedernido, era especialista en la obra de Manuel Payno, un escritor mexicano del siglo XIX. También decía ser especialista en la obra de Umberto Eco y aficionado a la música de Pink Floyd, aunque descubrí que era al revés. Otro de los colegas era Gonzalo González, de piel blanca rostro piriforme y ojos pequeños, era profesor de literatura. Parecía estar siempre en las nubes. Quizás porque era poeta, como insistía en recordar una y otra vez. Lo cierto es que pasaba las horas en su despacho contemplando una lámina que había arrancado de un libro y enmarcado con todo lujo, una lámina de baja calidad que reproducía el cuadro de Ingres "El sueño de Ossian". Según Gonzalo lo inspiraba en sus rimas. También debía de inspirarle observar, con mirada y gesto lascivo, a las alumnas que iban por los pasillos.

Xochitl Flores, una mujer alta, de rostro cuadrado, de elegancia decadente al vestir, estaba en edad de jubilarse, pero continuaba en activo. Entendí meses después que era una buena manera de asegurar una pensión más digna. Xochitl era especialista en estudios de género, lo que a priori parecía ponerla en vanguardia de los estudios académicos. Investigadora incansable, bien podría decirse que vivía en los archivos, pronto me di cuenta que el estudio de género que le apasionaba era el del día a día de las monjas de los diversos conventos que existían en Zacatecas durante la época colonial".

—¡Vaya con los estudios de género! —interrumpió Helena.

—No era la única especialista —indicó Jukka—. La directora de la Facultad de Historia también lo era. Con un punto de vista estancado en los años sesenta. Es decir, del feminismo de los sesenta. No se había puesto al día, por más que ella se lo exigía a sus alumnos. Pero en el fondo su pasión por los estudios de género provenía de una terrible realidad. Su pareja, un funcionario político del Estado, le daba unas palizas antológicas. Hasta en público habían visto como le daba unos sonoros bofetones al sentirse contrariado.

—¿Por qué no lo dejaba?

—A ella en el fondo le gustaba alardear del estatus social que

ocupaba su marido. Codearse con los políticos y demás representantes de los poderes fácticos tenía mucha importancia para ella.

—¿A cambio de sufrir maltratos? —preguntó Helena sorprendida—. Es absurdo.

—Sí. Su frustración la llevaba a estudiar aspectos teóricos de la violencia machista, definiciones académicas, estadísticas, fríos datos, informes mundiales de la ONU. Pero no era capaz de poner en orden lo principal.

—Su vida.

—Exacto.

—Pero eso que dices del estatus es muy raro —inquirió Helena.

—Puede sonar raro, pero es un mundo muy peculiar. Con una estratificación social y unas relaciones de clase aceptadas desde siempre. Incluso los que criticaban esta realidad, si tenían oportunidad entraban en el juego.

—Nadie rechaza el dinero ¿no?

—Más o menos. Mira, nada más llegar me convocaron a una reunión. La directora había recibido a un rico ganadero la región. Un tío al que le sobraba el dinero. Iba acompañado de una chica joven a la que nos presentó como su sobrina y a la que estaba tratando de enviar a España a estudiar en alguna universidad.

—Eso está bien ¿no? —dijo Helena—. Es normal que si tenía dinero se preocupara por encontrar un beneficio para su familia.

—El asunto es que no era su sobrina. Era su amante. Él estaba casado y tenía varios hijos. Tenía instalada a esta chica en la capital, en un piso. Ella quería viajar a Europa y para poder entrar en algunos países iba a necesitar visado. Sin conseguía un visado de estudiante pues podría moverse sin dificultad.

—¡Ah, vaya!

—En la ciudad era sabido que ella era su amante. Hasta la mujer lo sabía. Pero si se separaba de él se acababan las joyas, los caprichos, los viajes a Estados Unidos.

—Pero eso es…

—¿Perverso? —interrumpió Jukka—. Era una pervivencia del caciquismo más rancio. El caso es que es cómo funcionaba. No era el único caso. Tuve oportunidad de conocer muchos más durante mis años allí. Llegaba a ser normal. Una manera de vivir. Al principio me indignaba. Pero al ver la naturalidad con que se practicaba ese tipo de relaciones: nivel y estatus a cambio de… ¿la dignidad? Era asombroso. Siempre encontré que eran relaciones de mutuo acuerdo. Creo que para algunas personas era una manera de

sobrevivir.

—No sé qué decir.

—No es que todo el mundo lo practicara, pero era lo habitual. Natural como la vida misma.

—¿Y qué pasó con la chica esa?

—No lo sé. Cuando ya hube informado de las universidades que conocía y que se ajustaban a sus intereses, me invitaron a volver con mis ocupaciones diarias.

—Te echaron —rio Helena.

—Sí. Pero varias semanas después los jefes llegaron con coche nuevo al trabajo. Ni se me ocurrió preguntar cómo habían pasado de un viejo y destartalado utilitario a un monovolumen totalmente equipado.

—Entiendo.

—¿Te sigo contando del resto de colegas? —inquirió Jukka.

—Por favor —dijo Helena sonriendo.

—Anabel Elizondo —continuó Jukka—, profesora de literatura que defendía la entrada de la modernidad en México antes incluso que en la metrópoli en base al estudio realizado sobre la obra de Sor Juana Inés de la Cruz. Anabel, era de pequeña estatura. Grandes ojos y tez morena. Al principio de conocerla me llamó la atención el hecho de que fuera al trabajo en chándal. Incluso así daba las clases. Más tarde, cuando empezó una fulgurante ascensión en puestos de responsabilidad su vestuario y apariencia cambiaron. El chándal debió de dejarlo en el fondo del armario y lo cambió por trajes de chaqueta, faldas, blusas elegantes, cambio de gafas y visita a la peluquería una vez a la semana.

También había un musicólogo y compositor entre el profesorado. Gerardo Fuertes. Se había formado musicalmente en la antigua Unión Soviética. En Odessa para ser más precisos. A pesar de la caída del sistema soviético Gerardo seguía defendiendo la vigencia y acierto del realismo socialista como manifestación artística liberadora de la conciencia. Yo solía argumentarle que no se podían obviar los crímenes del stalinismo, a lo que él siempre me respondía que eso era algo que no acabaría de estar claro nunca. Que Stalin, un hombre que se codeaba con lo más granado de la intelectualidad rusa, no podía ser responsable de tales crímenes. En todo caso sería responsabilidad de otros. Cuando llegaba este punto directamente optaba por dar media vuelta y marcharme.

Otra de las compañeras era Diantha Londoño. Colombiana, había estudiado Historia Medieval en España, donde se había doctorado con una tesis sobre el papel de la mujer en el Medievo.

En la facultad zacatecana impartía clases de historia del arte. Lo que me desconcertó fue que confundiera de manera espectacular los rasgos definidores del Neoclasicismo y el Romanticismo llegando incluso a intercambiar autores y obras entre un estilo y otro.

Un hecho que me dejó estupefacto, atónito, fue la amplia y desproporcionada plantilla de administrativos. Hasta doce. Dos o tres personas tenían encomendada la misma tarea. Otros se dedicaban a pulular por los pasillos. Cuando se les pedía hacer alguna tarea determinada tenían dos tipos de respuesta. La primera consistente en desplegar una aparente efectividad acompañada de aspavientos y sonoras órdenes que se transmitían unos a otros pero que pasados unos minutos percibías como una falacia. No se trataba tampoco de tareas ingratas o que necesitaran gran esfuerzo físico. Una simple petición de folios o de material de escritura podía alargarse hasta varios meses.

Por otro lado, existía la respuesta más escurridiza que hubiera conocido hasta el momento: "hay que consultarlo al sindicato". Lo que, con cierta frecuencia, derivaba en una visita del administrativo de turno a la sede sindical que se encontraba en la parte inferior de la cuesta antes mencionada. Sede sindical que permanecía de forma invariable vacía ya que junto a ella había un puesto de tacos que siempre estaba abarrotado de administrativos que habían ido al sindicato.

Pero esta era la plantilla original que existía y con la que conviví pacíficamente durante dos años. Hasta el momento en el que se plantearon elecciones para renovar la dirección de la facultad, y la universidad. En ese momento asistí y viví un episodio absurdo y desconcertante."

—Joder, Jukka —interrumpió Helena—, lo que cuentas es realmente increíble. Me tienes embobada.

—Todo es cierto. Así eran.

—¿Qué pasó con esas elecciones? Continúa —dijo Helena arrimándose a Jukka.

"Las elecciones movilizaron los sentimientos más viscerales de mis compañeros. Aprovecharon la circunstancia para tratar de solucionar de la manera más rastrera las viejas rencillas y envidias que arrastraban desde años atrás. Todo en nombre de la libertad, la democracia, la justicia. Comprendí hasta donde se podían tergiversar esos conceptos viendo como las candidatas Aysel y Anabel manipulaban a los trabajadores en lugar de explicar alguna propuesta seria. Acostumbrado como estaba a los mecanismos democráticos de España, que no digo que sean perfectos en su

totalidad, pero al menos son más limpios, no acababa de comprender el hecho de que trataran de asustar con miedos irracionales en lugar de hacer propuestas. Pero obviamente, hacer propuestas significaba hablar de trabajo. Recibí la visita de las dos candidatas. Por separado. Aysel se dedicó exponerme la lista de amantes que tenía Anabel, entre los que figuraban altos cargos de la universidad lo que motivaba su inminente carrera de ascenso en puestos de gestión y responsabilidad junto al equipo rectoral. Obviamente, la posición de Aysel pasaba por no permitir ese tipo de nepotismo. La visita de Anabel fue en líneas similares. Los excesos de Aysel con la bebida y la droga habían quebrado la caja de la facultad, malversación de fondos. No me habló de infidelidades. Directamente me contó las numerosas orgías que Aysel y Cuauhtémoc organizaban en su piso con estudiantes de la facultad.

El día de la votación entregué mi papeleta en blanco. Pero por uno de esos errores que se producen de manera fortuita, el responsable de la mesa electoral metió la papeleta en la urna de administrativos. No le di importancia. Pero efectuado el recuento, el mismo funcionario al no cuadrarle las cifras pasó una papeleta a la urna de profesores, para que todo encajara bien. El resultado final dio mayoría a Anabel, por un voto. Un voto que estaba en la urna de profesores. Aysel rápidamente construyó su teoría: yo era el culpable de su derrota. La bronca que recibí fue monumental. Bronca por haber ejercido algo en lo que creía: libertad de elección, aunque en realidad mi elección fuera en blanco pues tan perversa me parecía Aysel como Anabel. No todo quedó en bronca, ya que, en pleno seminario con los alumnos presentes, Aysel desplegó una feroz, a la par que absurda, ofensiva de insultos y descalificaciones sobre mí. Mi condición de extranjero, español —a pesar del nombre — no me ayudó mucho. Rápidamente el fantasma de la conquista, la explotación, la esclavitud y todos los excesos de tres siglos de dominio español salieron con ponzoñosa verborrea. No aguanté. Quizás en esa época comencé a aprender el arte de escabullirme entre mis propios pensamientos, a aislarme de todo. Lo que a la larga acabaría por estropear, marchitar y acabar la relación con mi pareja que se mantenía viva únicamente por medios virtuales.

El cambio de equipo directivo me concedió un período de paz. Me dediqué a las clases, que en ocasiones me llevaban a otros lugares de la geografía mexicana: Guadalajara, Aguascalientes, Morelia, Monterrey. Ciudades donde encontré un México moderno y diferente. De ideas abiertas. Comprendí que Zacatecas era un lugar que había detenido su reloj vital en algún momento de inicios del

siglo XX y que se negaba a actualizar la hora. Lo que afectaba sobre todo a la mentalidad de las gentes. Fuera de Zacatecas empecé a admirar a una gran nación que ponía ganas y empeño en luchar contra sus propios demonios.

En mis visitas a estas ciudades tuve la oportunidad de impartir conferencias, de participar en programas de televisión, de ser entrevistado en la radio y en periódicos. Siempre un denominador común: las grandes ganas de conocimiento que tenían mis interlocutores. Detecté un hambre ávida por saber, por conocer no solo cuestiones propias de disciplinas académicas, sino por valorar un punto de vista extranjero como era el mío. La confrontación de uno mismo solo es tangible a través de la mirada del otro. Esa era la esencia.

No obstante, había peculiares excepciones, como la invitación a impartir un curso sobre arte y poder en un museo de Monterrey, con todos los gastos pagados por un empresario hotelero de la ciudad. El motivo no era otro que en mi curso iba a hablar del arte producido por el nazismo, y este empresario era un gran admirador del III Reich. Por eso, algunos contactos que tenía en la ciudad y conociendo la opinión que yo tenía sobre Hitler y todos los criminales que le rodeaban, me aconsejaron que moderara mi discurso y no fuera excesivamente crítico."

—Estás de broma ¿no? —interrumpió de nuevo Helena.

—No, que va. En serio. El tipo este que te digo tenía hasta películas originales de la época y una habitación llena de parafernalia nazi. Estandartes, uniformes, carteles de época. Una especie de museo.

—Curioso —dijo Helena con expresión de sorpresa.

—Cuando regresaba a Zacatecas —continuó Jukka—, me centraba en la docencia aburrida a mis alumnos aburridos. Intentaba explicar a los alumnos de la licenciatura las culturas de Mesopotamia, de Egipto, las complicadas relaciones entre las polis griegas, el arte de estos pueblos. Pero detectaba el aburrimiento generalizado. Poco a poco se colmó mi paciencia por la indiferencia y lo rancio de sus pensamientos.

"Recuerdo a un alumno que se dedicaba a dormir en clase o a comer zanahorias. Otro de aquellos jóvenes, se esforzaba en imitar a los estadounidenses de sur. Llevaba la carpeta adornada en su parte delantera con una gran bandera sudista y el reverso con un cartel nazi. Siempre llevaba puesta una gorra, incluso en el aula, donde también tenía un parche bordado con la bandera rebelde. Otro de ellos, que se entusiasmó fugazmente por el cine al escucharme en

una charla que impartí en un museo de la ciudad, terminó por volver a sus intereses tradicionales: misa diaria, lectura de vida de santos y reconocimiento de la labor de la iglesia católica en la conquista de México, que, según él, fue para arrancar a los nativos de las garras del diablo.

A lo largo de los años presencié además otro fenómeno muy particular de la región. Los alumnos y alumnas dejaban de asistir a las clases y nunca más se les volvía a ver. Si bien en un principio me preocupó este hecho, más adelante entendí el porqué. Buscando una mejora en sus condiciones de vida, algunos estudiantes, solos, con amigos o con sus familias, intentaban cruzar la frontera con Estados Unidos para buscar un trabajo, ilegal en la mayoría de las veces, pero que les pudiera ofrecer algo mejor que la nada que tenían en Zacatecas. Cuando lo entendí, dejé de preocuparme".

Jukka hizo una pausa. Respiró profundamente sintiendo el aroma del salitre en sus fosas nasales. Luego, de manera casi inconsciente continuó hablando.

—También descubrí el "Salvajismo Académico".

—¿Cómo? ¿El salvajismo qué? —preguntó Helena desconcertada.

—El salvajismo académico. Es decir, cuando un profesor emplea su, pretendida, superioridad intelectual para machacar y humillar de manera cruel a un alumno.

—Suena interesante. Cuéntame —dijo Helena tras beber.

—Es sencillo. Mira, allí cada seis meses los alumnos de doctorado debían presentar sus avances de investigación ante un tribunal, ya te he contado esa dinámica.

—Sí.

—Bien, pues había numerosos profesores que, de manera cruel, para demostrar sus aparentes conocimientos, comenzaban a atacar el trabajo de los alumnos. Enumeraban libros que existían sobre el tema pero que no habían sido consultados; lo mismos sobre argumentos y contenidos que no se citaban. Incluso llegaban al extremo de criticar de manera despiadada el tamaño de la letra y el interlineado.

—Suena absurdo.

—Era absurdo. En el fondo era una especie de ataque al tutor o director, una especie de querer demostrar "sé más que tú".

—Pero obviamente eso suena a falso. No por enunciar una lista de libros se es más sabio.

—Exacto. Imagina al destinatario de ese ataque. Un alumno o alumna que, aún en fase de formación, recibe ese bombardeo. He

visto a gente llorando y huyendo de los tribunales. Ese tipo de académicos son salvajes. Son crueles e irracionales.

—No debe de ser agradable.

—No. Nada.

—Bueno, Jukka, pero siempre te quedaba el recurso de la venganza.

—No es mi estilo. Al menos en su momento.

—¿Y eso?

—Quizás ahora sí sea el momento.

—Pero ya no estás en ese ambiente. Ni tienes contacto con esa gente ¿no?

—Cierto. Pero siempre hay maneras de ajustar las cuentas.

—Ya —dijo Helena clavando su mirada azul en los ojos de Jukka —. La venganza es un plato que se sirve frío ¿verdad?

—Efectivamente.

—Afortunadamente eso solo te pasó en México.

Jukka sonrió mientras miraba a Helena.

—¡No jodas! —dijo ella sorprendida— ¿Aquí también?

—Aldea global. No somos tan distintos. Aunque allí había una habilidad especial para boicotear al profesor si era necesario.

—Cuando dices boicotear ¿a qué te refieres?

—Por ejemplo, que entren en tu despacho, a tu ordenador, a que borren los archivos de los trabajos de tus alumnos y que al día siguiente a primera hora te pidan que los califiques y entregues una copia impresa del trabajo de ese alumno. O que te interrumpan en medio de una conferencia profiriendo insultos contra ti acusándote de mil falsedades pero que obviamente no puedes demostrar en ese momento. Lindezas de ese calibre, Helena, de eso hablo.

—¡Vaya! Eso es tener clase —dijo ella sorprendida—. Una clase y un estilo cruel.

—Sí. Pero eso aquí no pasa —dijo con tono irónico.

—No sé si creerte. Me dejas con la duda.

Jukka se encogió de hombros. Luego continuó su relato.

“El último año que estuve en México fue el 2006. Los motivos para dejar el trabajo y volver a España con lo puesto se gestaron un año antes cuando Anabel, para darle un giro a la facultad decidió traer a otro profesor español. Bien es cierto que a pesar de la irracional actitud de Aysel el ambiente académico había sido enriquecedor. Yo había podido ir a numerosos congresos en los que había expuesto mis ideas y había tenido diálogos y críticas interesantes que me habían hecho avanzar en mis conocimientos. También pude organizar un par de congresos en Zacatecas.

Publiqué libros y artículos logrando un curriculum extenso y reconocimientos académicos por parte del gobierno mexicano y sus instituciones educativas. No obstante, en Zacatecas, en la facultad, las cosas estaban cambiando a pasos agigantados. Si con el equipo anterior todo eran ventajas, todo era indagar acerca del origen y evolución del pensamiento moderno; con la nueva dirección los asuntos académicos estaban girando hacia posturas que se centraban en la época colonial. Cada vez con más frecuencia los actos organizados por la facultad tenían que ver con el papel de la iglesia en la vida cotidiana. Para reforzar este campo llegó el nuevo profesor.

Pelayo Menéndez llegó una lluviosa tarde de septiembre. En la facultad me encargaron que fuera a recogerlo al aeropuerto ya que al ser español se sentiría más cómodo con un compatriota. Cuando lo vi llegar tuve una rápida reacción, recuerdo que pensé: «este tipo parece un cura». Menéndez, oriundo de Asturias, era un tipo bajito. Tenía un rostro cuadrado en el que destacaban dos cejas densamente pobladas que apenas se separaban en el centro de la frente. Ojos pequeños y labios en consonancia. Se acercó hasta donde me encontraba. Recuerdo que yo sostenía desganado un cartel con el nombre del recién llegado. Llegó arrastrando penosamente una maleta y con el cuerpo ligeramente arqueado hacia un lado. Tras los saludos de rigor Menéndez me comentó que se había hecho daño en la cadera al bajar la maleta de la cinta transportadora del aeropuerto. No me gustó en absoluto el comentario que hizo Menéndez una vez que nos presentamos: “Pero qué nombre más raro tienes. Tú de español poco. A lo sumo una especie de mestizo”. Desde ese momento tuve claro que no iba a tener buena relación con mi compatriota.

Poco a poco, con el paso de los días y de los meses, fui conociendo a Menéndez. Vi como iba medrando imponiendo sus criterios y sus temas de estudio y reflexión, todos ellos vinculados a la historia eclesiástica. Se suprimieron los proyectos presentados para organizar congresos, entre los que figuraba uno propuesto por mí, y se estableció la obligatoriedad de participar en una de las ideas que introdujo Menéndez, el SIPI: Seminario Interdisciplinar Permanente e Itinerante. Lo de la itinerancia tenía que ver con invitar y ser invitado a universidades vinculadas a asociaciones católicas. La única intervención que tuve, en donde expuse la pervivencia de la modernidad en la arquitectura del fascismo italiano, no despertó más debate que la absurda pregunta que hizo Diantha Londoño en el sentido de cuál era el edificio que más me

gustaba de todos los analizados en mi intervención.

Las cansinas jornadas escuchando hablar una y otra vez de la gran aportación de los franciscanos, los jesuitas, los dominicos y demás órdenes religiosas a la causa de la modernidad acabaron por aburrirme. Incluso los nuevos alumnos que se matriculaban para realizar sus tesis lo hacían sobre temas de pensamiento novohispano, vida cotidiana en conventos y arquitectura religiosa. Cada día estaba más cansado y me sentía fuera de lugar. El cansancio dio paso a la ansiedad y con esta como compañera los nervios y los errores se fueron acumulando: llegar tarde al trabajo, falta de interés en las clases, errores en las actas. Pero el colmo fue que induje al error a una de las alumnas a quien dirigía su tesis, quien llevada por un absurdo e insólito consejo mío redactó un capítulo de su tesis que supuso un desastre.

Cada seis meses, cada doctorando debía rendir cuenta de su trabajo en sesión pública frente a un tribunal formado por profesores de la facultad. En la primavera de 2006 Lu, que así se llamaba la alumna, ilusionada con su tesis, llegó a ese seminario con un capítulo en el que explicaba la evolución de la ciudad de Morelia como marco conceptual previo para comprender las actuaciones reformistas a principios del siglo XX. La exposición fue correcta pero el tribunal, presidido por Menéndez, comenzó a atacar sin piedad desde los contenidos hasta la redacción del mismo. El más mínimo error en un signo de puntuación fue objeto de la crítica más sangrante. Lu se puso nerviosa. Yo estaba nervioso. Lu dijo una frase desafortunada: “mi director de tesis ha dicho que hiciera esto”. Perdí la compostura y proyecté en Lu la tensión y los sentimientos que albergaba hacia Anabel y Menéndez: “¡Anda y que te den por culo!”. Tras lo cual salí del salón de actos dando un sonoro portazo.

De nada sirvió que pidiera perdón a Lu. Tampoco a la directora y al resto de compañeros allí presentes. Lu pidió que le asignaran otro director para su tesis. Los compañeros comenzaron a tratarme como a un apestado. Menéndez cada día tenía más control sobre todo lo que se hacía.

En diciembre, aprovechando las vacaciones de Navidad, compré un billete de vuelta a España. Busqué un piso a través de una agencia a la que contacté por internet. Me enteré de la convocatoria de plaza para director académico de la Academia Valenciana del Cine de Alicante y envié mi solicitud. Volví como me fui. Dejé atrás una buena colección de libros que había adquirido durante el tiempo que estuve allí. No me despedí de nadie, tan solo dejé una

carta en el buzón de la dirección con las llaves del despacho. Quizás, de manera inconsciente, ese fue el momento en el que aprendí a huir y pasar de largo".

Jukka se percató que Helena lo miraba asombrada y admirada. También vio que empezaba a aparecer la claridad del amanecer en el horizonte. No había sido consciente del tiempo transcurrido. Había pasado toda la noche. No recordaban cuando habían pagado las consumiciones ni cuando el local había cerrado.

—¡Impresionante! —dijo Helena mirándolo con los ojos muy abiertos, lo cual permitía también ver que estaban un poco enrojecidos por el cansancio y la falta de sueño—. Y… ¿ahora te dedicas a llevar promociones a los supermercados? ¡Joder, Jukka! ¡Joder! ¿Pero y ese cambio?

—Digamos que una mala experiencia en el pasado más reciente.

—¿Qué pasó?

—Otro día te lo cuento, si no te importa.

—¡Vaya! No te lo piensas mucho… ¿Me estás pidiendo otra cita?

—Si no te importa claro.

—Por supuesto que no. Mira la hora que se nos ha hecho —dijo Helena señalando el horizonte que ya clareaba. Sin pensarlo mucho se acercó a Jukka y se abrazó a él. Jukka sintió excitación en el pulso de Helena. Sus ojos brillaban de un modo especial. Se reflejaba la luz del incipiente sol. La respiración de ella cada vez se notaba más acelerada.

—Creo que va siendo hora de volver ¿no? —dijo Jukka intentando no dejarse llevar. En el fondo le atraía Helena, pero algo en su interior le hacía tener calma.

—Vale —dijo Helena un poco contrariada—, pero que sepas que me atraes. Te advierto que en la próxima no te escapas.

Ambos rieron.

11

Jukka pasó buena parte del domingo durmiendo. Hacía mucho tiempo que no trasnochaba de esa manera. Cuando llegó a su casa se acostó y estuvo durmiendo unas doce horas más o menos. Una vez despierto se acercó al piso de Jana, pero ella no estaba. Pasó el resto de la tarde tranquilamente sentado en la terraza, bebiendo una interminable cerveza y mirando las nubes, el mar, escuchando el ruido de la calle. Se acostó pronto para empezar descansado una nueva y rutinaria semana laboral. Se quedó dormido mientras recordaba la cena con Helena, las conversaciones y sobre todo el hecho de haberle contado parte de su pasado. Jukka consideró que era un buen momento para poner en orden sus pensamientos, sus sentimientos y contar abiertamente a Helena, y a Jana, cualquier cosa de su vida anterior. Se acordó de Jana. Fue lo último, se sumió en un profundo sueño.

A la hora de costumbre, Jukka salió de su piso. Esperando el ascensor había un individuo al que nunca había visto antes. Era un hombre de estatura media. Delgado. El rostro picado de viruelas, ojos oscuros que brillaban de manera misteriosa tras los cristales de unas gafas rectangulares de montura metálica. Pelo negro, enmarañado y barca entrecana. Vestía un vaquero gris descolorido, camisa a rayas grises y una americana gris completamente arrugada.

—Buenos días —dijo Jukka.

—Bon jour —respondió el individuo de manera muy educada.

Jukka hizo un movimiento de cabeza, como asintiendo. Entraron en el ascensor. Jukka esbozó un pensamiento «Un francés. Un nuevo vecino. ¿Será de larga temporada?». Tenía curiosidad, y estuvo a punto de iniciar una conversación con él. No pudo ya que comenzó a sonar una melodía en el móvil del individuo. Jukka presó atención y se quedó asombrado, se trataba de una marcha militar que reconoció por haberla escuchado en alguna vieja película. Un

coro masculino y marcial entonaba las estrofas:

Auf der Heide blüht ein kleines Blümelein
und das heißt: Erika.
Heiß von hunderttausend kleinen Bienelein

«Erika. ¿Este tipo usa eso como tono de llamada?» pensó sorprendido Jukka. Escuchó las pocas palabras que intercambió el individuo con su interlocutor.

—Bonjour, Alois. Je suis sur mon chemin. Je serai là dans vingt minutes. Au fait, quelle est la différence entre une pizza et un Juif? —pregunta a la que siguió un incómodo silencio tras el cual el individuo mismo contestó profiriendo una sonora carcajada— La pizza ne crie pas quand mettre au four.

«¿Será hijo de puta?» reflexionó Jukka indignado «¡Qué pedazo de cabrón!»

Fue entonces su móvil el que lo sacó de sus pensamientos. Jukka lo cogió y vio que se trataba de Prisca. Era extraño pues ella no solía llamar salvo que hubiera un asunto muy importante, tal como un cambio de promoción a mitad de mes, o una nueva remesa de material que iba a llegar en próximos días, o comunicar un cambio puntual de protocolo. Pero en esta ocasión era diferente.

—Jukka —dijo Prisca con su seco acento jienense—, ¿estás ya en ruta?

—No, aun no. Voy camino del coche.

—Bien. Menos mal. Tú y tu manía de salir pronto… me has hecho madrugar —dijo abruptamente, mientras Jukka miraba el reloj y pensaba que las ocho de la mañana era una buena hora para ponerse en ruta y no consideraba que fuera madrugar.

—Bueno Prisca, tú dirás.

—Mira. Anula las visitas de hoy. Cambio de planes. Tienes que ir a Elda, a un Super Plus.

—¿A Elda? ¿Yo? Pero si esa es la ruta de Carmen.

—Es solo un super. Carmen ya tiene completo el cupo de tiendas y tú puedes añadir una más. Te pilla de camino cuando vas a Villena.

—Bien. Dame los datos —dijo Jukka con desgana.

—Tienes que contarles todo el procedimiento. Acaban de abrirlo, me han comentado que la encargada es nueva en el puesto, y que no está muy enterada de lo que hacemos. Se lo cuentas. Le endosas la promo del champú.

—Vale. Hecho. ¿Y la ruta de hoy?

—La haces mañana o cuando puedas dentro de la quincena. ¿Entendido? Vamos, que cuando acabes el resto de la mañana te queda libre. Adiós —dijo de nuevo con sequedad y cortó la llamada.

Jukka estaba sorprendido. Y nervioso. «Elda. Hace cuatro años que no piso Elda. Bueno, lo del centro comercial del otro día, pero fue un visto y no visto. Además, está en las afueras», reflexionó. El ascensor llegó a la planta baja. El individuo, que no paraba de alisarse el pelo con la mano, observó a Jukka con indiferencia. Cuando la puerta se abrió salió deprisa sin despedirse. Jukka hizo lo mismo y se dirigió a su coche.

El zumbido del móvil le avisó que entraba un mensaje. Era la dirección del supermercado. Se metió en el coche. Arrancó, puso la radio y respiró hondo. Condujo hasta Elda por la A–31 luego, una vez en la ciudad, siguió las indicaciones del GPS. Avenida Reina Victoria. Comenzó a circular despacio por la avenida, la cual estaba flanqueada por edificios. El más alto no tendría más de siete plantas. Mostraban el paso del tiempo y alguno de ellos bien podría haber sido construido en los años setenta. Los más antiguos, de una planta, apuntaban una cronología anterior. Le llamó la atención un edificio con esquina achaflanada en el cruce con la calle Murillo. El paso de los años había tornado el color ocre claro de la fachada en un color incierto, mezcla de marrones, negros, grises. «El color de la mugre» pensó. Las persianas de madera le gustaron por su aspecto ajado. Si en algún momento fueron marrones ahora eran de color ceniza, amenazando con deshacerse con solo mirarlas fijamente.

Siguió circulando hasta que por fin vio el logotipo del supermercado y la fachada pintada con el característico color amarillo limón de la empresa. Consiguió aparcar justo delante de la puerta.

Cuando entró se encontró con una actividad frenética. Los empleados estaban preparando los productos en los lineales correspondientes. Un técnico estaba revisando las cajas registradoras y haciendo pruebas. Al fondo estaban limpiando. Una voz lo distrajo del recorrido visual que estaba haciendo del lugar, aunque conocía bien la distribución de los productos.

—Caballero, aún no hemos abierto al público.

—No, si yo venía a hablar con la encargada.

—Soy yo —dijo su interlocutora, una mujer joven, de unos veintitantos años. No muy alta, melena castaña corta, ojos marrones, boca pequeña de labios finos y que dejaban ver una fila de dientes perfectamente alineados y blancos. Tenía un acento extranjero que Jukka identificó como francés—. Nicole Hinault.

—Jukka Lehto, de Dicker & Stake. Ya sabes: patatas, refrescos, champú, etcétera.

—¡Ah, sí! Me han avisado que vendrías. Explícame que tengo que hacer con tus promociones.

Jukka empezó a argumentar y contar de manera sosegada en qué consistían las promociones, lo que había que hacer y todo el argumentario aprendido de memoria. Cuando terminó, Nicole tan solo dijo una cosa.

—Vamos a tomar un café.

—¿Disculpa? —preguntó Jukka.

—Está todo claro. Así que vamos a tomar un café y así tomo el aire. Necesito salir de aquí un rato.

Entraron en la cafetería. A Jukka le gustó el nombre: Tanganyka. El detalle de la Y le hizo pensar: «Este tipo de recursos siempre acompaña a un local viejo y cutre, realmente cutre, y en estos sitios, por el paso de los años y la pátina acumulada el café suele estar más sabroso». En efecto el local mostraba un aspecto decadente. Se notaba que, en su momento, en los años setenta cuando fue inaugurado, el local era de lo más moderno y lujoso. Pero treinta y tantos años después, el paso del tiempo, el desgaste, la suciedad acumulada en rincones inaccesibles y la desidia habían convertido el interior en una imagen viva de la decadencia. Junto a los taburetes desgastados, la barra igualmente castigada por el paso del tiempo y de los clientes, estaba el dueño. Un hombre que pasaba los setenta con creces. Se notaba en su mirada el tránsito de días y días en su lado de la barra, sirviendo cafés, vermús, tapas y escuchando los problemas ajenos con la complacencia que solo puede otorgar la sabiduría de la vida.

Cuando Jukka y Nicole pidieron sus cafés, él actuó con una metódica parsimonia. Sus movimientos reflejaban la seguridad de la experiencia. Jukka se percató que al lado de la cafetera había una bandeja con unos pasteles de hojaldre y cabello de ángel que rezumaban la misma experiencia que el local. «Deben estar ahí desde que abrieron este sitio» pensó admirado por el aspecto caduco y casi fosilizado de esos pasteles.

—Oye perdona que te haya sacado así —dijo Nicole sacando a Jukka de sus pensamientos.

—No te preocupes. También necesito un café.

—Es que estoy un poco nerviosa.

—Pues un café no creo que te ayude —dijo Jukka esbozando una sonrisa, que fue correspondida por una risa de Nicole.

—De modo que vas a venir por aquí a menudo.

—Una vez al mes. En época alta, verano y navidad puede que dos veces.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Es lo que hay —dijo Jukka mostrando indiferencia—. Es esto o nada. ¿Y a ti?

—No.

—Ya, pero es lo que hay ¿no?

—Sí. Eso mismo.

—Eres francesa ¿verdad? —inquirió Jukka.

—Exacto. De Sète. Una ciudad costera, muy parecida a Alicante.

—¿Y cuánto tiempo llevas aquí? Si no es indiscreción.

—Vine con catorce años. Con mi padre. Él trabajaba para una empresa naviera. Allí conocí a un chico, nos casamos hace un par de años. Yo estaba embarazada.

—Bien.

—No. El muy cabrón me dejó por otra un mes antes de nacer mi hija.

—Hmmm. Lo siento.

—Y aquí estoy ahora. Encargada de este trabajo que no me gusta y con una hija de apenas dos años que cuidar.

—Créeme que lo siento.

—Gracias. Bueno. En tu siguiente visita seguimos hablando ¿vale?

—Por mí encantado.

Se despidieron hasta la siguiente ocasión. Jukka se quedó pensando en lo injusta que es la vida. En lo difícil que es el día a día. Más para algunas personas que para otras. Sobre todo, para la gente honrada y trabajadora.

Su objetivo del día era presentarse y entregar la primera de las promociones. A las once de la mañana había terminado. Le habían autorizado a tener el resto del día a su disposición y no sabía muy bien qué hacer. Decidió regresar a su casa y una vez allí ya se le ocurriría algo. Quizás bajar a la ciudad de Alicante y dar un paseo por la zona del centro, o por el puerto, o subir al castillo. Ya se decidiría.

Cuando llegó se dio cuenta de que hacía un día caluroso. Parecía propio de agosto y no tanto de los días que se acercaban al otoño. Decidió pasar un rato tomando el sol y bañándose en la piscina ya que por esas fechas no había prácticamente nadie en la zona de ocio. Los niños habían empezado el colegio, las familias de fuera de Alicante habían regresado a sus lugares de residencia y tan solo quedaba algún jubilado de los que solían pasar las horas leyendo el

periódico debajo de uno de los numerosos pinos que rodeaban la piscina.

«Me he pasado todo el verano de un lado a otro de la provincia, no he tenido vacaciones y hasta diciembre no me corresponden quince días. Me merezco tomarme este día» pensó mientras subía a su piso para cambiarse y ponerse el bañador.

Tumbado en la toalla, bajo la escueta sombra de una palmera, Jukka leía una revista de divulgación científica. No es que leyera los artículos con avidez, simplemente leía en diagonal. Algún párrafo, alguna línea, se detenía en las fotografías y gráficos que ilustraban la publicación. Simplemente era una excusa para pasar un rato absorto. Como cada mes, al cabo de dos o tres días la revista acababa en el contenedor de reciclaje. Era la única lectura que no fuera digital u online que se permitía tener. Estaba ojeando un artículo sobre la Grecia clásica cuando notó que una sombra se ponía delante de él. Miró hacia arriba y vio que era Jana.

—Hola Jukka.

A través de las gafas de sol se la quedó mirando. El pareo que llevaba puesto alrededor del cuerpo no hacía más que resaltar su anatomía que además quedaba cubierta por un bikini de color verde.

—Hola Jana. ¿Cómo estás?

—Bien —aunque se notaba un tono de cansancio en su voz.

—He pasado un par de veces a ver si estabas este fin de semana. Pero no te he encontrado.

—Lo imaginaba. Cosas del trabajo.

—Vale. No hay problema.

—Jukka, ¿puedo sentarme aquí? —preguntó Jana señalando al lado de su toalla.

—Claro ¿por qué no?

—No sé. Lo mismo estabas molesto por no haberme localizado.

Jukka se encogió de hombros. «¿Por qué iba a estar enfadado o molesto? No estaba y punto. Aunque… ¿por qué he pasado tantas veces a ver si estaba?» reflexionó.

—Por cierto —añadió Jana—, gracias por lo del otro día. Me tenías que haber despertado y me hubiera ido a casa. No quería ser una molestia.

—No lo fue. Estabas tan dormida, tan relajada… No quise despertarte.

—Gracias.

Jana se levantó, se quitó el pareo y se metió en la piscina. Comenzó a nadar. Jukka la observaba. Ella se apoyó en el borde.

—Jukka ¿te bañas?

Jukka estaba indeciso. Por un lado, había pensado estar tranquilo tomando el sol, leyendo algo sin complicaciones. Por otro, tenía ganas de estar con Jana. De no ser así no hubiera ido una y otra vez a buscarla. De manera remolona se levantó y se acercó al borde de la piscina y se sentó. Sus pies se metieron en el agua y sintió alivio. El agua fría actuó como si le inyectaran algo de vida. Observó a Jana que estaba de pie. El agua le llegaba por la cintura. Su cuerpo mojado brillaba con el sol, su pelo recogido en una coleta también lanzaba destellos dorados. Sus ojos irradiaban calma y su boca sonriente estaba empezando a hipnotizarlo. «Este debía ser el aspecto de las sirenas» pensó ensimismado Jukka.

—¡Venga! Métete en el agua —dijo jovialmente ella.

Jukka se metió en el agua. Se sumergió y buceó hasta el otro lado de la piscina. Cuando salió se dio cuenta que Jana estaba detrás de él. Había llegado nadando y respiraba agitada.

—No huyas Jukka.

—No huyo. Es una costumbre… bucear.

—Te aísla de todo ¿verdad? —dijo ella mirándolo a los ojos.

—Sí. Para qué negarlo.

—Espero que no te moleste, pero ¿por qué estás siempre distante? Estás como en un mundo paralelo al que solo tú tienes acceso. Pero también tienes detalles desconcertantes. El otro día cuando me diste las películas, o cuando me dejaste dormir en tu cama y tú en el sofá.

—Jana… no puedo explicártelo. No sabría cómo hacerlo.

—Jukka… —comenzó a decir, pero no terminó la frase.

Comenzó a nadar hacia el otro lado y salió de la piscina. Se tumbó al sol al lado de la toalla de Jukka, quien siguió buceando un rato. Cuando salió se tumbó al lado de Jana.

—¿Hoy no has trabajado? —preguntó ella.

—Sí. Pero ha sido algo muy rápido. Me han dado el resto del día libre.

—Qué bien, ¿no?

—Sí. No me lo esperaba. La supervisora de mi trabajo es un poco agria, no suele dar estas alegrías. Pero un día es un día.

—Jukka… ¿te gustaría venir a mi casa a comer? —preguntó mientras se soltaba la coleta y comenzaba a peinarse.

—¿No es molestia?

—No, desde luego que no. Y si te apetece podemos ver una de las pelis que me diste.

—Bien. Acepto la invitación.

—¡Bien! —dijo Jana manifestando su alegría. Su rostro volvía a reflejar el mismo entusiasmo que el día que vieron Los Nibelungos. Acompaño la amplia sonrisa con unos movimientos de victoria con los puños. Jukka sonrió—. Vale, pues mira me voy a casa y empiezo a preparar algo. ¿Quieres algo en especial?

—Lo que tú prepares estará bien —dijo Jukka sorprendiéndose de cómo le había sonado ese "tú"—. ¿Quieres que te ayude en algo?

—Vale, vale… No, déjalo. En hora y media te espero en casa.

Jana se levantó, se puso el pareo y se fue hacia la portería no sin antes mirar hacia atrás y lanzar un beso a Jukka, quien tan solo fue capaz de saludar con la mano.

Al entrar en casa de Jana lo primero que sintió Jukka fue un intenso olor a especies. Reconoció el aroma fresco de la albahaca, olía a tierra fértil. En contrapunto el acre olor del comino se solapaba como en una capa más densa. También reconoció el olor de nueces tostadas, de limón horneado, de mantequilla y pescado. No se dio cuenta que había cerrado los ojos intentando descifrar cada uno de los matices que le llegaban desde la cocina hasta el salón donde Jana lo había hecho pasar. Ella lo miraba. Un brillo de admiración se reflejaba en sus ojos. Jukka abrió los ojos y se quedó mirándola. El pelo húmedo le tapaba parte de la cara.

—Disculpa… estaba oliendo —dijo Jukka esbozando una sonrisa —, hay muchos matices.

—Muchos matices —repitió ella riendo—. No lo había imaginado así.

—Huele muy bien. ¿Qué has preparado?

—Algo típico de mi país. Bramboračka, es una sopa de patatas y verduras. De segundo trucha asada con mantequilla. He comprado unas cervezas checas, Staropramen. Te van a gustar.

—Me hubiera gustado ayudarte.

—Otra vez será —dijo ella mirando de reojo a Jukka.

Jukka ayudó a Jana a servir la comida. Se sentaron en la terraza, mirando hacia el mar. El tiempo estaba cambiando. Uno de esos cambios repentinos que sólo ocurren en esa parte del Mediterráneo. El calor y el sol pueden dar paso a la aparición del levante, el viento traicionero. Se nota cuando va a empezar a soplar con su típico malhumor con una calma sospechosa, como si de repente el mar y el aire se inmovilizaran una fracción de segundo antes de que empezara a desatar su furia.

—Va a llover —dijo Jukka señalando con el tenedor en dirección a Campello, hacia el noroeste—. Mira que nubes están bajando del Puigcampana.

—¿El qué? —preguntó Jana limpiándose la boca antes de beber.

—La montaña esa que ves al fondo. Cuando se pone así de plomizo acaba lloviendo. Tardará al menos media tarde, pero te aseguro que esta noche va a ser de rayos, truenos y agua.

—No me asustes —dijo Jana riendo.

—En serio. En ocasiones parece que se acaba el mundo —observó que Jana comenzaba a estar un poco asustada—, pero al final siempre sale el sol otra vez.

—Bueno, de todas formas, esta noche trabajo.

—¿Ah, ¿sí? ¿A qué te dedicas? Aun no me lo has dicho.

—Cuido gente.

—¿En hospitales o algo así?

—Sí —dijo mientras se levantaba para ir a llevar platos a la cocina.

Cuando regresó las nubes que estaban sobre Campello se habían ido cerrando aún más. El cielo empezaba a tener una tonalidad plomiza.

—Jukka, ¿quieres que pongamos una película? Es que a las siete tengo que irme —Jana miraba el reloj.

—Vale bien.

Jana escogió un disco de la colección que Jukka le había regalado. Lo introdujo en el reproductor y le dio al play. En la pantalla apareció el inequívoco rótulo con la palabra Metropolis. Jukka sonrió. Jana también y lo miró.

—Gracias, gracias, gracias. Es la versión de 2010. La completa. ¿Cómo la conseguiste?

—No sé —mintió Jukka, mientras trataba de olvidar.

Jana se sentó a su lado en el sofá. Se sentó cogiéndose las piernas y moviéndose entusiasmada. Él volvió a sonreír al recordar el entusiasmo con el que veía las películas. Jana disfrutaba. En la pantalla se sucedían las secuencias: Freder y su encuentro con la ciudad de los obreros, su déspota padre, el intento de mediar, la usurpación de identidad, el encuentro con María, Rotwang el científico, la mujer robot, la rebelión, los edificios, la destrucción, la paz.

Jukka observaba como Jana de nuevo parecía dar indicaciones a los personajes, como su respiración vibraba con cada escena, como le brillaban los ojos con la sucesión de planos. Como exclamaba admirada ante el contenido del nuevo metraje incorporado a la película tras la restauración definitiva. «Tengo el libro en casa. El relato que sirvió de base. ¿Y si se lo doy? Lo aprovechará mejor que yo. Luego, cuando acabe, se lo traigo. Nunca había visto a nadie

disfrutar así. ¡Es insólito!» pensó mirándola ensimismado.

Cuando acabó la película Jana se levantó para apagar el televisor y el DVD. Emocionada comenzó a hablar.

—Es maravillosa la peli ¿no crees?

—Desde luego.

—La ciudad está muy bien organizada. Todo compartimentado, todo con una función y los obreros oprimidos. Es el reflejo de los años 20 —dijo Jana mientras iba a la cocina por un par de cervezas.

—¿Tú crees? —dijo escuetamente Jukka.

—Sí, claro. Es muy original para la época en la que hicieron la película el poner esos rascacielos, las avenidas entre los edificios. En contraste los edificios de los obreros, que parecen colmenas. Todo muy visionario.

En el exterior retumbó el primer trueno. El cielo estaba completamente cerrado con nubes de un gris oscuro en el que destacaba algún destello violáceo. Había aumentado la intensidad del levante y una ráfaga se coló en el salón moviendo la cortina y poniéndola por delante de Jana, como un velo. Fue instante. Esta visión desconcertó a Jukka, quien sin pararse a pensar comenzó a hablar.

—No creas que la película es tan visionaria. Tiene, desde luego, un carácter anticipatorio, pero es una magistral lección de filosofía y teoría de la arquitectura, todo bajo el tema central de la modernidad.

—¿Cómo dices? —preguntó Jana totalmente desorientada y sorprendida por la reacción de Jukka.

—Mira —dijo Jukka, levantándose del sofá, con tono seguro y acompañando cada frase con movimientos de sus manos —, lo que hace Lang en esta fábula es una reflexión sobre el exceso de confianza que ha tenido la sociedad en la industrialización y el maquinismo. Lo único que produjo toda esa confianza fue la Primera Guerra Mundial. De ahí la fábula. Date cuenta que hay dos mundos, el superior, tecnificado sería algo así como el mundo de la modernidad; por otro lado, el mundo inferior, oprimido y que busca conciliar ambos mundos, sería el mundo de la tradición. A fin de cuentas, la solución del conflicto es bastante irracional: los sentimientos. Cualquier cineasta ruso del momento hubiera optado por reivindicar la revolución bolchevique. Pero no es el caso de Lang, porque recurre a la utopía, a la teoría de la arquitectura. Lang tenía predilección por los espacios arquitectónicos y en esta etapa de su vida como cineasta se notaba demasiado. La ciudad superior ¿en qué se basa? En las teorías de Bruno Taut y su proyecto teórico

La Corona de la Ciudad. Una ciudad de cristal donde hay una torre central desde donde se debe gestionar todo. Idea que también está basada en otro teórico llamado Paul Scheerbart quien ya había ideado un sistema de túneles y puentes similares a los que salen en la película para facilitar la comunicación. Taut había planteado que la arquitectura no es más que una imagen de la estratificación humana. ¿Qué tenemos en la ciudad inferior? Otra escala social: los obreros. De ahí proviene la idea. ¿Cómo la realiza? Pues muy sencillo. Había precedentes en arquitectura real. Ernst May había construido una serie de edificios para obreros, muy semejantes a los que salen en la película, en Frankfurt. No recuerdo ahora la empresa, pero eran similares. Colmenas humanas. Hormigueros si lo prefieres. No solo eso. Lang recupera la teoría del francés Tony Garnier y organiza los espacios de manera muy similar a su proyecto de ciudad industrial. Uniformidad en los edificios, volúmenes cúbicos, muros lisos, sin ornamentos. De hecho, ahí también encontramos otra teoría, la de Adolf Loos que expuso en su artículo Ornamento y delito. Y al final de todo, Lang también está retomando la obra teórica de Simmel quien hablaba de la necesidad de la existencia de proveedores para la vida moderna con los que la ciudad no tiene relación más allá de la remuneración. Lang lo lleva al extremo, desde luego, no hay remuneración si no esclavitud.

—¿Jukka? —interrumpió Jana, que sostenía una botella de cerveza en la mano. Estaba quieta, inmovilizada. Miraba a Jukka desconcertada, incluso estaba un poco lívida. Sus ojos brillaban de una manera extraña. No con el entusiasmo característico de cuando veía una película.

—¿Sí?

—¿Cómo sabes todas esas cosas?

Jukka se mantuvo en silencio. Había intentado evitar reencontrarse con su pasado durante cuatro años, pero al final había salido. «No es tan malo. Ya es hora de reconciliarme conmigo mismo» se dijo mientras preparaba la respuesta.

—Fui profesor de estética del cine. Hace ya tiempo de eso —dijo Jukka con calma.

—¿Profesor? —dijo Jana mientras daba un paso hacia atrás. Había dicho la palabra como sintiendo una mezcla de asco y rechazo. Jukka notó que los ojos de Jana se humedecían. Como si fuera a llorar, pero algo impedía que afloraran las lágrimas. Notó que su mirada empezaba a manifestar rabia. Jukka empezaba a no entender la situación cuando Jana sólo le dijo una frase—. Vete de mi casa. Por favor.

La seguridad con la que salieron esas palabras dejó a Jukka estupefacto. No entendía lo que había pasado. Pero no esperó a que ella lo repitiera. No le gustaba que le repitieran las cosas. Sabía entenderlas a la primera y los deseos de Jana habían quedado muy claros. Se encaminó a la puerta para salir y al pasar junto a Jana que permanecía inmóvil en medio del salón sosteniendo la botella de cerveza la miró. Ella rehusó devolver la mirada. Ya en el exterior Jukka creyó escuchar el ruido de unos cristales al estrellarse contra el suelo.

Al llegar a su casa cogió una cerveza y salió a la terraza. El viento soplaba con fuerza. Arrojaba la lluvia contra la fachada del edificio, contra el rostro de Jukka. La tormenta parecía haberse instalado encima del edificio. Los rayos surcaban el cielo de manera paralela a la línea del horizonte, a los pocos segundos retumbaban los truenos. Un rayo cayó directamente en el mar y el chasquido que produjo fue tan intenso que después hubo un silencio absoluto. En ese momento se apagaron las luces de la calle y de los edificios. Solo destacaban algunos vehículos que circulaban lentamente por la avenida.

Mojado, sintiendo el aire y el frío del agua en su cara Jukka esbozó unos pensamientos: «No entiendo absolutamente nada. ¿Cómo hemos pasado de la insistencia de esta mañana a que me eche de su casa? ¿Por qué le molesta que le haya dicho que he sido profesor? Mejor volver a enterrar todo el pasado. No quería recordar absolutamente nada y al final hacerlo tan solo produce daño. A Jana y a mí. Necesito la rutina de siempre. Es mi cueva».

12

Abril. Un mes realmente desconcertante. Días de sol y calor daban paso a otros que parecían retroceder al invierno. Lluvias, viento y humedad se alternaban con jornadas calurosas. Jukka lo pasaba realmente mal encendiendo y apagando la calefacción en el coche o el aire acondicionado. Podía empezar la jornada con buen tiempo y a mitad de ruta caer un diluvio que le obligaba a descargar con prisas el material promocional.

Habían pasado siete meses desde que Jana lo echara de su casa por algo que no comprendió en su momento y que había decidido tratar de no entender. Volvió a su rutina e incluso volvió a cerrar la habitación donde guardaba películas y libros. Había decidido deshacerse de todo ese material y planificó hacerlo en las vacaciones que tendría en el mes de junio. Calculó que en un par de días podría empaquetar todo y luego donarlo a alguna ONG para que lo destinaran a los fines que mejor le sirviera.

En esos siete meses también había estado muy ocupado en el trabajo. La empresa había introducido un nuevo sabor del refresco Siberian Fresh. Sabor a ponche navideño. Una arriesgada apuesta de la empresa pues era un sabor que triunfaba en Norteamérica y Latinoamérica durante la época navideña pero que en el mercado español no se sabía muy bien cómo iba a encajar. Cuando Jukka lo probó en el curso de formación correspondiente a la promoción del producto tuvo la sensación de que tenía el mismo sabor de siempre, matizado con un toque de canela y de color rojo. Adictivo, pero más de lo mismo.

Había pasado los meses de noviembre y diciembre recorriendo la provincia cargado con bufandas con el logotipo del nuevo sabor del refresco. Coloridas bufandas rojas que se entregaban por la compra de dos botellas de litro y medio. Llenó los supermercados de cajas de bufandas y los responsables del supermercado no dieron abasto repartiéndolas. Tantas que la empresa tuvo que enviar a Jukka una remesa extra. El éxito del producto y la promoción

motivó que Jukka duplicara la frecuencia de las visitas. Realmente fue una campaña navideña intensa. Cuando llegó el periodo de vacaciones navideñas, una semana, Jukka descansó todo lo que pudo. Apenas salió de su casa, lo imprescindible para abastecerse de comida, cervezas y pasear junto al mar un par de horas cada día.

Enero fue más tranquilo. La política de Dicker & Stake era dar un pequeño respiro al consumidor en ese mes ya que sabían que la economía de los potenciales clientes tenía que recuperarse tras los excesos navideños. El ideario capitalista era así: no ahogar al cliente de una sola vez. En ocasiones había que aflojar para que respirara. De modo que enero lo invirtió Jukka en la rutinaria tarea de revisar el posicionamiento de los productos rellenando formularios a pie de lineal. Con todos los datos, la empresa podría diseñar sus siguientes campañas. Como la que empezó en febrero y que duró dos meses. Un nuevo limpiador de vajillas en versión tradicional y para lavavajillas: Brazen. La promoción consistió en regalar un par de estropajos Swab, también de la misma empresa, por cada botella o paquete de lavaplatos vendido. De nuevo Jukka, cuyo coche iba cargado hasta arriba de cajas de estropajos consiguió inundar los supermercados de sus rutas del nuevo producto. No se explicaba muy bien el porqué, pero de nuevo tuvo que repetir visitas puntuales en algunos de las tiendas.

Abril un mes de bajada en la estudiada dinámica de la empresa. Este mes de nuevo una leve promoción de las patatas Hasty, aprovechando que con el inicio del buen tiempo y los días más largos los clientes pasarían más tiempo en actividades al aire libre y aprovecharían para comer en el campo, o picar algo en excursiones. La promoción consistió en una gorra de regalo por cada dos botes de patatas comprados. Como era de esperar, la promoción fue irregular.

En todo este tiempo Jukka mantuvo las conversaciones habituales con los encargados que conocía. Vanessa, Celdrán, Gossiper, Baradat, y otros. Todos facilitaban su labor, todos contentos por la venta de productos pues ello repercutía en las ganancias de la empresa a la que cada uno representaba. También tuvo momentos soporíferos. Los habituales relatos casposos de Francisco Ramírez y su nostalgia del pasado franquista; los intentos de adoctrinamiento sectario de Pablo Fuentes quien incluso llegó a asegurarle “por saberlo de fuentes fiables”, que Dicker & Stake era una empresa que colaboraba con “la obra de Satanás”. A lo que Jukka contestó con un gesto de indiferencia.

Sin embargo, dos hechos sacaron a Jukka de su rutina habitual.

El primero ocurrió en una de sus visitas al Super Plus de Elda, que finalmente había quedado incorporado a su ruta, se prestó a ayudar a Nicole a llevar a su hija al centro de salud, ya que estando de visita y hablando con ella la avisaron de la guardería informándola que se había puesto enferma con fiebre. Coincidiendo con el hecho de que ella tenía el coche en el taller Jukka se ofreció a llevarla hasta la guardería y luego al pediatra. Fue un detalle que Nicole siempre le agradecía pero que incomodaba a Jukka. Lo hizo porque lo consideró lo correcto y no quería más agradecimiento.

El segundo fue más desconcertante para él. En una de las visitas que hizo en invierno a The Alphà's Market, encontró a Mara muy alterada. No era la típica situación de resignación por acceder a los sucios deseos de Bañuls lo que la corroía. Jukka consiguió que saliera fuera de la tienda con la excusa de la hora del almuerzo y la invitó a un café con leche. Le contó algo realmente descorazonador.

—Después del verano nos tuvimos que cambiar de piso. No podía pagar los ochocientos euros del alquiler —comenzó a explicar Mara con serenidad—. Se lo comenté a Bañuls y me ofreció un piso que tenía, en la zona de la playa. Nuevo. Me hizo una oferta que se ajustaba a mi presupuesto. Pero cuando llegó el invierno, y eso que aquí no son muy fuertes, no había manera de vivir. Entraba viento por las ventanas a pesar de estar cerradas. La instalación de la calefacción no funcionaba, y oye ya sabes que por las noches la humedad se siente y entra en los huesos. Me preocupaban mis hijos. La caldera se estropeó y no teníamos ni agua caliente. Yo puedo aguantar, pero mis hijos.

—¿Se lo dijiste a Bañuls? —preguntó Jukka.

—Sí, por supuesto. Pero el tío pasó. Uno de mis nenes pilló una gripe muy fuerte y al final decidí irme del piso. Me busqué otro y encontré uno por el mismo precio, pero en condiciones. Se lo expliqué a Bañuls y me dijo que bien.

—¿Entonces? ¿Qué pasa?

—Que de bien nada. El hijo de puta me ha demandado por incumplimiento de contrato. Me pide que le abone los meses de renta que están estipulados por contrato. Jukka. Yo no tengo para pagar tanto dinero.

—Bueno… sí que es una cabronada. Si necesitas algo de dinero te lo puedo prestar y ya nos arreglaremos.

—No, Jukka no. De verdad gracias, pero no. Buscaré un abogado que se ajuste a lo que pueda pagar y trataré de defenderme lo mejor que pueda.

—¿Confías en la justicia? ¿Sabes la cantidad de amigos que tiene

el tío ese?

—Sí. Lo único bueno es que desde que ha puesto la demanda no me ha vuelto a poner una mano encima.

—No hay mal que por bien no venga. ¡Hmmm! Espera —Jukka cogió su móvil y empezó a buscar en sus contactos. Cogió una servilleta y apuntó un nombre y un número de teléfono que luego se lo pasó a Mara—. Cuando veas que me vaya llamas a este número. Pides hablar con Laura, de mi parte.

—¿Quién es?

—Una amiga. Trabaja en un supermercado. Su marido es abogado. De lo mejor de Alicante.

—Pero no voy a poder pagarlo.

—Tú llama. No te preocupes de nada más. ¿De acuerdo?

—No sé, Jukka.

—No te preocupes en serio. Dile que llamas de mi parte.

—¿De verdad?

Jukka asintió. Luego salieron y se despidieron. Cuando entró en el coche, llamó a Laura y tras saludarla, Jukka puso al corriente a Laura del asunto. Jukka insistió en que todos los gastos se los pasaran a él. Más tarde mandaría su número de cuenta. Cuando terminó de hablar Jukka se quedó pensativo «¿Por qué me meto en este asunto? Hay gente que no merece sufrir por el simple hecho de vivir. No es justo. Otros queremos sufrir y tan solo nos queda vivir».

En visitas sucesivas Jukka sólo encontraba una mirada de agradecimiento en Mara. Un brillo de esperanza que Jukka esperaba no terminara de mala manera en el juicio que algún día tendría lugar.

En todos estos meses recibió alguna esporádica llamada de Helena. Pero estaban tan ocupados en sus respectivos trabajos que no encontraban tiempo para verse. Jukka deseaba volver a quedar con ella para mantener una larga conversación, pero no se daban las circunstancias. Por su parte ella le decía lo mismo.

En todos estos meses no se encontró ni un solo día con Jana. No es que intentara encontrarla. Había quedado muy claro el día que lo echó de su casa que no quería verlo. No se había acercado a pedir una explicación, ni había tratado de hacerse el encontradizo, ni siquiera había mirado desde la terraza en dirección a la terraza de ella. Simplemente había pasado de largo. Había seguido su camino tal y como ella seguramente había hecho. No se sentía responsable de nada. Como de costumbre, la rutina era su aliada. La repetición de actos, de gestos, incluso de palabras le ayudaba a mantener la lucidez necesaria para que el pasado estuviera alejado. Si había

decidió, de nuevo, abrir la habitación pequeña era para vaciarla. Estaba pensando incluso en dedicar parte de sus ahorros en hacer una reforma e incorporar ese espacio a la cocina, como un pequeño comedor, y así no tener que comer en la misma mesa donde tenía el portátil y los papeles del trabajo.

«Cuando llegue el otoño me meto en obras. Le preguntaré a alguno de los porteros si conocen a alguien. No debe de ser muy caro ni muy complicado, es tirar abajo la pared. No toda, una parte para hacer una puerta amplia. Puedo aprovechar y cambiar los muebles. Lo mismo Helena me puede diseñar lo que quiero» pensó fugazmente mientras esbozaba en un papel el aspecto que tendría el piso con la ampliación de la cocina.

Aquel día, un lunes de abril, había comenzado nublado y con algo de lluvia. Al mediodía cambió bruscamente tornándose el día en placentero, soleado y cálido. Jukka regresó pronto tras la ruta que le había llevado a Sax, Monóvar y Elda. En el estacionamiento del edificio se entretuvo un momento guardando bien unas cajas que tenía en el asiento del copiloto y limpiando unos papeles que habían caído. Anduvo hasta la portería y se acercó a revisar el buzón. “La colmena metálica” como bromeaba Jukka con algún que otro vecino, puesto que todo el ancho de la pared estaba ocupado por los buzones. Ciento veintiséis buzones que se correspondían con el número de viviendas de la portería. En su momento la constructora es lo que puso al margen de pisos unidos o reformados. Jukka buscó el suyo y sacó unos cuantos sobres y folletos publicitarios. Facturas, ofertas de pizzas, reformas de pisos, peluquería canina… La mitad de todo ese papel acabaría en el reciclaje. Abriendo un sobre que contenía facturas de electricidad se encaminó al ascensor. Al girar no vio a alguien que se dirigía hacia los buzones y tropezó de frente.

—Perdón no te he visto —dijo sin prestar atención y recogiendo los papeles que se la habían caído.

Cuando miró frente a él se dio cuenta que era Jana. Ella no dijo nada, lo esquivó y se dirigió a la puerta de salida.

—Espero que estés bien Jana —al decir esto Jukka ella se detuvo y se volvió.

—No creo que te importe —contestó molesta.

—Jana. Sigo sin saber que he hecho para que me echaras de tu casa. Seguro que tienes tus motivos. Pero… Me gustaría saber por qué.

—Pues ya podrías haber venido a preguntar antes ¿no? —dijo

notablemente molesta— ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Unos siete meses. He estado muy ocupado con el trabajo.

—Ya.

Jukka se acercó. Jana extendió las manos como intentando mantener la distancia al tiempo que negaba con la cabeza. Jukka se detuvo.

—Quiero salir. Ir a mi coche. Necesito aire —dijo él.

—¿Aire, Jukka? Aquí tienes todo el aire que necesitas —dijo ella sin comprender señalando los árboles de la urbanización.

—No es eso. No lo entiendes. He estado siete meses intentando olvidar, como de costumbre, huyendo. He intentado convencerme de que no significas nada, solo una persona que le gusta ver películas antiguas y con la que he visto un par. Nada más —mientras Jukka hablaba Jana lo miraba con curiosidad—. Pero ahora te veo… Y me doy cuenta que mi esfuerzo no sirve de nada. ¿Sabes? Me doy cuenta que me importas. No sé cuánto ni por qué. Pero me importas.

—¿Jukka? —dijo ella llevándose la mano a la boca. Sorprendida o quizás temerosa de lo siguiente que pudiera decir él.

—Voy a tomar aire. Necesito despejarme. Me recuerdas demasiadas cosas del pasado y estoy cansado de esconderme de mí mismo.

Jukka salió y se dirigió a su coche. Entró y arrancó. Maniobró y esperó a que se abriera la puerta metálica de acceso al parking del edificio. Pero no contaba con que Jana, que había ido corriendo tras él, abriera la puerta del coche y se sentara en el asiento del copiloto.

—Llévame a tomar aire.

Jukka llegó a Urbanova. Estacionó donde solía hacerlo. Jana miraba el entorno. No había dicho nada durante todo el trayecto.

—¿Dónde estamos?

—Esto es Urbanova. ¿Nunca has estado aquí verdad? Hay una playa muy amplia. Casi siempre está vacía. Puedes sentir el ruido del mar, el aire. Y la llegada de los aviones desde ahí enfrente —dijo Jukka señalando el horizonte.

—No sabía que estaba este sitio. ¿Te gusta?

—Aquí venía hace años a tomar aire, ya sabes, una forma de desahogarme, de olvidar los problemas del día a día. Y aquí… —se detuvo al sentir un nudo en la garganta.

—¿Aquí qué? —preguntó Jana.

—Nada.

Jukka se encaminó hacia la orilla. No esperó a Jana. Iba

mirando el horizonte y disfrutaba con la leve brisa de levante que soplaba. Notó que Jana se acercaba corriendo.

—¡Jukka! Por favor espera.

Él se detuvo al llegar a la orilla. Justo donde el agua dejaba la marca de la marea en la arena. Su mente comenzó a rebuscar en su memoria y recordó años atrás una clase que había dado en ese lugar. La fuerza del viento, sus palabras, y el rostro de Lorena. Cerró los ojos y deseó que llegara una ola para engullirlo en el mar. Pero no era el día idóneo. El Mediterráneo, ese día, no tenía ganas de mostrar su furia.

—Jukka —escuchó junto a su oído la voz de Jana que casi le susurraba su nombre—. ¿Qué te pasa?

—Perdóname Jana —dijo él abriendo los ojos—. No era mi intención herirte en tus sentimientos, o molestarte. No sé qué pasó hace siete meses, pero perdón.

—Jukka… yo… lo siento. No quería tratarte así… Fui muchas veces a tu casa, pero nunca estabas.

—Jana, hace años yo era profesor —dijo de manera directa—. Enseñaba cine. Primero aquí en Alicante en un centro de formación privado. Más tarde me trasladé a la Universidad de Burgos.

—Pero, ¿por qué lo dejaste?

—¿Has tenido alguna vez la necesidad de empezar de cero? ¿De darle un giro a tu vida y querer iniciar desde un punto muerto, tratando de olvidar lo vivido, de romper con el pasado? —preguntas que hizo mirando al horizonte, por lo que no se dio cuenta de que Jana, asentía con la cabeza al tiempo que quería decir algo pero que guardó para su interior—. Pues ese es el resumen del tema. Olvidar. Iniciar un nuevo camino.

—Pero ser profesor es un trabajo muy interesante. Creo. Si eres de los que le gusta enseñar.

—Siempre me ha gustado. Empecé con veintitantos años a dar clases. He pasado por centros privados, por tres universidades y ya ves. Llegó un momento en el que decidí romper con todo.

—¿Cuál fue el motivo? ¿Competencia con los compañeros? ¿Cansancio?

—No. Fue… —tomó aliento—, una alumna.

—¡Ah! Entiendo —dijo Jana bajando la cabeza.

—No, no es lo que piensas —replicó mirando hacia las primeras estrellas que comenzaban a brillar en el cielo—. Hubo una alumna por la que sentía algo especial. Era muy inteligente, y me fue cautivando con su manera de hacer los trabajos, con su entusiasmo por aprender. Poco a poco fue surgiendo algo. Me repetía a mí

mismo que eran tontadas. Pero ahí estaban esos sentimientos. Lo único que quería era estar junto a ella y disfrutaba cada momento que estaba en clase o cuando venía a tutorías. Solíamos pasar bastante tiempo hablando. Pero nada más. Siempre pensé que era cosa mía. Hasta que un día hubo un momento en el que ella intentó demostrarme que yo también le importaba.

—¡Vaya! O sea que… ¿estabais enamorados sin saberlo?

—No sé si se le puede llamar así. El caso es que a pesar de que yo hubiera cruzado ese límite y hubiera aceptado su gesto decidí no hacerlo. Lo peor es que tuve que vivir varios años con ese sentimiento encontrado.

—¿No volviste a hablar con ella?

—Sí, pero era demasiado tarde. Murió.

—¡Oh! Jukka lo siento.

—Fue hace cuatro años. En esa época yo estaba en Burgos. Su familia me avisó que había sufrido un accidente y que estaba muy mal. Quería verme antes de… —Jukka sintió un nudo en la garganta—. Ya sabes. Quería poner orden en sus sentimientos.

—Lo entiendo.

—Murió en mis brazos —dijo Jukka mirando un avión que se acercaba.

Jana miró a Jukka. En silencio. Los dos estaban en silencio. Jana se sentó en la arena y comenzó a coger puñados que luego dejaba escapar sobre sus dedos. Jukka también se sentó. Con la mirada fija en el horizonte.

—Cuando tenía doce años mi madre murió —comenzó a decir Jana, sin mirar a Jukka, solo hablando—. Tenía cáncer de pulmón. No paraba de fumar para aliviar la tensión que le producía trabajar en la fábrica donde estaba empleada. Tenía que hacerse cargo de mi hermano y de mí. Mi padre era alcohólico. Perdió el trabajo a principios de los ochenta y nunca más trabajó. Siempre borracho. Al menos no era violento. Creo que la depresión que arrastraba le quitaba las ganas de ser violento. Cuando mi madre murió él ni se enteró. Tres años después enfermó, un tumor. Murió y me quedé sola con mi hermano. Él se quedó conmigo hasta que cumplí dieciocho. Luego emigró a Estados Unidos y no he tenido contacto con él.

—¿Nunca has intentado localizarlo? ¿Ni escribirle? Hoy es relativamente fácil, redes sociales, internet y todo eso —observó que Jana negaba con la cabeza—. ¿Cómo se llama?

—Anděl.

—Anděl Navratil ¿no?

—Sí —dijo Jana mirando a Jukka con un esbozo de sonrisa. Luego su semblante se oscureció—. Conseguí matricularme en la universidad. Pensé que podría servirme para tener un futuro mejor que el de mis padres. En tercer año conocí a un profesor. Hubert Poncelet, era belga, de Namur, llegó a Praga cuando cayó el comunismo, era un profesor visitante, estaba unos meses y luego volvía a su país. Me gustaban sus clases. Explicaba lenguaje cinematográfico. Pasaba mucho tiempo hablando con él. Me decía que cuando acabara la carrera podría irme a Bélgica con él. Imagina, sola como estaba me parecía muy emocionante empezar mi vida en el extranjero. Otra parte de Europa, todo un sueño. En una ocasión me invitó a ir a un congreso en el que él participaba. Ahora me arrepiento, pero en su momento estaba muy ilusionada. Hasta que en el hotel vino a mi habitación y… —Jana guardó silencio. Sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Entiendo —dijo susurrando Jukka.

—Hubo más veces. Yo como una tonta accedía. Él me decía que si no hacía lo que él quería me expulsarían de la universidad —Jana comenzó a llorar y balbuceaba las frases—. Estaba… sola… Estaba… sola… Jukka.

Jukka la observaba. No sabía muy bien qué hacer, que decir. Su historia, hasta cierto punto le había recordado la suya. Tan sólo que él no cruzó el límite. «¿De haberlo hecho sería este el resultado? ¿Dolor?» pensó. Se acercó a Jana y la abrazó. Sintió las convulsiones de Jana al llorar, sintió su aliento dolorido, sintió la humedad de sus lágrimas en la piel de su rostro.

—Tranquila. Tranquila. Llora, saca el dolor. Llora —dijo suavemente.

—Fue un infierno —siguió diciendo Jana mirando a Jukka—. Solo terminó cuando me quedé embarazada. Ya no le interesé…

Jukka abrazó a Jana y comenzó a acariciarle el cabello. Cuando comenzó a tranquilizarse le secó las lágrimas con la mano, jugueteando con la humedad entre los dedos.

—Por eso cuando me dijiste que habías sido profesor… —comenzó a decir ella.

—Me odiaste —concluyó Jukka.

—Jukka —dijo ella serenándose y secándose los ojos y la nariz con un pañuelo de papel—. No te odio. Cuando lo dijiste me vino todo a la cabeza, recordé todo. Me sentí confundida.

—Lo siento. Tenía que habértelo dicho desde un principio.

—Pero estabas intentando olvidar algo que te hacía daño.

—Algo así. ¿Y el embarazo? ¿Cómo fue?

—Bien. Nació un niño. Dušan —bajó la mirada—. Está con unos conocidos. Hasta que tenga dinero para traerlo aquí conmigo.

—No me importaría ayudarte.

—Jukka… —dijo Jana mirándolo a los ojos—, es que me siento atraída por ti.

—Jana, ¿cuántos años tienes?

—Veintisiete. ¿Es que crees que la diferencia de edad importa?

— Tengo cuarenta y cinco. Te saco casi veinte años de diferencia.

—Dieciocho, más o menos.

—Los que sean. Tienes una vida por delante, eres joven. Yo estoy en mi mundo. Encerrado en el recuerdo de lo que pasó con esa chica. Ya has visto. Dejé mi trabajo, me busqué una ocupación rutinaria, anodina. Mi vida no tiene más sentido que ver amanecer y ver anochecer. Cuando te conocí creí que estaba empezando a sentir algo diferente, a sentir por ti. Pero me da miedo descubrir que no es así. ¿Y si realmente…

Jana no esperó a que Jukka terminara la frase. Lo besó. Jukka sintió los labios de Jana, cálidos, poco a poco su aliento, su respiración se agitaba. Sus lenguas se encontraron. Abrazados.

Jukka y Jana permanecieron abrazados durante un buen rato. Ella le acariciaba la cara y el jugueteaba con el pelo de ella. En silencio. Se miraban y se perdían uno en la mirada del otro. Finalmente, Jana rompió el silencio.

—Tengo que irme. Esta noche trabajo.

—¿No tienes ningún día de descanso? —preguntó Jukka mientras la ayudaba a levantarse.

—Sí —respondió ella mientras caminaba junto a Jukka en dirección al coche—. Una vez al mes tengo unos cinco o seis días libres.

—Está bien. Aunque trabajar de noche debe de resultar cansado ¿no? Sobre todo, si llevas varias noches seguidas.

—Sí, te lo aseguro.

—¿Estás tú sola o hay más personal?

—Somos varias. Nos turnamos.

Llegaron al coche. Jukka condujo por la autovía para evitar cruzar la ciudad que a esas horas estaba saturada de tráfico. No hablaron mucho durante la vuelta. Jana estaba como ensimismada, enrollaba un mechón de su cabello en un dedo y le daba vueltas una y otra vez. Tenía la mirada perdida. Jukka estaba pendiente del tráfico, sobre todo de los típicos acosadores que se pegaban al maletero haciendo luces para que fuera más rápido. Miró a Jana en

un par de ocasiones quien le devolvió la mirada con una sonrisa y una extraña expresión en los ojos. Cuando estaban entrando al parking del edificio Jana habló, como en un susurro.

—¿Qué va a ser de nosotros?

—¿Cómo? —dijo Jukka que no había escuchado bien la frase—. ¿Te refieres a formalizar nuestra relación y todas esas cosas que se espera que hagan las parejas?

—No seas tonto —dijo ella riendo.

—¿A qué te refieres entonces?

—Me refiero a si estás realmente interesado en tener una relación conmigo. Si te intereso por ser quien soy y no una excusa para arrojar tus fantasmas del pasado. No quiero que me compares con esa chica que conociste y a la que le dijiste demasiado tarde que te importaba. No quiero que ocultes lo que sientas por mí. No podría soportar el hacerme ilusiones y luego ver cómo me destrozas.

—Jana, te dije que empezaba a sentir algo. Voy a serte sincero. Dame algo de tiempo para que eche a esos demonios que me corroen. No te voy a comparar con nadie. Me empezaste a cautivar con tu naturalidad al ver las películas. Tus gestos, tu entusiasmo, tu vitalidad. ¡Cielos! Yo era así hace años. Me apasionaba lo que hacía. Ahora simplemente me he acostumbrado a vivir. Necesito tiempo. Y tu ayuda.

—La tendrás, Jukka.

Llegaron al piso diecisiete. Se besaron de nuevo fundidos en un abrazo.

—Lástima que tengas que trabajar. Si quieres te acerco a tu trabajo.

—No, da igual. Iré en autobús, el Hospital está cerca.

—¿El de San Juan?

—Sí.

Jana le dio un beso a Jukka y se marchó en dirección a su piso. Se detuvo y se giró para saludar y empezó a decir algo con gesto algo triste, o eso le pareció al menos a él.

—Jukka… ¿de verdad crees que puedes enamorarte de mí? Hay tantas cosas que tengo que contarte.

—Claro que sí. Tan solo necesitamos algo de tiempo ¿no crees?

—Sí. Tiempo.

—Jana, ¿te gustaría acompañarme un día?

—¿En tu trabajo?

—Sí, claro. Paso casi todo el tiempo en el coche, conduciendo. Las visitas no me llevan demasiado tiempo. Podríamos aprovechar

para hablar. ¿Qué me dices?

—¡Sí, sí, sí! —dijo dando saltos de alegría en uno de esos arranques de jovialidad que tanto habían impresionado a Jukka.

Se volvió y siguió hasta que Jukka la perdió de vista en la extraña curvatura que hacía el pasillo. Jukka entró en su piso y se dirigió al salón. Volvió a abrir la habitación pequeña. «Parece que al final no va a haber reconversión. Si todo va bien aquí podría instalar una habitación para el niño de Jana. Las pelis y los libros los saco al salón» pensó mientras adelantaba mentalmente acontecimientos.

Cogió una caja que estaba encima de las estanterías. La llevó al salón, la puso en el suelo y sentándose al lado empezó a rebuscar dentro. Era una colección de cds de música. Música que le había acompañado desde que tenía uso de razón, mucha de ella actualizada a soportes y formatos actuales. Sus viejos vinilos habían desaparecido en una sus tantas mudanzas. Frente a él tenía los álbumes de Hawkwind, Jethro Tull, Solaris, Pink Floyd, The Doors, Lacrimosa, entre otros. Era la música que siempre había escuchado. Llevaba cuatro años intentando convencerse de que le gustaba el chill out. Pero no. «No le quites a un perro viejo las pulgas. Se necesitan mutuamente» esbozó en su mente sonriendo al coger cuidadosamente un disco de Pink Floyd.

Esa tarde, cuando Jukka encendió el ordenador no buscó música. Insertó el disco, subió el volumen y dejó que los acordes y los mensajes de Waters y Gilmour llenaran el salón y escaparan por la terraza. Ese día su cerveza nocturna tuvo un sabor especial.

13.

Aquella mañana Jukka nada más pensaba en terminar la jornada y regresar para ver a Jana, para seguir hablando con ella, para mantener viva la ilusión que estaba empezando a albergar. «Quizás veamos una película y luego hablemos de nuestros miedos, de nuestros deseos» pensó ilusionado.

Le tocaba una ruta larga. Debía ir hasta Xàbia con parada previa en Pedreguer. También era el día de enviar el informe trimestral. En efecto, una vez al trimestre debía enviar por correo postal un cd con

todos los informes diarios debidamente escaneados y convertidos en formato PDF. Junto a ellos debía añadir los comprobantes de comidas, parking y pago de autopistas. Por un lado, debía generar un único archivo con toda la documentación y por otro, dos carpetas correspondientes a informes y gastos respectivamente. A Jukka le sorprendió desde el primer momento que tuviera que enviarlo por correo postal en lugar de enviarlo por correo electrónico. Pero eran las normas de la empresa y sus motivos tendrían. Desde luego le parecía una tontería, pero se limitaba a hacerlo sin plantear ninguna cuestión. Hoy era ese día. Esperaba terminar la ruta y posteriormente enviar el material.

Como cada mañana salió temprano, condujo por la N–332 que le llevaba directamente hasta Pedreguer. Tenía que hacer un giro a la izquierda a la altura del polígono de les Galgues que le llevaba a la avenida de Joan Carles I —Jukka siempre hacía una mueca cuando entraba en esa avenida—, giraba a la derecha en la rotonda hasta entrar en la avenida Ausias March calle que hacía un extraño quiebro a la izquierda y llegaba a la avenida Jaume I, donde se encontraba el primero de los supermercados que visitaba. Un Supercoop. Era una tienda pequeña donde se podía rastrear el paso de los años. Había un expositor de refrescos de una marca que Jukka recordaba haber tomado cuando era niño, en los años setenta. Ahí seguía, ajeno al paso de los años, en perfecto estado y siendo utilizado para los bronceadores. También había un rincón con un sistema de cableado que salía desde la pared y recorría la tienda sin una función aparente. Jukka en una ocasión siguió uno de los cables y creyó ver que volvía al mismo punto del que salía. Lo que menos le gustaba de la tienda era la encargada: Begoña Escudero

Alta, con un cuerpo excesivamente delgado. El tronco estaba desproporcionado con respecto a la longitud de las piernas, por lo que el conjunto resultaba algo grotesco. Cuello largo y rostro huesudo. Solía llevar el cabello cortado de manera asimétrica, de un castaño claro que revelaba bastantes horas de exposición al sol. Ojos de color marrón claro, con un leve fondo verdoso, y mirada inquieta. Su forma de hablar era peculiar. Frases cortas, más bien escuetas, y una dicción con un marcado acento valenciano y entonación a trompicones. A Jukka le costaba en ocasiones entender las respuestas. Ella lo sabía e intentaba jugar a las miradas seductoras. Pero Jukka no caía en el juego. Mantenía la distancia.

Hacía tiempo que Jukka había perdido el interés por establecer cualquier tipo de conversación con ella. Nada que no fuera

estrictamente el motivo de la visita. Nada de actualidad, nada de nada. El motivo es que cuando lo había intentado, invariablemente, las respuestas siempre habían sido las mismas: “no sé”, “vale”, “si tú lo dices”. De modo que Jukka se ceñía al protocolo y poco más.

Así que como de costumbre Jukka dio una rápida explicación y salió en cuanto pudo. Terminada la visita seguía por la misma avenida hasta que cambiaba de nombre: arquitecto Antoni Gilabert. Su siguiente visita le obligaba a girar a la derecha en un par de ocasiones para luego llegar finalmente a la avenida Alacant. Aquel día, de manera excepcional encontró bastantes coches de la Guardia Civil estacionado frente al supermercado que debía visitar. Sin apartar la vista de ese insólito espectáculo entró en el supermercado sosteniendo una caja en las manos.

El encargado del Super Plus era Gregorio Piedrahita. Hombre alto y de barriga prominente. Escaso cabello de color grisáceo y un rostro lleno de verrugas que a Jukka le recordaba un retrato de Ghirlandaio. Tenía un color de piel apergaminado que le confería un aspecto vetusto, caduco. Tenía unos pequeños ojos grises que abría de manera desmesurada cuando reía, con una risa compulsiva. Fumador empedernido, Jukka siempre lo encontraba fumando. Fuera a la hora que fuera siempre estaba en el exterior de la tienda fumando.

A Jukka le costaba entenderlo cuando hablaba debido a que vocalizaba de manera extraña, uniendo las palabras casi sin separarlas. Iniciaba las frases en un tono normal y según iba acabándola iba bajando el tono hasta ser casi imperceptible. La mayoría de las veces iniciaba las frases con la expresión “niño”, lo que exasperaba a Jukka. Tal y como ocurrió aquel día:

—¡Hola niño! ¿Qué nos traes esta vez?

—Bayetas —dijo Jukka apoyando la caja en un mostrador.

—¡Jo, jo, jo, jo! ¡Cada vez son más raras las promociones!

—Ya te digo —dijo Jukka con desgana—. En fin, que por cada frasco de Brazen se entrega un par de bayetas. Son de las buenas, lo secan todo.

—Pues ya podrían pasársela a algunos de los que nos gobiernan a ver si se les terminan de secar las ideas y nos dejan en paz.

—Mira, eso sí. No estaría mal. Por cierto ¿qué es todo ese sarao? —dijo Jukka señalando con la cabeza hacia los coches de la Guardia Civil.

—¡Bah, niño! ¿No sabes lo que ha pasado? —preguntó sin que le importara la respuesta de Jukka pues igualmente lo iba a contar—. Pues ha salido hasta en el periódico. No lo tengo a mano lo he visto

en el bar. Empezó todo ayer por la tarde.

—Pero cuenta —dijo Jukka asombrado.

—Nada niño, que ahí enfrente había un Centro Educativo, una historia muy rara. No sé que historia sobre que preparaban a profesores de primaria.

—¿Cómo?

—Un centro o no sé qué milonga vinculado a una universidad. No sabría decirte si pública o privada, no sé.

—¿Ahí? —dijo Jukka mirando con recelo al portal.

—Sí, ya ves. ¿Quién lo iba a decir que teníamos en el pueblo una sede de una universidad? Pues nada resulta que al tío que lo gestionaba lo han denunciado por apropiación de fondos.

—Joder, como está el patio. En cuanto se puede se vampiriza.

—Lo pillaron ayer y esta mañana no te imaginas el numerito que se ha montado. Todo lleno de coches de los Civiles. Lucecitas azules por todos lados. Han sacado al tío de un coche y lo han metido en el edificio, al rato otra vez lo han sacado lo han metido en un coche y se lo han llevado a toda hostia.

—¡Qué fuerte!

—Ahora deben de estar revisando archivos y todas esas cosas.

—Qué cosas más raras. A ver si el tío cobraba por nada.

—Oye todo puede ser. Hay mucho pardillo por ahí con ganas de titulitis y mucho corsario.

—Ya te digo. ¿Y cómo se llamaba el tipo de ese “Centro”? —preguntó Jukka.

—Adolfo Lábaro. Vamos que es lo que he leído. No me suena ni se cómo es. He leído que estuvo de director en una escuela o algo así, pero que acabó cerrada por problemas económicos.

Jukka se quedó de piedra. No dijo nada. Asintió con la cabeza. Piedrahita pegaba botecitos mientras hablaba. Jukka ya había dejado de seguir la conversación y se dedicaba a escuchar. Piedrahita, cuando aseveraba algo, para enfatizarlo hacía como que se alejaba y volvía a su posición original con un medio giro. Luego, con una mueca de sonrisa miraba a Jukka. Continuó con el tema durante unos minutos más, pero en un tono tan bajo que Jukka no entendía más que alguna palabra suelta. Él, por su parte, se limitaba a asentir y decir que sí. Cuando por fin terminó, dejó el material de la promoción y se marchó en dirección a Xàbia, su siguiente destino.

Unos cuantos minutos de carretera estrecha, la CV–734, con la imponente presencia pétrea del Montgó a la izquierda y finalmente llegaba a Xàbia. El primero de los supermercados que visitaba era

un Super Plus, Avenida Augusta, cerca del mar. Como de costumbre una de esas visitas rápidas dejando las promociones en la línea de cajas y a continuación continuar el itinerario.

La siguiente visita lo llevaba a un Supercoop en una zona de chalets y adosados. Se trataba de una antigua nave industrial que había sido abandonada en los noventa y que finalmente adquirió la cooperativa que gestionaba la cadena de supermercados. En el que visitaba estaba de encargada una de las socias mayoritarias de la empresa. Jara Valle. De apenas treinta años, altura media, pelo largo castaño que siempre llevaba recogido en una coleta. Tenía una mirada viva, inquieta. Hablaba un francés fluido. Había estudiado filología francesa. Había estado en Francia en una estancia Erasmus. Al terminar la carrera opositó un par de veces para ser profesora de idiomas en secundaria, pero sin éxito. La segunda vez que lo intentó acabó defraudada ya que observó como uno de los opositores, conocido por ser familiar de un político, entregó una carta al presidente del tribunal, a hurtadillas, pero ella lo vio. Cuando salieron las calificaciones el individuo en cuestión, que salió del examen a los diez minutos de comenzar, había sacado una nota que lo ponía en primer lugar de la lista. Con suerte, Jara hizo alguna sustitución en un instituto. Trabajó también de azafata de promociones turísticas. Pero los insistentes comentarios fuera de tono del concejal de turismo de la localidad donde trabajó, y el acoso constante de algunos compañeros la decidieron a buscar otro trabajo.

Como Jukka, encontró un trabajo rutinario. Pidió un crédito para entrar a formar parte de la cooperativa y desde entonces todo le iba bien. Rutinariamente bien. Jukka, a quien ella le había contado todo esto en una de sus primeras visitas, encontraba que cada día estaba más cambiada. El brillo e inquietud de sus ojos se iba apagando poco a poco. La expresión de su rostro, al principio alegre, estaba tornándose neutro. «Está perdiendo la ilusión. Se está apagando como una estrella que muere. ¿Me está pasando a mi lo mismo?» pensó en más de una ocasión Jukka. Aquel día llegó con su caja llena de promociones y algo más.

—Hola buenos días, ¿está Jara? —preguntó al responsable de mantenimiento que estaba en la línea de cajas, un tipo peculiar. Achaparrado, con un corte de pelo que cómo el mismo presumía era “al dos en la parte de arriba y al cero y medio en los laterales”. Llevaba unas gafas rectangulares. Jukka vio que había empezado a dejarse barba.

—Está en la parte del fondo, donde la carne cocida para

consumo en frío —dijo refiriéndose pomposamente a la sección de fiambres.

—Ya. A la moda ¿no? —dijo Jukka señalándole la incipiente barba.

—Por supuesto. Hipster. ¿Sabes lo que es ser hipster?

—Sí, desde luego. En fin. Voy a ver a Jara.

Jukka caminó despacio entre los lineales revisando productos de su empresa y de la competencia. Por un momento pensó en Jana. Se le estaba haciendo larga la jornada y aún quedaba horas de trabajo.

—Jukka, buenos días.

—¿Qué tal Jara? ¿Cómo estás?

—Revisando la cámara frigorífica, parece que está a punto de estropearse. No quiero ni pensarlo. Se me estropea todo lo que tengo ahí y no veas el dineral que pierdo.

—Vaya.

—No me va muy bien últimamente. No sé porque, pero estoy perdiendo clientela. Hay otros supermercados y el mío está aquí metido en ningún lugar. No tenía que haberme metido en este negocio —su rostro reflejaba tensión, estrés, resignación. Con los brazos cruzados sobre el pecho, pero con mirada altiva y desafiante, parecía un viejo lobo de mar.

—Seguro que sale todo bien.

—No podría ni pagar la reparación ¿qué te parece?

—Jara, monta una comida social antes de que se te estropee todo esto. Habla con alguna ONG, con el cura del pueblo, y bien sabes que no soy amigo de los curas.

—¡Estás loco Jukka! —dijo riendo—. Pero gracias por darme ánimos.

—En fin. Tú piénsatelo. Oye, te he traído algo.

—Si las promociones. Ponlas y ya sabes, deja todo ordenado y tal.

—Ya, pero me refiero a esto.

De la bolsa que llevaba colgada en bandolera Jukka sacó un libro y se lo dio a Jara.

—Es para ti. Andaba haciendo limpieza en casa y me he encontrado esto. Te puede ser más útil que a mí.

—¡Hala! ¡Tío, pero si son las conversaciones de Truffaut con Hitchcok, edición en francés! No puedo aceptarlo, hombre.

—Que sí, que no lo necesito. Además, yo no tengo ni idea de francés. Siempre me ha parecido que los franceses inventaron su lengua para que los españoles no pudiéramos hablarla.

—¡Qué cosas tienes! —dijo ella riendo—. Bueno, pues gracias.

—Disfrútalo.

—Gracias. Me lo voy a leer. Esta noche empiezo.

Tras despedirse salió convencido de que si realmente Jara se leía el libro podría dejar de pensar en tantos problemas. Por un instante podría evadirse y ser feliz. Eso esperaba.

Las siguientes dos visitas fueron un fracaso ya que los encargados no estaban y tuvo que esperar más de una hora a que llegara uno de ellos, ya que tenía que hacerle una reclamación que a su vez supondría horas de informe, contestación de correos de diversos departamentos de la empresa. La complicada burocracia a veces no facilitaba el trabajo.

Cuando por fin terminó se dirigió al último supermercado de la ruta. En una zona de casas grandes y lujosas. Una de ellas había reconvertido la mitad de su superficie en supermercado. Era un negocio familiar: Freedman's British Groceries. El propietario era David Freedman. Una auténtica historia de superación, como bien sabía Jukka. Freedman era inglés. Tenía treinta y dos años. Alto, metro ochenta. Corpulento. De rostro cuadrado, pelirrojo y ojos azules. Una cicatriz recorría su mejilla izquierda. Pero solo cuando se volvía y daba la espalda, se podía ver una larga cicatriz que había dejado una profunda huella en el cráneo y bajaba por el cuello hasta perderse por la espalda. Era una herida de guerra. Freedman participó en la Operación Telic, la invasión de Iraq. Había sido suboficial en el Tercer Batallón del Regimiento Paracaidista. Mientras patrullaban, formando parte de un convoy, una bomba hizo volar su vehículo por los aires. Lo sacaron del amasijo de metal y restos humanos en que quedó convertido el blindado. Estaba malherido, pero logró recuperarse. Con secuelas. Le costaba caminar y sobre todo le costaba hablar. Casi todas las frases tenían una cadencia muy lenta, como si estuviera pensando cada palabra, cada sílaba, cada letra. Pero fue capaz de aprender español, trasladarse a Xàbia junto a su esposa, Agnes, e iniciar una nueva vida. Su negocio contaba con una clientela fija: los ingleses que residían en la zona acudían siempre a comprar típicos productos británicos. Sobre todo, cerveza. Jukka admiraba su determinación y voluntad por sobreponerse. «No como yo. Que huyo y me refugio en la rutina» pensaba siempre que se acordaba de Freedman.

—My friend! How are you? —dijo Jukka entrando en la tienda y llegando junto al mostrador donde estaba Freedman.

—Jukka ¿cómo estás?

—Bien amigo, bien. Ha sido un día largo y eres mi última visita.

—Pues entonces no te vas sin tomarte una conmigo.

Freedman abrió un par de cervezas bien frías.

—Luego te pongo lo de las promociones.

—Bien. ¿Cómo te va la vida? ¿Sigues con tus demonios?

—Voy mejorando. He conocido a una chica.

—Bien.

—Me gusta. Pero quiero ir con calma ¿sabes? He vivido tiempo en mi mundo, huyendo de mí mismo.

—Date tiempo.

—Desde luego. Es joven. Bueno, veintitantos.

—Bien. Necesitas un corazón joven a tu lado.

—Sí —dijo Jukka sonriendo—. Es checa.

—¿Es guapa?

—Sí. Aunque hay algo misterioso en ella.

—Si hay misterio ten cuidado.

—¿Por qué?

—Ten cuidado.

—No sé. A veces está feliz y de repente es como si se hundiera en algún profundo sentimiento —dijo Jukka con gesto sombrío.

—Sus demonios. Ayúdala.

—Puede que sea eso. Su pasado no ha sido fácil.

—Con veinte años, un pasado misterioso no es bueno.

—¿Tú crees?

—Sí. Cuidado.

—Lo tendré.

—Si la quieres ocúpate de ella. De sus sentimientos. Cuídala, con tu vida.

—Me desconciertas, David.

—De aquí, eres él único que me trata bien.

—No sé —dijo Jukka encogiéndose de hombros—. Somos amigos ¿no? Te saqué de aquella cala en la que te habías caído. Si no llego a parar a mear no sé. Te hubiera llevado la marea.

—Sí —David sonrió, recordando aquel día. No había caído accidentalmente. Había intentado suicidarse. Estaba harto de no poder hablar bien, de no poder moverse bien. Recordaba insistentemente el olor a pólvora, a sangre y los trozos de sus camaradas sobre su cuerpo. Eso es lo que lo había salvado. No tenía amigos. Agnes, parecía cada día más distanciada. La gente del entorno en ocasiones se reía de él. Hasta que aquel día, de la nada salió un tipo melenudo, con pinta de pirata, bajando por la ladera de la cala y lo subió a cuestas con gran esfuerzo. Un tipo que se ocupó de llevarlo de vuelta a su tienda, de hablar con su mujer y

ofrecerse a llevarlo a un hospital. Un tipo que cada quince días terminaba su trabajo allí para tomarse unas cervezas y que había soltado parte de sus demonios con él. Jukka era su amigo.

—David. Tengo que irme. Quiero llegar pronto.

—Tu chica. No la hagas esperar.

—No, claro.

—¿Cómo se llama?

—Jana.

—Cuídala. Es especial.

—Si tú lo dices, David. Te aseguro que la voy a cuidar.

Jukka salió de la tienda. Escuchó a David que lo llamaba.

—Jukka. Si necesitas algo, me llamas.

—Descuida.

Jukka condujo de vuelta a su casa. Por un día decidió no comer en Calpe. «La rutina se puede romper cuando hay una buena causa» se dijo al pasar de largo junto al Peñón de Ifach. Atravesaría la ciudad y conduciría por la carretera en dirección a la Playa de San Juan. Lo mismo se daba el lujo de utilizar la autopista de pago. Por un día. Tenía ganas de ver a Jana. De seguir hablando con ella. Se acordó de la conversación con David. Se había mostrado muy misterioso, muy solemne. «No suele estar así. Pensé que se alegraría al ver que estoy retomando mi vida. De mi historia con Jana. ¿Por qué tanta insistencia en que la cuide? ¿Hasta con mi vida? Hay momentos que David me desconcierta» reflexionó mientras entraba en una de las rotondas de Calpe.

Más le hubiera valido quedarse en Calpe. Al seguir por la N–332, en la parte del Passatge del Llaurador se había formado una retención monumental. Sólo en dirección Altea. De frente no circulaba ningún vehículo. Varias motos y coches de la Guardia Civil y la Policía Nacional, seguidos de varias ambulancias adelantaron a la fila de coches por la izquierda. «Seguro que alguien se la ha dado en la curva» pensó Jukka, que numerosas veces había presenciado imprudentes adelantamientos en una de las curvas que había más adelante. Los minutos pasaron y el atasco, ahora de mayores proporciones era impresionante. Algunos conductores se habían bajado de los coches y caminaban por la carretera. Jukka simplemente salió del coche, cruzó hasta la cuneta izquierda y se sentó mirando al horizonte. Uno de los conductores volvió informando a los que estaban en las inmediaciones de Jukka.

—Ha sido un accidente. En el cruce donde la iglesia rusa. Pero no dejan pasar ni andando. Hay un cordón policial. Parece que va para largo. Han dicho algo de que tiene que venir el juez desde

Alicante a levantar el cadáver.

«Joder. Precisamente hoy que tengo ganas de llegar pronto», reflexionó Jukka. Inquieto cogió el móvil y marcó el número de Jana. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar. Nada. Esperó un cuarto de hora y volvió a intentarlo sin éxito. Se decidió a escribirle un mensaje: "Hay accidente en carretera. Yo estoy bien. Llegaré tarde. Un beso". Dudó antes de enviarlo. No sabía si terminar con un "te quiero". «Así está bien. Poco a poco» concluyó sus dudas con este pensamiento.

Una hora después la carretera seguía cortada. La Guardia Civil comenzó a desviar el tráfico. Estaba haciendo retroceder a todos los coches. Recomendaban volver a Calpe y enlazar con la autopista en la siguiente entrada. Jukka no se lo pensó. Dio la vuelta y pensó en ir por la AP–7, pero primero iría a Calpe a comer. No había comido nada desde el desayuno y estaba falto de fuerzas. Se desvió a la entrada de la ciudad para dirigirse a alguno de los restaurantes que habitualmente visitaba. Entró en la primera rotonda.

El golpe fue brutal. Duro. Su coche se detuvo en seco y la inercia lo lanzó hacia la izquierda donde se golpeó contra la ventanilla. No llegó a saltar el airbag, pero el impacto lateral lo dejó aturdido. Medio mareado pudo ver al coche que había chocado con él. Un turismo de matrícula alemana se había saltado el stop y había colisionado con Jukka quien tenía prioridad de paso. Del coche de Jukka caía líquido anticongelante y aceite. «Joder me ha partido el radiador. La chapa es lo de menos, pero esto. Joder, el trabajo. El puto trabajo» pensaba una y otra vez Jukka. Continuó con otra idea «Jana… tengo que avisar a Jana».

Jukka salió tambaleándose del coche. Aturdido. Un poco de sangre resbalaba de su cabeza, una herida superficial producida por el golpe. Vio al conductor del otro vehículo, un jubilado alemán, tostado por el sol, que le decía algo mientras daba vueltas alrededor del coche con los brazos en alto y gesticulando de manera exagerada. Jukka aturdido lo observaba intentando no marearse con las flores coloridas de su camisa playera que dejaba ver unos brazos tostados por el sol, flácidos y con un tatuaje de tema marinero que recorría su brazo izquierdo y que estaba rematado por una A gótica cerca de la axila.

—Ha sido mi culpa —dijo el anciano con un marcado acento alemán.

Jukka estaba atontado. El alemán seguía repitiendo lo mismo mientras señalaba la rotonda, los carriles, su coche, el de Jukka. Se empezó a arremolinar gente alrededor. También se inició un

pequeño atasco de coches. El ruido de una sirena se hizo cada vez más cercano, hasta detenerse junto a los coches accidentados. Dos policías locales se acercaron. Uno de ellos comenzó a dispersar a la gente y a dirigir el tráfico. El otro se acercó a los conductores. En ese momento Jukka se dirigió al alemán

—Vale, bien, sí. Si acepta su responsabilidad de acuerdo.

Eso pareció tranquilizar al jubilado que rápidamente sacó los papeles del coche para rellenar el parte de accidente.

—¿Está usted bien? ¿Necesita asistencia médica? —escuchó Jukka que le decía el policía.

—No, estoy bien. De verdad.

—¿Qué ha pasado?

—Nada… aquí el caballero —explicó Jukka señalando al alemán —, se ha saltado el stop y me ha arrollado. ¡Joder!

—Bueno, pero él acepta su responsabilidad o levantamos acta.

—Sí, ha reconocido que ha sido cosa suya. Vamos a llenar el parte y ya está. Luego a llamar a la grúa y a ver como rayos vuelvo al trabajo.

—Si quiere que le avise un taxi.

—No da igual —dio Jukka mientras se tocaba la cabeza que había comenzado a dolerle.

—Si necesita un médico lo acercamos al centro de salud y de ahí al hospital.

—No de verdad.

Durante los siguientes minutos se desarrolló el ritual clásico. Intercambio de datos para los partes del seguro. Con calma y lentitud puesto que el jubilado alemán se tomaba todo el tiempo del mundo para verificar el estado exacto de cómo habían quedado los coches. Hizo algunas fotos y solo cuando estuvo bien seguro de tener todos los datos apuntados firmó el parte. Luego ambos llamaron a las grúas para que se llevaran el coche al taller más cercano. Para suerte de Jukka había uno en la avenida de Denia. Cuando llegó la grúa y empezó a cargar el coche en la plataforma Jukka escuchó que lo llamaban.

—Pero bueno, Jukka, ¿en qué lío te has metido?

Se giró y vio que era Helena. Desde la acera observaba la escena con gesto preocupado.

—Hola Helena. Ya ves. Gajes del oficio. Estar en carretera todo el día te puede regalar momentos como este.

—Pero ¿tú estás bien? —le preguntó al ver algo de sangre seca en su cabeza.

—Sí, sí. No es nada. Un rasguño. Ahora a ver como está “él” —

dijo señalando al coche.

—¿Dónde lo llevas?

—A la avenida de Denia.

—Venga, te llevo. Me pilla de camino a casa.

Jukka la siguió hasta su coche.

—¡Vaya! —exclamó Jukka al ver el Mercedes SLG65 de color azul que conducía Helena—. Bonito color.

—Azul pantone 285c. Por encargo. ¿Te gustaría conducirlo? —bromeó Helena.

—Hoy no creo que sea una buena idea. Digamos que no estoy en mi mejor momento —añadió él sin poder evitar acariciar los asientos de cuero blanco y el salpicadero tapizado en cuero negro. El tacto era de una suavidad extrema.

—Si quieres te llevo al médico —dijo ella sacando a Jukka de su ensimismamiento.

—¡Joder! Mira que os ha dado a todos con lo del médico. Estoy bien.

Helena optó por no replicar. Entendió que Jukka estaba nervioso por el accidente y prefirió no alterarlo. Condujo hasta el concesionario siguiendo a la grúa que llevaba el coche de Jukka. Él jugueteaba nervioso con el móvil. Tenía ganas de llamar a Jana. O ponerle un mensaje en su defecto. Quería explicarle lo que le había ocurrido, pero el caso es que ella no había llamado ni contestado a sus mensajes. Helena miraba de reojo a Jukka y su juego con el móvil.

Llegaron al concesionario. Helena le dijo que lo esperaría fuera. Él entró. Helena vio como hablaba con el responsable. Todo parecía ir bien. Hasta que vio a Jukka hacer aspavientos, agitaba los brazos, señalaba hacia el coche que acababan de bajar de la grúa. Decidió bajar y ver que ocurría. Entró a tiempo de escuchar a Jukka realmente molesto.

—¿Cómo que una semana? ¡Joder! Necesito el coche para trabajar. No puedo estar una semana sin el coche.

—Puede probar a ver si el seguro le proporciona uno de sustitución.

—No puede ser. Mi empresa no cubre los gastos cuando hay un coche de sustitución.

—¿Cómo que no? —dijo el del taller.

—Es su política. Es lo que hay. ¡Mierda!

—Hola, Javier ¿puedo ayudar en algo? —dijo Helena en ese momento.

—Hola, buenas tardes, señora Härma —dijo el aludido—. Pues

verá usted, el caballero ve inviable que no podamos arreglar su coche en menos de una semana.

—Bobadas —exclamó Jukka—. Si se quiere se hacen las cosas.

—Discúlpelo —terció Helena—. Está un poco conmocionado por el accidente.

—Ya, entiendo. Pero es que las piezas según el procedimiento normal llegan en 48 horas. Luego hay que desmontar, montar, probar y además el tema de carrocería: chapa y pintura.

—Entiendo que hay un procedimiento especial, ¿verdad? —inquirió Helena.

—Ehmmm, bueno, pues sí. Pagando el coste de la reparación las piezas llegan antes de las nueve de la mañana y haciendo horas extras, parte del personal claro, pues se saca adelante en apenas un par de días. Claro que el coste no baja de mil euros.

—Vamos a hacer esto. Se ocupa de poner en marcha este procedimiento.

—Muy bien, y ¿cómo lo pago? —preguntó molesto Jukka.

—Yo me hago cargo —dijo Helena.

—De eso nada.

—Jukka, ya me lo devuelves más adelante. Lo dejo pagado y no se hable más.

—Insisto en que no.

—Tú vete al coche ahora mismo y me esperas ahí —dijo de manera severa Helena.

Jukka salió. Cogió el móvil e hizo una nueva llamada a Jana. Sin respuesta. La brisa que llegaba desde el mar se le antojó nauseabunda. Era suave, pero parecía que iba a reventarle los tímpanos. Se apoyó en el coche de Helena y sintió que el suelo se movía. De repente fue como si su mirada entrara en un fundido en blanco. De manera muy lejana, como si estuviera a kilómetros de distancia, escuchó que Helena gritaba su nombre.

Cuando despertó se encontró en una cama muy cómoda. No reconocía el sitio. Frente a la cama había un enorme armario empotrado que ocupaba toda la pared. A su izquierda una ventana, con la persiana a medio bajar, dejaba entrar un poco de luz. Se levantó. Llevaba puesto un pijama. «¿Dónde rayos estoy? ¿Qué ha pasado? ¡Ah, sí! El accidente. Pero qué es este sitio. No es un hospital» pensó con dificultad.

Caminó por la habitación y vio que había un baño. Entró y se lavó la cara con agua bien fría. Mientras se secaba se abrió la puerta y entró Helena.

—¿Estás mejor? Menudo susto me has dado. Menos mal que el

del taller me ha ayudado a meterte en el coche. Te he traído a casa. Ha venido un amigo que es médico y no tienes nada. Te ha dado una especie de shock, un subidón nervioso.

—Gracias Helena. Pero esto —dijo señalando el pijama—. ¿Mi ropa?

—Bueno, no te irás a enfadar ¿no? Estaba sucia y bueno, había que cambiarte.

—Pues… gracias de nuevo.

—No te preocupes. Tengo práctica. Cuidaba de mi abuelo y a veces tenía que cambiarlo cuando ya estaba muy mal. Tranquilo que no me he aprovechado de ti.

Ambos rieron la ocurrencia de Helena.

—Venga, ven a comer algo.

Salieron de la habitación. Jukka se percató que había una habitación con la puerta cerrada enfrente de donde había estado.

—Era el despacho de mi abuelo. Cerrado y prohibido entrar —dijo Helena que vio la mirada de Jukka.

—Por supuesto. Todos tenemos alguna puerta cerrada.

Siguieron por el pasillo en dirección a la cocina que se encontraba a la izquierda, justo enfrente del salón. De manera perpendicular al salón estaba la puerta de entrada y una escalera que daba a la parte superior. A Jukka, que estaba empezando a estar de nuevo lúcido, el espacio se le antojaba muy bien dispuesto y ordenado. También comenzó a fijarse que en el pasillo y en salón había cuadros. Se detuvo delante de dos cuadros que había en el pasillo. Eran dos pinturas al óleo. El primero que captó su atención mostraba un retrato de una mujer joven sentada sobre un fardo de heno. Era rubia de ojos azules y piel pálida. Llevaba puesto un sombrero de paja y un vestido azul pálido sobre una blusa blanca de manga corta. Su mirada se dirigía al espectador y tenía una sonrisa, que, si bien no era seductora, al menos empatizaba con quien mirara el cuadro. La mirada le llamó la atención, había un brillo impresionante en los ojos. Si se dejaba cautivar por la imagen parecían estar vivos. Con gesto delicado sus manos sostenían una cesta con flores y el paisaje que había alrededor, por la coloración amarillenta, todo apuntaba a una escena estival. Una composición sobria, sin excesos, naturalista. Intentó ver la firma, pero no reconoció al autor. «Dörries. Ni idea. ¿Siglo XIX? Muy costumbrista» reflexionó en su mente. A su lado había otro cuadro. Otro retrato femenino. Una mujer vestida de negro, pero intuyó que no era de luto, sino un traje regional, típico de algún lugar del norte de Europa, o al menos eso pensó. De nuevo era una mujer rubia de

ojos azules. Con la cabeza ladeada, miraba al espectador. Un rostro alargado, de nariz aguileña. Le resultó curioso, la mujer del retrato posaba delante de una puerta de madera que también estaba pintada de negro. «El artista no busca contraste, no busca espacio. Solo quiere mostrarnos algo cotidiano. Los rasgos de las dos mujeres son semejantes, en cuanto a tipo» pensó con calma.

—Si vieras lo gracioso que estás ahí delante de los cuadros con ese pijama a rayas… —dijo Helena sacándolo de sus pensamientos —. Te sale tu formación. No puedes negarte a ti mismo por mucho que lo intentes. Estas cosas son lo tuyo.

—Debe de ser eso —respondió encogiéndose de hombros—. Por cierto, ¿son de tu abuelo?

—Que yo recuerde están ahí de siempre. Hay más en la casa, luego les echas un vistazo. Ven a comer algo. Te preparo un café para que te dé un poco de vida. Tío, que susto me has dado. Pensé que te morías o algo así.

Jukka se encogió de hombros nuevamente al tiempo que decía "lo siento". Se acercó a una mesa que había junto a la ventana. Se estaba dando cuenta que la casa si tenía algo en abundancia eran ventanas. Muchas ventanas y mucha luz, aunque al estar anocheciendo no se podía apreciar en plenitud. Se sentó mientras Helena le calentaba algo. Una sopa. Mientras la hacía paró la secadora y sacó la ropa de Jukka.

—Ya ves, mientras estabas durmiendo ha dado tiempo a lavar y secar la ropa.

—Gracias Helena. Por cierto, ¿dónde está mi móvil? Tengo que avisar a la supervisora que estoy sin coche. A ver por dónde me sale.

Helena se lo dio. Estaba en la bancada de la cocina. Jukka lo primero que hizo fue mirar si había algún mensaje o llamada de Jana. Nada. Contrariado buscó el número de Prisca y marcó.

—Prisca, si disculpa la hora. Mira… es que he tenido un accidente en Calpe… Sí, estoy bien. Lo malo es el coche. Lo tengo en el taller. Hasta dentro de dos o tres días no me lo devuelven… Ya… sí, las rutas van bien. ¿Qué me tome un par de días libres? Ya… a cuenta de vacaciones… Ajá. Vale… De acuerdo. Otra cosa. Hoy no puedo enviar el informe… No, estoy en Calpe… En casa de una amiga… Vale… No, mañana ya estaré en mi casa. Lo envío a lo largo del día… Muy bien… Oye, gracias. Sí, descuida ya me ha visto un médico. Adiós.

—Bueno, parece que no ha ido mal —dijo Helena.

—Pues no. En fin. Días libres hasta que tenga el coche —Jukka

respiró profundamente, luego añadió—. Necesito aire.

—Vamos fuera, a ver si la brisa te despeja un poco —dijo Helena cogiéndolo de la mano.

Atravesaron el salón y salieron al jardín por una estrecha puerta. Frente a ellos estaba la piscina, en línea con el horizonte y el mar que se extendía ante ellos. Jukka se perdió entre los matices de azul que se desplegaban ante su mirada. El celeste del agua de la piscina, por la tonalidad de los mosaicos del fondo; el azul intenso del Mediterráneo, jaspeado de verde en algunas partes; y el azul medio del cielo. Por un instante se acordó de la propuesta de Goethe y sintió como lo recorría un escalofrío por el cuerpo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Helena— ¿Has temblado?

—Nada. Me he acordado de una cosa —dijo esquivo—. Tontadas sobre el significado de colores.

—Relájate y respira. Mira que amplitud, que paz y tranquilidad —dijo Helena señalando con la mano el horizonte, el mar, el cielo.

«Y sin embargo el azul antecede a la oscuridad» pensó Jukka mientras respiraba. Caminó sobre la hierba y se acercó a una balaustrada que delimitaba el jardín de un pequeño acantilado. Al mirar hacia abajo, Jukka pudo ver las rocas que recibían el suave envite de las olas. Jukka se giró y observó la casa.

—Con este paisaje y esta ubicación la casa destaca mucho. Se ve imponente. Las paredes encaladas, el alfeizar y demás azules le dan un aire muy mediterráneo.

—Jambas y dintel —dijo sonriendo Helena.

—El techo a dos aguas es muy interesante. Tejas negras. Esta parte orientada a levante es hermosa. El salón con sus ventanas recibe la luz al amanecer. Pero…

—Pero ¿qué? —interrumpió Helena intrigada.

—El salón… ¿No se aprovecha mejor a otras horas que no sean las del amanecer y la mañana?

—Buena observación. Pero la casa la diseñó mi abuelo en función de sus necesidades. Pasaba mucho tiempo trabajando en casa y el salón, con frecuencia, era donde se reunía con sus clientes y proveedores.

—Entiendo. Y… ¿Esa parte de la izquierda? —dijo él señalando en esa dirección, donde la casa tenía menor altura y tenía un aspecto más rustico—. Parece una habitación, pero con parte de la terraza encima debe ser muy calurosa en verano ¿no?

—No te creas —dijo Helena riendo—. Es más fresca de lo que puede aparentar. Esa parte es lo único que queda de la antigua casa de mi abuelo.

—Se ve un espacio muy pequeño.

—Lo era. Es la que tenía cuando llegó aquí. Eso era todo. Habitación, cocina, salón. Todo ahí. Era una especie de caseta de pescadores. Detrás de la caseta había una letrina rudimentaria y un grifo. Eso era todo lo disponible para el aseo. Nada de lujos.

—Ya veo. Puedo imaginarlo. Debió de ser duro. La posguerra no fue nada agradable.

Helena pasó el brazo por la cintura de Jukka y se abrazó a él.

—De niña siempre le pedía que me contara como sentía las tormentas en esa especie de choza. Él imitaba el ruido del mar, de los truenos, de la lluvia. A mí me daba miedo y me abrazaba. Luego me contaba como llegaba el calor y empezaba a oír el canto de las cigarras, los mosquitos, el zumbido de las moscas.

—¿Por qué decidió conservar ese espacio e incorporarlo a la casa nueva?

—Para recordar —dijo Helena poniéndose frente a Jukka—. Quería recordar cuáles fueron sus inicios aquí. También quería que el resto de la familia lo supiera. Ya sabes, todo es efímero.

—Muy interesante ese punto de vista.

—Cuando diseñó la casa integró esa parte como su despacho. Tuvo la suerte de poder adquirir el terreno de al lado. En su momento hubo una casa enorme. Pertenecía a unos ingleses. Por lo que me contó mi abuelo era una casa muy grande, hasta tenía una pantalla de cine en la terraza.

—¿No conservó nada de esa casa?

—No. Mi abuelo decidió empezar de cero. Derribó la casa e incorporó el terreno como parte del jardín.

—Ya he visto que es enorme. ¿No hubo problemas de herencia con los ingleses? ¿Ningún familiar?

—No. Eran dos hermanos ingleses que no tenían familia. Murieron en un naufragio. No muy lejos de aquí. Ya sabes, una de esas traicioneras tormentas del Mediterráneo que los cogió desprevenidos —aclaró Helena señalando en dirección al mar—. Tardaron varios días en dar con los cuerpos.

—Ya. Pues acabó construyendo una casa muy bonita. Dos plantas. La terraza se ve impresionante.

—Ahí está mi dormitorio —dijo Helena mirando a Jukka.

—Tienes unas vistas extraordinarias para empezar el día.

—Sí. Me gusta lo que veo —dijo ella mirándolo a los ojos—. ¿Quieres subir a ver las vistas?

—Lo que estoy viendo desde aquí me gusta —dijo mirándola.

—Por la noche tiene un encanto especial. Imagina el brillo de las

estrellas sobre el mar. La brisa suave.

—Me hago una idea. Lo que me llama la atención es que es muy recta. No hay arcos. La entrada es muy sobria, muy viril. Tanto dintel le da un aire marcial. Me ha recordado a esas propuestas que hacía Speer y toda esa pandilla de megalómanos nazis.

—¡Qué cosas tienes! —dijo Helena riendo a carcajadas.

—Además, apenas hay ornamento. Salvo el escudo que hay en la puerta principal, todo es muy austero y sobrio —indicó Jukka−. Por cierto ¿qué escudo es ese? Me ha parecido ver que era una E y una espada.

—Un viejo motivo familiar. Del pasado, de cuando mis antepasados eran parte de la sociedad medieval en Estonia, o lo que fuera en la época. Seguro que algo de caballeros, nobles, feudalismo. Ya sabes.

—Debe de ser. No sé. Me resultaba familiar, me sonaba de algo, pero no recuerdo.

—Pues entonces no fuerces la memoria. Debes descansar un poco más —dijo Helena pasándole un brazo por los hombros—. Venga vamos dentro.

Cuando entraron se dirigieron de nuevo a la cocina. Jukka se sentó y miró como la sopa aun humeaba.

—¿Qué te parece si salimos a tomar algo? —preguntó Helena— Ya te encuentras bien, ¿verdad?

—Sí, estoy bien. Me ha venido bien descansar —señaló hacia el cazo que humeaba en la vitrocerámica— ¿Y la sopa?

—Pues… te la tomas rapidito. Mientras me cambio.

14

Helena conducía de manera agresiva. La ventanilla medio abierta revolvía su cabello en un torbellino. «Tiene el aspecto de Medusa» pensó admirado Jukka. Adelantaba los camiones con seguridad y aceleraba al pasar a su lado. Habían acordado que cenarían en Alicante, y parecía tener prisa por llegar.

Jukka observó con mayor detenimiento el interior del coche. Tapicería de cuero blanco, salpicadero negro, y luces del cuadro de mandos en tonos azules. El sonido del motor le llegaba como un placentero ronroneo que respondía a los deseos de Helena, quien con gesto seguro cambiaba de carril para adelantar otros vehículos y pisaba con firme suavidad los pedales. Sus manos sostenían el volante, forrado en cuero negro, con aparente delicadeza.

—Un gran coche —reflexionó Jukka en voz apenas audible.

—Ya lo creo —dijo ella sin apartar la mirada de la carretera.

—Debe de costar lo suyo.

—Personalizado y con todos los extras unos cuatrocientos mil —dijo ella observando fugazmente a Jukka.

—¡Vaya! —exclamó él sorprendido.

—Algún día te dejaré que lo lleves —dijo ella, mirando de nuevo a Jukka—. Si te interesa, claro.

Jukka la observó. Con el vestido azul, ajustado a la cintura y escotado, no podía dejar de mirarla.

—Me vas a gastar de tanto mirarme Jukka —dijo Helena riendo.

—No voy a negar que estás muy atractiva —replicó con calma —. Pero pienso que vas muy elegante y yo no.

—No te preocupes. Estás bien —a lo que añadió— Estás bien en muchos sentidos.

Jukka respiró hondo. «Quizás esta sea la mejor opción. Jana me sigue desconcertando. Nunca está. Nunca devuelve las llamadas. Su juventud y su vitalidad es una cosa, pero con Helena puedo hablar

de otras cosas. Además, casualidad o no, ha estado ayudando con lo del accidente».

—Te pierdes en tus pensamientos, estimado.

—Estimado —repitió Jukka en voz baja—. Me gusta como suena.

Ella rio y siguió pendiente de la carretera. Al cabo de unos treinta minutos llegaron a la playa de San Juan.

—¡Vaya! —exclamó Jukka—. De haber sabido que veníamos aquí me hubiera traído las llaves de casa y el móvil.

—¿Vives aquí?

—Sí.

—De todas formas, esta noche eres cosa mía —concluyó Helena sin dejar que Jukka dijera nada más.

Él se encogió de hombros. Helena tenía muy claro lo que quería. Pensó que quizás se podrían encontrar a Jana. Pero por la hora que era debería estar en el hospital cuidando a alguna persona. Caminó al lado de Helena, sin decir nada. Pasaron junto al edificio donde él vivía. Siguieron caminando hasta el paseo de la playa. Helena le indicó un bar que estaba en la Avenida Costa Blanca. Un clásico en la zona.

—Aquí es.

Jukka estuvo a punto de indicarle dónde vivía, pero se quitó esa idea de la cabeza. Siguió a Helena y se sentaron en una mesa tranquila en una zona apartada de la terraza. Frente a frente. La tenue luz que iluminaba aquel rincón parecía que recaía únicamente en Helena haciendo brillar sus ojos claros. Lo mismo ocurría con su pelo negro, resplandecía. Jukka no podía dejar de mirarla.

—Para mi amigo un ruso blanco —dijo sonriendo Helena al camarero—. Para mí un gin tonic.

—Vaya, no te olvidas.

—Interesante diseño el de tu casa —dijo Jukka.

—Pero no la has visto toda.

—Bueno, lo poco que he visto. Sobre todo, el exterior.

—¿Sí? —preguntó intrigada Helena—. ¿Qué te llama la atención?

—Por fuera es como un cubo. Pero con ese tejado a cuatro aguas. No lo veo muy práctico para la zona.

—Ya. Aquí el señor entendido en arquitectura —dijo Helena en tono sarcástico.

—No te voy a enseñar nada que no sepas mejor que yo. Pero ese recurso en esta zona… No llueve tanto. Es más, una cuestión

¿estética?

—Digamos que sí. ¿Cuál hubiera sido tu propuesta? ¿La tan manida techumbre plana?

—¿Por qué no? Ya sabes, es más práctica para resistir el calor.

—Ya, pero a mi abuelo se le ocurrió hacerlo así.

—¿La hizo tu abuelo?

—La diseñó él. Hasta el interior. Yo, cuando la heredé, no cambié nada.

—¿Era arquitecto?

—No. Pero le gustaba. Como a ti —cuando dijo esto Helena miró a Jukka. Su mirada se clavó en los ojos de él y parecía querer entrar dentro de su mente. Luego cambió de actitud y dio un giro en la conversación—. Y bien Jukka, ¿ahora no tienes pareja? ¿Alguna novia?

—En la actualidad no —aunque en su interior estaba pensando en Jana— Hace tiempo, ya te lo dije.

—Pues cuenta, cuenta, que tenemos tiempo —dijo Helena indicándole al camarero que le trajera otra copa.

—Lo típico. Novia en época de la universidad. Ocho años de noviazgo. Luego empezamos a vivir juntos. Hasta que un día te das cuenta que no hay nada. O que nunca ha habido nada. Un día en el que descubres que ocupas un segundo plano en la relación ya que antes pasan una larga lista de hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas, cuñados y cuñadas. Descubres que razonar no sirve de nada y que el mundo de los otros debe ocupar un lugar más importante. Que tu día a día con problemas, proyectos, ilusiones y anhelos no tiene la más mínima importancia. Cuando el tiempo juntos tan solo se convierte en la existencia de dos islas. Cuando del tiempo que antes se dedicaba a estar juntos tan solo queda la memoria, porque el presente se puede contar en minutos pasados al teléfono hablando horas y horas de temas absurdos con familiares y amigos, cuando las horas se pasan delante de una pantalla buscando viajes inexistentes, casas que nunca se van a habitar, trabajos que no se desean, está claro que no hay tiempo para nada más. Así la relación se enfrió cada día. En definitiva, antes pasaba el clan.

—¿El clan? —preguntó asombrada Helena.

—Sí, el clan familiar.

—Pero la familia es necesaria ¿no?

—Supongo —dijo Jukka encogiéndose de hombros—. Pero hay familias y familias. Nunca me ha atraído el mundo de la familia clásica, de corte premoderno basada en el sistema patriarcal y todo eso. No creo en una figura de cabeza de familia masculino y una

estratificación piramidal.

—Por lo que dices entiendo que eran así.

—Efectivamente.

—¿Hasta el punto de no poder arreglarlo con un buen polvo? —preguntó Helena mirando a Jukka que se había quedado sorprendido.

—Pues ni con eso —respondió balbuceando.

—Explícate.

—Hasta el sexo se convirtió en un problema. Cuando detectas que tu pareja solo está esperando que termines, cuando solo ves cara de cansancio, bostezos, expresiones de molestia, pues abandonas. ¿Para qué seguir?

—Joder Jukka, pues créeme que lo siento.

—¡Bah! Mejor así. Luego se cruzo México en el camino. Pensé que ayudaría. Pero no.

—Pero en México no tuviste ninguna relación.

—No. Aunque a veces me arrepiento.

—Claro.

—Sí —dijo Jukka sonriendo.

—¿Cómo terminó la historia con tu novia de toda la vida?

—Pues como era de esperar. Lo dejamos. Me cayó un diluvio de reproches. Pero bueno. Habíamos llegado a un punto en el que estar juntos era una continua discusión.

—Es lo mejor. ¿Y después de eso? Hoy es tan fácil encontrar a alguien. Con las redes sociales todos tienen miles de amigos.

—Qué me vas a contar. Gracias a una de esas relaciones paso en absoluto de las redes sociales.

—¡Venga ya! ¿En serio? ¿Te enrollaste por internet con alguien?

—Bueno, no salió como esperaba.

—¿Te engañaron? Es lo típico.

—Por consejo de un amigo me abrí una cuenta en una de esas redes de moda. Al principio solo se añadían los colegas y los alumnos. Un día tenía una petición de amistad, de una mujer ucraniana. Joven. Separada. Con un hijo de 6 años. Trabajaba en un laboratorio dental.

—Ya. ¿Era guapa?

—Para que negarlo. Sí. En las fotos estaba estupenda. Tenía un aire muy natural, sin exageraciones en el maquillaje o la manera de vestir. Muy natural, en serio. Nada de postureo ni de selfies espeluznantes.

—¡Selfies espeluznantes! —Helena estalló en una sonora carcajada—. ¿Cómo se llamaba?

—Natalia. De Donetsk.

—¿Y?

—Nada. Comenzamos a chatear un día. No recuerdo como empezó. En inglés, aunque a ella le costaba un montón. Poco a poco fuimos haciéndonos amigos y surgió confianza.

—Debe de ser raro tener una relación así.

—La verdad es que parecía ir bien. Se quedaba hasta las tantas escribiendo, a pesar de la hora de diferencia. Por las mañanas le enviaba un mensaje de buenos días y los típicos emoticones, absurdos, por cierto, con corazoncitos y demás vainas.

—¡Oh, qué romántico! —exclamó jovialmente Helena.

—¡Bah! Chorradas.

—Era todo una tomadura de pelo ¿no?

—No sé. Creo que no. Creo que en el fondo se metió en un lío.

—¿Qué pasó? Cuenta.

—Pues que se me ocurrió enviarle un regalo. El día de su cumpleaños le envié una tarjeta de felicitación. Me sorprendió que no me pusiera un mensaje el día que llegó. Pero la sorpresa vino por la noche. Cuando en el chat me dio las gracias y me dijo que a su novio no le había hecho gracia.

—¡Joder!

—Ya. Y apenas había leído la frase cuando no solo me había borrado de la lista de amigos, sino que también me había bloqueado. A la lista negra.

—Vaya mal rollo.

—No te creas. Al ser una relación virtual afectó de otra manera.

—Y no volviste a contactar con ella ni a buscarla ni nada.

—Un par de veces, incluso pasado un año, miré el perfil, pero estaba igual que el día que rompimos. Suena raro, pero fue algo semejante a una ruptura.

—Ya te digo que esos rusos no son de fiar.

—No era rusa. Era ucraniana.

—Lo mismo da. ¡Joder Jukka! Créeme, son lo mismo.

—No vamos a discutir por un fantasma del pasado ¿verdad? En definitiva, curioso mundo el de las redes sociales. La verdad es que dejé de usarlas cuando al final sólo se intentaban añadir perfiles falsos.

—¿Falsos?

—Sí, personas que se hacían pasar por lo que no eran. Usando incluso imágenes de otras personas. Imagina que te pide amistad, no sé, digamos que alguien llamado Nicole que vive en Francia y cuando ves las fotos resulta que son de una actriz o de una modelo.

—Pero no todo es falso en las redes.

—Ya. También sirven para abonar el ego.

—¿A qué te refieres?

—Puedes imaginarlo. Gente que en el día a día demuestra su ego en todo lo que hace o dice. El típico personaje que siempre concluye "yo nunca me equivoco", o "tengo la razón absoluta".

—Seguro que tienes algún caso que contar —dijo Helena sonriendo—. Cuenta. Me muero de curiosidad.

—Hace años, en época universitaria, conocí a un tipo. Tenía una necesidad tremenda por controlar. En el grupo de colegas era quien decidía lo que había que hacer.

—Bueno, pero eso no es malo —interrumpió Helena antes de seguir bebiendo—, es necesario en ocasiones que alguien tome el mando.

—Ya, bueno, pero espera que termine. Bien. El tipo este cuando en algún momento planteabas que había otra manera de hacer las cosas o que quizás su propuesta no fuera del interés del grupo, se quedaba mirando de reojo con un gesto entre contrariado y vengativo. A los pocos días recibías una carta. Extensa. De cuatro o cinco folios, escritos a mano a dos caras. Pura verborrea. De manera sistemática, tanto yo como otros colegas recibimos más de una de estas misivas. Empezaba recordando los buenos momentos pasados. Cómo se había forjado la amistad y todo eso. Luego venía el giro. Exponía como se le había traicionado cuando él solo quería el bien del grupo y construir un determinado concepto de amistad en la que había que negar el ego en beneficio del grupo.

—Ridículo.

—Totalmente de acuerdo. Mira, con el tiempo la amistad o lo que fuera se diluyó. Cada uno tomó su camino e hizo su vida. En alguna ocasión me dijeron que se había ido a la India, en un viaje iniciático de introspección. Luego no supe más.

—Encontró su lugar gracias al misticismo —añadió Helena.

—No. No me dejas terminar. Hace unos meses, por puro aburrimiento busqué su nombre en internet. Ahí estaba. Dirigiendo misivas a sindicatos y partidos políticos. Llenando entradas en un blog y en cuantas redes sociales podía con su típica cantinela acerca de la amistad, la traición de la amistad, etcétera.

—Qué cansino, ¿no?

—Sí, puede ser. Aunque su último cabreo estaba relacionado con un partido político. Quería formar parte de una lista electoral. Se postuló como candidato en la ciudad donde vive. Un curriculum inventado hasta con la edad falseada. Como no salió elegido pues lo

típico: el líder del partido es malo, él es alguien con las ideas claras, de espíritu tolerante, democrático, etc.

—Un varapalo para su ego.

—Exacto —dijo Jukka—. Aunque finalmente ha conseguido ser elegido secretario general de la formación en su localidad.

—Desde luego, Jukka, tus historias se merecen un brindis —Helena alzó su copa—. ¡Por los románticos idiotas! ¡Por los egos frustrados!

—¡Por los románticos idiotas! —dijo igualmente Jukka sonriendo y dejando escapar su memoria hacia la historia que acababa de contarle.

Brindaron. Bebieron un rato en silencio. Helena se sentó al lado de Jukka, se recostó sobre él. A Jukka no le importó. Le pasó el brazo por los hombros. Sintió su piel suave. El aroma de su perfume, el roce de su cabello en el rostro, el leve ritmo de su respiración. Todo le parecía delicadamente perfecto.

—Hace una noche espléndida, ¿no te parece? —dijo ella mirando hacia el cielo donde brillaban las estrellas.

—Sí. Una noche muy tranquila.

—Jukka —dijo ella girando un poco la cabeza y mirándolo— ¿No sientes necesidad de estar con alguien? Yo no soporto la soledad.

—No sé. A todo se acostumbra uno.

—Dile a un perro que se acostumbre a la lechuga.

—Hasta eso es posible —dijo riendo Jukka.

—¡Venga ya!

Helena miró a Jukka sorprendida. La mirada sesgada denotaba tal grado de sorpresa que no sabía si confiar en que lo que le estaba diciendo era verdad o una broma absurda.

—Jukka, me estás tomando el pelo.

—Que no. Va en serio.

—Joder —dijo finalmente riendo—. Que gente más rara conoces.

—Ya te digo.

—Bien, pero entonces…

—¿Qué?

—Lo que te decía. ¿No te agobia estar solo?

—A veces. Pero bueno. Al día de hoy es lo que hay.

—Mira que eres bobo —dijo Helena mirándolo directamente a los ojos—. ¡Tío…! ¡Que me gustas!

Se hizo un silencio. Ambos se miraron sin decir nada. Ella le cogió la mano. Jukka la miró. Estaba confundido. Por un lado, tenía

ganas de dejarse llevar, de abrazarla y besarla. De sentir todo su cuerpo. Pero por otro lado algo le obligaba a mantener la distancia. Algo irracional.

Helena comprendió que no era el momento de continuar.

—¡Venga Jukka! Vamos a continuar esta noche. Acaba de empezar.

—Estoy un poco cansado.

—Déjate de chorradas. Vamos. Te voy a llevar a un sitio que te va a gustar —frase que acompañó con un abrazo.

Cogió a Jukka de la mano y comenzó a tirar de él, con mirada llena de deseo e inclinándose lo suficiente para que Jukka pudiera ver por su escote. Jukka se dejó llevar. Llegaron al coche.

Helena condujo en dirección a Calpe. Lo hizo acelerando y esquivando el tráfico en la autopista como si le fuera la vida en ello. La música dance que había puesto resonaba a todo volumen dentro del habitáculo del coche. Mientras conducía se contoneaba al ritmo de la música y en ocasiones acompañaba el sonido con gritos de euforia. Finalmente llegaron al parking de una discoteca. Tenía la apariencia de un castillo medieval. Un diseño más propio de otros años.

—¿Qué te parece? —preguntó Helena.

—¡Uf! La de años que hace que no piso una discoteca —sonrió Jukka.

—Pues a actualizarse —repuso ella bajando del coche y dirigiéndose con paso firme a la entrada.

Había una larga fila de gente esperando para entrar. A Jukka le llamó la atención el hecho de que todos tenían aspecto de extranjeros. Cuando llegó junto a Helena, que estaba esperando al lado de la puerta, se percató que casi todos los que estaban en la fila hablaban en inglés, alemán, holandés o francés. Sobre la puerta de entrada había un letrero en ruso:Русским вход запрещён!

—Russkim vkhod zapreshchon—leyó Jukka con cierta dificultad.

—¿Sabes ruso? —preguntó sorprendida Helena.

—No. No que va. Hace años, en el instituto estudié griego. La raíz del ruso es el griego. Algunas letras se parecen o son derivaciones lógicas. Luego, unos años después en época universitaria, salí una temporada con una chica rusa. Nada serio. Pero me enseñó a leer algo. Pero no sé leer con fluidez. De hecho —y se rio— no sé lo que pone.

—Prohibida la entrada a rusos —dijo Helena de manera cortante.

—Ya. Tú sí que sabes ruso, sí entiendes lo que está escrito ahí.

—No —dijo con sonrisa maliciosa al tiempo que cogía a Jukka de la mano y entraba por la puerta que con mucha amabilidad le abrió el portero—. La discoteca es mía.

—¿Cómo que es tuya? —preguntó Jukka sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—Fue una de mis primeras creaciones. Recién terminada la carrera. Mi abuelo me prestó el dinero para hacerla y ya ves, sigue en pie y funcionando.

—¿Y lo de no permitir la entrada a los rusos?

—Ya te he dicho que no trabajo con rusos. Pero déjate de tonterías y vamos dentro. Vamos a pasarlo bien, así olvidarás lo del accidente y todo eso. Además, puedes beber lo que quieras, digamos que yo invito.

Jukka estaba sorprendido. No se esperaba esa faceta de Helena. Sortearon grupos de gente que se agolpaban en la entrada, un jardín con varias fuentes iluminadas con luces de color que cambiaban de tonalidades según sonara el ritmo de la música ambiente que había en esa zona. Pasaron junto a unos sillones de mimbre con amplios cojines y toldos de tela de algodón de color claro. La música era suave, y relajante. Algunas parejas y grupos de amigos conversaban de manera animada y reían. Helena lo llevó hasta la barra y pidió por él.

—Un ruso blanco para mi amigo —le dijo al barman que hizo un gesto de saludo a Helena—. A mí me pones un Gin Sling… para empezar, ya sabes.

Se sentaron en un sillón que estaba fabricado con palets reciclados. Helena se recostó encima de Jukka y cerró los ojos. Él, de manera instintiva, le acarició el pelo e iba a empezar a hablar cuando ella, le puso un dedo en los labios.

—Relájate. No hagas nada. Respira.

Pasaron un buen rato así. Cosa que Jukka agradecía ya que empezaba a sentir molestias en la cabeza debido al golpe que se había dado en el accidente. Pero finalmente Helena, se levantó, llevó a Jukka al interior de la discoteca. Al abrir la amplia puerta, un diseño original al tratarse de acero y vidrio opaco, escapó el volumen de la música del interior.

El interior desconcertó a Jukka. Los laterales eran acordes con la forma del edificio: rectilíneos, sobrios. De hecho, todo el perímetro interior estaba flanqueado por una cornisa que le confería un aspecto sólido. Unos pilares estriados, que con perfecta simetría y cadencia se disponían en todo el perímetro, no hacían más que reforzar esta idea. Del techo, también de manera rítmica, colgaban

grandes telas de color rojo, que con el efecto de las luces creaban un sugerente ambiente. La parte central estaba ocupada por una pista de baile de forma elíptica.

Enfrente de la entrada se encontraba un escenario donde un disc jockey manejaba de manera rítmica y mecánica su múltiple equipo de sonido. Detrás de él, en una enorme pantalla, se proyectaban imágenes de viejas películas de ciencia ficción. La pista estaba flanqueada por varias galerías donde había asientos y mesas, a modo de palcos de líneas sinuosas. Todas las paredes estaban pintadas de un tono rojizo suave. En lo alto, cerca del techo, se encontraba la parrilla de iluminación donde los focos lanzaban su iluminación siguiendo también la cadencia musical creando una atmósfera multicolor que rebotaba en las paredes, en diversos espejos, en los cuerpos de los que bailaban en la abarrotada pista. A Jukka se le antojó una especie de decadente grandilocuencia. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de la música que sonaba, y del idioma de la canción. Miró asombrado a Helena quien le hizo un guiño. Jukka prestó atención.

Pelkään panna silmät kiinni jos ne eivät aukeekkaan
Aamulla kuin aina ennen jäisin siihen makaamaan
Enkä voisi kättä nostaa saati pysty sanomaan

Mä en haluu kuolla tänä yönä
Mä en haluu kuolla tänä yönä

Olen kesken en siis lainkaan valmis täältä poistumaan
Juuri kun on meno käynyt elämältä maistumaan
Mulla olis yksi toive, yksi pieni pyyntö vaan

Mä en haluu kuolla tänä yönä
Mä en haluu kuolla tänä yönä

Automáticamente, Helena lanzó un aullido y comenzó a bailar. Jukka estaba como fuera de lugar, pero ante la insistencia de Helena empezó a moverse. Jukka perdió la noción del tiempo y se dejó llevar por la melodía electrónica, no sin antes esbozar un pensamiento absurdo «Me siento tan anacrónico ahora mismo». Las estrofas de la canción llenaban su mente y no podía dejar de mirar a Helena que se había transformado en puro movimiento contoneando sinuosamente las caderas y agitando su negra melena. La luz estroboscópica le daba un aspecto misterioso. Incluso

peligroso, pero esa sensación despertó un extraño deseo en Jukka. Por efecto de los destellos de la luz, los ojos de Helena brillaron por un instante como si fueran dos zafiros. La mirada entró en la mente de Jukka quien, rozándola levemente, se dejaba llevar por la música.

Cambió la canción. Pero de nuevo los versos, por encima de la rítmica cadencia musical, le llegaban hasta su más profundo interior despertando una melancólica sensación:

Wenn die Einsamkeit dein Herz zerbricht
Und der Schmerz in dir erwacht
Wenn deine dunklen Träume
Dich verführen in jeder Nacht
Dann komm zu mir, komm zu mir
Breite deine Flügel aus und flieg
Mit mir durch die Nacht
Über den Horizont hinaus.

Cuando entraron en la casa, Jukka tuvo que sostener a Helena por la cintura. Se tambaleaba de un lado a otro y con los tacones parecía que iba a caer. Tenía la mirada perdida, los ojos le brillaban y estaba ruborizada. No atinaba a decir nada con sentido y en ocasiones decía alguna frase en estonio que Jukka no alcanzaba a comprender.

—Venga Helena, vamos dentro.

—Eso Jukka… dentro… adentro… vamos a la cama… arriba.

Jukka no tuvo más opción que cargarla en brazos para subir las escaleras. Ella se abrazó y comenzó a besarle en el cuello y a darle tirones en el pelo. Jukka aguantaba. Estaba cansado y desde luego no quería aprovecharse de ella. Al llegar a la habitación, Helena de pie delante de Jukka se abrazó de nuevo y comenzó a besarle. Luego, no sin esfuerzo, se quitó el vestido y se quedó desnuda delante de él.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con voz pastosa.

—Sí, Helena. Pero así no.

Ella no se lo pensó. Se abrazó de nuevo y comenzó a besarlo otra vez y a tocarle el cuerpo. Se rozaba contra él y Jukka podía sentir las formas de su cuerpo. Jukka dudaba. No sabía si dejarse llevar. No le convencía el estado de Helena. «No necesito un calentón» se excusaba a sí mismo Jukka.

Helena comenzó a cansarse de insistir. Se tumbó en la cama y se ofreció a Jukka.

—Ven, Jukka, ven.

Jukka se sentó a su lado. Pero no la tocó. La miró a los ojos, que brillaban por efecto del alcohol. Comenzó a acariciarle el cuello, la nuca, la espalda. Notó como ella se fue relajando y en unos minutos estaba dormida. La tapó con la sábana. «Se va a cabrear cuando despierte. Pero así no quiero» pensó Jukka al ver que se había quedado dormida. Antes de salir observó con detalle el cuarto. La habitación daba a una terraza, orientada a levante y la cama estaba ubicada de manera que se pudiera ver el sol del amanecer. A la izquierda, según se miraba al exterior, en armario ocupaba toda la pared. A la derecha, el aseo y en la pared que lo delimitaba había un cuadro.

De nuevo, un tema femenino. Una mujer tumbada sobre el suelo, y con la cabeza apoyada en una roca. Por los colores, amarillentos, y la gran luminosidad que se reflejaba en el vestido de la mujer, debía ser verano. Era un cuerpo yacente, ambiguo. «No está muerta, pero lo parece. Parece agotada. Cansada por un esfuerzo. A pesar del vestido se adivinan las formas femeninas. Ese blanco, tan puro, con el sol reflejado. ¿La fuente de la vida? Hay algo sensual y hasta cierto punto erótico en la obra. Pero muy comedido. ¿De quién rayos son estos cuadros que hay en la casa?» reflexionó.

Siguió observando. Detrás de la figura de la mujer se apreciaba un pueblo. Pero sin muchos detalles. Formas rudimentarias: cubos y prismas. Colores planos incluso para la vegetación que se apreciaba entre las casas y en la ladera de las montañas que cerraban el fondo del cuadro. Una perspectiva mínima y rudimentaria. «Lo único que importa es la mujer. Rubia. Seguro que con ojos azules» añadió Jukka a sus pensamientos antes de entornar la puerta y salir de la habitación.

No sabía qué hacer. No podía ir a ningún lado ya que no tenía coche. Tampoco quería dejar a Helena sola y desaparecer. Ya se inventaría alguna excusa por la mañana. Decidió recorrer la casa. A fin de cuentas, al margen de los cuadros, no parecía haber nada de valor y no pensaba que le importara a Helena.

Al salir de la habitación estaba el pasillo. A la derecha, las escaleras conducían al piso inferior; a la izquierda había una ventana que daba al exterior, a parte del jardín. En ese lado, al final había una habitación grande, con aseo incorporado, cama de matrimonio y un gran armario. Una ventana daba a la parte trasera de la casa, donde estaba la piscina. «Bien ideado, así por la tarde el agua está más templada» pensó.

Siguió caminando por el pasillo en dirección a la escalera. Había

una puerta entornada, de manera que se asomó y vio que se trataba del estudio de Helena. A la derecha, una librería recorría la pared. Comenzó a ver los títulos de los libros. Una amplia colección de libros de arquitectura, manuales de técnicas, procedimientos, cálculos, teoría, monográficos sobre arquitectos, revistas de ámbito internacional y libros sobre diseño de mobiliario. Le gustó. Desde el suelo al techo la librería estaba plagada de libros. También se percató que casi todos ellos tenían papeles y marcadores entre sus páginas, lo que le gustó aún más a Jukka. «Son libros vivos. Los lee, los maneja. Confía o discute con ellos. Es el objetivo de los libros», se dijo mientras pasaba los dedos sobre los lomos de los libros. Sintió diferentes texturas. Luego observó la mesa de trabajo. Amplia. Perfectamente ordenada. En un lado una bandeja con papeles blancos sin usar. En la parte frontal de la mesa, en un recipiente de madera, había gran cantidad de lápices, rotuladores, clips, bolígrafos, marcadores, lápices de colores. Material de dibujo. Todo organizado. En el otro extremo de la mesa algunas libretas con anotaciones, algunas fotos que, aunque aparentaban estar desordenadas tenían una distribución lógica, Jukka se dio cuenta que las fotos se correspondían con las anotaciones escritas en la libreta: medidas, localizaciones, indicaciones sobre altura del sol, corriente y fuerza del aire. Todo señalaba a un nuevo proyecto.

Jukka se sentó en la silla. A la derecha se abrían dos ventanas, grandes, luminosas. Aunque era de noche se podía imaginar que la luz de la tarde entraría con la suficiente intensidad para permitir trabajar.

Al levantarse para salir se percató en un cuadro que había en la pared, frente a la mesa. Se acercó para observarlo. Hasta ese momento había estado moviéndose en la casa aprovechando la tenue luz que se filtraba desde el exterior, de las farolas del jardín. Pero para ver el cuadro encendió la lámpara de mesa y entornó la puerta para que no se filtrara la luz y despertara a Helena.

Observó el cuadro con detenimiento. Le llamó de nuevo la atención. Como los anteriores. El cuadro era sobrio. Realista. Con una composición extraña. Los ejes visuales no eran los habituales, ni los personajes. Obviamente se trataba de una escena rural. Una familia de campesinos. En primer plano, un poco a la derecha una madre, de unos cuarenta años, sostenía en brazos a una niña rubia. No había comunicación entre ellas, como tampoco la había entre el resto de personajes. La madre vestía de negro. Tenía especial importancia el perfil, el color de la piel, ligeramente sonrosado por el sol, y el cabello: rubia. Como todos en el cuadro. Detrás de la

mujer había una mesa, sobre la que se apoyaban el resto de personajes. A la izquierda una niña escribía o dibujaba. Una niña rubia, con coletas. Casi en el centro de la composición un niño, rubio, miraba con expresión ausente hacia adelante. Entre sus manos sostenía un caballo de juguete. Detrás de él, se encontraba la figura de un hombre. Por los rasgos todo parecía indicar que se trataba del padre. Tenía un corte de pelo que más que campesino se asemejaba al de un militar. También rubio y remarcando el perfil. Frente a él se encontraba la figura de una anciana que tejía. Por los rasgos faciales era la madre del hombre del cuadro. El fondo de la composición mostraba de manera muy marginal un paisaje campestre, una llanura y a lo lejos algunas edificaciones de carácter rural.

«Qué cuadro más marciano» pensó Jukka. «Óleo sobre lienzo, de eso no hay duda. Es original. Pero no hay comunicación. Son una familia y no se relacionan. Hay un extraño eje en equis. La abuela está conectada con la niña de la izquierda. Es algo así como lo viejo y lo nuevo. Los padres de los niños, si tienen una relación es sólo biológica: procrear. Pero son el otro eje. Los niños quedan incluidos entre ellos, son los protectores, de eso no hay duda. Los colores se repiten invariablemente dentro del cuadro. No hay una gran variedad cromática, todos los colores son muy planos, incluso hay algo medieval, las figuras parecen recortadas y pegadas. El dibujo marca todo. No hay lugar a la improvisación. Lo que más me desconcierta es que no lo pillo. ¡Ah! Ese maldito profesor de arte contemporáneo que sólo se dedicó a divagar sobre Mies van der Rohe» concluyó recordando las carencias de su formación universitaria.

Jukka sacó una foto del cuadro con su móvil. No es que saliera perfecta, demasiado oscura, pero podría servirle para indagar y tratar de descubrir quién era el autor.

Apagó la luz, y se dirigió al piso inferior. Ya conocía una de las habitaciones de abajo por lo que no se dedicó a revisarla. Lo mismo ocurría con la cocina, aunque volvió a buscar un vaso para beber agua. Empezaba a echar de menos su cerveza nocturna que en el fondo le ayudaba a conciliar el sueño. Tras beber se dirigió al salón, que estaba frente a la cocina. El típico salón amplio, con grandes ventanas con orientación este y norte. Se podía ver el mar, el brillo de las estrellas. Todo un lujo de orientación. Había una mesa con sillas, y dos sofás que estaban frente a la chimenea. Se dio cuenta de que no había ningún televisor. Solo un equipo de música que tendría unos veinte años. Sobre la chimenea, había un cuadro.

«Otro cuadro… pero este realmente es raro. Es un tríptico».

Jukka, antes de empezar a analizarlo, le hizo una foto. Luego se fijó con detalle. Sobre un fondo neutro celeste se recortaban las figuras de cuatro mujeres que se sentaban, desnudas, en una especie de pedestal de mármol negro. El suelo mostraba un ajedrezado en diagonal. La tabla central la ocupaban dos mujeres, rubias. No tenían formas voluptuosas, más bien mostraban rotundidad de formas, remarcando la feminidad asociada desde luego a la fertilidad. Jukka se percató que una de ellas sostenía un haz de cereales y la otra un recipiente con agua. «¡Ah! ¡Esto son los cuatro elementos!» se dijo. Miró las mujeres de las tablas laterales y se dio cuenta de que una sostenía una antorcha y la otra no tenía atributo alguno. «Fuego, agua, tierra y aire. Pero muy extraño. Muy irreal y poco convincente para tratarse del viejo tema de los griegos. Sea lo que sea es mediocre» reflexionó.

Salió del salón y se dirigió a la habitación donde había despertado. Pensó en tumbarse un rato y dormir. Pero al llegar a la puerta se acordó de la habitación cerrada. Helena le había dicho que nada de verla. Pero la curiosidad podía más. Pensó en que a él no le hubiera gustado que nadie hubiera abierto su habitación cerrada. Pero la curiosidad era muy fuerte. Jukka entró, encendió la luz porque estaba totalmente a oscuras ya que la persiana estaba bajada. Se quedó estupefacto.

Tras la sorpresa inicial, Jukka comenzó a observar cada detalle de la habitación. Al lado de la puerta había un pedestal que sostenía una asta coronada en una punta dorada. La asta sostenía una bandera. La cogió con la mano y la extendió para verla en detalle. Ribeteada en dorado constaba de tres franjas de igual tamaño, azul, negro y blanco. Sobre ellas un escudo dorado bordado en cuyo interior se encontraban tres leones azules. Una guirnalda de hojas, también doradas, rodeaba el escudo. Con el móvil sacó una foto, esperando encontrar información cuando regresara a su casa. Siguió observando. En la pared de la derecha había una librería donde se apilaban libros encuadernados lujosamente y en cuyos lomos se leían títulos en estonio. Otros tenían títulos en alemán. «Ni idea de qué va esto» pensó. De nuevo hizo fotografías para buscar con más tiempo de que se trataba. No quería alargar su presencia en esa habitación. La pared de enfrente, la izquierda, tenía un enorme lienzo colgado. Prácticamente iba de lado a lado. Jukka se llevó las manos a la cabeza cuando lo observó en detalle. «Un tríptico. Pero… ¿qué demonios es esto?» pensó entre asombrado e indignado. En la tabla izquierda se veía dos mineros trabajando

bajo tierra. Apenas iluminada la escena por dos fanales que estaban estratégicamente dispuestos en la escena. Uno de los mineros, el más adelantado estaba en un escorzo insólito. Medio agachado, el torso desnudo mostrando el esfuerzo de la musculatura, aunque estuviera mirando al espectador. La luz creaba un efecto en su rostro que le confería un aspecto pétreo. Su compañero, al fondo, se volvía a mirar y quedaba difuminado por la escasa luz y el polvo que flotaba en la escena. Tanto el túnel como lo individuos retratados tenían colores de la tierra: marrones, ocres, amarillo pardo. Jukka pasó a contemplar el lado derecho, consciente que en el centro que ya lo había ojeado le completaría el discurso. El personaje de la derecha era un campesino, o ganadero. Aparecía vestido con un pantalón negro subido hasta las rodillas y una camisa blanca. Rubio, de ojos azules, su cuerpo era fornido, aunque el rostro tenía una expresión bobalicona. «Un individuo tosco».

La parte central del cuadro detuvo la atención de Jukka. Si bien las otras dos tenían un marcado carácter frontal, la parte del centro tenía una angulación diferente con respecto al observador. Un ligero contrapicado, como si se tratara de un fotograma. La escena era irreal. Un campo de batalla idealizado, apenas unas alambradas rotas se sugerían en un margen de la escena. Los tres personajes que aparecían se recortaban sobre un fondo neutro formado por unas densas nubes iluminadas en su base por lo que podría interpretarse como el resplandor del fuego de un combate lejano. Los tres personajes se correspondían con las tres ramas de las fuerzas armadas. El de la izquierda era el típico soldado de infantería. Con abrigo gris verdoso y el típico casco de acero, sostenía un fusil en sus manos, con gesto desafiante. En el centro, un piloto. Llevaba puesto el equipo de vuelo y también destacaba con un gesto desafiante mientras miraba hacia la izquierda. Detrás de él, un marinero sostenía la bandera de combate del III Reich que destacaba por el rojo y las cruces negras. Miraba hacia adelante, con un eje de visión que marcaba un punto que se encontraba detrás del espectador. Los tres recibían la luz lateral inferior que acentuaba sus formas, sus rostros, sus expresiones, y los convertía en seres de proporciones épicas. Ayudaba también a destacar cada detalle del equipo militar que cada uno llevaba puesto.

Jukka desvió la mirada. Se dirigió a la mesa. Vio que, en la pared, en el lado derecho de la ventana, había una serie de fotografías. Se podía ver a un joven con uniforme de las Waffen SS. Su rostro se repetía en numerosas fotos, en algunas aparecía en uniforme de combate con sus camaradas en paisajes que, sin ser un

experto, podía adivinar que se encontraban en algún rincón de Rusia. Se rostro elíptico, sus ojos claros y su pelo negro le resultaron rápidamente familiares. «Es igual que Helena. Este tipo era su abuelo. Sí que participó en la guerra» reflexionó con sorpresa. «Era un maldito nazi», concluyó.

A la izquierda de la ventana, uno de los cuadros contenía insignias de uniforme. Reconoció con facilidad las runas de las SS, pero el rombo con dos barras plateadas no supo identificarlo. También había un triángulo invertido con dos barras plateadas. Encima de este un escudo bordado con los colores de la bandera de Estonia y encima el águila del III Reich. Al lado de este cuadro había otro con condecoraciones. Reconoció la Cruz de Hierro, pero no así las otras dos medallas. Hizo una foto.

Frente a la puerta de entrada había una mesa, cuidadosamente ordenada en la que había una serie de cajas de madera. Por curiosidad las abrió con cuidado y encontró varias estilográficas y otros útiles de escritura. En otra de las cajas había una especie de cartilla militar, envejecida por los años. En la portada se podía leer Soldbuch. Jukka no lo dudó y fotografió cada una de las páginas sin prestar atención en ese momento a la información que contenía.

Al lado de la caja había una fotografía en blanco y negro enmarcada. Una mujer joven. De veintitantos años. Con el pelo rubio recogido detrás de la nuca, frente ancha, nariz fina y ojos claros, muy claros. Los ojos y los labios le recordaron a los de Helena. «Debe ser la abuela. Su mirada es idéntica» pensó Jukka. Con su móvil sacó una foto.

Encima de la mesa había un cuaderno. Jukka calculó mentalmente que tendría unas cien páginas. No se equivocaba pues al abrirlo para ojearlo comprobó que cada hoja estaba numerada a mano y la última página era la número cien. Se percató que todo el contenido estaba escrito a mano, con una caligrafía nítida y clara. Por curiosidad leyó y para su sorpresa entendió lo que estaba escrito. Aunque estaba en estonio, con paciencia y un diccionario o un software de traducción podría leerlo. Leyó la primera página “Anotaciones de Heino Härma para Helena. La única que ha merecido mi legado”.

Jukka cogió el móvil. Buscó en la configuración la tarjeta que llevaba insertada y vació la memoria, salvo las fotos que ya había hecho. Disponía de cerca de ocho gigas para almacenar datos y los quería aprovechar bien. Comenzó a fotografiar página tras página. Tarea que le llevó cerca de una hora. Luego le hizo una foto al enorme cuadro que presidía la pared.

Estaba a punto de salir cuando unos archivadores en la estantería de los libros le llamaron la atención. Ordenados por años, el primero de ellos tenía escrito en el lomo las fechas 1949 – 1953. A partir del siguiente todos registraban un año entero. El último se correspondía al año 1989.

Con cuidado cogió el primero y lo abrió. Anotaciones, cifras, datos, fechas. Estaba lleno. Era una especie de contabilidad que no sabía interpretar. Hizo una foto. Había un separador en cuyo lateral estaba escrito con una excelente caligrafía el nombre Schnez. Comenzó a pasar las páginas en cuyo margen superior estaban anotados los años, desde 1951 a 1953. Las primeras páginas estaban mecanografiadas, en un papel envejecido por el paso de los años. Sobre la tonalidad amarillenta del papel se habían distribuido cuatro columnas en las que se podían leer nombres. Jukka los contó rápidamente y contabilizó doscientos. Junto a cada nombre había una serie de abreviaturas que no entendía: Uscha, Rttf, Oscha, Hscha, Ustuf, Hstuf y Stubaf. La lista no tenía un orden alfabético si no que el orden dependía de las abreviaturas. Siguió revisando la lista y comprobó que algunos nombres y apellidos eran alemanes, otros, por el contrario, le pareció que eran de procedencia noruega. Otros apellidos los identificó como holandeses y otros bálticos. La última columna tenía números. Se percató que algunos se repetían. Así, encontró un registro vinculado al número 1, veinte nombres al 2, veinticinco asociados al 6, dieciocho al 8, treinta y cinco se correspondían al 12, catorce al 27, quince al 34, veintiuno al 20, dieciséis al 14, cinco al 29, once al 33, veintitrés al 15 y finalmente seis al 18. Jukka miraba los nombres y los números y no lograba entender nada. Decidió sacar una foto esperando analizar la lista más tarde.

No tenía tiempo para fotografiar todo el material, por lo que optó por hacer una rápida cata. Revisó por encima los correspondientes a los años 1967, 1970 y 1973. En todos encontró lo mismo. Listas de embarque y traslado de mercancías con origen en el puerto de Alicante y destino a los puertos de Sirte y Bhenghazi en Libia, Latakia y Tartus en Siria y Jounié en Líbano. Jukka se quedó pensando y tras ver las fechas esbozó un pensamiento «Las guerras árabe israelíes. No creo que sea descabellado sospechar que se trata de envíos de armas. Pero si es así ¿De dónde las sacaba? ¿Cómo las enviaba desde Alicante? ¿Existe alguna relación entre los nombres de las otras listas y estos envíos?».

Colocó el archivador en su sitio y cogió otro en cuyo lomo tenía una etiqueta impresa en la que aparecía el intervalo de años 2000 –

2013. «Sea lo que sea, esto continúa. Me da que no puede ser nada bueno» pensó mientras lo abría dispuesto a fotografiar el interior. Para su sorpresa solo había una lista de nombres, que fotografió, y cedés metidos en fundas.

Antes de salir de la habitación revisó que todo estuviera en el mismo estado que lo había encontrado. No quería que Helena supiera que había estado ahí. Sobre todo, porque le había mentido acerca de su abuelo y su pasado. «Quién esconde este tipo de pasado es por algo» se dijo mientras apagaba la luz y cerraba la puerta.

Jukka no podía dormir. Lo había intentado, pero no pudo conciliar el sueño. De modo que salió al jardín. Paseó descalzo por el césped sintiendo el frescor de la hierba en sus pies y dejándose llevar por el canto de los grillos. El despliegue que hacía la luz al amanecer entusiasmaba a Jukka. El mar de repente se mostraba con todo su brillo azul; el horizonte se encendía en una línea anaranjada que en cuestión de segundos desaparecía para convertirse en el disco solar, pero mientras duraba ese mágico momento, el cielo mostraba una gradación de colores realmente asombrosa. El momento previo al amanecer era sublime. Sobre la línea del horizonte había una franja celeste, luego, de manera progresiva, diferentes capas de azul cada vez más oscuro hasta una última de una intensidad más cercana al negro. Duraba unos instantes, pero tenían una belleza sobrecogedora.

Escuchó cómo se abrió una puerta. Se giró y vio a Helena que se acercaba a él abrochándose una bata de seda de color azul marino. Tenía el pelo revuelto y unas intensas ojeras hacían destacar sus ojos azules. Se estiró, como una gata, y empezó a recogerse el pelo en una cola.

—¿Qué tal Jukka? —dijo aún adormecida—. ¿Has dormido algo? No me acuerdo de nada.

—No me extraña, llevabas una buena curda anoche.

—Lo siento, no es lo normal. Me dejé llevar en la fiesta. ¿Pasó algo de lo que tenga que arrepentirme? —dijo maliciosamente.

—No creo que tengas que arrepentirte de nada —dijo irónicamente Jukka—. ¿Eres de las que acostumbran a arrepentirse?

—¡Uf! Estás un poco espeso y yo no estoy para pensar. ¿Quieres bañarte? La piscina a estas horas está estupenda, un poco fría, pero buenísima.

—No gracias.

—Tú te lo pierdes —dijo Helena dándose la vuelta, quitándose la bata y acercándose a la piscina totalmente desnuda. Giró la cabeza

y miró a Jukka con gesto insinuante, pero él se limitó a hacerle un saludo con la mano. Se metió en la casa, buscó las llaves de su casa, el CD con los informes que debía enviar y el móvil.

Cuando salió, Helena se disponía a entrar en la casa. Tenía el cabello mojado y brillaba como si fuera de azabache. La piel estaba sonrosada por el frío del agua. La bata se había pegado a su cuerpo mojado y resaltaba sus formas.

—Me voy. Quiero llegar a casa y descansar un poco.

—Si quieres puedes quedarte aquí hasta que te den el coche. Ya sabes que tienes sitio —dijo Helena mientras entraba rozando a Jukka con sus caderas.

—Te lo agradezco, pero no. Otra vez será.

—Si tú lo dices. Pues otra vez será. Si te esperas te acerco a la estación.

—No, da igual. Iré andando.

—Está un poco lejos.

—Hay una parada de autobús por aquí cerca. Llega hasta la estación. No te preocupes

Helena se encogió de hombros. Acompañó a Jukka hasta la puerta y antes de que saliera le dio un beso en los labios. Pero él no correspondió. Helena observó cómo se alejaba y salía por la puerta de hierro de la entrada.

15

Jukka hizo el camino de regreso desde Calpe a bordo del metropolitano. Línea 9 hasta Benidorm y luego transbordo a la línea 1. Durante todo el trayecto se sintió como en una nube. Estaba cansado, agotado. En las últimas horas solo había dormido después del accidente. La noche en la discoteca con Helena lo había dejado realmente derrotado. Miraba por la ventanilla, pero no prestaba verdadera atención a lo que ocurría delante de sus ojos. Su mente estaba sumida en pensamientos bastante confusos: «Vale. De acuerdo que es nieta de un tipo que luchó con las Waffen SS. Pero eso no la convierte a ella en lo mismo. Pero ¿por qué conservar todas esas reliquias? ¿Por respeto? ¿Por devoción al abuelo?».

Se fijó en dos chicos jóvenes que estaban de pie en medio del vagón a pesar de que había asientos libres. Le llamó la atención el aspecto que tenían. Vestían como si una máquina del tiempo los hubiera trasladado directamente desde los años setenta. Camisas estampadas, aunque descoloridas, pantalones anchos, también descoloridos y raídos. Se notaba que eran hermanos, se parecían, aunque uno de ellos era pelirrojo y el otro castaño oscuro. Uno de ojos claros y el otro de ojos oscuros. Uno de mirada inocente y el otro de mirada torva. Pero los rasgos faciales denotaban el parentesco. Iban entonando melodías clásicas, y uno de ellos, con aire de entendido, iba corrigiendo las notas con gesto de gran director, hasta llegar a un momento histriónico en el que desplegaba una fanfarria labial que intentaba emular timbales e instrumentos de viento al mismo tiempo; mientras, el hermano pelirrojo, trataba de imitar, con poca fortuna, el sonido de los violines. Jukka estaba asombrado. Más aún cuando cambiaron el repertorio y comenzaron a entonar himnos religiosos forzando las voces para poder alcanzar las notas. «Para gustos los colores. Pero hay colores realmente estridentes» pensó Jukka mientras trataba de

perderse en sus inquietudes.

Llegó a la parada de la Costa Blanca y se bajó. La brisa la acarició el rostro y se sintió momentáneamente aliviado. Desde la parada tendría que andar un buen rato hasta su casa. «Me vendrá bien caminar» pensó con indiferencia.

Se percató que el cielo estaba nublado, la brisa se estaba convirtiendo en el típico levante que surge de la nada. Por experiencia sabía que no iba a llover. Era, simplemente, uno de esos días en los que el sol se oculta en el Mediterráneo. Caminó por la avenida y se detuvo en una cafetería. Tenía hambre y no tenía ganas de preparase nada en casa. Eso lo hubiera despejado y solo quería llegar y dormir. No pidió un café, necesitaba el efecto contrario. Un descafeinado, de máquina, y un cruasán. Mientras lo bebía a sorbos pequeños, cogió el móvil para ver si llamaba a Jana, o para ver las fotos que había hecho, o para llamar a Helena. Estaba confuso. Demasiado. Pero no tenía batería. Se había agotado. «Primero voy a correos y envío el jodido informe. Luego, en cuanto llegue a casa: a dormir» se dijo mientras apuraba el café.

Estaba terminando el desayuno cuando en la mesa de al lado se sentaron dos agentes de la policía nacional. Eran jóvenes y conversaban animadamente. Jukka no pudo dejar de escuchar la conversación y la idea que estaba exponiendo uno de ellos —con marcado acento murciano— que se afanaba en convencer a su compañero "que Franco le había devuelto la soberanía a los españoles ya que había sido usurpada por los comunistas" a lo que el otro sin mucho interés se limitaba a asentir. Jukka dirigió una mirada furtiva y se percató que llevaba una pequeña pegatina con la bandera franquista en el cargador de la pistola. «Empezamos bien el día» se dijo Jukka mientras se levantaba y se dirigía a la oficina de Correos.

Casi llegando a la oficina presenció como un chico joven, de apenas unos treinta años, en evidente estado de embriaguez, se dirigía en voz alta a todas las mujeres que transitaban por la calle con una curiosa letanía: "Mire, señora, que estoy más bueno que Alain Delon". Jukka incluso se detuvo y estuvo observando la escena un par de minutos mientras reflexionaba: «Curioso. Un borracho cinéfilo. Por la edad que tiene debe gustarle el cine, eso de Alain Delon lo delata». Tras eso continuó su camino no sin esbozar un pensamiento: «El día parece que va a dar sorpresas». Apenas había terminado de pensar esto cuando justo en la puerta de Correos vio que había una furgoneta Ford customizada, convertida en autocaravana, en la que había un letrero donde se podía leer: La

guarida de Charly. «Esto se anima. Vaya clase tiene este Charly sea quien sea».

Entró en la oficina de Correos y se colocó detrás de un hombre que llevaba un sobre acolchado. Jukka se percató que la única persona que había para atender no le resultaba familiar. Cuando le tocó el turno a la persona que iba delante de él no prestó mucha atención. Pero la conversación comenzó a ponerse interesante y Jukka no pudo dejar de interesarse.

—¿A dónde? —preguntó la funcionaria cogiendo el sobre que le entregaba el hombre.

—Praga, República Checa —dijo él escuetamente.

«¡Vaya!», pensó Jukka, «De todos los destinos del mundo ya es coincidencia».

—No —dijo la funcionaria—. No aparece Praga.

—¿Cómo que no aparece? —dijo el hombre.

—No. No está en el sistema. Si me dice el país a lo mejor lo puedo intentar de otra manera.

—República Checa, ya se lo he dicho —dijo el individuo, tras lo cual se volvió con cierta desesperación.

Jukka lo observó. Era un individuo de unos cuarenta y pocos años. Vaqueros, camiseta de un grupo de rock, gafas oscuras. Llevaba el pelo largo y lucía una barba en la que asomaban numerosas canas. «En otro tiempo hubiera pensado en un Doppelgänger» esbozó mentalmente Jukka sin dejar de prestar atención a la conversación.

—Nada que no —dijo de nuevo contrariada la funcionaria.

—Pruebe con Chequia.

—Tampoco —replicó ella tras teclear ágilmente sobre el teclado.

—Pues es raro. Está en la Unión Europea —reflexionó el individuo en voz alta.

—¿Ah sí? —preguntó con asombro la funcionaria— A ver si poniendo Polonia sale Praga.

Jukka, no pudo disimular el esbozo de una sonrisa malévola.

—Dudo que lo encuentre. Praga no está en Polonia —dijo inquieto el individuo.

—Claro. Bueno, pues si como usted dice está en la Unión Europea lo facturo a Alemania y ya los de clasificación sabrán donde ponerlo.

El individuo negando con la cabeza y encogiéndose de hombros se dio por vencido. En el peor de los casos le devolverían el sobre y tendría que volver a empezar. Jukka no salía de su asombro tras la escena que había presenciado. «Absurdo» concluyó mentalmente

Jukka antes de ocupar su puesto frente al mostrador.

Cuando terminó se dirigió a la avenida de Holanda, donde se encontraba una de las entradas del edificio, allí se encontró con Jana.

—Hola Jana.

—Hola Jukka.

Se miraron en silencio. Ella iba vestida con un chándal gris azulado. Llevaba el pelo suelto y el aire, que cada vez soplaba con más fuerza, lo movía. Jukka no tenía un aspecto muy favorable: la ropa arrugada, el pelo enmarañado, unas terribles y profundas ojeras.

—Te estuve llamando el otro día —dijo Jukka sin saber muy bien cuántas horas habían pasado.

—Sí. Vi las llamadas.

—No devolviste ninguna. Ni los mensajes.

—No.

—Bien.

—Bien.

Siguieron mirándose guardando un incómodo silencio.

—Tuve un accidente —dijo él.

—Sí, lo leí en el mensaje que pusiste. ¿Estás bien?

—Sí.

—Y… ¿Cómo es que llegas ahora? ¿Dónde te habías metido?

—Estoy sin coche. Hasta mañana. Acabo de llegar.

—Bien. ¿Has dormido allí?

—Sí. Bueno, dormir poco. Más bien nada.

—Ya. ¿El hotel era malo?

—He estado en casa de una amiga —aclaró él empezando a impacientarse y a no comprender por qué estaba dando tantas explicaciones.

—¡Ah! Una amiga. ¿Muy amiga?

—¿Disculpa?

—¿Te has acostado con ella? —preguntó Jana mirando inquisitivamente a Jukka.

—¿Y si lo hubiera hecho? —contestó molesto.

—No tengo tiempo para tonterías. Ni para perder el tiempo contigo.

—¿Qué?

—Te pedí que no me hicieras daño. Que por favor no me dejaras. Pero… eres como todos.

Jukka optó por no decir nada. La miró a los ojos. Tenían una mirada dura. Se mesó los cabellos y le dijo pausadamente una frase.

—Me voy a descansar.

—Eres un cabrón. ¡Un maldito cabrón!

La última frase la había gritado de tal manera que resonó en toda la calle captando la atención de las pocas personas que estaban en ella: un repartidor de refrescos que bajaba una caja de su camión, una pareja que desayunaba en una terraza y la camarera que les servía el café, una señora que sacaba dinero de un cajero, el vendedor de cupones de la ONCE.

Jukka hizo caso omiso de Jana, de la frase, de la gente. Solo quería llegar a su piso y dormir. Escuchaba que Jana seguía gritándole, ahora las frases le llegaban en checo, dedujo que no serían ni piropos ni lindezas. «Asco de vida» pensó Jukka.

Cuando Jukka se despertó era media tarde. Estaba tumbado encima de la cama. Aun llevaba puesta la misma ropa del día anterior. Se sentía extrañamente descansado, relajado. La confusión había desaparecido, la pesadez en su mente se había esfumado y su cuerpo se sentía activo.

Debajo del chorro de agua caliente de la ducha recordó la conversación con Jana. Le asombró la extraña actitud de ella, que había concluido con una sarta de insultos. Reflexionó mientras el agua caía sobre su cabeza: «Si supiera que Helena intentó que me acostara con ella. Si supiera que tengo la extraña sensación de sentirme engañado cada vez que no responde o ignora los mensajes. No se hubiera puesto así. ¿Ahora qué? ¿Voy a verla? ¿A pedirle disculpas por algo que no ha pasado? ¿Por algo que no tiene mayor importancia? ¿Qué problema tiene con la confianza? ¿Con sentirse abandonada? ¿No es capaz de entender que tuve un accidente y que todo se complicó de manera absurda? Yo la avisé y ella para variar ni respondió ni llamó más tarde. Ni un jodido mensaje. Está claro que me gusta. Que la amo. Pero si no puede confiar en mí en algo tan absurdo como esto, ¿tiene sentido seguir adelante? Demasiadas preguntas».

Siguió un buen rato bajo el agua caliente que caía sobre su cabeza.

Abrió la nevera y observó que apenas quedaba comida y tan solo una botella de cerveza. No tenía más opción que salir a hacer la compra. De paso iría a la farmacia, la cabeza le dolía horrores y no sabía muy bien si era por el golpe del accidente o por el cansancio.

Caminó por la calle que llevaba al supermercado, un Super Plus que no entraba en sus rutas, lo cual agradecía enormemente ya que así podía comprar de manera anónima sin tener que dar explicaciones sobre promociones o hablar con encargado alguno. La

ventaja es que sabía dónde estaba todo y de manera rápida pero eficiente iba de pasillo en pasillo cogiendo de los lineales lo que necesitaba. El carro lo llenó de fruta, verdura, un generoso lote de fideos instantáneos y un paquete grande de botellas de cerveza. Sin saber porqué, ese día echó en el carro un bote de melocotones en almíbar, y se llevó pollo troceado. «El fin de semana me puedo permitir el lujo de cocinar algo diferente. Demasiadas horas muertas» pensó.

Antes de dirigirse a su casa se acercó primero al piso de Jana. Estaba todo a oscuras. No se oía nada. Llamó varias veces, pero no había nadie. Cabizbajo volvió sobre sus pasos y entró en su piso. Estuvo un buen rato ordenando la comida que había comprado. Luego se sentó en una de las sillas de la terraza y comenzó a mirar el horizonte. Tras unos minutos así, en calma y quietud, decidió prepararse unos fideos y mientras calentaba el agua encendió el ordenador.

Mientras comía, entró en la web del periódico local a ver si venía alguna noticia del accidente. Para su sorpresa la noticia, resaltada y con una fotografía de gran tamaño sobre la que habían redactado un titular llamativo: “Ajuste de cuentas entre bandas rivales de la mafia rusa”. Entró en la noticia y leyó que según todos los indicios una banda rival había llegado a la iglesia ortodoxa rusa de Altea, donde había una reunión de dirigentes de la mafia y los habían acribillado. Habían matado incluso al pope. Según relataba la noticia la policía seguía varías líneas de investigación y se planteaba la más lógica, la de una banda rival, aunque no descartaban la participación de narcotraficantes de otra nacionalidad.

Jukka siguió leyendo sin saber muy bien que pensar. Le fastidiaba que precisamente ese día que quería volver pronto hubieran aprovechado para saldar viejas cuentas. «Algunos se toman muy en serio eso de matar sus demonios» pensó Jukka.

De repente escuchó ruido en el exterior. Era como si hubiera una discusión ya que se oían voces en tono muy alto. Jukka estaba un poco mareado, pero se acercó a la puerta con el bol de fideos en una mano. Efectivamente había una discusión. Se oía la voz de un hombre hablando muy fuerte, en un idioma que no lograba entender. Una de las voces era la de Jana. Jukka dejó el bol encima del recibidor, abrió la puerta y salió. Alcanzó a ver la figura de un individuo que iba en dirección al piso de Jana. No se lo pensó mucho y salió tras él. Al acercarse vio que Jana discutía acaloradamente con un individuo alto y fuerte. Con el pelo rapado y

unos enormes y musculosos brazos plagados de tatuajes. Jana no paraba de gritarle cosas en checo, a Jukka le sonaba el idioma, pero no lo entendía. Se acercó y tan solo tuvo tiempo de decir una frase.

—¿Qué pasa aquí? —dijo mientras trataba de acercarse a Jana.

El individuo se volvió y cogiéndolo del cuello lo tiró al suelo. Le puso una rodilla en el pecho y descargó un puñetazo en su rostro. Jukka sintió el sabor de la sangre en su boca y quedó más aturdido aún. Sintió un nuevo golpe en el estómago que le hizo exhalar todo el aire que tenía en los pulmones y sintió que se ahogaba. Aturdido y al borde del desmayo vio, como a través de un velo de seda, a Jana descargando un golpe con una botella de cerveza en la cabeza del individuo. También vio que ella sostenía un cuchillo de cocina, muy afilado, en la mano y con gesto amenazante le gritaba algo que no entendió.

El tipo la miró. Aflojó la presión sobre Jukka y tocándose la cabeza, donde tenía una pequeña brecha por la que empezaba a fluir algo de sangre, escupió en dirección a Jana señalándola con el índice. Luego mirando a Jukka le dijo algo con marcado acento eslavo.

—No te metas, calamar —dijo señalándole con gesto amenazador. Luego se largó bajando por las escaleras.

Jana se acercó a Jukka y lo ayudó a levantarse.

—¿Estás bien?

—¿Quién es esa mole? —preguntó él mientras se incorporaba con ayuda de Jana y se limpiaba la sangre que salía por su nariz.

—Es un antiguo novio —dijo ella—. Pero no te preocupes, no va a volver.

—Claro que me preocupo. ¿Quieres venir a mi casa? ¿Quiéres ir a la policía? No sé, Jana. ¿Es normal que ese tío vaya repartiendo hostias?

—Venga Jukka, te acompaño a tu casa.

Jana lo acompañó. Entró con él en el piso y lo llevó hasta la cama. Jukka estaba atontado por los golpes que acababa de recibir y por efecto del accidente de coche. Sentía como si todo a su alrededor oscilara como en un barco. Sintió como Jana le lavaba la cara, como le aplicaba un algodón para cortar la hemorragia de la nariz.

—Lo siento —dijo Jana con mirada triste—. Perdóname, por favor.

—Jana… No es culpa tuya.

—Te pido perdón por lo de esta mañana. Lo siento. Lo siento mucho. Estoy muy avergonzada.

—Bueno, no pasa nada. Todos tenemos malos momentos. ¿Quieres quedarte? —dijo Jukka ahogando el dolor que sentía en el estómago.

—No puedo. Tengo que irme.

—Entiendo —dijo tranquilamente Jukka—.

—Jukka…

—Dime.

—Por favor… ¿me perdonas?

—Mañana hablamos con calma. Tranquila.

—Necesito oírlo. Nunca se sabe lo que puede ocurrir, ¿no crees?

—¡Joder Jana! No digas tonterías —Jukka le acarició la cara y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos—.

Ella se abrazó a Jukka. Sintió que el abrazo no era solo una muestra de cariño. Detectó como si buscara protección. Sintió como si fuera una hija buscando el cobijo y la protección de un padre, sensación que lo desconcertó aún más. Jukka comenzó a acariciarle el cabello y ella se abrazó con más ganas.

—¿Podemos vernos mañana? —preguntó ella.

—Sí, por supuesto. ¿Quieres comer aquí, conmigo?

—¡Sí, sí! —respondió Jana abriendo mucho los ojos con un alegre brillo en la mirada.

—Vale, te espero a la hora de la comida.

—Lamento tanto lo que ha pasado.

—¿Seguro que puedes estar sola? Me preocupa ese tío.

—De verdad. No va a volver. Confía en mí.

—Vale, vale —Jukka hizo un gesto de dolor cerrando los ojos—. La cabeza. Me duele.

Jana fue al baño y buscó analgésicos. Encontró unas pastillas de paracetamol y preparó una para Jukka.

—Tómate esto, te aliviará —dijo ella mientras Jukka observaba con los ojos entreabiertos el burbujeo efervescente de la pastilla. Bebió de un trago.

Jana se sentó en el borde de la cama junto a Jukka que se había acostado y trataba de olvidar el dolor cerrando los ojos. Sintió como Jana le acariciaba el pelo. Sus manos eran suaves y cada movimiento que realizaban en su cabeza le producía un ligero escalofrío. Se fue relajando. El dolor se fue apagando y creyó sentir los labios de Jana en los suyos. Luego todo se desvaneció y se sumió en un profundo sueño. No escuchó cuando Jana se marchó. Ni el mensaje que llegó a su móvil informándole que el viernes a primera hora podría pasar a recoger el coche.

16

Hacía años que Jukka no se esmeraba tanto en la cocina. Siempre le había gustado pasar horas en la cocina. En otro tiempo, cuando se sentía estresado y cansado, no encontraba una actividad más relajante que cocinar. Preparaba los ingredientes, de manera meticulosa, en el orden de su empleo en la elaboración del plato. Disponía lo cuchillos, cucharas, tenedores, espátulas de manera precisa. Vasos o jarras con las cantidades necesarias de agua, aceite, vino y cualquier otro elemento necesario. Especies. En sus platos no faltaban las especies para lograr sabores y contrastes. No concebía cocinar sin ellas. Tampoco olvidaba la sal. Cuando cocinaba era un momento en el que solía encontrarse a sí mismo. Nada de música. A solas con sus pensamientos. Mientras lo hacía, reflexionaba y luchaba con sus demonios. Sus manos cortaban verduras con precisión. Desgajaba articulaciones. Cuando sazonaba dejaba que sus manos se untaran de aceite y sus dedos cambiaran de color con el pimentón. Aquel día no sabía si iba a poder cocinar como antes. Preparó una ensalada y aderezó una vinagreta que usaría en el momento de servir. Pero le faltaba una idea para el plato principal.

Abrió la nevera y vio lo que había en el cajón de la verdura en la nevera. Vio que tenía apio y pimiento rojo. En seguida le vino una idea. Una vieja receta cajún que aprendió unos diez años atrás y que le explicó un colega al que conoció en un congreso. Jukka se centró y comenzó a disponer lo necesario sobre la bancada. La tabla de cortar, un cuchillo, pimiento, apio, cebollas, ajos y el bote de melocotones en almíbar. «Nunca he creído en las casualidades, pero lo de comprarlo no sé cómo explicármelo» se dijo mientras lo abría con el abrelatas.

Antes de empezar a cortar la verdura sacó los trozos de pollo que había comprado. En una ensaladera grande puso un buen chorro de aceite de oliva, luego añadió sal y un puñado generoso de tomillo, pimienta y pimentón. Lo mezcló todo bien con una

cuchara. Luego añadió el pollo y empleando las manos lo removió bien para que se impregnara bien la carne y penetraran los sabores. Luego lo tapó y lo dejó macerar hasta el momento de hornearlo.

Tras lavarse las manos, troceó las verduras. Con calma. Aunque le gustaba cocinar, una mala experiencia que tuvo en sus años de estudiante le hacía respetar el filo de los cuchillos. Añadió la verdura troceada a una cacerola con un chorro de aceite y dejó que pocharan. Luego añadió los melocotones, debidamente troceados y parte del almíbar. Dejó que se cocieran a fuego lento, que era la mejor manera de que se mezclaran los sabores. Ese era el secreto de esta salsa tan peculiar.

Aprovechó el tiempo de cocción para preparar la mesa. Quitó el portátil y los papeles que siempre tenía encima. Se percató que en la mesa también estaba la tarjeta con todas las fotos que había hecho en casa de Helena. «¡Ah! Lo había olvidado. Tengo que ver todo esto. ¿Qué me voy a encontrar?» se dijo mientras amontonaba todo lo que había retirado en la mesa de la habitación estudio.

Se dio cuenta que no tenía un mantel en condiciones. Solo uno de plástico comprado en un bazar chino. Los cubiertos igual. Siempre habían estado en el piso. De hecho, estaban ahí desde que era niño. Vasos. No tenía copas. Servilletas de papel. «Bueno, al menos está todo limpio. Pero tanto tiempo en esta cueva me ha hecho olvidar algunas cuestiones básicas de la vida. Habrá que ponerse las pilas» reflexionó al tiempo que comenzaba a poner la mesa. «Bueno tengo cerveza, que sé que le gusta, porque si me las tengo que dar de entendido con vino… va a ser que no».

Miró el reloj con impaciencia. Las doce y media. «¿Tardará? ¿Vendrá antes?» se preguntaba insistentemente. Volvió a la cocina y vio que la verdura y los melocotones estaban en su punto. Cogió la batidora y con la velocidad más baja trituró todo. Cuando consiguió la consistencia deseada, sin grumos ni trozos gruesos, la calentó un poco más añadiendo un poco de agua para corregir la textura. Luego encendió el horno para precalentarlo unos quince minutos. Pasado el tiempo metió la bandeja con el pollo. En apenas unos minutos comenzó a desprenderse un intenso olor a tomillo y pimentón que llenó la casa.

Estaba extrañamente nervioso. «Si pasa como cuando llamo por teléfono, que no contesta. Si no viene. Si a última hora decide cambiar de planes» pensó. Pero no pudo seguir martirizándose más. Sonó el timbre. Fue a abrir y era Jana.

—¡Hola Jukka! —dijo ella con jovialidad.

—Jana… ¡Estás guapísima! —dijo él nada más verla haciendo

que ella se sonrojara.

Ella entró en el piso y le dio la mano a Jukka, por un momento los dedos se entrelazaron. Luego, al seguir caminando, él sintió como los dedos se escurrían entre los suyos. Tuvo un escalofrío y miró a Jana. Ella lo miraba, en silencio.

—Huele bien —dijo Jana al tiempo que olía profundamente haciendo que se movieran levemente las aletas de su nariz.

—Pues espero que esté mejor que huele. Hace años que no cocino.

—Me he dado cuenta. El día que me quedé dormida y luego te fuiste. Busqué un vaso para beber y vi que tenías mucha comida enlatada. Deberías cuidarte y comer mejor.

—Eso es para las cenas, más que nada. A diario como en restaurantes. Lo paga la empresa. Menú no superior a doce euros. Suelo comer siempre en Calpe. Me gusta aquel sitio. Ya sabes que cuando quieras puedes venir conmigo.

—Vale. Me gustaría mucho. ¿Cuándo vas?

—¿A Calpe? El lunes.

—Bien.

Con la mesa puesta y la comida terminada Jukka se dispuso a servirle a Jana. En el centro de la mesa estaba la ensalada. Una colorida ensalada dominada por el color rojo del tomate y el pimiento, verde de la lechuga y amarillo del apio.

—Jukka, ¿no te resulta difícil adaptarte a otra ciudad? Como has estado en tantos sitios.

—Normalmente no. Cuando fui a México pensé que iba a tener dudas, pero al final me adapté. Lo pasé realmente mal cuando estuve trabajando en esa escuela de cine.

—¿Por la chica esa?

—No. No nada de eso.

—¿Entonces?

—En ese trabajo hubo momentos muy tensos. Había un ambiente de amenazas constantes, insultos, descalificaciones, el menosprecio a las tareas que hacíamos. Curiosamente quien desplegaba toda esa ponzoña era el director del centro. Un lobo con apariencia de cordero. La única opción era tratar de estar unidos. Yo estaba en una posición intermedia. Me llegaba todo el veneno que iba destinado a los demás. Tuve claro que quien trabajaba bien no tenía porque recibir ese daño. Así que amortiguaba.

—Impedías que les llegara el mal rollo del jefe ¿no?

—Algo así. Desde luego había algunos que no merecían tal esfuerzo. Quien solo quería más dinero sin trabajar o trataba de

escaquearse pues no recibía mi apoyo.

—Claro.

—No todos lo veían así. Algunos lanzaban también su veneno en las redes sociales. Pero bueno. Al final me daba igual.

—¿Y cuándo te fuiste?

—¡Ah, sí! Pues fue algo extraño. Me sentí desubicado. Tanta presión al final había creado una especie de dependencia con los compañeros. Me sentía vacío. Algunos nuevos colegas y alumnos me recordaban a los que había dejado atrás. Pero al final también esa sensación desapareció.

—Ahora que estás aquí otra vez, ¿no has sentido necesidad de ver a tus antiguos compañeros?

—No. Lo cierto es que no se me ha pasado por la cabeza. No lo veo necesario. Después de tanto tiempo lo mismo alguno se ha marchado. El tiempo cambia a las personas.

—Tampoco mantienes contacto con nadie de Burgos.

—Tampoco.

—Jukka… ¿no te asusta la soledad?

—Hasta ahora no. Quiero decir, que he estado tan metido en mi mundo que no me había planteado que existiera nada más.

—¿Y ahora?

—Ahora estás tú.

Jana se ruborizó. Bebió y siguió comiendo en silencio. Luego miró a Jukka y volvió a preguntarle.

—¿Has tenido alguna novia en serio?

—Sí —dijo él tragando lo que tenía en la boca y limpiándose con la servilleta—. Hace ya muchos años de eso.

—¿No salió bien?

—No.

—Ya —dijo Jana mirando hacia el exterior. Jukka creyó ver un destello húmedo en sus ojos.

Terminaron de comer. Jukka le propuso a Jana ver una película.

—Elige cuál quieres ver.

—¿De verdad? ¿No te importa?

Jukka negó con la cabeza y le indicó a Jana que entrara en la habitación y escogiera. Mientras él aprovechó para recoger la mesa. Al cabo de unos minutos regresó al salón y Jana estaba poniendo la película en el DVD.

—¿Ya te has decidido?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Ven, siéntate y la vemos.

Jukka se sentó. Jana se puso a su lado y mirándolo se recostó junto a él.

—Estoy muy a gusto contigo, lo sabes ¿verdad? —dijo ella.

—Lo sé.

Ella lo besó. Luego volvió a acurrucarse junto a él. «Como un gato» reflexionó Jukka. Ella, en esa posición, apretó el play del mando. La película comenzó.

—¡Nosferatu! —exclamó Jukka.

—¿Te gusta?

—Murnau es el responsable de que durante años me dedicara a enseñar cine. Vi esta película cuando tenía catorce años y descubrí que el cine es algo maravilloso.

—Me alegra que te guste.

Ella se acomodó. Jukka comenzó a acariciarle el cabello mientras veían la película. Los planos se sucedían. La historia del no muerto se iba adentrando en niveles cada vez más siniestros y macabros. Los paisajes, las arquitecturas en ruinas y la ambientación mostraban la gran influencia del romanticismo. Jukka miraba a Jana que seguía los movimientos de los personajes. Se había sentado y comenzaba a entusiasmarse de nuevo. Con las manos seguía los movimientos de la cámara, trazaba imaginarios ejes en los encuadres. Todo en silencio. Conforme se acercaba el final Jana se iba poniendo en tensión, no por miedo, sino por sentir cada uno de los mensajes que el director había escrito con la cámara. Al final, cuando el vampiro se da cuenta que está saliendo el sol, Jana se llevó los puños a la boca. Estaba extasiada. Sus ojos se perdían en la perspectiva del encuadre. Desde la cortina de la izquierda, que recordaba las composiciones teatrales barrocas, hasta la cúspide iluminada por los rayos del sol en el edificio que se veía a través de la ventana. El final en la mejor tradición del romanticismo, la muerte por la libertad. La libertad del ser amado con un giro típico de Murnau al darle ese protagonismo al personaje femenino.

—Se sacrifica por amor —susurró Jana.

La película terminó. Ninguno de los dos se movió. Jukka estaba pensando. «El no muerto. O el muerto en vida. Se puede estar muerto en vida. Se puede tener un día a día, una rutina, una actividad. Interactuar con otros. Aparentar vivir. Pero por dentro estar muerto. Como yo». Miró a Jana. También estaba pensativa. Miraba al suelo con expresión ausente. Jukka le acarició la cabeza. Enredó el pelo entre sus dedos. Era muy suave. Brillaba. Jana lo miró.

—Me encanta esta película —dijo Jana suspirando.

—Es una obra maestra. Si en época del Romanticismo hubiera existido el cine las películas habrían sido así.

—¿Tú crees? ¿Qué ves en esta película? Seguro que hay algo especial para ti.

—Hay un plano magistral.

—¿Sí? —Jana se sentó frente a Jukka cruzando las piernas. Lo miraba con atención. Su respiración se agitó un poco y las pupilas se le dilataron.

—Cuando Ellen está en la playa —comenzó a explicar Jukka—, añorando a Hutter. En ese plano Murnau establece un eje visual que nos lleva al horizonte. Las dunas son dos diagonales. La figura de Ellen que se recorta sobre el horizonte es un anticipo del final.

—¿Cómo? Explícate.

—Murnau está recuperando la tradición de la pintura de Friedrich, el pintor. ¿Lo conoces?

—Sí, de las clases de arte —dijo Jana con satisfacción.

—Bien —sonrió Jukka—, pues en ese plano Ellen es una figura que parece tomada de un cuadro. Uno de esos personajes solitarios, pensativos, perdidos en la naturaleza y sometido a una angustia vital que los desconcierta y los fuerza a un ejercicio de raciocinio que los lleva al límite de la locura. Al final de la angustia está la libertad, pero en ocasiones se pierde la vida.

—Pero… ¿siempre acaba mal cuándo aparece el horizonte? —preguntó Jana con curiosidad.

—La mayoría de las veces. Desde Avaricia de Von Stroheim es un motivo clásico. Es un motivo recurrente. Bergman por ejemplo lo usa con frecuencia. En El séptimo sello es maravilloso. La partida de ajedrez en la playa entre el caballero y la Muerte tiene la línea del horizonte de fondo. El final con la danza de la macabra es lo mismo. En el western ni te cuento. The searchers, de John Ford, es el leitmotiv: el horizonte desértico. Al final no hay tragedia, pero el protagonista no puede entrar en el mundo reconciliado y prefiere dirigirse al horizonte. Hasta el cine japonés lo emplea. ¿Has visto Hana Bi de Kitano?

—¡Sí! La he visto ¡Es verdad! —dijo Jana dando saltos de alegría —. El final es como dices. Vemos a la pareja, luego mueve la cámara y se queda quieta y muestra el horizonte —Jana recreó el movimiento de la cámara con las manos en posición de encuadrar.

—¡Exacto! —afirmó Jukka—. Acto seguido ya sabes lo que pasa.

—Es verdad. Es maravilloso. No había caído en eso, pero es verdad. Está ahí, en el plano. Nos va adelantando la historia.

—Tan solo hay que saber encontrar los códigos y estar atento a la pantalla.

Cuando terminó la frase miró a Jana. Ella le devolvió la mirada.

—Jukka… —comenzó a decir Jana, aunque no terminó la frase.

—Dime, ¿qué pasa?

—Yo… Gracias.

—¿Por qué?

—Eres muy bueno conmigo —Jana se levantó y salió a la terraza. Jukka se dio cuenta que le pasaba algo y no quería contárselo. «Esos momentos de fragilidad tan desconcertantes acaban siempre cautivándome» pensó mientras salía detrás de ella.

—Tengo que ir a prepararme para el trabajo —dijo ella al sentirlo a su lado.

—Sí. Una lástima.

Jana lo besó. Fue un beso largo. Parecía no querer dejarlo. Ella se apretaba contra él y lo abrazaba. El también. Sentía como le martilleaban las sienes por el aumento del ritmo cardiaco. Ella le acariciaba el pelo. El la sostenía con fuerza contra él. Sentía sus pechos, oía su respiración entrecortada. Con sus manos comenzó a recorrer su espalda. Ella se arqueó levemente al sentir sus manos en sus caderas. Saboreaban sus labios. Jukka comenzó a acariciar sus nalgas.

—¡No! —exclamó Jana separándose y echándose hacia atrás.

Jukka se quedó sorprendido. No esperaba esa reacción. Miró a Jana.

—Lo siento Jana, no quería molestarte.

—¡Déjame! —dijo con expresión aturdida. Jukka observó cómo se dirigía a la puerta. Escuchó un leve portazo.

«¿Qué cojones ha sido esto? No entiendo absolutamente nada. Me estaba comiendo a besos y parecía disfrutar de las caricias y… ¿No debería poner freno a esto? ¿No es más lógico dejar de intentar llegar a algo serio con ella?» reflexionó, mientras, miraba hacia los edificios que había enfrente.

17

De manera excepcional Jukka estaba trabajando por la tarde. Había recogido el coche en Calpe alrededor del mediodía. Habían hecho un trabajo rápido y eficaz. Le molestaba que hubiera tenido que intervenir Helena presionando a los del taller. «El lunes le hago una transferencia y asunto resuelto. Ya me apañaré con los del seguro» pensó mientras conducía en dirección a la autovía.

La ruta que había escogido para este día era de las cortas: San Vicente del Raspeig, Campello, Sant Joan d'Alacant. «Lo mismo termino pronto y puedo llegar a tiempo de ver a Jana antes de que se vaya al trabajo» eso es lo que pensaba y deseaba. Pero acto seguido su mente se acordó de Helena. Se estaba dando cuenta de que tanto ella como Jana lo desconcertaban por igual. «Jana desaparece de repente. No devuelve las llamadas. Ni los mensajes. Está días enteros sin que pueda localizarla. Debe de pasar el día durmiendo de manera tan profunda, descansando, después de una noche de trabajo en el hospital que no se despierta ni con un terremoto. Helena. Me desconcierta su pasado».

Llegó a San Vicente. No se sentía cómodo trabajando por la tarde. Había más tráfico, más gente. Aglomeración. Al menos la tienda que debía visitar estaba en una calle apartada del centro en la carretera que iba a Agost, lo bueno es que luego podría enlazar de nuevo con la autovía y dirigirse a su siguiente destino.

La visita, normalmente era rápida. Una tienda familiar que hacía años había introducido los productos de Dicker & Stake. En la actualidad solo quedaba en el stock que manejaba el refresco Siberian Fresh. El nombre del supermercado era de lo más peculiar: "Las quince letras". Efectivamente así era. Allí, Jukka tenía únicamente que supervisar el posicionamiento del producto, tomar nota de que la nevera que la empresa había facilitado solo tenía envases del producto. No se permitía nada de la competencia ni otra cosa que no fueran las botellas fusiformes de la marca. Si detectaba

un uso indebido el protocolo marcaba informar a la supervisora de la zona y en cuarenta y ocho horas se procedería a retirar la nevera. Hasta ese momento nunca había tenido ningún problema. El anterior responsable, uno de los miembros fundadores de la tienda, lo respetaba a la perfección. Pero desde hacía dos meses la nueva encargada manifestó en más de una ocasión su disconformidad con esa norma.

Inmaculada López de Ortega. Era una mujer de unos cincuenta años. Tenía un cabello rubio con una textura gruesa que más bien recordaba a la paja seca. Rostro redondo con prominente papada y ojos azules pequeños. La piel de la cara mostraba cicatrices de acné. En conjunto tenía rostro de aspecto porcino. Aunque era alta, su perímetro grueso y la espalda encorvada le daban un aspecto bastante grotesco. Para rematarlo, Jukka se dio cuenta que siempre llevaba pantalones —normalmente de pana color verde botella— que le llegaban por los tobillos.

Aquel día, cuando Jukka llegó, la encontró en una de sus típicas costumbres: comiendo paté con una cuchara sopera. No era un espectáculo agradable ver como masticaba el paté dejando migajas en las comisuras de los labios. Con la boca llena, normalmente, solía hablar, generando un ruido pastoso que acompañaba la pronunciación.

—Buenas tardes Inmaculada —dijo Jukka al entrar.

—Buenas tardes. ¿Pero tú no vienes por las mañanas?

—Pues hoy ha habido cambio de planes —dijo con desgana—. Ya sabes, voy a echar un vistazo.

—Bien —dijo mientras introducía en la boca una nueva cucharada de paté.

Jukka se acercó al fondo de la tienda donde estaba la nevera. Nada más enfilar el pasillo lo vio. La estantería inferior estaba llena de yogures y refrescos de cola. Tocaba aplicar el protocolo, mal que le pesara. Se dirigió de nuevo a la entrada de la tienda, donde estaba Inmaculada.

—He visto que tienes otros productos en la nevera.

—Sí, no tenía hueco en el lineal de frío —dijo Inmaculada limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Pues ya sabes lo que hay —dijo Jukka cogiendo el móvil y marcando el número de Prisca. Se dio cuenta que Inmaculada lo observaba y salió de detrás de la caja.

—¿Prisca? Hola soy Jukka. Oye, estoy en San Vicente… ¿qué? Si, ya tengo el coche y he decidido adelantar trabajo. No… me lo han arreglado antes de tiempo. Una historia muy rara ya te contaré

en el próximo curso… Vale… Si, mira que estoy en la tienda que visitamos aquí: "Las quince letras". Tienen la nevera con otros productos. Sí. Ahora mismo se lo digo. Vale. Adiós.

Jukka volvió sobre sus pasos, hizo una foto de la nevera y la envió como mensaje a Prisca. Luego volvió a donde estaba Inmaculada y le expuso lo que iba a suceder.

—El lunes pasarán a recoger la nevera. Parece que no es la primera vez que ocurre esto. Alguien vino un día después de pasar yo en alguna de mis visitas y vio lo mismo.

—¿Y qué problema hay?

—Pues que se la llevan y punto.

—Eso no es justo.

—A mí no me cuentes nada. Es lo que teníais firmado y son las normas de la empresa. Yo sólo hago mi trabajo que es informar.

—Pues me voy a quejar a tus superiores.

—Pues vale. Pues muy bien.

Jukka no tenía ganas de peleas, ni razonamientos, ni de malos rollos. Tenía ganas de terminar el trabajo, largarse a su casa y descansar. Tenía ganas de estar con Jana. Salió de la tienda mientras Inmaculada seguía quejándose y haciendo aspavientos con los brazos.

Estaba agobiado. Conducía nervioso. Siguiente destino Campello. No quería ir demasiado deprisa ya que el traicionero radar del túnel de Campello ya le había jugado una mala pasada hacía un año, cuando le hizo una foto al rebasar el límite de velocidad en veinte kilómetros hora. Esperaba no encontrar más problemas. Comenzaba a tener un incipiente dolor de cabeza. Salió de la autovía y llegó hasta el siguiente supermercado, un Super Plus. Al menos con la encargada nunca había tenido problemas y esperaba no tener la excepción.

Laura Martínez. Más o menos tenía su misma edad. Un rostro alargado, ojos de color verde oscuro, labios finos y larga melena negra que solía llevar recogida en una cola. Al vivir en Campello, se la había encontrado paseando por el paseo marítimo en la Playa de San Juan numerosas veces en compañía de su marido, un conocido abogado de Alicante. Laura había estudiado Historia. No obstante, inició una prometedora carrera como fotorreportera. Con gran talento para la fotografía y con un espíritu aventurero se embarcó en el proyecto de ir a Afganistán para hacer fotografías de las operaciones militares que desarrollaban las tropas españolas. La realidad fue muy dura. Tras vivir de primera mano un combate en Irak y ver el horror de la guerra en una manera nueva y

desconocida para ella, la tensión y el estrés pudieron con su ánimo. Regresó a Alicante. Sufrió una fuerte depresión de la que salió gracias a un hecho insólito que solo ella y Jukka conocían. Posteriormente encontró este puesto de trabajo. Desde entonces había recuperado la ilusión por lo cotidiano. Jukka, en muchas ocasiones, solía dedicar algo de tiempo para hablar con ella.

—Hola buenas tardes —dijo Jukka entrando.

—Hola Jukka ¿por la tarde? —dijo sorprendida Laura.

—Ya, es raro ¿verdad? Pero ha sido una semana un poco caótica —aclaró él mientras se tocaba las sienes al sentir un fuerte martilleo.

—¿Estás bien?

—Me duele la cabeza. El martes tuve un accidente y no he descansado mucho desde entonces.

—Pero ¿te pasó algo? ¿De verdad estás bien?

—Sí, sí. Solo es algo de cansancio. A ver si termino pronto la jornada.

—Espera.

Laura se fue y regresó al poco tiempo. Traía un vaso de agua y lo removía.

—Tómate esto. Te vendrá bien —le dijo alargándole el vaso.

—¿Qué es esto?

—Ibuprofeno. Lo tomo para… bueno… ya sabes… esos días —dijo Laura ruborizándose.

—¡Ah! Entiendo, vale —respondió él sonriéndole. Se tomó el contenido de un trago y al principio sintió un sabor amargo que acabó convertido en un regusto mentolado—. Sabe a rayos.

Laura comenzó a reír. Luego Jukka comenzó con su trabajo de informar sobre la promoción, revisar los productos y dejar todo con la decoración prevista. Finalmente se despidió de Laura.

—Venga, que te mejores y ten cuidado.

—Gracias Laura. Nos vemos.

Condujo hasta el pueblo de Sant Joan. Había bastante tráfico y aparcar le resultó complicado. En la primera de las visitas no tuvo más remedio que dejar el coche en doble fila, entrar rápidamente y explicar de manera atropellada al encargado la promoción. Le dejó todo el material y salió corriendo justo cuando un policía municipal se detuvo con su moto delante del coche. Con gesto de reprobación le indicó a Jukka que no debía hacer eso. Jukka se limitó a asentir, poner en marcha el coche y seguir su itinerario.

Los dos siguientes supermercados, un Super Plus y un Supercoop, los visitó con la misma suerte. Los encargados no

estaban y se limitó a hablar con alguien del personal. «Mal momento venir por las tardes y más aún en viernes. Todo el mundo tiene ganas de fin de semana» fue la conclusión que extrajo de estas dos visitas.

El último super que tenía en la ruta del día le proporcionaba momentos agridulces. El encargado y propietario, Juan Francisco Álvarez Cascales, era un individuo de unos sesenta años. Repetía una y mil veces que él no se jubilaría, que tal y como estaban las cosas estaría a pie de trabajo hasta que se muriera. Decía que era inevitable. Que la competencia extranjera lo estaba arruinando, en especial los chinos. Jukka bien sabía que era un cuento, pues un día, en la cafetería que estaba al lado de la tienda, el propietario entabló conversación con Jukka y le aseguró por activa y por pasiva que Álvarez estaba forrado. Tenía la tienda prácticamente por hobby, ya que poseía varios locales en el pueblo que había alquilado a alguna entidad bancaria y tiendas de todo tipo. También había tenido tierras. Unas las vendió a una empresa multinacional del sector de venta de coches y otras a una conocida cadena francesa de supermercados. En definitiva. Álvarez tenía dinero, a pesar de la apariencia de pobretón que intentaba mantener a base de usar rebecas raídas y alpargatas de pana.

Jukka consiguió evitar entrar en conversaciones largas, monótonas y sobre todo tensas. El ibuprofeno estaba haciendo su efecto y si por un lado el dolor de cabeza estaba desapareciendo, por otro lado, empezaba a sentir sueño. Incluso se le escapó un inoportuno bostezo que le obligó a dar una explicación para tranquilizar a Álvarez que empezaba a tantear el terreno para entrar en uno de sus farragosos diálogos.

Final de jornada. Jukka se sentía desfallecer en el ascensor. Llegó al piso diecisiete y salió en dirección al piso de Jana. No había nadie. Esperó unos minutos apoyado en la barandilla. Hasta que sintió que ya no podía más. Apenas eran las ocho de la tarde, pero estaba agotado. Se fue a su casa. Desconectó el móvil, bajó las persianas y se acostó. En menos de un minuto ya estaba profundamente dormido.

18

Jukka se levantó pronto. A pesar del cansancio del día anterior no pudo dormir mucho. Además, se despertó varias veces durante la noche. Hacía tiempo que no tenía tantos sueños. Pero el último fue una pesadilla inquietante. Macabra. Soñó que se desangraba. De manera muy real sintió como si tuviera un profundo corte en el brazo por el que escapaba su sangre. En el sueño no perdía la consciencia, sino que veía como fluía, pero sin sentir nada. Ni dolor, ni temor. Absolutamente nada. Cuando parecía que ya no le quedaba más sangre se le apareció un rostro femenino. No era Jana. No era Helena. No era nadie que conociera. Era un rostro hermoso, pálido. El cabello negro se enredaba en torno a los ojos que eran de color verde intenso. Unos labios rojos, entreabiertos, le susurraban algo. En el momento en el que estaba a punto de escuchar lo que decía, se despertó. Agobiado, con la respiración entrecortada, con un sudor frío recorriéndole todo el cuerpo, se incorporó en la cama.

Fue al aseo a lavarse la cara. El agua fría pareció despejarlo y devolverlo a la realidad. Se miró al espejo, pero no consiguió encontrar ningún atisbo de explicación a lo que había soñado. El espejo tan solo le devolvía su reflejo. «Normal. Lo que sea está en mi mente. Me voy a volver loco» pensó mientras se cambiaba de ropa y se iba a la cocina a preparar una infusión. Luego salió a la terraza y esperó a que amaneciera.

El frescor de las últimas horas de la noche lo terminó de despejar. Aún se escuchaba el canto de los grillos. Sentado en la terraza, esperando que saliera el sol, pensó por un instante en Jana. Comenzó a hacerse a la idea de que sus altibajos emocionales eran su forma de ser. Si quería seguir con ella tendría que acostumbrarse. No quería dejarla. Ni perderla. «Esto es lo que hay» se dijo.

Una vez que amaneció se preparó el desayuno. Mientras comía una tostada empezó a caminar por el salón. No sabía muy bien que

hacer. Jana no estaba. No tenía ruta para hacer. Tenía sueño y cansancio, por un lado, pero por otro estaba inquieto. De repente vio la tarjeta de memoria sobre la mesa. La que había sacado del teléfono y que contenía todas las imágenes que había fotografiado. Encendió el ordenador. «Ya tengo algo que hacer» reflexionó.

Debido a la premura con la que hizo las fotos algunas estaban del revés por lo que las giró. Clasificó las fotos en diferentes carpetas. Los cuadros, las estanterías con los libros, el documento de identificación, el cuaderno manuscrito y un par de páginas de uno de los archivadores.

«Lo mejor será empezar por ver quién era este sujeto» se dijo a si mismo abriendo la primera foto correspondiente al Soldbuch, el documento de identificación oficial de todo soldado alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Para ayudarse a la hora de identificar datos entró en el foro El Gran Capitán, donde recordaba que alguien había escrito un post sobre este asunto. Jukka, además, cogió una libreta y un lápiz para ir apuntando lo que le resultara más interesante.

La portada del documento no dejaba lugar a dudas. Aparecían las runas de las SS. En la parte interior aparecía la foto de un hombre joven, de unos veintitantos años, su firma y un sello militar estampado encima. Al ver el rostro encontró un gran parecido con el de Helena. El pelo negro, los ojos claros y la forma del rostro eran casi idénticos.

La primera página, siguiendo las indicaciones que encontró en el foro contenía información relativa a la graduación. El primer rango que aparecía era Schütze, soldado, en 1944. A finales del mismo año ascendió a Rottenführer, cabo primero. El número de serie que aparecía era 270345, grupo sanguíneo A. Donde figuraba la unidad estaba ilegible debido a una mancha de humedad.

En la siguiente página aparecía la fecha de nacimiento: veintisiete de julio de 1919. Tenía veinticuatro años cuando se alistó. Sin religión. Profesión conocida periodista. Complexión delgada, ojos azul claro y pelo negro —tal y como había visto en la foto y como había heredado Helena—. Altura: un metro ochenta y cinco centímetros.

La siguiente página contenía información administrativa que no supo identificar. No así la que continuaba. En letras rojas estaba escrito 3º Batallón 47º Regimiento de Infantería (Finlandia). Tras una anotación ilegible se había escrito con diferente letra y en negro 45º Regimiento, 20ª División de las Waffen SS.

Jukka tomó aire y respiró profundamente mientras esbozaba una

sospecha: «Desde luego un nazi auténtico. Pero… ¿Helena? ¿Por qué me mintió de aquella manera? ¿Vergüenza?».

Le llamó la atención que en el documento constaba como casado. «Helena nunca me ha mencionado que su abuela viviera en esa época. Quizás murió durante la guerra y Heino contrajo segundas nupcias en España» dedujo. Continuó leyendo, admirado en el fondo por la burocracia aplicada al terreno militar, pues en páginas sucesivas encontró información detallada de cada parte del equipamiento militar que se le había entregado a Härma. Incluso se señalaba el nivel de manejo de un cañón antiaéreo. La página veinticinco desconcertó a Jukka. Tuvo que buscar no solo en el foro sino en más sitio hasta dar el significado de las abreviaturas que aparecían y que podrían traducirse como destinado en comisión de servicio a una misión especial. La fecha era ininteligible, aunque el año parecía ser 1945.

La última de las páginas tenía información acerca de las condecoraciones que había recibido. Una Cruz de Hierro de segunda clase y distintivo de destrucción de tanques, concedidas el veintiocho de noviembre de 1944.

Cuando Jukka terminó de leer este documento se quedó pensativo. «Un joven estonio de veinticuatro años. Periodista de profesión que acaba en las filas de una de las mayores organizaciones criminales de la historia. Debo de saber que piensa Helena de todo esto. Tengo que seguir leyendo».

Para darse un respiro decidió revisar las fotos de los libros. Solo había fotografiado los lomos donde aparecían los títulos con lujosas letras de estilo gótico. Al mismo tiempo que leía, buscaba la referencia en internet: Neue Deutsche Baukunst; Kunst dem Volk; colección por años desde 1941 a 1944 de Grosse Deutsche Kunstaustellung; similar, de 1941 a 1943, de Die Kunst in Deutschen Reich. Encontró todas las referencias en diversas webs académicas, de coleccionismo, e incluso de carácter neonazi. La conclusión que sacó fue en la misma línea de la anterior: «Libros de arte del periodo nazi. A juzgar por el aspecto que tenían eran catálogos y publicaciones originales. El olor a papel antiguo es inconfundible y aquella habitación desprendía ese aroma. Este tipo sentía devoción. Los cuadros. Los cuadros también eran originales, menos uno que era una copia, pero de gran calidad. Ese tríptico que tenía en el despacho».

Jukka comenzó a buscar en uno de los catálogos online imágenes de los cuadros. Pasó un par de horas, pero al final dio con todos y escribió una lista en su libreta, como cuando anotaba

información para sus clases o sus artículos. Alrededor de las dos de la tarde había concluido la identificación y tenía los datos básicos:

Título Autor
1936 [illegible] Mädchen
1937 Die vier Elemente Adolf Ziegler
1939? Mädchen mit Strohhut Bernhard Dörries
1939 Kalenberger Bauern Familie Adolf Wissel
1941 Heimat, Bauern und Soldaten Hans Schmitz—Wiedenbrück
s/d Ernte Wilhelm Petersen

«Todos son cuadros del nazismo. El de Ziegler es una copia muy bien hecha, igual que el de Schmitz—Wiedenbrück. De hecho, son cuadros escogidos. Ideales arios. En especial el ideal femenino. El ideario social, nacional, en el de Schmitz—Widenbrück es primario. Propaganda pura y dura. Die vier Elemente. ¡Cielos! El cuadro favorito de Hitler, lo tenía sobre la chimenea de su Führerbau. Heino Härma lo tenía dispuesto en forma similar. ¡Aún sigue allí! ¡Joder! ¿Helena nazi?». Con este pensamiento rondándole la mente decidió descansar un rato. Fue a la cocina a preparase algo de comer. Una ensalada y una manzana. Algo frugal. Salió a la terraza a comer y tomar algo de aire. Cuando terminó, antes de entrar de nuevo en el salón, miró en dirección al piso de Jana. Como era de esperar no había indicio de movimiento.

El siguiente archivo que iba a consultar era el cuaderno manuscrito en estonio. Le iba a llevar tiempo pues, aunque había similitudes con el finlandés, las divergencias es lo que ralentizaría la lectura. Posiblemente se iba a atascar en algún párrafo o frase. También intuyó que iba a encontrar un relato duro, pero al mismo tiempo revelador. «Bucear en las memorias y recuerdos de otras personas es lo que tiene. Te enfrentas a sus demonios y en ocasiones estos son terribles» pensó Jukka antes de iniciar la lectura. Se sirvió una taza de café bien cargado, abrió un traductor online en el ordenador y buscó también un diccionario. Recordó que existía un programa que podría ayudarle a convertir el manuscrito en texto digital editable, por lo que buscó en internet, lo instaló y se dispuso a convertir imagen por imagen en un documento que pudiera cortar y pegar en el traductor. Tardó varias horas en completar el proceso, pero finalmente lo tuvo todo listo y más o menos traducido. Comenzó a leer.

“Anotaciones de Heino Härma para Helena. La única que ha merecido mi legado. Con admiración, respeto y cariño.

Querida Helena, escribo estas líneas ahora que aún mantengo las fuerzas. Hay muchas cosas que no quiero que se olviden ni se pierdan en mi ausencia. Mientras mantengas vivas estas líneas, sobre todo en tu corazón, todo lo que ello contiene perdurará como ejemplo para la familia que espero puedas perpetuar. Sabes que de todos los miembros de la familia tú has sido la única que prestó atención a mis enseñanzas y la única que supo valorar su sentido. Eres, pues, la única que podrá llevar con honor el apellido Härma y ser heredera de la fortuna de la familia. Comenzaré recordándote mi historia para que puedas relatarla en el futuro.

En 1939 asistí al declive de nuestra joven nación. En septiembre de ese año, comenzada la guerra, los bolcheviques comenzaron a hostigar a nuestro gobierno. Bajo la amenaza de destruir nuestras ciudades si no accedíamos a sus pretensiones territoriales consiguieron finalmente que nuestro gobierno accediera a estacionar tropas rusas en el sagrado suelo estonio. Así comenzó nuestra ruina. Apenas un año después los rusos nos invadieron. De nada sirvió el esfuerzo diplomático. Ocuparon nuestras ciudades, comenzaron a expoliar los recursos de nuestro país, a encarcelar y ejecutar a las mejores mentes de nuestra sociedad. Nuestra bandera tricolor fue sustituida por esa inmundicia de color rojo.

Nos dejaron solos. Las grandes democracias nos abandonaron a nuestra suerte y a la fuerza nos convirtieron en una abominación soviética.

Hasta el año 1941 las deportaciones a Rusia fueron constantes. El terror y la delación eran costumbre. Hasta que ese verano Alemania invadió a Rusia. También los finlandeses la invadieron, querían desquitarse del mal trago de haber tenido que ceder parte de sus tierras tras una guerra que nunca perdieron.

Los rusos me reclutaron a la fuerza. Pero como tantos otros escapé y logré unirme a una unidad de partisanos compuesta por desertores del Ejército Rojo y civiles. Nos llamábamos los Hermanos del Bosque. Con ellos combatí contra los rusos. No te puedes imaginar las masacres que iban dejando a su paso. Asesinaban, violaban, saqueaban. Mujeres, niños, ancianos, nada se salvaba a su paso. Se retiraban a los confines de su oscura patria, pero iban dejando un infierno detrás de ellos. Nosotros nos limitábamos a devolverles el golpe cada vez que podíamos. Cuando menos se lo esperaban y cuando más confiados se sentían. Poco a poco comenzamos a contar con la simpatía de los alemanes, que nos emplearon junto a ellos en la grata tarea de limpiar de bolcheviques y judíos las poblaciones que iban conquistando. Si vieras como

imploraban piedad antes de que les voláramos la cabeza de un disparo.

En 1943 un compañero me animó a cruzar clandestinamente la frontera e incorporarnos al ejército finlandés. Por aquel entonces Finlandia estaba consiguiendo sus objetivos y cualquier apoyo que pudieran recibir era poco. Muchos estonios habían acudido a luchar contra los bolcheviques. De esta manera, tras llegar a suelo finlandés y pasar el reconocimiento médico en el centro de reclutamiento fui destinado al Tercer Batallón del 43º Regimiento de Infantería. Meses más tarde fui reasignado junto a todos los estonios al 200 Regimiento de Infantería. Fui enviado al sector de Viipuri donde apenas vi combate ya que estaba en retaguardia. No era lo que esperaba.

En junio de 1944 comenzó a circular el rumor, que más tarde se convertiría en realidad, de que Finlandia iba a negociar un armisticio. También llegaron noticias desde Estonia: los alemanes se retiraban. Los finlandeses, en consecuencia, nos permitieron a todos los estonios, regresar a nuestra patria.

Cuando regresé a Estonia había una sensación caótica. A pesar de ello encontré una oportunidad única de luchar por lo que consideraba justo. Fui admitido en las Waffen SS. Fui asignado al 45º Regimiento de la 20ª División. Tras unas semanas de tensa espera, a finales de julio tuve la oportunidad de entrar en combate. Trasladado al sector de Sinimäed luché en una batalla sin precedente y que, a pesar de resultar victoriosa, el resultado fue adverso por las oscuras maniobras de la judería y el bolchevismo que de manera traidora se habían introducido en el Reich alemán.

Helena, podrás contar a tus hijos y a tus nietos, como Heino Härma luchó junto a sus camaradas de la auténtica Europa contra la impostura bolchevique y los bárbaros eslavos. En aquellas colinas, estonios, alemanes, daneses, noruegos, suecos, holandeses y flamencos vertimos nuestra sangre para defender el espíritu de la pureza.

Recuerdo mi participación en la batalla. Mi misión junto a la de otros compañeros era proteger una batería antiaérea. Cuando los rusos llegaron hasta la posición la defendimos con uñas y dientes. Cuando se acabaron las municiones acuchillamos, degollamos, estrangulamos sin piedad a los rusos que iban entrando en la trinchera. Cuando vi que abatieron a los servidores de uno de los cañones ligeros no lo dudé y corrí para ocupar su puesto. Empleé el antiaéreo como ametralladora pesada y lancé ráfaga tras ráfaga sobre esos bárbaros que querían arrebatarnos de nuevo nuestra

tierra. Ayudado por mis compañeros acribillé sin piedad, viendo como explotaban los pechos y las cabezas de los sanguinarios rusos. Por esta misión posteriormente fui ascendido y condecorado.

Desazón fui lo que sentí cuando a pesar de haber vencido en esta batalla, los representantes políticos estonios facilitaron la victoria bolchevique. Nuestra presencia se hizo innecesaria y la 20ª División se replegó hacia el interior de Europa, donde defenderíamos el corazón del Reich. En nuestras nuevas posiciones en el frente del Oder se sucedieron las batallas, escaramuzas y emboscadas. La muerte se hizo mi compañera diaria. Ignoro cuantos rusos abatí con mi rifle o degollé en misiones de reconocimiento. Destruí un par de tanques empleando minas y disparando contra las tripulaciones que intentaban escapar envueltas en llamas. Recibí una condecoración por esta acción. Muchas noches formaba parte de patrullas que se infiltraban tras las líneas enemigas. No había lugar ni tiempo para sentir miedo. Arrastrarse por el húmedo y frío suelo, ser parte de las sombras, convertirse en una roca. Inmóvil. Antes de caer sobre un enemigo para descargar sobre su cabeza un golpe con la pala destrozando los huesos. Acuchillando con la bayoneta desgarrando la carne y sintiendo el calor pegajoso de la sangre en las manos. Estrangular con un alambre mientras se aguantaban las convulsiones y sordos estertores del incauto enemigo. Todo con sigilo. El mayor sigilo posible. En ocasiones solo era eso. Reconocer y eliminar centinelas. En otras ocasiones la misión iba más adelante. Disparar hasta vaciar cargadores, arrojar granadas y oír los chillidos de los moribundos mientras se les remataba de un disparo en la cabeza. O de una cuchillada en el pecho. Luego regreso a las líneas. Prepararse para un nuevo día, una nueva misión.

En esos días solía hacer lo siguiente. Cuando algún ruso intentaba rendirse le gritaba “ruki vverkh!” y “dawai!”. Veía como se acercaba lentamente con los brazos en alto y cuanto estaba suficientemente cerca le disparaba en el estómago. Me producía satisfacción ver una y otra vez, esa extraña expresión de sorpresa y miedo en sus rostros.

Un día sucedió algo inesperado que dio un giro a mi vida. Ocurrió durante los primeros días de enero de 1945. Estaba desplegado con mi unidad en los bosques de Sandomierz. Estando de guardia en la trinchera se acercó un Hauptsturmführer que me ordenó ir al puesto de mando. Allí me dieron nuevas órdenes, me trasladaron a un comando especial a cuyo mando estaba un general de las SS. Junto a él, esperando en un vehículo, había un Sturmann,

un cabo. Me di cuenta de que llevaba cosida en la manga de la guerrera de camuflaje un escudo con la bandera de España. Cuando se acercó se presentó como Alejandro Muñiz. Había luchado con la 250ª División de Infantería, conocida como División Azul por su vinculación con el movimiento fascista español, y cuando la unidad fue retirada del frente se alistó como voluntario en las Waffen SS.

El general me ordenó que llevara lo imprescindible, nada de objetos personales. Incluso tuve que dejar mis armas incluida la bayoneta. Por un momento me sentí desnudo y desprotegido. Cuando estuve listo me subí al vehículo que me indicó, un camión ligero Horch 108. Un soldado raso era el conductor. Me saludo con un gesto frío, duro y serio.

La distancia no era mucha. Apenas unos 600 kilómetros. Pero hacerlo en aquellas circunstancias iba a ser complicado. Tras unos días soleados, aunque fríos, estaba comenzando a nevar y a soplar un viento frío. La mayor parte del trayecto la realizamos entre bosques o buscando la protección de la noche. En otras ocasiones no había más remedio que transitar por la carretera. O lo que quedaba de ella. A los lados se hacinaban vehículos que habían sido alcanzados por los ataques aéreos de los rusos. Entre los restos retorcidos de camiones y blindados ligeros en ocasiones aun quedaban restos de camaradas. Quemados, reducidos a grotescas figuras carbonizadas. Incluso una ambulancia había sido alcanzada por los disparos de los rusos y había volcado en la cuneta desparramando a sus ocupantes que ahora yacían muertos entre sus vendajes y densos charcos de sangre. Se podía observar el efecto de los gruesos proyectiles disparados por los aviones sobre el vehículo, cuya cruz roja pintada en el techo no había servido para nada. Alguno de los cuerpos estaba partido por la mitad, otro con el cráneo reventado. Otro de los pobres desafortunados, que tenía una pierna entablillada, había arrastrado su cuerpo dejando tras de sí sus intestinos y un reguero de sangre. También había civiles. Refugiados que huían de la brutalidad bolchevique. Habíamos tenido oportunidad de ver familias masacradas por los rusos. Niños colgados de los árboles, hombres y ancianos degollados. La peor parte siempre se la llevaban las mujeres. Violadas por masas de bárbaros hasta el punto de matarlas en pleno frenesí macabro.

Sentí impotencia al no poder continuar la lucha contra esos bárbaros. Esperaba que la misión especial, de la cual no tenía ninguna información, acabara cuanto antes y pudiera regresar a las trincheras. Cada aldea calcinada, cada muerto en la carretera. Cada mujer errante por los campos no hacía más que aumentar mi odio

hacia esos diablos rusos.

Antes de llegar a nuestro destino tuvimos la oportunidad de ver una columna de prisioneros que era conducida por guardias de las tropas auxiliares junto a algunos miembros de las SS. Parecía tratase de una acción especial. Los prisioneros eran judíos. Por su aspecto debería de ser trabajadores de alguna fábrica cercana. Ya nos habíamos alejado un kilómetro cuando se pudo escuchar la descarga sorda de una ametralladora. Era lo que merecían. Ellos nos habían metido en la guerra con sus falacias burguesas y su influencia en los gobiernos. Traidores, rastreros. Auténticas ratas.

Finalmente llegamos a una base de la Luftwaffe cercana a Praga. Directamente nos introdujimos en una instalación subterránea. Un enorme hangar construido en grueso hormigón y acero. En el interior había un avión enorme. Un cuatrimotor, con alas largas y apuntadas. El fuselaje era cilíndrico con una cabina acristalada en forma de media esfera. Las marcas de identificación del fuselaje habían sido tapadas con pintura. Nada indicaba que era alemán. En la parte dorsal del fuselaje se apreciaba un cañón de 20 milímetros. Numeroso personal de mantenimiento revisaba los motores, los alerones, el timón de deriva. Otros se dedicaban con mucho cuidado en introducir contenedores, como los usados por los paracaidistas para guardar equipo, en la bodega de bombas.

En ese momento el general, que había permanecido en silencio durante todo el trayecto habló con nosotros: “Messerchmitt 264. Amerika Bomber. Diseñado para alcanzar Estados Unidos, bombardear y volver. Demasiado tarde y demasiados escasos” fue lo que dijo. Luego nos indicó que Muñiz y yo fuéramos a comer algo y nos citó delante del avión pasada una hora.

Durante la comida, Alejandro Muñiz Páramo me contó su historia. No tenía el aspecto que imaginaba debería tener un europeo del sur. Era alto, de piel muy blanca, cabello castaño claro y ojos azules. A pesar de su aspecto desaliñado, su guerrera estaba profusamente condecorada. Cruz de Hierro de Segunda Clase, Emblema de Herido, y tres medallas que ante la curiosidad que vio en mi miraba me aclaró que se trataba de la Cruz al Mérito Militar con distintivo rojo, la Medalla de la Campaña de la División Azul y el emblema de Falange, el partido fascista de España. Todo eso me lo dijo en un correcto alemán. Como me vio sorprendido me aclaró que había sido profesor de alemán antes de la Guerra Civil española. Siguió contándome su historia, de cómo se alistó voluntario para combatir en Rusia contra los comunistas y como decidió quedarse en las Waffen SS tras la vuelta a casa de los

combatientes españoles. Me indicó que pertenecía a la 101 Spanische Freiwilligen Kompanie, unidad encuadrada en la 28ª División Wallonie. Durante el poco tiempo que duró la conversación tuve la impresión de que se trataba de un tipo eficiente, seguro de sus convicciones y al mismo tiempo capaz de hacer sonreír con alguna broma.

A la hora indicada nos presentamos junto al avión. Tal y como se nos había ordenado. Habían colocado una pizarra y un mapa de Europa y África. Alrededor del avión no había nadie, tan solo un par de guardias de las SS. El general llegó acompañado de dos oficiales de la Luftwaffe. Un coronel y un capitán. El general se presentó a nosotros como Walter Schuldt, era la primera vez que lo veíamos hablar de manera abierta. Nos indicó que los oficiales que lo acompañaban eran el coronel Diels, un veterano condecorado y con una gran cicatriz que le surcaba el rostro, y el capitán Keppingler. Nos hizo acercarnos al mapa.

El general Schuldt comenzó a explicar la misión. La carga que trasportaba el avión era de vital importancia que saliera de Europa en ese momento ya que se trataba de documentos de gran valor estratégico y comercial que iban a ser utilizados para dar un giro en los acontecimientos. Pero por ello debían ser entregados en territorio neutral, lo más alejado de las zonas de combate y lejos de las actividades de espionaje del enemigo. Nos informó que se había intentado hacer llegar una primera parte de ellos en junio de 1944 empleando un bombardero B17 americano capturado, pero que, tras problemas en el vuelo, el avión y su tripulación acabaron aterrizando en España no sin antes destruir los documentos.

Para esta ocasión, y tras establecer contacto con diplomáticos portugueses, se iba a llevar la documentación a Luanda, posesión portuguesa en África. El vuelo comenzaría esa misma noche para intentar sortear los cazas aliados ya que sobrevolaríamos Austria e Italia antes de poner rumbo sobre el Mediterráneo acercándonos a España. Posteriormente atravesaríamos Marruecos hasta llegar a la costa occidental africana. Bordearíamos Mauritania, Senegal, Guinea, Sierra Leona y Liberia para poner rumbo en línea recta sobrevolando el Atlántico Sur en dirección a Luanda donde aterrizaríamos. En este momento explicó que Muñiz formaba parte de la misión porque hablaba gallego, una lengua céltica que pervivía en España familia del portugués. Él sería intérprete con las autoridades locales en el momento de llegar al destino. Añadió que si bien la delegación diplomática alemana sabía que llegaríamos en cualquier momento no sabían con exactitud cuándo y ante la

aparición de semejante avión lo mejor era disponer de alguien que pudiera comunicarse con los lugareños.

Acabada esa explicación se dirigió a mí diciendo que mi presencia era vital para el manejo de la única arma defensiva que montaba el avión. Me habían recomendado tras haber revisado varios expedientes. Mi actuación en la defensa de las posiciones en Sinimäed había impresionado a los mandos. A los pocos minutos un soldado del servicio de artillería de la Luftwaffe me explicó el funcionamiento. Era un sistema innovador que permitía dirigir el arma desde un puesto alejado de la misma. Nunca había visto nada semejante.

Antes de partir nos entregaron unas bolsas de hule para que introdujéramos nuestra documentación. También nos proporcionaron uniformes nuevos con el color gris azul, de la Luftwaffe. Pero yo insistí en llevar el mío. Aclaré que si tenía que caer en combate sería llevando los colores de Estonia en el uniforme. Muñiz, siguiendo mi ejemplo, hizo lo mismo. El general, sin embargo, optó por ponerse un uniforme de cabo.

Hasta que llegó la hora de partir, estuvimos dentro del avión. Los pilotos haciendo comprobaciones. El general revisando el plan de ruta ocupó un sitio en el compartimento que había tras la bodega de carga. Muñiz a su lado se ocupaba de la radio. Yo estaba en un puesto más elevado, encargado de los mandos del cañón.

A las diez de la noche sacaron el avión al exterior. Reinaba la oscuridad y observé que no había el más mínimo atisbo de iluminación en la pista. Por suerte el aeródromo no había sido alcanzado por los bombardeos enemigos. Nos llegó la indicación del piloto. Iniciábamos el vuelo. En unos minutos el avión aceleró los motores. Cuando alcanzó las revoluciones necesarias se notó como se soltaban los frenos y comenzaba a rodar por la pista. Tras unos cuantos traqueteos y ligeros botes comenzó a elevarse. Al principio daba la sensación de no querer remontar el vuelo, pero casi al instante esa sensación desapareció y alcanzó la altura de vuelo deseada.

El piloto, el coronel Diels, se acercó a nuestro puesto para indicarnos que el último parte meteorológico recibido indicaba algún tipo de incidencia en el Mediterráneo occidental. Expresó su temor de que eso pudiera alterar el rumbo. El viaje había sido previsto realizarlo en aproximadamente doce horas con un margen de error de dos horas. Más allá de ese punto se corría el riesgo de quedarse sin combustible o empezar a experimentar anomalías en los motores. También un cambio de rumbo podría llevarnos al

encuentro de alguna patrulla no deseada de la aviación enemiga. A favor contábamos con la ventaja de la gran altitud que podía alcanzar el avión, pero en contra el suministro de oxígeno para nosotros estaba limitado. El general Schuldt, con su flamante y nuevo uniforme de cabo, le quitó importancia a todo. Sacó una botella de vodka de su maletín y nos ofreció tomar un trago. Rehusamos. Diels volvió a los mandos. El general en poco tiempo acabó con el contenido de la botella, luego se recostó en su asiento y se puso a dormir. Muñiz me miró y yo a él. No comprendimos la actitud de nuestro superior".

Llegado a ese punto de la lectura, Jukka, taciturno, se levantó. Salió a la terraza a respirar un poco. Luego fue a la cocina y se preparó otro café. Antes de tomárselo se preparó un sándwich con algo de fiambre de pavo que quedaba en la nevera y un poco de tomate. Volvió a salir a la terraza. No pensaba. No escuchaba. Tenía la mirada perdida y todos los sentidos concentrados en las palabras que había ido leyendo.

19

Jukka regresó al salón, se sentó delante de la pantalla y continuó leyendo.

“Tras varias horas de vuelo en la oscuridad, la luz del amanecer se fue abriendo camino en el horizonte. Bajo nosotros se veía el mar. Bajé de mi posición y a través del cristal de la cabina se veía a lo lejos una densa capa de nubes. En ese momento el coronel Diels habló por el intercomunicador y nos informó que iba a variar el rumbo. Lo que se veía al fondo era una tormenta de gran intensidad. Nos advirtió que la variación nos acercaría a Argelia en lugar de bordear la costa de España. Con suerte, añadió, al pasar cerca de las Baleares nos estaríamos adentrando en espacio aéreo español, lo que significaba que no habría enemigos.

Unos pocos minutos después, estaba de nuevo en mi puesto cuando vi acercarse una figura. Pensé que se trataba de un avión español. Pero en apenas unos segundos, llenando todo el visor y despidiendo un chorro de balas trazadoras desde el morro, pude comprobar que se trataba de un caza americano. Movido por un reflejo apreté el disparador del cañón y este comenzó a disparar, pero sin éxito. Además, se encasquilló tras finalizar la primera ráfaga.

El caza enemigo volvió a atacarnos. Sentí como el coronel Diels y su copiloto comentaban algo en voz alta y trataban de virar el avión hacia babor. Enseguida nos alcanzó una nueva ráfaga de disparos. Se oyó como las balas rasgaban y agujereaban la cabina, el fuselaje y uno de los motores de estribor haciendo que saltaran chispas dentro de nuestro compartimento. Yo me arrojé al suelo temiendo ser alcanzado en algún momento. Noté como el avión comenzaba a descender.

Vi a Muñiz en el suelo, apoyado en el panel de la radio. Estaba lívido. Se apretaba el vientre con una mano mientras comenzaba a escurrir sangre entre sus dedos. Me miró. Luego señaló al general Schuldt. El cuerpo inerte del general estaba tendido en el suelo

sobre un enorme charco de sangre. Había recibido varios impactos en el torso, pero el peor de todos le había volado la mitad de la cabeza. El avión dio una especie de bote en el aire y se oyó como uno de los motores dejaba de funcionar. Acudí a la cabina y vi que el capitán Keppingler estaba desplomado sobre su costado con el pecho destrozado. Diels también estaba herido, aunque mantenía el control sobre el avión. “Un maldito P38. Ese americano está en espacio español” dijo Diels.

Me di cuenta también que entraba aire frío. El cristal de la cabina estaba destrozado por los disparos. Vi de nuevo al caza americano ponerse en posición frontal dispuesto a rematarnos. Esperaba de un momento a otro la descarga cuando unas trazadoras alcanzaron al caza americano haciendo que cambiara el rumbo y se olvidara de nosotros. Empezó a salir humo de uno de sus motores. Viró y enfiló en dirección contraria. Al instante a nuestro lado se puso un caza pintado con colores pardos y con el timón de cola decorado con un aspa negra. “Español. Un viejo Heinkel 112. Qué irónico. Se los vendimos por considerar que eran inútiles y ahora nos salva la vida uno de esos aparatos” dijo en medio de un quejido Diels. El caza español, hizo un alabeo y luego viró en dirección a tierra.

Diels me dijo que iba a intentar llegar hasta España. “El año pasado, el B17 aterrizó en Manises. Debe de estar allí todavía. Intentaré llegar. Es mejor ser internados que acabar en el fondo del mar”. Me preguntó por los otros y le puse al tanto. Bajó la mirada y se centró en mantener el avión en vuelo.

Volví junto a Muñiz. Estaba más pálido aún. Intenté vendarlo, pero me dijo que no me tomara la molestia. Me fijé en que el avión se dirigía hacia la tormenta. Las nubes eran de un gris plomizo como nunca había visto. El agua de la lluvia entraba por el maltrecho fuselaje y la cabina. Se veían relámpagos. El coronel intentó elevar el avión, pero no pudo. De manera alarmante comenzamos a descender en línea recta. Los mandos no funcionaban. Otro de los motores se paró. El viento zarandeaba al enorme avión como si fuera una hoja en otoño. Me arrastré junto a Muñiz. Por un agujero que había en el suelo veía como se acercaba el mar. Miré en dirección a la cabina y de repente, entre la lluvia y las nubes apareció una enorme mole de piedra que se erguía en medio de la nada. Íbamos en dirección a ella. El coronel blasfemó. Vi como intentaba hacer una maniobra. Pero fue en vano. El ala de babor chocó contra la cima, se desprendió del fuselaje haciendo que el aparato iniciara un giro en el aire hacia estribor. Escuché el

chirrido metálico del fuselaje a punto de romperse y luego una sensación de caída en el vacío que fue detenida de súbito con un estruendo ensordecedor. Lo que quedaba del avión se hundía con rapidez. Intenté acercarme hasta la cabina, pero Muñiz me cogió del cinturón, con sus últimas fuerzas dio unas patadas al fuselaje desprendiendo un panel de aluminio y me empujó por el agujero que se había abierto. Mientras salía vi me que guiñaba un ojo. Luego desapareció engullido junto con los restos del avión en el mar.

No sé cuánto tiempo estuve flotando en el mar. Entumecido, desorientado, tiritando. Perdí la consciencia y cuando la recobré estaba tendido en la playa rodeado de gente. Me miraban con curiosidad. Hablaban entre ellos, pero no conseguía entenderlos. Los veía gesticular mientras repetían una palabra: “Manolito”. Al cabo de unos instantes apareció un tipo alto, rubio y ojos azules. Manolito interpreté que era su nombre. Pero cuando comenzó a hablar tuve claro que no era de allí. Me miró. Tocó las solapas de mi uniforme y me preguntó: “Bis du deutsch?” Yo negué con la cabeza y señalé el escudo en mi brazo. “Estnisch” dijo. Luego se dirigió al resto de la gente y les dijo algo. Me ayudaron a levantarme y me trasladaron a una casa. Allí pasé una semana. Nadie avisó a las autoridades. Me dieron ropa, me proporcionaron comida y curaron mis heridas.

Un día de mayo, “Manolito” apareció en la casa donde estaba. Me dio un periódico. En la cabecera del mismo estaba el emblema fascista español, el mismo que llevaba Muñiz en su uniforme. El nombre del periódico era Información. Una fecha que nunca olvidaría: 10 de mayo de 1945. No podía comprender en ese momento lo que ponía: “Se ratifica en Berlín la rendición de Alemania”. Al ver mi cara, “Manolito” me dijo una escueta frase: “Deutschland kaputt”. Luego añadió: “Ich bin aus Russland. Sie stören mich nicht, und ich nicht dir stören. Verstehst du?”.

Ese día cambió mi vida. Me dijo que el pueblo donde me encontraba era Calpe. Añadió que la tarde anterior, la de la tormenta, se había escuchado el ruido de motores y un fuerte estampido, pero que nadie sabía a qué se debía. Estaban todos en sus casas a resguardo de la tormenta. Durante los siguientes años nunca nos molestamos, aunque pude presenciar como a finales de los años sesenta iniciaba una actividad clandestina destinada a crear una célula comunista en la zona.

No sé muy bien porqué, pero los lugareños me permitieron quedarme allí. El maestro de una escuela se tomó la molestia de

enseñarme español. Cada tarde venía a la casa en la que me habían instalado. Había pertenecido a un pescador que murió un año antes de que yo llegara y que no tenía nadie a quien dejársela. A cambio tenía que ayudar en las labores de pesca. Aprendí rápidamente español y a manejar las redes. Comenzaron a llamarme familiarmente "El Estonio".

Un día de verano de 1948 salí yo solo a echar redes. Se engancharon con algo y no había manera de soltarlas. Había aprendido a nadar con mayor soltura y a bucear. Así que, como estaba el mar en calma me sumergí a ver qué pasaba. Mi sorpresa fue enorme al ver que se había enganchado en una especie de caja metálica alargada, de un metro veinte centímetros de largo y cuarenta centímetros de ancho aproximadamente. Conseguí en sucesivas inmersiones atar varios cabos y al final arrastrarla con ayuda de la barca a motor hasta la playa. Intenté sacarla, pero pesaba demasiado, calculé que sobrepasaba los ciento cincuenta kilos con facilidad. Por lo que fui a por una carretilla a motor que tenía en mi casa. No sin esfuerzo conseguí subirla y llevarla de vuelta. Por el camino me di cuenta de que a pesar del óxido se apreciaban unos números: FL29680. ¡Era un código de la Luftwaffe! ¡El contenedor era uno de los que llevaba el avión! Al abrirlo me quedé atónito. Lingotes de oro. Cincuenta lingotes. En ese momento descubrí que la misión en la que me habían embarcado no tenía como objeto salvar documentos sino oro. ¿Con el conocimiento de Berlín? Sospeché que no. Pero ahora todo ese oro, y más que conseguí sacar más adelante, me pertenecía. No fue hasta 1950 que conseguí sacar esa fortuna de España. Recorrí media Europa en un camión hasta llegar a Suiza, donde deposité el oro en un banco en el que no me hicieron preguntas al respecto.

En 1949 tuvo lugar un hecho crucial, que te he contado muchas veces pero que quiero dejar por escrito para que nunca lo olvides y lo transmitas como legado familiar.

Antes de partir para el frente me despedí de Tuule, el amor de mi vida, mi prometida. Tu abuela. Ella se alistó en las Waffen SS, como telefonista de campaña. Hablaba alemán y ruso y podía ser de gran ayuda con las comunicaciones. Cuando acabó la guerra intenté localizarla por medio de la Cruz Roja, pero no pudieron hacer nada. Hasta que fruto de la casualidad, un día de otoño de 1949, llegó a Calpe un grupo de ingleses. Eran antiguos combatientes que venían a realizar un homenaje a un avión derribado cerca de la costa, un cazasubmarinos. Se reunieron en una de las villas que estaban cerca mi casa. Por la noche instalaron una pantalla para proyectar

películas. Desde la pequeña terraza de mi modesta casa podía ver la pantalla con total nitidez. No así el sonido que llegaba muy mal. Sentado contemplaba lo que iban proyectando, una serie de números musicales filmados. Debían de estar celebrando una fiesta porque llegaba el ruido del tintineo de los vasos y algunas risas. En un momento determinado se hizo el silencio y proyectaron una película en color. Era una filmación realizada al final de la guerra, en Checoslovaquia. Me levanté de la silla para ver bien. Allí, en Checoslovaquia es donde se rindió la División Estonia a la que yo había pertenecido. Observaba con detalle esperando reconocer algún camarada. Pero en lugar de eso, en la pantalla apareció Tuule. Ahí estaba. Mi corazón se encogió. Tenía el cabello desordenado. El rostro mostraba señales de haber recibido golpes. Uno de sus ojos estaba morado. Llevaba puesto un suéter negro y unos pantalones reglamentarios del ejército alemán. Se notaba que eran de hombre. Sus pómulos estaban muy marcados, había rencor, odio y sufrimiento en su mirada. El operador de cámara no se apartaba de ella y la filmaba insistentemente. ¿Qué estaba pasando por la mente de ese maldito americano? Ella miraba fijamente a la cámara. Con gesto duro y desafiante a pesar del estado de confusión en el que se encontraba. No pude más. Me metí en la casa y me juré a mi mismo localizarla.

Ya te conté como, al año siguiente, por medio de antiguos miembros de las Waffen SS conseguí encontrarla. La donación que hice, algo irrisorio para mi fortuna, me permitió traspasar fronteras y acceder a expedientes e incómodos secretos atesorados por los vencedores. Localicé a Tuule en Checoslovaquia. Trabajaba en una fábrica de coches. Estrechamente vigilada por las autoridades comunistas. Las mismas que no tuvieron problema en dejar que saliera del país a cambio de una buena cantidad de dólares. Ese era el valor de sus ideales: recuérdalo siempre.

Tuule me contó el infierno por el que había pasado. Su División recibió la orden de rendirse y trasladarse de Praga al encuentro de los americanos, en dirección a Plzen. Pero antes de que se produjera el encuentro, y recuerdo las lágrimas de tu abuela cuando tuvo fuerza para contármelo, los partisanos checos, animados al odio por los comunistas que se habían instalado en el gobierno provisional surgido tras la desaparición del Protectorado, ignorando los acuerdos alcanzados, desarmaron a los soldados e iniciaron una venganza sin precedentes. Casi todos eran estonios y no habían participado en acciones en suelo checo, pero los torturaron, los apalearon salvajemente. A Tuule la violaron entre insultos y golpes.

Me contó como unos cuantos soldados, entre ellos un chiquillo de quince años, se revolvieron contra sus captores e intentaron ayudarla, pero los mataron a golpes. Solo cuando llegaron los primeros vehículos de los americanos acabó aquel infierno.

Entenderás así, y conservarás en tu memoria, el porqué mi odio hacia todos los eslavos. Un pueblo bárbaro, al que intentamos frenar y devolver a la estepa. No lo logramos con las armas durante la guerra, pero podemos hacerlo de otra manera. Envenenando a su sociedad. Y bien sabes que estoy muy orgulloso del camino que has iniciado para hacerlo.

En 1951 nació Koit. Tu padre. Pero no se dejó educar en los principios que yo consideraba fundamentales. El amor a la patria, el desprecio y el odio al comunismo y la escoria judía. Sabes bien que lo intenté durante años. Su primera rebeldía fue casarse con esa española de tez morena. Tu hermana Anna heredó lo peor de los dos: su aspecto meridional, su terquedad y su rebeldía. En cambio, tú, eres una auténtica Härma. Cuando te veo me recuerdas a mi querida Tuule.

En ese mismo año tuve contacto con un antiguo oficial de las SS. Había pertenecido al grupo cercano del Führer y había realizado proezas inconcebibles. También había encontrado refugio en España y entre varios negocios comenzó a dedicarse, al igual que yo, a la construcción. Cuando se enteró que yo había formado parte de las tropas de élite del Reich me hizo una propuesta que acepté sin vacilar. Este antiguo oficial me puso al corriente de una operación secreta que contaba con el beneplácito de altos oficiales del nuevo gobierno alemán y de los aliados americanos que finalmente habían comprendido el peligro del comunismo soviético. La misión consistía en formar una fuerza de combate que estuviera lista para actuar en caso de que los soviéticos atacaran. Esta unidad debía estar compuesta única y exclusivamente por antiguos miembros de las Waffen SS, además debería estar oculta en la hipotética retaguardia del frente, en este caso España era la opción más idónea.

Mi parte en la misión sería proveer de viviendas y trabajo a los antiguos camaradas que fueran destinados a la zona donde yo actuaba. Otros serían destinados a ciudades españolas cercanas a núcleos militares importantes o a puertos de vital importancia. Según el plan concebido, numerosos oficiales españoles estaban al tanto de la operación y se podría contar con ellos en caso de necesidad. El nombre en clave elegido para esta tropa, a la que se le proporcionaría entrenamiento, no fue otro que Legión Carlos V. Una

referencia al pasado común de alemanes y españoles. En menos de un año, llegaron a Calpe unos doscientos antiguos camaradas de armas que fueron desplegados por la geografía española. Para tratar de no levantar sospechas, de manera paralela se creó una red para traer mujeres, racialmente adecuadas, que pudieran contraer matrimonio con los camaradas solteros. Red que posteriormente quedó bajo mi control y reconvertí para minar a la población eslava que pretendía tener una vida mejor en occidente.

El plan de la Legión Carlos V acabó fracasando. Por un lado, el gobierno alemán tuvo conocimiento de todos los preparativos y si bien no tomó ninguna medida, puso al militar responsable de la organización en un alto puesto en esa absurda organización patrocinada por los americanos: la OTAN.

El camarada alemán que era mi contacto, falleció en 1975. Acudí a su funeral en Madrid, donde fue enterrado con todos los honores propios de alguien que había combatido por una causa justa. Allí conocí a otros ex miembros de las Waffen SS, entre ellos a un impertinente belga que se dedicaba a apariciones mediáticas soltando demasiadas mentiras que ningún favor le hacían a nuestra causa.

Tras el fracaso de esta operación, muchos de los camaradas que vinieron a España se quedaron aquí. Algunos pasaron a trabajar para mi organización. Recuerda, Helena, que son incondicionales de nuestra causa. Tus compañeros de juegos infantiles son los únicos en quien puedes confiar.

Desde 1968 en adelante encontré una manera de combatir directamente el sionismo proporcionando armas a los combatientes árabes. Pero esos malditos judíos siempre han ganado en sus guerras. Tarde o temprano les llegará su hora y tú tienes la misión de continuar con esta obra. Ese es el legado que tiene que perpetuar la estirpe Härma: luchar contra los eslavos, los judíos y los comunistas. Nunca lo olvides.

Tu padre descubrió mis actividades y tuvimos que tomar una medida drástica al respecto. El accidente no fue tal, pero no os dejó huérfanas a Anna y a ti, en realidad os reunió con vuestra auténtica familia: conmigo. Pero Anna al final decidió huir y la maldigo por eso. Por eso, Helena…”

Jukka dejó de leer y esbozó un pensamiento: «Demasiado. Esto es demasiado. ¡Cuánto odio! ¡Cuánto rencor irracional! Este tipo era malvado. Helena ha salido igual. ¡Cielos!»

Cerró la carpeta de fotos. Y abrió otra que tenía unos

documentos que había fotografiado al azar. El primero era un testamento:

"En Alicante, mi residencia, a 24 de febrero de 1988.

Ante mí, Armando Bernárdez Torres, Notario del Ilustre Colegio de Alicante.

COMPARECE

Don Heino Härma, mayor de edad, viudo, nacido el día 27 de julio de 1919, de profesión empresario, natural de Tallin (Estonia), y vecino de Calpe, con domicilio en calle Avenida Marina, y con D.N.I. número 18620394.

Tiene a mi juicio el compareciente la capacidad legal necesaria para otorgar TESTAMENTO ABIERTO, y al efecto,

DICE:

A) Que es hijo de los consortes Don Kalev, fallecido, y Doña Tuule, fallecida.

B) Está viudo. De cuyo matrimonio tuvo un hijo, fallecido, llamado Koit. Dos nietas, Helena y Anna.

C) Que ordena su última voluntad a tenor de las siguientes:

CLÁUSULAS:

PRIMERA.

Instituye por su única universal heredera a su nieta Helena Härma, y a los descendientes que pueda tener en el futuro.

SEGUNDA.

Se indica por voluntad expresa del compareciente que las posesiones son las siguientes:

Vivienda de propiedad en Avenida Marina número 317 y su contenido.

Taller mecánico sito en Avenida de Denia.

Discoteca Grotesk.

Diversos locales de ocio en Alfàs del Pi, Villajoyosa, Benidorm y Gata. (Se adjuntan escrituras de propiedad)

Hotel Amatista, sito en Calpe.

Cadena de supermercados Super Plus.

Así lo dice y otorga, siendo las 10 horas y 24 minutos.

Leo en alta voz el contenido de este testamento, por elección de su otorgante, advertida por mí de su derecho a leerlo por sí, y de explicarle yo, el Notario, su contenido del que me manifiesta su conformidad, por ser fiel y exacta expresión de su voluntad, y se ratifica y firma conmigo".

«¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!» se repetía sin cesar Jukka. «El taller, el

puto taller donde me arreglaron el coche, es de Helena. No me ha hecho ningún favor. La discoteca me lo dijo. ¿Los Super Plus? ¡Joder! ¿Hay algo que no controle en esta zona? ¿Qué es eso de los locales de ocio? ¿El castillo medieval? ¿Los restaurantes de toda esa zona?»

Abrió el último de los documentos. Era una lista. Por las fechas correspondía a algún tipo de asunto llevado por Helena. Revisó el folio que había fotografiado y se arrepintió de no haber seguido haciendo fotos de esos documentos:

[illegible]/2001
[illegible]/2001
[illegible]/2001
[illegible]/2001
[illegible]/2001
[illegible]/2001
[illegible]/2001
[illegible]/2001
[illegible]/2002
[illegible]/2002
[illegible]/2002
[illegible]/2002
[illegible]/2002
[illegible]/2002
[illegible]/2002
[illegible]/2002
[illegible]/2002
[illegible]/2002
[illegible]/2003
[illegible]/2003
[illegible]/2003
[illegible]/2003
[illegible]/2003
[illegible]/2003
[illegible]/2004
[illegible]/2004
[illegible]/2004
[illegible]/2004
[illegible]/2004
[illegible]/2004
[illegible]/2004

«¿Qué es esto?» —se preguntó—. «Nombres de mujer. Fechas, ¿destinos? Pero ¿qué significa? Las iniciales ¿qué significan? ¿Por qué está el signo de defunción en la chica de Bielorrusia? Esto es desconcertante».

Jukka salió a la terraza. Respiró profundamente y sintió el aire fresco en sus pulmones. La cabeza estaba a punto de estallarle. De repente cayó en la cuenta que era de noche. Se dio cuenta al escuchar a los grillos. Había pasado todo el día leyendo. Estaba confuso. Pensaba: «Estaba claro que Heino Härma había sido un nazi convencido hasta el último día de su vida. Que no se había detenido ante nada. Pero en qué medida afectaba eso a Helena. Quizás ella solo había recibido la herencia».

Se quedó con la mirada fija en el cielo estrellado. La mente alrededor de un par de ideas. Miró de nuevo el ordenador y se dijo «¡Un avión nazi cargado con oro! Es una especie de estupidez. Es un asunto propio de una novela o una película».

Se sentó de nuevo delante del ordenador. Abrió una ventana del navegador y por azar tecleó “Helena Härma” con la esperanza de no encontrar nada. Las primeras referencias eran la dirección de su estudio profesional. Luego alguna referencia a edificios construidos y un par de artículos en revistas de arquitectura. Jukka respiró aliviado. Pero se dio cuenta de que había una página en inglés donde aparecía el mismo nombre. «Una coincidencia. Aunque no creo en las coincidencias» se dijo intentando tranquilizar sus pensamientos. Al abrir la página ahí estaba. Una foto donde aparecía Helena en una entrevista realizada en Estonia junto al monumento de Lihula, erigido en memoria de los soldados estonios que lucharon, bien encuadrados en unidades finlandesas bien en el ejército alemán, contra los soviéticos. La posición defendida por Helena en la entrevista no dejaba lugar a dudas: reivindicaba “la gesta heroica de los caídos en las filas de las Waffen SS”. En el resto de la entrevista quedaba claro el posicionamiento de Helena que no dudaba en reivindicar la pertinencia de recordar a los “gloriosos combatientes de la verdadera Europa” ni en mostrar su apoyo hacia la Alianza de Combatientes por la Libertad de Estonia, ni en arremeter contra las ideologías de izquierda, los eslavos en general y los rusos en particular, y la vieja cantinela de oscuros lobbies de capital judío que pretendían dominar el mundo.

Luego estuvo buscando información sobre la unidad en la que

había prestado servicio Heino. Realmente existió. Contrastó los datos que iba encontrando con las anotaciones que había hecho. Buscó datos sobre el avión que aparecía en el relato escrito por Heino y también existió, un par de prototipos y un tercero del que nunca se supo que pasó con él. Muy bien podría ser el empleado en esa descabellada misión que acabó en el fondo del mar, en algún lugar cerca del peñón de Ifach.

Buscó imágenes y videos que recogieran la rendición de las Waffen SS en Checoslovaquia y encontró varias filmaciones. En una de ellas, realizada por un corresponsal americano llamado Haglund se veía a una mujer que correspondía al relato de Härma. La imagen era impactante, Jukka no pudo menos que sentir lástima por la mujer «No quiero ni imaginar por lo que tuvo que pasar. Esa mirada no es de odio como pretendía Härma. Es el dolor de la resignación. Sabe que lo que le ha pasado es una venganza por los años de crímenes. Pero al final ha tenido que pagar ella por los crímenes de otros», pensó Jukka deteniendo la imagen y mirando fijamente el rostro de la mujer. La abuela de Helena.

A continuación, tecleó buscando alguna información sobre un ruso que hubiera estado en Calpe durante los años mencionados por Härma. Tras pasar muchas páginas del buscador, encontró, en una web de historia local de Calpe, algo desfasada, un artículo en el que se reconstruía la historia de Vassily Kamayev, un comisario político soviético que llegó a España durante la Guerra Civil y que adoptó el nombre de Manolo Morata, alias “Manolito”, para supervisar a las milicias comunistas de Aragón. Al finalizar la guerra se le perdió la pista. Sin embargo, como se descubrió en los años 80, había permanecido clandestinamente en España: en Calpe. Según los investigadores que habían indagado en su caso, como agente soviético, aunque no parece que tuviera mucha actividad. Según los datos de la web que Jukka consultaba, “Manolito” se estableció como propietario de un bar cercano al puerto y nunca tuvo problemas con las autoridades de la época. Indicaba que con la caída del sistema comunista Vassily, o “Manolito”, para entonces viudo, regresó a su ciudad natal donde se le perdía la pista, aunque debido a su avanzada edad todo indicaba que regresó para morir en su tierra.

Por curiosidad, Jukka buscó información sobre el accidente de Koit Härma. Encontró una referencia en una hemeroteca digital. Una sucinta nota informaba del accidente de coche en el que Koit y su esposa fallecieron tras despeñarse por un barranco de la carretera N–332. Las causas del accidente, según lo publicado, un

fallo en los frenos. Nada más. Revisó un par de número más en orden cronológico, pero no encontró esquela ni información alguna sobre funeral o más datos. Se quedó pensativo. «¿Puede ser posible que este tío matara a su propio hijo por una razón tan abominable como la pureza racial? ¿Acaso no fue capaz de ver que se les derrotó en la guerra? ¿Hasta qué punto puede llegar el odio? ¿Hasta el punto de matar a tu propia sangre? Es perverso. ¡Cuánto odio y rencor!».

Jukka abrió la foto que había hecho de las listas de nombres, pero todas estaban borrosas menos una. La amplió para leer bien y la imprimió.

[illegible]
[illegible] Rg 25
[illegible]stadt
[illegible] 39
[illegible]
[illegible] Rg 66
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] 11
[illegible] Rg 66
[illegible]
[illegible] Rg 25
[illegible]
[illegible]
[illegible] Rg 25
[illegible] Rg 66
[illegible] Rg 25
[illegible] 58
[illegible] Rg 66
[illegible] 45
[illegible] 32
[illegible] 58
[illegible] 45
[illegible] Rg 25
[illegible] 39
[illegible] Rg 66
[illegible] Rg 66

«¿Qué cojones es Uscha y Rttf?» pensó Jukka sorprendido, aunque casi de inmediato le vino la respuesta. «¡Ah! ¡Ya está! Eso son graduaciones: Unterscharführer y Rottenführer. Sargento y cabo, o algo por el estilo. Esta lista es de los tipos que vinieron aquí. Eso explica los nombres. El número de identificación y la unidad. ¡Claro! Nombres alemanes, letones, flamencos, estonios… Y las divisiones y regimientos a los que pertenecían».

Jukka buscó en internet la lista de divisiones Waffen SS y vio que efectivamente los regimientos registrados en la lista se correspondían a las nacionalidades que sospechaba «Las divisiones Wiking, Nord, Florian Geyer, Hitlerjugend… se corresponde todo. Los nombres que faltan seguro que es más de lo mismo. Tenían montado un tinglado siniestro. Con su cuerpo de mando, listo para entrar en acción». Cuando terminó este pensamiento no pudo evitar sentir un escalofrío. «Y luego, cuando el viejo Heino Härma murió ¿qué pasó con todo esto?»

Por último, y sin esperar encontrar nada ya que no sabía exactamente que estaba buscando, Jukka escribió en el buscador el nombre de mujer que aparecía tachado en la lista: Inga. Automáticamente se desplegó una lista de posibles resultados que a todas luces no tenía nada que ver. Desde listas de libros, hasta modelos y actrices porno pasando por numerosas entradas a perfiles de redes sociales. Jukka fue pasando una tras otra las páginas. Al azar entraba en alguna de las páginas, pero las más de las veces se trataban de datos sin aparente conexión. Pensó que había dado con algún dato cuando abrió una noticia que señalaba que se había encontrado un cuerpo carbonizado en una acequia de Dolores, pero descartó la información ya que estaba fechada en 2013.

Cansado, decidió dejar de buscar, aunque hizo un último intento seleccionando la penúltima página. Allí encontró una entrada que lo dirigía de nuevo a un artículo publicado en agosto de 2004. Un artículo de la sección de sucesos daba cuenta de la aparición del cadáver de una mujer joven que había aparecido ahogada en la Cala de Finestrat. La habían encontrado en avanzado estado de descomposición, vestida con los restos de un bikini. La única pista que tenía la policía era una pulsera en la que estaba grabado el nombre de Inga. La hipótesis que se barajó en su momento era la de algún accidente en alta mar, aunque no existía noticia de ningún naufragio ni de ninguna desaparición. Desafortunadamente, Jukka no encontró más referencias sobre el tema. En todo caso se quedaba

con la duda, ¿qué tenía todo eso que ver con Helena?

Jukka estaba alterado. Sabía que no podría conciliar el sueño. De todas formas, tras mirar el reloj, se percató que amanecería en menos de una hora. Decidió salir a pasear por la playa. A esas horas todo estaba en calma. Era la hora más oscura, previa al amanecer, y se notaba una suave brisa que venía de poniente. Era agradablemente fresca. El aire despejó a Jukka que tras tantas horas pasadas delante del ordenador se sentía espeso y acalorado.

Caminó por la orilla. A su izquierda contempló las luces del paseo y de las urbanizaciones. Todo estaba en silencio. Se dio cuenta de que en los edificios siempre se podía ver alguna luz en algún piso. Noctámbulos. Como él. A su derecha estaba el mar. Oscuro. Solo el reflejo de las luces del paseo y de los pesqueros que faenaban a lo lejos permitía percibirlo. Estaba en calma, no emitía ningún ruido. Por el contrario, el olor a salitre era intenso.

Caminó durante un buen rato. En su mente se agolpaba todo lo que había leído. Le costaba poner orden en toda la información. Tampoco acababa de aceptarla plenamente pues aun quería mantener abierta la posibilidad de que Helena no fuera simpatizante de esas viejas ideas del nazismo. Trataba de buscar un resquicio en el relato de Heino Härma, bien sabía que los relatos autobiográficos y las memorias estaban llenos de elucubraciones, fantasías y exageraciones. Pero en el de Heino parecía que todo estaba bien atado. No había lugar para pensar en alguna impostura. Sobre todo, por el nivel de odio y rencor presente en todo el relato.

Jukka se sentó en la arena y comenzó a mirar al mar. El disco solar comenzaba a despuntar por el horizonte. En pocos minutos el disco anaranjado ocuparía el cielo y dejaría sentir algo de calor en el ambiente. Pero Jukka estaba demasiado confuso. «¿Qué significaba esa lista con nombres de mujer? Eso es cosecha de Helena, pero ¿qué significa? Lo de la mujer muerta ¿qué relación tiene en todo esto? Quizás una coincidencia. Pero no creo en coincidencias. Siempre hay un por qué. La frecuencia mensual de los nombres ¿a qué se debe? ¿Algo relacionado con las donaciones a esos grupos extremistas? No sería descabellado. Alguien de Estonia que viniera a por dinero, para evitar movimiento en transferencias. La indicación del destino quizás fuera una especie de clave para aclarar el blanqueo de dinero. Está todo tan confuso».

Permaneció más tiempo sentado en la arena. Mirando fijamente frente a sí. No fue capaz de medir el tiempo. Un domingo de primavera, que prometía ser caluroso despuntaba en un horizonte que Jukka miraba con insistencia. Comenzó a llegar gente a la

playa, en poco tiempo había niños jugando en el barco columpio que había en la arena. Familias enteras desplegaban sombrillas y toallas marcando su territorio de ocio. En apenas unas horas, que discurrieron ajenas a la percepción de Jukka, una variopinta multitud había ocupado la playa. Como si de una invasión incruenta se tratara. Miró a su alrededor. Divisó a una mujer, de unos treinta y tantos años, que posaba con un bikini blanco ante su marido. Él hacía fotos con el móvil mientras ella se contorsionaba de manera grotesca tratando de conseguir la pose perfecta. A continuación, ella cogía el móvil y con gestos rápidos de los pulgares se afanaba en subir la foto a alguna red social. Mientras, los hijos de la pareja, de apenas unos años, construían un castillo de arena cerca de la orilla.

Por delante de donde estaba sentado Jukka pasó un individuo alto, enjuto, moreno. Más que moreno, requemado por el sol. Su piel parecía cuero curtido. Tan solo una mueca en forma de sonrisa rompía la monocromía parduzca. Una línea de dientes blancos como la cal. Jukka no pudo dejar de esbozar un pensamiento «Una momia andante. Parece uno de esos muertos de las catacumbas de Palermo».

Cerca de él se había sentado una chica joven. Se había tumbado en la toalla y estaba manejando el móvil. Frente a ella se instalaron dos chicos jóvenes. Corpulentos. Comenzaron a hacerse fotos intentando lucir musculatura esforzándose, al mismo tiempo, por esconder la barriga que delataba las horas frente a una pantalla y la comida basura. Intentaban captar la atención de la chica con sus poses, pero sin resultado. Ella seguía absorta tecleando en la pantalla del teléfono.

Jukka, de manera instintiva comenzó a juguetear con la arena. Cogía puñados y los dejaba escapar entre sus dedos. Una y otra vez. De repente, mirando como escurría la arena, un nombre cruzó su mente: «Jana». Tuvo claro, en ese instante, cuál era el nombre que debía llenar su vida. Se levantó e inició el camino de regreso a su casa no sin antes tener un último pensamiento: «Maldita anagnórisis. Helena Härma. H. H. Heil Hitler. ¡Qué locura!».

20

Como cada día, Jukka madrugó. Le costó un poco levantarse. Tan solo recordaba que se había acostado al llegar de pasear por la playa y lo despertó el zumbido del despertador. Tras su rutina habitual de aseo, se dispuso a salir para hacer la ruta del día. Una vez más conduciría hasta Benissa, Teulada, Moraira y Calpe. Desayunó sin ganas una tostada con mantequilla y mermelada, y un café bien cargado. Preparó todo antes de salir. De manera instintiva cerró la puerta de la habitación donde estaba la colección de películas y libros. Estaba confuso. Sonó el timbre. «Demasiado temprano, no puede ser nada bueno. Algún vecino, algún problema» pensó. Abrió la puerta.

—Hola Jukka, ¿voy bien así?

Jukka se quedó asombrado. Había olvidado por completo que había quedado con Jana. Después de dos días sin tener noticias de ella, ni haber recibido ningún mensaje no se lo esperaba. Claro que él tampoco había intentado averiguar si seguía en pie lo de acompañarlo. Se quedó mirándola. Una camiseta ajustada, unos vaqueros y unas botas de estilo militar. El pelo recogido en una coleta y unos ojos que brillaban con más vida que de costumbre.

—Estás… realmente bella —acertó a decir Jukka.

—¡Uf! Bella. Gracias —sonrió Jana. Lo besó y entró en el piso—. Tú dirás. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—No. Ya está todo listo en el coche. Así que, vamos.

Carretera. Tráfico. Adelantamientos. Semáforos. Atascos. Así transcurrió la primera parte del desplazamiento. Jukka estaba acostumbrado a hacer siempre el camino a solas, de manera que hoy se encontraba un poco desconcertado. De vez en cuando miraba a Jana. Ella no paraba de mirar por la ventanilla. El contraluz remarcaba su perfil, su cabello brillaba con vivos destellos.

—¿Realmente te gusta tu trabajo? —dijo de repente Jana.

—Sí —respondió Jukka—. Es rutinario. Predecible. Me permite

conducir que es algo que me gusta. Además, normalmente siempre veo el mar. Me relaja.

—¿No has echado de menos tu trabajo anterior? ¿No has querido volver a ser profesor?

—No lo sé. Sinceramente. Desde que decidí dejarlo no he tenido ningún deseo de volver a lo de antes.

—Pero te gustaba ¿verdad?

—Sí. Aunque había momentos en los que me hartaba. Cuando venían alumnos con historias absurdas tratando de esa manera de evitar un suspenso. Una alumna, tratando de evitar entregar trabajos, llegó a contar que se la había muerto una abuela hasta tres veces, lo cual la dejó en evidencia.

—¿Tres veces? ¡Ja, ja, ja! —rio Jana.

—Es normal que traten de emplear la picaresca para subir nota o arañar una décima que les ayude en el expediente. Pero a veces, cuando llegaba algún alumno engreído, endiosado, prepotente, a esos daban ganas de darles con la puerta en las narices. Pero no podía ser. Había que calmarse y despacharlo con una sonrisa en los labios.

—¿Si le hubieras hecho algo a un alumno que hubiera pasado?

—Una denuncia. Mira, a la mínima ya estaban acudiendo a la oficina del defensor universitario. Recuerdo un caso, de un alumno que me estuvo mandando correos todo el fin de semana para que le dijera la calificación. Muy amablemente le indiqué que el lunes es cuando iba a sacer las notas, que en fin de semana no tenía obligación de hacerlo. De hecho, tenía el acta firmada en el despacho. Pues el lunes a primera hora me estaba esperando el defensor universitario en la puerta del despacho. Me dijo que un alumno había presentado una queja porque no le decía la nota.

—Vaya.

—Le enseñé el acta. Me dijo que bien y luego me largó un discurso sobre los derechos de los alumnos y no sé qué vainas más.

—Eso te pasó por abrir el correo el fin de semana.

—Pues sí. Pero ya sabes. No sólo llegaban correos de alumnos. Cuestiones de revistas, congresos. Asuntos que tienen su importancia.

—Sí, pero abriste el equivocado.

—Sí. Las malas decisiones siempre traen consecuencias nefastas.

—Al menos no llegó a más.

—No. Pero he tenido algún momento tenso. Una vez un alumno entró cabreado al despacho. Nervioso. No estaba conforme con la nota. Empezó a esgrimir que sus compañeros no habían trabajado,

que él lo había hecho todo. Lo estuve escuchando durante un buen rato, pero poco a poco se iba alterando y se empezaba a levantar de la silla y se inclinaba hacia mi sitio.

—¿Qué pasó?

—Le di un caramelo.

—¿Un caramelo? —Jana rio.

—Sí, en serio. Eso lo descolocó. Luego ya fue fácil apaciguarlo y decirle que revisaría la nota. Le subí la nota final un par de décimas. En otra ocasión otro estudiante hackeó la portada de un periódico e insertó un titular en el que me amenazaba de muerte.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿Te asustaste?

—No. El chaval, aun me acuerdo del nombre, Serafín, sufría trastorno bipolar.

—¿Y lo de la amenaza?

—Nada. Fue una tontería. Lo llamé al despacho y él mismo reconoció que había sido una chorrada. En el fondo me hubiera venido mal que me matara un individuo así —comenzó a bromear Jukka—, si al menos hubiera sido una muerte heroica, la de un héroe idiota, muriendo estúpidamente por una noble causa que no le importara a nadie, pues hubiera tenido su gracia.

—Vaya historias.

—Lo peor era cuando en mi antiguo trabajo, a veces se presentaba un padre o una madre en el despacho.

—¿En serio? ¿No eran estudios universitarios?

—Sí, pero al ser un centro privado algunos padres se creían con la potestad de ir y pedir como el que va a comprar a una tienda.

—¿A qué te refieres?

—Pues que por el hecho de pagar una matrícula pensaban que podían exigir una nota determinada o incluso pedir que se despidiera a un profesor.

—¿En serio?

—Sí. Me pasó en alguna ocasión. Recuerdo a un padre que llegó enfadado porque una profesora no había puesto más nota a su hijo. Llegó a insinuar que esa profesora no debería de trabajar allí.

—¿Tenía razón?

—El chaval no era nada del otro mundo. Más bien mediocre.

—¿Cómo acabó la visita?

—Muy amablemente le dije que me ocuparía de que su hijo fuera valorado por lo que hacía, lo que significaba que en realidad me daba absolutamente igual la nota que le pusieran. No iba a

desautorizar a una profesora. El tipo además pensaba que, por ser un industrial de la zona, importador de telas, y tener contactos políticos podía exigir lo que quisiera.

—Eso pasa en todos los lados. En mi país es igual.

—Pero es que donde yo trabajaba pasaba demasiado a menudo. Casi todos los estudiantes eran de familias adineradas. En otra ocasión un niñato, un auténtico impresentable, solicitó una beca Erasmus para irse a Praga.

—¡Vaya! —exclamó Jana.

—Sí que cosas… con la de veces que he ido yo a Praga... ya podía haberte conocido allí —dijo de manera tan directa que los dos se quedaron en silencio.

—Sigue Jukka, ¿qué pasó?

—Pues que el chaval no consiguió la puntuación. La madre llamó al director presionando para que su hijo se fuera. Así fue. Allí pasó el curso, de borrachera en borrachera.

—¿Y cómo lo sabes?

—Sus profesores eran colegas míos. Me informaban. Imagina, el chaval ese incluso llegó a presentar un trabajo final de carrera que era un plagio. Pero bueno, como era de familia adinerada, al final no pasó nada. Se impuso la voluntad del director del centro.

—Entiendo. Jukka… la chica esa de la que me hablaste… ¿también era así?

—No. Clase media. Familia profesional y trabajadora. Además, ella era muy sencilla. No iba de reina del hit parade.

—¿La reina del hit parade?

—Una expresión que se me pegó de un buen colega. Un escritor muy inteligente, algún día él contará la historia de ese lugar donde trabajamos. Lo de la reina del hit parade significa ser el número uno. De los viejos éxitos de los setenta —dijo sonriendo a lo que añadió—, uno que ya tiene sus años.

—No eres tan mayor —le replicó Jana acariciándole la nuca—. Jukka, ¿echas de menos a esa chica?

La pregunta había sido tan directa que Jukka se quedó en silencio. Jana notó como la mirada se le transformaba y aparecía una especie de velo triste en sus ojos.

—Sí —dijo finalmente—. Echo de menos no haber podido decirle antes lo que sentía. Siento que si algo hice mal fue no sincerarme a tiempo. Ahora tan solo me queda ese recuerdo.

—Ya —dijo secamente Jana.

—Pero no tiene sentido plantearse el pasado. Ella ya no está.

—¿Qué sientes por mí? —preguntó de nuevo de manera directa.

—Paz.

—¿Paz?

—Cuando estoy contigo siento paz. Tranquilidad. Siento que hay lugar para volver a amar a alguien. Ya te dije que necesito tiempo. Pero me siento como un adolescente. Solo pienso en verte, tengo tu imagen rondando por mi mente. Solo quiero estar contigo. Espero que lo entiendas.

—Claro que sí. A mí me pasa lo mismo. Tengo muchas ganas de estar contigo.

Jukka la miró de reojo. No quería despistarse mientras conducía. Vio que ella sonreía y lo miraba.

—Jukka. Gracias.

—¿Por qué?

—Por el día que me quedé dormida viendo la película. No sé si muchos hombres hubieran hecho como tú o habrían aprovechado la situación para otra cosa.

—No te hubiera hecho nada. Te vi tan relajada. Tan feliz, dormida junto a mí que solo quise prolongar esa sensación que estabas teniendo.

—Gracias Jukka. Eres bueno.

—¡Ja, ja, ja, ja! No creo que sea bueno.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —dijo Jana con tono emocionado.

—No ¿Qué he hecho?

—Has reído. Desde que nos conocemos es la primera vez que te veo reír.

Jukka esbozó una sonrisa. Cayó en la cuenta que era verdad. No recordaba la última vez que había soltado una carcajada. Sonrió y sintió algo especial.

—Gracias a ti, Jana.

Jana abrió la guantera y vio una funda de un cd. Lo cogió y sacó el disco que había en el interior. No tenía rotulo ni etiqueta.

—¿De qué es? —preguntó ella.

—No tengo ni idea —dio Jukka desconcertado—. Por el polvo que tiene debe de llevar ahí desde que compré el coche. Unos cuatro años más o menos.

—Sí, está sucio —Jana lo limpió con un pañuelo de papel—. ¿Puedo ponerlo?

—Sí, claro. Así sabremos de qué va.

Jana lo introdujo en el reproductor y subió el volumen. Tras unos segundos en los que el disco pareció atascarse, arrancaron los primeros acordes: guitarra, teclado, batería y la voz inconfundible

de Jim Morrison.

—¡The Doors! —exclamaron los dos al mismo tiempo.

Jana comenzó a moverse en el asiento siguiendo el ritmo. Tras el primer estribillo ella comenzó a cantar.

—Can´t you see that I'm not afraid? What was that promise that you made? Why won't you tell me what she said? What was that promise that you made?

Siguieron el camino disfrutando la música hasta que llegaron a Benissa. Primera parada del día. Jukka le explicó a Jana en qué consistía cada visita y le explicó que iba a conocer a los encargados de los supermercados. Cuando entraron en el Super Plus, Vanessa estaba junto a la línea de cajas.

—¡Hola Jukka! —dijo con su habitual alegría— ¡Anda que bien acompañado vienes hoy! ¿Quién es esta preciosidad?

—Es mi novia —dijo de manera espontánea y se dio cuenta que, ante la sorpresa, Jana se había ruborizado.

—Pues me alegro mucho por ti. Te mereces tener a alguien a tu lado ¿no? Todo el día arriba y abajo con el coche no debe de ser nada bueno. Tanto tiempo solo. Tú —dijo señalando a Jana— cuídalo, que es un tío muy majo.

—Claro. Lo haré —respondió ella tímidamente.

—Bueno, pues a lo que vamos —terció Jukka comenzando luego a explicarle a Vanessa la promoción del mes.

Cuando entraron de nuevo en el coche los dos guardaron silencio. Jukka miró a Jana.

—Espero que no te haya importado —dijo él.

—No. No. Ha sonado muy bien.

—Bueno… puede sonar mejor si lo aceptamos como una realidad ¿No te parece?

—¿Jukka?

—En fin… que si digo que somos novios es lo que siento. Lo mismo te suena raro.

—No digas tonterías —dijo ella abrazándolo y besándolo.

El resto de la mañana estuvieron visitando el resto de tiendas. Cuando llegaron al Super Paco, la tienda de Francisco Ramírez, Jukka le pidió a Jana que no hablara, que se limitara a escuchar.

—Buenos días Paco —dijo Jukka entrando en la tienda.

—Hola Jukka —respondió el aludido sin levantar la cabeza ya que estaba mirando el periódico.

—Dobrý den —dijo Jana haciendo que Paco la mirara. Le echó una mirada de arriba abajo, como estudiándola.

—Jukka, ¿Esta quién es? ¿Es que viene contigo?

—Es mi novia.

—¡Joder macho! Con la de tías buenas que tenemos en este bendito país y te buscas "esto". ¿Una especie de muñequita? ¿De dónde la has sacado? ¿Qué es una de esas rusas que se traen por medio de internet? ¡Pero tío! Si está paliducha. Mira que frágil —dijo señalándola—, caderas estrechas. ¿Pechos? ¿Eso son pechos? Te tienes que buscar una tía buenorra de la tierra. Una española como Dios manda. De las que hay donde agarrar.

—Te recuerdo que soy medio extranjero.

—Te equivocas. Mira chaval, tienes un nombre y un apellido raro de cojones, eso es cierto. Pero uno no elige esas cosas. Pero eres español casi al noventa por ciento.

—Demuéstralo —le hizo un guiño imperceptible a Jana que estaba detrás de Ramírez.

—A ver. El finlandés era tu abuelo ¿no?

—Sí, ya sabes la historia.

—Exacto. ¿Pero el resto de la familia? Ahí es dónde voy. Tu abuelo el finlandés se viene a España. ¿Dónde conoce a tu abuela?

—En Algeciras.

—¿Ves? Ya empieza la cosa a componerse. Por lo que veo tuvieron un hijo. Tu padre ¿no? —Jukka asintió—. Bien. Nació ¿en?

—Málaga.

—Perfecto. Y se casó con una buena señora, tu madre, que ¿era de?

—Elche.

—Perfecto. A su vez sus padres, es decir, tus abuelos maternos ¿de dónde eran?

—Su padre vasco y su madre de Monóvar.

—Ya ves chavalote. De seis ancestros que tienes, cinco son de este país. Estamos hablando de un ochenta y cuatro por ciento de sangre española en tus venas.

—¿Estadística? —dijo sonriendo Jukka— ¿Crees que se puede reducir a estadística?

—Por supuesto muchacho. Hay estudios hechos sobre la pureza de la sangre. Ahora que ibas bien encaminado te juntas con esta tía. ¿Has pensado que si tienes hijos con esta "muñequita" se perderá lo ganado? La sangre de los niños se encaminará hacia el mestizaje.

—¡Joder Ramírez! No lo había pensado. ¿Debería preocuparme?

—¡Pues claro!

—No. Le pregunto a ella —dijo Jukka con una sonrisa— ¿Debería preocuparme por la sangre de nuestros futuros hijos?

—Claro que no, Jukka —dijo Jana con una sonrisa.

—¡La hostia! ¡Si habla español! ¿Se ha enterado de todo? —dijo sorprendido Ramírez.

—Va a ser que sí. Anda chavalote —dijo Jukka— déjate de milongas y vamos a lo que vamos.

Cuando salieron de la tienda. Ramírez hizo un gesto como pidiendo disculpas. Jukka le guiñó el ojo.

—Que tío más raro —dijo Jana en voz baja.

—Vive en otra época. Está anclado en el pasado. Te habrá molestado todo lo que ha dicho de ti.

—Sí. Pero quería ver tu reacción.

—Lo malo es que es un cliente. No puedo pasarme rebatiendo sus opiniones. Tengo que llegar hasta cierto punto y luego frenar. Imagina que cada persona con la que hablo en mi trabajo es un mundo. Hay de todo.

—Pero si tienes que guardar tus opiniones o tus sentimientos al final vas a explotar.

—O no. Hasta ahora tenía mi cueva. Mi mundo. Mi rutina. Ahora has aparecido tú y puedo contarte mis cosas. Si me dejas.

Jana se ruborizó de nuevo.

Continuaron las visitas. Sin más episodios extraños. A la hora de la comida llegaron a Calpe. Jukka llevó a Jana a uno de los restaurantes que solía visitar. Ocuparon una mesa con vistas al puerto. El peñón de Ifach se alzaba ante ellos. Hierático. Majestuoso. En lo alto se podía ver algunas gaviotas revoloteando. También las pequeñas figuras de los excursionistas y escaladores que se aventuraban a subir de diversa manera esa forma rocosa.

—Es impresionante —dijo Jana.

—Si quieres algún día podemos subir.

—No sé. Me da miedo.

—¿Por si te caes? No te preocupes el camino está bien preparado.

—Me asusta —volvió a decir ella buscando con la mirada a Jukka.

—Pues entonces no subiremos —sonrió él.

Mientras esperaban que trajeran la comida Jukka pidió un par de cervezas.

—Entonces, Jana, aparte de tu hermano ¿no tienes más familia?

—No.

—Y cuando eras pequeña ¿solo estaban tus padres?

—Mi abuelo. Recuerdo mucho a mi abuelo Jaroslav.

—Lo querías mucho ¿no?

—Sí. Lo admiraba. Murió cuando yo tenía diez años. Recuerdo

que pasaba muchas horas en su casa. Tenía muchos libros y las paredes llenas de cuadros y fotografías. Él era artista. Pintaba retratos oficiales y ese tipo de obras. De la época comunista.

—Interesante.

—Tenía algunos premios y diplomas en las paredes. Méritos por su trabajo. Aunque en el fondo a él no le gustaba el estilo oficial. Me decía que el arte se lleva en el corazón. Yo era muy pequeña y no acababa de comprenderlo. Pero más tarde sí. Cuando murió y fuimos a recoger sus cosas encontramos un montón de cuadros hechos como él entendía el arte.

—¿Cómo eran?

—Abstractos. Colores, formas. Melodía de colores. Pero no podía vivir de eso, así que pintaba lo que le encargaban. Y hacía fotos. Tenía que mantener a su familia.

—Claro. ¿Qué pasó con los cuadros?

—Mi padre los tiró a la basura. Como todo lo demás. Los libros, las fotos. Todo. No me dejó quedarme ni un solo recuerdo.

—Vaya, cuanto lo siento.

—No se llevaban bien. Mi padre siempre le decía que me estaba llenando la cabeza de ideas raras.

—Ya. Pero parece que has sacado mucho de tu abuelo.

—¿Tú crees?

—Te emocionas y sientes en tu corazón cuando ves una buena obra de arte. En tu caso, una buena película.

—Sí, cierto —dijo ella riendo a continuación.

—Me hubiera encantado conocer a tu abuelo.

—Creo que os hubierais llevado bien.

Trajeron la comida y comenzaron. Habían pedido un arroz para dos y una ensalada. Poco a poco el restaurante se fue llenando de turistas. Se comenzó a escuchar una mezcla de idiomas que resultaban incomprensibles cuando se oían en conjunto. Jukka admiraba a los camareros. Habían desarrollado un talento especial para hacerse comprender y entender los idiomas de los turistas. Con igual soltura atendían y bromeaban en noruego, en inglés o alemán. En alguna ocasión Jukka había hablado con alguno de ellos y le aseguraban por activa y por pasiva que no habían estudiado idiomas. Todo lo habían aprendido a fuerza de tratar con los clientes. La única excepción era Dimitri Tetryakov, un joven ruso, criado en Andalucía que hablaba español con acento sevillano y que, aunque trabajaba en uno de los restaurantes, se lo iban prestando entre todos para atender a los turistas rusos que iban a comer.

—Jana —dijo Jukka saliendo de sus pensamientos—. ¿No has pensado en continuar tus estudios? Porque te queda poco para acabarlos ¿no?

—No lo he pensado. Con el trabajo no tengo mucho tiempo. Comprende que tengo que dormir por el día.

—Pero si encontraras otro trabajo con otro horario. O incluso sin trabajar.

—Pero necesitaría trabajar para pagar los estudios. Tú lo sabes. Matrícula y libros.

—Bueno… Yo podría ayudarte.

—Jukka. Eres muy bueno. Pero…

—¿No te gustaría acabar?

—Claro que sí. Me haría ilusión. ¿Sabes? Aunque estaba en la carrera, empecé a diseñar lo que podría haber convertido en mi tesis doctoral.

—¿Ah sí? Interesante.

—¿Ves? No puedes evitar que salga lo que eres —dijo ella sonriendo.

—¿Te molesta?

—No. No seas bobo. Claro que no. Sé que en el fondo me gustaría seguir. Tenía un tema que quería desarrollar. Con el tiempo hubiera sido interesante.

—¿Cuál?

—La pervivencia de las sagas mitológicas en el cine de fantasía.

—Interesante. Muy interesante.

—No creo que hubiera interesado.

—A mí sí.

—¿Ves?

—¿Qué?

—No puedes evitarlo Jukka. Has nacido para enseñar.

—O hacer que enseño.

—No. Tú eres de los que enseñas. ¿Por qué no vuelves a la docencia?

—Solo si te matriculas como alumna.

Se hizo un silencio. Ambos se miraron.

—Lo siento —dijo él.

—Si tú fueras mi profesor y yo tu alumna eso nos haría enfrentarnos directamente a nuestros pasados.

Jukka le cogió las manos. Jana lo miró. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban encendidas.

—¿Jukka? ¿Jukka Lehto? —se escuchó detrás de ellos. Una voz femenina. Jukka se volvió.

—Helena. ¡Qué sorpresa! —dijo con desgana levantándose.

—¡Cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Cómo va todo?

—Bien. Te puedes imaginar… muy liado con el trabajo. Todo el día de un sitio a otro.

—Me imagino —miró en dirección a Jana, quien se mostró un poco incómoda—. Veo que estás acompañado. Bien acompañado.

—¡Ehmm, sí! Es Jana. Mi novia.

—Tu novia. Bien. Tienes buen gusto. Jana ¿no? —dijo dirigiéndose a ella para saludarla—. Encantada.

Jana se levantó para devolver el saludo. Al hacerlo tiró sin querer una de las botellas de cerveza que cayó al suelo y se rompió.

—Encantada —dijo para luego mirar a Jukka— ¿Podemos irnos? No me encuentro muy bien y esta noche tengo que trabajar.

—Ya has oído Jukka —dijo Helena— No hagas esperar a tu novia.

—Bien, claro. Un día de estos te llamo Helena.

De regreso a la playa de San Juan, Jana no habló. Se quedó dormida apoyada en la ventanilla. Jukka la observaba de vez en cuando en silencio. «Que paz tiene cuando duerme. ¿Qué pasará en sus sueños?»

Cuando llegaron al parking ella seguía dormida. Tras aparcar el coche, Jukka decidió sacarla del coche y llevarla a cuestas con cuidado. Con suerte despertaría al llegar al ascensor. Con cuidado desabrochó el cinturón de seguridad. Le pasó un brazo por la espalda y otro por debajo de las piernas. Iba a sacarla cuando ella entreabrió los ojos.

—¡No! ¡Noooo! ¡Déjame! ¡Noooo! —gritó ella al tiempo que le daba con los puños en la cara y el pecho.

—Jana, Jana, tranquila soy yo.

Ella tenía los ojos abiertos. Lo estaba mirando, pero Jukka se dio cuenta de que no acababa de reconocerlo.

—Soy Jukka… amor…

De repente Jana recuperó la conciencia plenamente. Lo miró y se abrazó a él con fuerza.

—Jukka, por favor no me dejes.

—No te voy a dejar.

—No me dejes nunca. Por favor.

21.

Habían pasado dos días rápidamente. O esa era la sensación que tenía Jukka. Sax, Monóvar, Elda, San Juan, Campello. Rutina de visitas. Kilómetros, paradas, poster, conversaciones rutinarias. Al regresar a casa, también de manera rutinaria, no lograba encontrar a Jana. La misma desconcertante sensación.

Jueves. Día de curso mensual. Jukka tomaba notas. Más que nada para mantener la atención. Se dormía con cada frase que escuchaba. Una y otra vez se repetían los procedimientos, los protocolos, los supuestos, el rol play. La única novedad era que en esta ocasión no estaba Wageman. Uno de los compañeros de curso le contó a Jukka que Wageman había tenido un accidente de coche muy grave. Estaba supervisando precisamente una de sus rutas cuando a la altura de la playa de L'Olla, un camión hizo una maniobra brusca y arrolló el coche de Wageman con tan mala fortuna que tras serpentear por la carretera intentando recuperar el control fue a caer por un terraplén dando varias vueltas de campana. Cuando llegaron los servicios de emergencia lograron sacar a Wageman, aún con vida, del interior del vehículo el cual había quedado reducido a un amasijo de hierros. Había salido con vida, pero quedó parapléjico y con el rostro desfigurado por las heridas causadas por las esquirlas de cristal del parabrisas que estalló tras el choque. Según le siguió contando el compañero a Jukka, Wageman estaba ingresado todavía en el Hospital y en breve sería trasladado a Estados Unidos a la residencia familiar.

La noticia cogió a Jukka por sorpresa. No supo muy bien que pensar. Una serie de ideas confusas pasaron por su mente: «Si Wageman no me hubiera encargado que buscara a Helena ¿habría conocido a Jana? ¿Cuál es la historia de él con Helena? Espero que se mejore, aunque se ha quedado jodido de por vida. Esa carretera tiene tramos malos, si encima se te cruza un imbécil estás listo».

Jukka abandonó sus pensamientos y se centró en las palabras de la sustituta de Wageman. Guiomar Ackerman Dalmau. Una mujer de unos cincuenta años, con aspecto artificial. El rostro tenía un aspecto sintético, debido al exceso de maquillaje. El cabello, por el tinte y el acondicionador también parecía de plástico, como el de una muñeca. El sobrio traje de chaqueta celeste ribeteado de azul oscuro parecía sacado de una revista de moda de los años cincuenta. «Vaya estilo. ¿Kitsch o camp?» pensó Jukka «Con tal que no haya perdido un novio o novia en Calpe. El asunto en el que me metió Wageman solo me ha traído problemas».

Su mente estaba en otro sitio. Pensaba en Jana. Lo complicado que estaba resultando establecer una relación seria con ella.

Desconcertado. La eterna duda: «¿La dejo? ¿Sigo con ella?» Mientras pensaba una y otra vez lo mismo, en la pantalla del salón de juntas del hotel donde estaban se proyectaba un video publicitario. Su distraída mirada se cruzó con la de Prisca que le hizo un gesto casi imperceptible, como si hubiera detectado su falta de atención. Jukka se dio cuenta de que se estaba poniendo nervioso. Al borde de un ataque de ansiedad. Intentó centrarse pues comenzó a sentir que le agobiaba el espacio en el que estaba. Le faltaba aire, por un momento sintió una especie de vacío, como si flotara. Buscó mentalmente algo en lo que entretenerse hasta que llegara la hora del coffe–break, tal y como estaba señalado en la agenda del día. Comenzó a dibujar pequeñas fachadas de edificios. Empezó con algunas que tenían elementos clásicos: frontones, columnas, pilastras. Luego cambió a formas góticas, arcos apuntados, contrafuertes, bóvedas de crucería. Finalmente optó por líneas rectas, ventanales enormes, dominio del espacio vacío.

Transcurridas dos horas, llegó el momento de la pausa. Jukka fue de los primeros en llegar junto a la mesa donde estaban las cafeteras y la repostería. Se sirvió un café y lo tomó solo, sin azúcar. Al sentir el amargor se acordó por un instante de Jana. «Ya podía haber relacionado la amargura con otra cosa, pero el subconsciente es así. Hay que joderse».

En esto pensaba cuando Leonardo, uno de los promotores, cuñado de Prisca, lanzó un silbido en su mejor estilo desenfadado y extrovertido, cualidades que suplían su poca inteligencia.

—¡A ver! ¡Todos los tíos venid aquí un momento!

Los cuatro hombres que estaban allí, incluido Jukka, se acercaron a Leonardo. En realidad, le gustaba que le llamaran Lenard, con entonación francesa. Era un tipo alto, pasaba los dos metros. Delgado y espigado, su cuerpo estaba rematado por una cabeza que a Jukka le parecía un huevo. En su rostro destacaban unos dientes que conseguían asomar continuamente de su boca. Una nariz ganchuda que sostenía unas gafas de pasta negras. Su cabeza estaba coronada por una alopecia descomunal para contar solo con veintiocho años. En cuanto a su forma de ser, Lenard era un tipo simple. Simpleza que demostraba continuamente. Como el día que ilustró a los colegas con una anécdota que acabó en una sonora carcajada de los presentes ya que contó como dejó de usar el procesador de textos de su ordenador al ver que cada palabra se le iba subrayando de rojo, verde o azul. Lo mejor fue que nadie le aclaró que se debía a que el programa señalaba fallos ortográficos o de concordancia gramatical. Jukka tampoco.

—Chicos —dijo—. Os comunico que mi novia me ha dejado.

Automáticamente todos comenzaron a expresarle su apoyo y a darle ánimo. Jukka pensaba que demasiado tiempo había aguantado Mar con Lenard. Había conocido a Mar al principio de comenzar en este trabajo, cuando ella fue a recoger un día a Lenard tras una jornada de formación. Conectaron rápidamente. Mar había estudiado psicopedagogía y trabajaba en un colegio privado de gran prestigio en la ciudad. También tenía una belleza exótica, como pensó Jukka. Alta, esbelta, de piel morena y ojos negros. Lenard era todo lo opuesto. Esa desconcertante diferencia despertaba la admiración de Jukka. Admiración por la fuerza de los sentimientos que unen a las personas.

—Bien. La vida sigue. Os invito esta noche a cenar y luego a tomar unas copas a un garito que conozco. No admito un no como respuesta. Eso va especialmente por ti, Jukka —al sentirse aludido Jukka no pudo más que encogerse de hombros—. A las ocho nos vemos en la Playa de San Juan. Hay un restaurante mexicano en la avenida de Holanda. Allí os quiero a todos.

Después de la cena, Lenard, que había bebido más de la cuenta, se empeñó en conducir. No solo eso, insistía en ir a un club que conocía. Los demás no estaban por la labor y se fueron en cuanto tuvieron oportunidad. Jukka estaba a punto de hacer lo mismo, a fin de cuentas, el restaurante estaba frente al edificio donde vivía. Pero al ver como Lenard iba a trompicones hasta su coche e intentaba abrir la puerta, decidió convencerlo para que no condujera y llevarlo hasta su casa. Consiguió que entrara en su coche.

—Si tienes ganas de vomitar abres la ventana y lo echas fuera, no quiero que me manches la tapicería —le dijo Jukka.

Lenard asintió. Le dijo que lo llevara al club. Jukka intentó razonar con él, pero no hubo manera.

—Bueno, vale, te llevo —le dijo—. Estamos un rato, pero en cuanto estés fuera de juego te meto en el coche y te llevo a tu casa.

—Ok —dijo Lenard con voz pastosa—. Tú sí que eres un amigo.

Antes de que se quedara medio dormido, Lenard le dijo a Jukka dónde se encontraba el club. Le resultó familiar la dirección, ya que se trataba de uno de los locales que estaban en el margen de la N–332, en Alfás del Pi. De modo que Jukka condujo con calma a pesar de la insistencia de Lenard quien de vez en cuando se despertaba y apremiaba a Jukka para que fuera más rápido. Cuando por fin llegaron Lenard se dirigió rápidamente a la puerta de entrada, donde saludó con naturalidad al portero. Un tipo enorme, con la

musculatura de los brazos hiperdesarrollada. «Una auténtica bestia» reflexionó Jukka mirando al portero. Luego dirigió sus pensamientos a Lenard pues el gesto de familiaridad no le había pasado desapercibido. «Me puedo hacer una idea de porque lo ha dejado la novia».

Cuando entraron, tras atravesar una cortina de terciopelo rojo, Jukka encontró un local en penumbra. Las pocas luces que había eran neones que recorrían las molduras del techo y los pilares del interior. El color morado le daba al lugar un aspecto de decadente erotismo. Al lado de la entrada, a la derecha estaba la barra donde una camarera en topless atendía a los clientes y servía las copas. Por su aspecto dedujo que sería de algún país eslavo. Era bastante joven. Frente a la barra había un escenario. Dos chicas, con minúsculos tangas, estaban bailando siguiendo el ritmo de una música electrónica de ritmo incesante. Serpenteaban alrededor de una barra americana. Alrededor había mesas, sillas y algún sillón de cuero. Los pocos clientes que había bebían, miraban a las chicas o conversaban con otras que, también en topless, estaban sentadas a su lado o, en muy pocos casos, sobre ellos.

Lenard le insistió para que tomara asiento junto al escenario.

—Ya verás, ya —dijo con voz pastosa y guiñándole un ojo—. Desde aquí se ve todo muy bien. Y si te gusta alguna de las nenas… ¡je, je, je! ¿Ves aquella puerta del fondo? —dijo señalando hacia una puerta pequeña que se veía detrás del escenario, al lado de los aseos—. Allí, donde está el maromo ese que parece un toro, pues da a un par de habitaciones. Te llevas a la que quieras y tú mismo, colega. Que te la chupen, te hacen una limpieza de sable que no veas. O te la follas. O lo que quieras, que cada uno tiene sus gustos ¿no? Porque te gustan las tías ¿no?

Jukka no pudo responder. Lenard, apenas terminó la pregunta, levantó una mano y emitió un sonoro silbido. Llegó una camarera. Una chica, joven, con un mechón de color rosa en el pelo rubio y con unos pechos enormes. «¡Joder!» pensó Jukka «Si es una chiquilla. Si apenas debe de llegar a los dieciocho o diecinueve años»

—Güisqui, monada, mucho güisqui —dijo Lenard—. Oye nena, ¿te vienes a la parte de atrás? ¡Estoy con un calentón! —dijo mirando a Jukka como tratando de justificarse— Necesito descargar ¡Joder!

—Un ruso blanco —dijo Jukka ignorando los comentarios de su compañero y mirando a la chica a los ojos quien le devolvió la mirada con una sonrisa.

—Ya verás ya. Hay una tía de por ahí el norte, creo que es báltica. Baila como los ángeles. Tengo unas ganas de tirármela. Lo mismo esta noche cae.

Jukka se encogió de hombros. La comparación con los ángeles le pareció bastante absurda. Llegó la camarera con las copas y Jukka no se lo pensó mucho, dio un largo sorbo a la suya buscando adormecer su consciencia —y su conciencia— hasta el punto de tener que buscar aire fresco. La excusa perfecta para salir de allí.

Comenzó a mirar el escenario, con mirada perdida y ausente. Ahora había una chica morena de cuerpo voluptuoso bailando y enredando su cuerpo en la barra. Quería ser sensual, pero algo fallaba. Esto distrajo a Jukka, que por un momento comenzó a darse cuenta de la mala calidad del vodka que llevaba su combinado. «Esto no es vodka. Podría ser anticongelante de coches. ¿Qué rayos estoy haciendo aquí? Este tarugo de Lenard me tiene harto. En cuanto pueda me largo y este ni se entera, con la borrachera que lleva encima».

Desvió su mirada al fondo, en dirección a donde le había indicado antes su colega. Se podía apreciar, a través de una cortina mal corrida, a una chica, que por única prenda vestía un tanga oscuro. Estaba arrodillada entre las piernas de un tipo que tenía la mirada perdida, por el movimiento de su cabeza no cabía duda de que estaba chupando el miembro del individuo. Jukka apartó la mirada. Empezó a sentir como el pulso le martilleaba las sienes. Siguió bebiendo observando con mirada ausente a las chicas que bailaban prácticamente desnudas.

Estaba pensando esto cuando sintió que unas manos femeninas le tocaban los hombros y le bajaban por el pecho. Una chica joven, con los pechos descubiertos y vestida únicamente con un tanga oscuro se sentó sobre las piernas de Jukka.

—¿Qué tenemos por aquí? ¿Un largo día de trabajo?

Jukka, con el vaso en la mano se quedó mirando a la chica. En su mente se hizo el silencio. Cesó la música, el ruido, el tintineo de los cubitos de hielo en los vasos, de las risas. Fue como si todo se hubiera detenido. Como si todo, además, fuera desapareciendo de su campo visual y solo tuviera el rostro de la chica delante de sus ojos.

—¿Jana? —dijo Jukka.

—¿Jukka? —dijo Jana.

Se quedaron mirándose en silencio. Por un momento su mente prestó atención a la música con la que estaba bailando una de las chicas. Como si tratara de encontrar lucidez y una explicación en

los versos que se escuchaban a todo volumen.

Forget your soul
You will be cursed
You won't make it
Forget your soul
'Cause now you know it´s mine
You Fool!!!

La voz de Lenard rompió la tensión.

—¡Anda, la hostia! ¿Os conocéis? ¡Joder Jukka que callado lo tenías! Si esta es una de las tías más buenas de este garito.

No escuchó el final de la frase. Jana se levantó y salió corriendo. Se apretaba los brazos contra los pechos. No miraba hacia atrás. Jukka salió tras ella, pero al llegar a la puerta por donde había entrado, uno de los porteros, una mole inmensa, se plantó ante él.

—¿Dónde vas calamar? —dijo con un acento extranjero que le resultó familiar.

Jukka reconoció al individuo, el que le había vapuleado en el piso de Jana. «¡Joder! De antiguo novio nada. Un sicario, un chulo» pensó. Acto seguido comprendió que no tenía nada que hacer. Mucho menos empezar a razonar con ese individuo. Nadie había notado nada. Todo seguía su curso. Una nueva chica bailaba en el escenario. Los clientes bebían y manoseaban a las chicas, Lenard estaba sobando a una rubia que se había sentado a su lado y que sonreía complaciente. «Mierda. Mierda. Mierda» se repitió Jukka en su mente.

Salió. Buscó el exterior igual que un náufrago busca una porción de tierra en medio del océano. El aire del exterior, cálido y húmedo, con olor a salitre se metió en su interior. Al principio sintió que se asfixiaba. Le quemaba. Poco a poco se calmó. Volvió a pensar con claridad.

Se metió en su coche. Arrancó y condujo. A toda velocidad tan solo percibía la luz de los coches que adelantaba. En su mente, mezclándose con las estrofas de las canciones que sonaban por la radio, se le aparecía una y otra vez la imagen de Jana.

Das Gift der Lüge lähmt mich immer noch,

Recordaba como la había visto entre las piernas de aquel anónimo individuo. Cómo se le había ofrecido a él mismo de manera voluptuosa.

seit ich in deine schwarze Falle Kroch.

Recordó las veces que le había mentido sobre su trabajo. Cobraron sentido las ausencias, los silencios, los cambios de humor.

Fühl mich lebendig unter deinem Joch,

Sintió una profunda sensación de engaño. Notó que algo se había roto en lo más profundo de su ser. Un anhelo, una esperanza, una ilusión. De cualquier manera, como quisiera llamarla acababa de quebrarse de manera rotunda e irreversible.

hör nicht auf, denn ich brauch dich.

Todo se le aparecía como una mentira. Un engaño perverso. Se sentía tan engañado, tan ridículo que luchaba por matar en su interior cualquier resquicio que tratara de buscar una explicación. La música parecía abrazarlo y explicarle lo incomprensible. Pero sabía que una canción no era la vida.

Ich weiß, das du lügst heut Nacht,
doch ich will das du weiter machst.

Sentía como se le desgarraba el corazón. La mente se la hizo añicos recordando cómo le había cautivado su juventud y el entusiasmo por las películas antiguas. ¿Qué había de cierto en eso?

Im Schutz der Nacht erscheint dein zweites Gesicht,

No podía dejar de imaginar cuantos hombres la habrían manoseado. Cuantas manos y bocas habrían recorrido su cuerpo. Cuántos habrían estado dentro de ella.

ich fühl mich fremd an deiner Haut.

Se había dejado cautivar por el entusiasmo de su juventud. Había depositado en ella las esperanzas de confiar en el amor.

Heut Nacht erwartet mich dein Jüngstes Gericht,

Pero su corazón estaba mudo. Dolorido. Herido. Quería morir. No podia escuchar su propio dolor, solo la música que retumbaba dentro del coche. A toda velocidad.

doch du entlockst mir keinen Laut.

En cuanto pudo se desvió hacia la autovía. Aceleró. Alcanzó los doscientos kilómetros por hora. La música resonaba dentro del coche. Había buscado una emisora que emitía rock. Necesitaba ritmo, riffs agresivos, letras desesperadas. Adelantó coches y camiones sin que parecía importarle la posibilidad de rozar contra alguno de ellos y salir volando hacia el arcén dando vueltas de campana. O acabar bajo el eje de un camión. Llegó a la salida del aeropuerto. La tomó y luego enfiló, sin reducir mucho la velocidad, en dirección a Urbanova.

Ich weiß, das du lügst heut Nacht,
doch ich will das du weiter machst.
Ich weiß, das du lügst heut Nacht,
doch ich will das du weiter machst.

Llegó al sitio donde le gustaba ir. Salió del coche. Se quitó los zapatos y anduvo descalzo por la arena. Llegó a la orilla y se sentó. Con una mano cogió arena y dejó que resbalara entre sus dedos. Era el gesto que había estado haciendo Jana cuando estuvieron en ese mismo sitio.

Jukka no pensaba en nada. Miraba el horizonte. Sabía que estaba ahí, a pesar de la oscuridad reinante. No había luna. El cielo y el mar formaban un único manto negro. Desolador. Siniestro. Pero Jukka no tenía miedo. Al fondo se veía el brillo de las estrellas, de algún mercante atracado en la bahía, las luces y el rugido de algún avión. A su izquierda estaba la línea de la costa. Iluminada por las ciudades, las calles, la vida que seguía su ritmo. Alicante, Playa de San Juan, Campello. Y en algún lugar de esas luces que se divisaban estaba Alfás del Pi. En una de esas luces estaba Jana.

22

Regresó del trabajo como de costumbre. Desde hacía cinco días que no veía a Jana. Desde el encuentro en el club. Al principio había ido a buscarla. En un par de ocasiones no había nadie. Pero en la última se dio cuenta que alguien miraba por la mirilla. Le pareció escuchar un sollozo. O es lo que quería imaginar. Decidió no volver. La única opción que encontró fue volver a su rutina. «Es lo único que me da seguridad. Ahí tengo el control de lo que pasa» fue la conclusión con la que trató de contentarse. Pensó en Helena. «Tampoco es una buena opción. Si mantiene vivo el pasado de su abuelo no es lo mejor».

Como cada día al volver tras la ruta cotidiana encendió el ordenador. Rellenó el informe y lo envió. Revisó el correo y luego fue a la cocina a preparar los fideos como de costumbre. Abrió una cerveza. En ese momento sonó el timbre. Cuando abrió no se lo creía. Era Jana.

—Hola Jukka. ¿Cómo estás?

—Bien. Si es que eso te importa algo.

—Jukka, yo… —comenzó a decir.

—Mira Jana, no tienes que darme explicaciones. No las necesito. No las quiero. Lo mejor es que cada uno siga su camino y olvidemos las ilusiones que hayamos podido hacernos. No sé si me molestó más verte en ese antro o sentirme engañado.

—Por favor… Jukka… —Jana estaba a punto de llorar.

—Lo siento —dijo él fríamente. Hizo el gesto de cerrar la puerta.

—Entonces —replicó Jana amagando un sollozo—, hazle caso a él.

Jana sacó el móvil de un bolsillo de su vaquero. Buscó algo y se lo enseñó a Jukka. Era un video. Se veía a un niño pequeño. De unos tres años. Rubio y ojos oscuros. El niño decía algo, pero Jukka no lo entendía. Hablaba en checo. Al final del video sí que se

entendió una palabra que repetía varias veces: “mami”. Durante todo el video se veía a alguien hablando con el niño. Esa persona aparecía al final del video. Un hombre de unos cincuenta años. Decía algo que tampoco comprendió, aunque sí creyó reconocer el nombre de Jana; luego terminaba el video. Jukka miró a Jana. Ella no lloraba. Tenía el semblante serio.

—Es… —comenzó a decir él.

—Mi hijo —concluyó Jana.

—Pasa. No te quedes ahí afuera —dijo Jukka invitándola a entrar.

Ella entró y fue hasta la terraza. Él la iba siguiendo tratando de poner en orden sus pensamientos.

—Jana, tu hijo no está con unos conocidos ¿verdad?

—No. Lo tienen ellos. Los que me obligan a trabajar de… —hizo un silencio y miró hacia el suelo—, de… puta.

— ¡Uf! —resopló Jukka.

—Te doy asco ¿verdad?

—No, Jana. No —dijo él.

Le cogió las manos y se las acarició. Luego le acarició la cara y la abrazó. Sintió como ella se estremecía mientras lloraba amargamente. A él también se le saltaron las lágrimas. De rabia e impotencia. Estuvieron varios minutos así. En silencio. Juntos. Luego, Jukka fue a preparar un par de infusiones.

Sentados en las sillas de la terraza, con más calma, Jana comenzó a contarle el resto de su historia.

—Cuando me quedé embarazada del profesor ya te dije que él se desentendió del tema. No quiso volver a verme. Estaba claro que yo no entraba en sus planes, que solo era una distracción. Mantener un hijo tampoco lo tenía en mente. Durante una temporada estuve pensando en no tener al niño. Pero, no sé, al final me decidí. ¿Por qué no? Me dije. Hay muchas madres solteras. Si ellas podían yo también. Pero no me iban muy bien las cosas. Tenía trabajos temporales y cuando ya estaba muy avanzado el embarazo no conseguía trabajo en ningún sitio. Algunas amistades me ayudaron. Cuando nació el niño era complicado. No podía trabajar y cuidarlo al mismo tiempo. No tenía mucho dinero. Y cometí un error. Volví a ver al profesor. Le pedí que me ayudara a buscar trabajo. Le prometí que no diría nada de nuestra relación, ni del niño. Que desaparecería de su vida. Estuvo de acuerdo. A los dos días me llamó y me dio una dirección donde ir. Tenía que ir con mi hijo y decir que iba de su parte.

Jana bebió de su taza. Guardó silencio y miró al horizonte. En

sus ojos había un brillo extraño. Una mezcla de resignación y odio. Jukka la observaba en silencio.

—Cuando llegué había otras chicas jóvenes. No sé cómo pasó, pero alguien se llevó a mi hijo. Me hicieron pasar a una habitación donde había varios hombres. Uno de ellos era el profesor. Yo no sabía lo que estaba pasando. Solo que de repente uno me cogió del cuello y me empezó a decir que tendría que hacer lo que ellos dijeran o mataban al niño. Yo me asusté, intenté gritar, pero no pude. Me dijeron que desde ese día yo era de ellos. Me dijeron que me iban a mandar fuera del país y que tendría que trabajar para ellos. En un burdel.

Jana hizo otra pausa. Miró a Jukka. Él la estaba mirando a los ojos. Unos profundos ojos marrones que estaban doloridos, cansados.

—Le imploré al profesor. Le supliqué que me dejara ir. Pero me ignoró. Uno de ellos le dio un fajo de billetes y se largó. Era uno más de la banda. Se dedicaba a seducir a chicas jóvenes como yo y acababa llevándoselas a los proxenetas. Luego, me cogieron, me quitaron la ropa a la fuerza y… mientras me decían lo que iba a tener que hacer con los clientes me… ellos me… uno tras otro… al mismo tiempo me…

Jukka abrazó a Jana. Ella respiraba agitada. Jukka podía imaginar por lo que había pasado. Pero por mucho que imaginara no podría sentir su dolor. Le acarició la nuca y enredó sus dedos en el pelo de ella. Abrazada a él Jana continuó hablando.

—En tres años he pasado por media Europa. Hace un par de años que llegué aquí. Hace unos meses me instalaron en el piso. Me controlan el teléfono, por eso no te llamo ni te contesto. No puedo tener internet en casa. Sé que mientras trabajo revisan mi piso de vez en cuando. Por miedo tampoco puedo pedir ayuda a nadie. Si se enteran matan al niño. A estas alturas ya no me importa bailar desnuda, o que me metan mano los clientes, ni tener que acostarme con ellos. He tenido que hacer cosas tan…

Jukka le puso el índice en los labios. Le cogió la cabeza con ambas manos y la miró de nuevo a los ojos. Jukka tenía la mirada enrojecida.

—Jana… lo has hecho por tu hijo. Por amor a tu hijo. No te culpes. Es injusto, es perverso lo que te han hecho. Pero no te culpes.

—Hace unos meses te conocí —Jana intentó sonreír—. Te has portado tan bien conmigo. Me siento tan bien a tu lado. Me gusta oírte contar tus miedos, tus historias de ese pasado que intentas

olvidar. Contigo he recuperado algo de lo que fui. Cuando te vi en el club estaba confusa. Primero pensé que eras como todos. Pero luego vi que ibas con un amigo, un cliente habitual. Vi cómo intentaste venir tras de mí y cómo te fuiste. Me sentí tan sucia.

Jukka se acercó a Jana. Con una mano volvió a acariciarle el rostro y el cabello. Comenzó a juguetear con su pelo. Finalmente le besó los labios.

—Jukka, no.

—Escucha tus sentimientos y después me dices que no.

—Pero Jukka soy una…

—Mujer de la que me he enamorado —Jana lo miró en silencio —. Déjame ayudarte. No sé cómo, pero quiero ayudarte.

—No creo que puedas. Aquí todo depende de una persona muy poderosa, quiero decir, muy bien relacionada. Tiene amigos políticos, abogados, jueces, gente influyente. Los he visto. Algunos son clientes habituales. Además, tú conoces a esa persona.

—¿Yo? —preguntó asombrado Jukka.

—La mujer que te saludó el día que fui contigo. En Calpe.

—¿Helena? —el asombro de Jukka era mayor.

—Ella posee una red de prostíbulos en toda Europa. Cuando me trajeron a España empecé en Madrid. En uno de esos clubs que están junto a la autovía —hizo una pausa como tratando de cauterizar los recuerdos que le venían a la memoria—. Hace un año que me trasladaron a Alicante. Al principio fue una locura. De un garito a otro en muy poco tiempo. Pasé por varios pisos. En serio la red que tiene montada esta mujer es impresionante. Ya estando en un club en Francia me habían hablado de ella y hasta donde llegaban sus conexiones. Pero fue aquí, en Alicante, cuando pude darme cuenta de su poder —dijo con un atisbo de odio en su mirada ante el denso silencio que guardaba Jukka—. Cuando llegué aquí no sólo tenía que trabajar en el club. De vez en cuando se organizaban unos encuentros especiales en una casa de campo.

—¿Dónde? —preguntó instintivamente Jukka.

—No lo sé —dijo ella encogiéndose de hombros—. Nos recogían en el club, nos metían en una furgoneta sin ventanas y nos trasladaban. Normalmente cuatro o seis chicas. Lo único que sé es que era una casa que estaba en medio del campo. Una casa antigua, de color rojo, rodeada de árboles frutales y palmeras. La parte de abajo solo tenía una cocina y una sala enorme donde había una mesa. Una habitación donde había comida y una puerta que daba a un patio. Nos dejaban salir un par de horas por la mañana a ese patio donde había un corral con gallinas y conejos. Si queríamos

usar el servicio había una especie de cobertizo con un agujero en el suelo. Ahí había que… ya sabes.

Jana hizo una pausa. Miró hacia el horizonte y guardó silencio. Jukka la miraba también en silencio. No se atrevía a hablar.

—Una pequeña escalera conducía a la parte de arriba —continuó Jana—. Había un recibidor y alrededor de él cuatro habitaciones con muebles de época. Realmente antiguos. Con cortinas de terciopelo verde. Podías oler la antigüedad de los muebles. A un lado del recibidor había un gran salón, con una mesa de madera también muy antigua. Una librería con libros viejos recorría una de las paredes. Sofás y sillas antiguas. Y, lo recordaré siempre, de las paredes colgaban fotos antiguas de los dueños de la casa. Debían ser de finales del siglo XIX. Me recordaban las que había visto en algún libro. Te hubiera gustado esa colección de libros —dijo ella mirando a Jukka.

—¿Quién sabe? —masculló él—. Lo mismo solo eran tontadas.

—Nunca nos permitieron entrar en el salón. Allí solo podían estar los clientes. No eran como otros. Se trataba de encuentros en los que se reunían políticos, empresarios, jueces. Gente que me suena de haberla visto más tarde en la televisión. Nosotras teníamos que estar en las habitaciones. Normalmente dos por habitación.

—Y… ¿qué es lo que pasaba? —preguntó tontamente Jukka.

—Te lo puedes imaginar —contestó Jana resignada—. Esta gente se reunía durante horas para hablar de sus negocios y sus asuntos que desde luego no eran muy limpios. Cuando les apetecía, venían a una de las habitaciones y follaban con nosotras. Con una o con las dos. Podían hacer lo que quisieran y nosotras a cumplir sin rechistar. Pero desde hace unos meses eso se acabó. La última vez fue tan… asqueroso… lo que sucedió que creo no han vuelto a organizar nada. No me han llevado más y tampoco tengo noticia de que alguna de las otras chicas haya ido.

— ¿Sabes qué pasó? —preguntó Jukka curioso.

—Ese día, como de costumbre nos recogieron. Había una mujer a la que no conocíamos. Tendría unos cuarenta y pocos años. De camino nos explicó que estaba allí por un asunto de una deuda de su marido. Nos dijo que su marido había hecho un negocio con la señora Härma y no había salido bien. Así que ella iba a trabajar de camarera en una casa de campo que ella tenía.

—¿No sabes de qué se trataba el negocio? —interrumpió Jukka.

—No. Nos dijo nada. Tan solo que para cubrir parte de la deuda iba a estar de camarera en uno de los negocios de Härma. Recuerdo que las otras chicas y yo nos miramos extrañadas. Cuando llegamos,

como de costumbre nos preparamos y fuimos a las habitaciones. Nos extrañó que ese día estaba Kalju —Jana miró a Jukka antes de continuar—. Tú lo conoces, el día que intentaste defenderme en el apartamento y también del día del club.

—Ya. Menuda bestia.

—Ese día estaba esperando. Se reunió con todos los que habían ido allí y mantuvo una corta conversación con ellos. Luego hizo entrar a esa mujer en el salón. Ella pensaba que iba a ocuparse de servir copas y la cena. Lo que pasó después… —hizo una pausa y miró de nuevo hacia el horizonte—. La oímos gritar toda la noche. No sé qué habría hecho el marido, pero te aseguro que a ella le hicieron de todo por orden de Helena. Fue aterrador. Oíamos sus gritos y sus súplicas. Esa noche, a nosotras no nos tocaron; se cebaron con ella. Cuando nos fuimos la mañana siguiente ella seguía en la casa. Supongo que la tendrían allí todo el fin de semana. Desde luego nunca supe nada más de esta historia. Jukka —dijo ella con temor en la mirada—, tengo grabada una imagen en la memoria. No la puedo olvidar. Esa noche, hubo un momento en el que salí de la habitación para ir al baño. Habían dejado entreabierta la puerta del salón y pude ver como uno de ellos le sostenía las piernas en alto mientras la penetraba. Otros la agarraban de los brazos y la manoseaban mientras se reían a carcajadas. A ella ya no se la oía gritar. El que en ese momento la estaba violando, según me comentaron las otras chicas, era un conocido empresario relacionado con varios alcaldes de la provincia —de nuevo Jana guardó silencio un instante—. Ya puedes imaginar que no iba a trascender nada de lo que estaba ocurriendo.

Jukka recordó por un instante una de las noticias que había visto en un periódico mientras revisaba datos sobre Helena. La de un cuerpo de mujer carbonizado que se encontró en una acequia de Dolores, crimen del que no volvió a encontrar referencias. Por su mente pasó una única palabra.

—Abyecto —dijo Jukka en voz baja.

—Creo que me reconoció el día que nos la encontramos en Calpe —dijo Jana—. Pero por suerte para mí, y lo sabemos todas, no quiere tocar a las eslavas. Nada de rusas, polacas, checas… Solo se lleva a las lituanas o las letonas. Excepcionalmente alguna bielorrusa.

—¿Pero ¿qué…?

—Para acostarse con ellas. Luego no las volvemos a ver.

—Demasiada perversión —dijo con tono sombrío. Entonces recordó todo lo que había leído en los documentos que había

fotografiado. El relato de Heino Härma. Entendió los apuntes sobre negocios. Entendió la lista de nombres. Por un instante todo cobró sentido. Mientras, Jana miraba al horizonte.

—Bueno, Jukka. Me voy. No quiero molestarte más. Me ha encantado conocerte, pero no quiero hacerte daño. No puedo tener vida propia ni tampoco una relación contigo —dijo mientras entraba en el piso para dirigirse a la puerta.

Jukka fue detrás de ella. La cogió de la mano y la hizo girar hacia él. Ella no se lo esperaba.

—Quédate esta noche. ¿Puedes?

—Hoy no trabajo, pero… no creo…

—Te amo.

—¡Jukka!

—Quédate. Veamos una película. Quédate dormida si lo necesitas, pero quédate.

—Yo… no sé… ¿qué piensas de mí?

—Te amo. Es todo. No preguntes más.

Jana se abrazó a Jukka. Se besaron. Ella le cogió el rostro con las manos y lo besó con fuerza en los labios. Saborearon sus labios. Sus lenguas se enredaron. Ella comenzó a acariciar el pecho y la espalda de Jukka. El comenzó a hacer lo mismo. A trompicones llegaron al dormitorio. Entraron sin dejar de estar abrazados ni dejar de besarse. Jukka comenzó a quitarle la ropa a Jana. Ella hizo lo mismo. Desnudos, en la cama, se besaban, se rozaban. Dejaban que cada parte de su piel encontrara una sensación placentera. Jana comenzó a besar el pecho de Jukka y comenzó a descender besándolo suavemente. Cuando ella llegó al vientre de Jukka, él la detuvo.

—Espera —dijo él—, quiero de disfrutes.

La tumbó en la cama y fue él quien comenzó a recorrer su piel con besos suaves. Ella comenzó a gemir, aunque su cuerpo estaba en tensión. Jukka acariciaba el cuerpo de Jana, con suavidad, como si tuviera entre sus manos un objeto muy valioso, bello y frágil. Se deleitó con el aroma de su cabello. «Huele a tierra mojada. El aroma de la fértil tierra mojada tras la lluvia» pensó Jukka. Luego saboreó su piel, recorriendo su cuerpo. Jana gimió y agarró el pelo de Jukka con fuerza cuando él rozó con la lengua su entrepierna. Se relajó y se dejó llevar por una placentera sensación. Solo podía sentir a Jukka y percibir el color blanco del techo. La inundó una gran sensación de paz que culminó con un escalofrío recorriéndole el cuerpo. Hacía años que no se sentía tan relajada.

Jana se incorporó. Volvió a besar a Jukka sintiendo cada

movimiento de su lengua dentro de su boca. Saboreándolo. Luego tumbó a Jukka sobre la cama y se sentó a horcajadas encima de él. Lo miraba y sonreía como hacía mucho tiempo que no había sonreído. Comenzó a besarlo de nuevo mientras lo acariciaba. Él también la acariciaba. Se rozaban. Se movían buscándose el uno al otro. Cuando sintió a Jukka en su interior gimió y susurró.

—Jukka, miláčku, miluju tě.

Se abrazó a él. Se movieron con calma, besándose, sin ser conscientes del tiempo. Cuando llegó el momento final sintieron paz y tranquilidad. Se durmieron abrazados.

En el exterior se oían los grillos. Hacía una noche calurosa y húmeda, la leve brisa que corría únicamente aumentaba esa sensación. Jukka y Jana descansaban. Dormidos. Desnudos. Abrazados. Por un momento habían acabado con sus respectivos demonios del pasado. ¿Los dejarían en paz los demonios?

Cuando amaneció, Jukka se despertó y vio que Jana no estaba en la cama. «Se ha ido» pensó decepcionado. Pero inmediatamente escuchó ruido en la cocina. Se vistió y se acercó. Encontró a Jana preparando el desayuno.

—Te he preparado café y unas tostadas. No sé si he acertado —dijo sonriendo y chupando un dedo manchado de mermelada.

—Está bien, gracias. No tenías que haberte molestado —añadió él acercándose y abrazándola. Ella lo besó.

—¿Qué vamos a hacer Jukka? —dijo ella sin dejar de abrazarlo.

—Es complicado. Tengo que pensar algo.

—Pero ¿qué?

—No sé. Necesito algo de tiempo… y lo voy a pasar fatal.

—¿Por qué?

—Cada día que vayas a trabajar va a ser un infierno para mí. Pensar que vas a estar… —no pudo terminar la frase.

—Yo… —empezó a decir Jana bajando la cabeza.

—Piensa solo que te amo —al decirlo Jana sonrió—. Ahora tengo que irme a trabajar. No puedo tomarme el día libre. Por favor. Quédate aquí. Intentaré llegar pronto.

—Pero esta noche tengo que ir.

—¡Uf! No importa. Ya buscaré la manera de arreglar esto.

Camino de Villena Jukka detuvo el coche en la gasolinera de Elda. Estuvo pensativo un buen rato. Finalmente se decidió. Cogió el teléfono y buscó el número de Helena. La llamó.

—¿Helena? ¿Te pillo ocupada? Vale… Bien. Oye, me gustaría verte. Tengo ruta en Calpe dentro de un par de días. ¿Podemos vernos para comer? Perfecto… sí claro, yo invito. Ajá, si a las dos y

cuarto me parece buena hora… Sí… Te llamaré un poco antes. Perfecto. Adiós, cuídate.

23

No fue el mejor día. Las visitas que hizo se le antojaron una auténtica estupidez. Ni siquiera le motivó que fuera la ruta de Villajoyosa – Altea, que siempre le gustaba por estar viendo el mar continuamente. Se sentía abatido. De manera automática exponía los pormenores de la promoción mensual y en cuanto le era posible se marchaba. Con mucha desgana tomó nota de los datos que necesitaba para el informe diario. Sentía un extraño vacío en la cabeza, como si su mente estuviera flotando. La boca reseca y un constante dolor punzante en el pecho. Un sudor frío recorría su espalda y le molestaba cuando estaba en el coche. En más de una ocasión se distrajo al volante y casi se sale de la carretera en una de las innumerables curvas que a diario solía atravesar con total normalidad.

Cuando por fin terminó la ruta Jukka no perdió ni un minuto. Condujo hasta Calpe a toda velocidad. Nunca había ido tan rápido por la carretera de Moraira. Sin perder la calma cambiaba de marcha, reduciendo, aceleraba y volvía a cambiar de marcha. Aprovechaba cualquier resquicio para adelantar a algún turismo que tuviera delante. Esperaba no encontrarse con ninguna patrulla de la Guardia Civil, no tanto por la multa y retirada de puntos sino por el tiempo que perdería. Quería llegar cuanto antes a la cita que tenía con Helena. Al pensar en ella automáticamente pensaba en Jana. A su memoria venía la imagen de ella en el club. La imaginaba bailando desnuda, entrando en la habitación con algún cliente borracho. También recordó su noche con ella, en su piso, con calma y tranquilidad.

Llegó al parking del puerto y estacionó el coche. Tenía tanta prisa que ni detuvo el motor. Directamente dejó que se calara. Salió con prisa en dirección al restaurante donde había quedado con Helena. Por el camino se recogió bien el pelo y se hizo una cola.

Cuando llegó al restaurante Helena ya estaba allí sentada, tomando un vermú, mirando en dirección al mar o eso parecía ya que se había puesto unas grandes gafas de sol oscuras. Por este detalle Jukka se dio cuenta que la conversación no iba a ser fácil. Intentó mantener la calma y mientras se acercaba no dejaba de pensar en Jana. En cómo ayudarla.

—Hola Helena —dijo al llegar junto a ella y sentándose en una silla frente a ella.

—Hola Jukka. Hace un bonito día, ¿no te parece? —dijo Helena señalando las nubes que se acercaban desde el mar.

—Sí, el día perfecto —añadió Jukka mientras pensaba en la cantidad de veces que había explicado en sus clases de cine como la lluvia precede al castigo.

—Tú dirás Jukka. ¿Qué quieres contarme?

—Bien. Pues no sé muy bien por dónde empezar.

—Por el principio sería una buena idea —dijo con tono sarcástico— ¿No te parece? ¿Te pido algo para que te ayude a aclarar las ideas?

—No, déjalo. Muy amable por tu parte.

—Estimado Jukka, empieza porque no tengo toda la tarde.

—Vale. ¿Te acuerdas el día que nos encontramos aquí? Hace unos cuantos días. Yo estaba con una chica.

—¡Ah, sí! Tu novia. Muy mona, un auténtico bombón —dijo relamiéndose los labios humedecidos por el vermú del vaso.

—Sí, ya…

—¿De verdad es tu chica o solo follas con ella?

—Helena por favor —dijo Jukka molesto por el comentario.

—Disculpa. Sigue.

—Bien, pues ella es… una especie de empleada tuya.

—No me suena de la oficina.

—Helena, sabes de lo que te estoy hablando ¿verdad?

Ella se quitó un momento las gafas y miró a Jukka directamente a los ojos; una mirada fría, dura, sin piedad.

—Claro que lo sé —dicho esto volvió a ponerse las gafas—. Si pudieras ver lo patético que te ves. El pobre y atormentado Jukka Lehto. El repartidor de gorras y balones, el absurdo tipo que no tiene coraje para enfrentar su pasado, refugiado en un mundo ilusorio de películas y arquitecturas ficticias y que no tiene ni idea del mundo en el que vive. Jukka, el tonto y simple, que se ha enamorado de una puta.

—Helena…

—Pudiste tener algo mejor. Lo sabes bien. Te hubiera ofrecido

todo. Empezando por mí. Pero preferiste a esa puta —cuando dijo esta palabra elevó el tono de voz para que los pocas personas que estaban en la terraza pudieran oírlo—. ¿Qué quieres? ¿Qué libere a tu puta?

—Helena, por favor deja de emplear esa palabra.

—¿Cuál? ¿Puta? Eso es lo que es. Dinero a cambio de sexo.

—Obligada.

—¡Una mierda! —dijo dando un golpe en la mesa—. Es una puta eslava. Son todas iguales. Solo sirven para abrirse de piernas y cobrar.

—Porque gente como tú las obligáis, las amenazáis… No tiene sentido que continúe hablando contigo.

—Sí, sí lo tiene. Continúa —dijo ella en tono condescendiente.

—¿Existe alguna manera de que deje el trabajo?

—¿Qué ofreces a cambio?

—¿Cuánto quieres?

—Si te digo nueve mil euros ¿los tendrías?

—Sí.

—Quince mil.

—Vale.

—Treinta mil —dijo tras un largo sorbo de su vaso.

—Helena… por favor.

—¿No los tienes? Pobre Jukka y pobre de su puta —rio de manera sarcástica—. ¿Sabes? No se trata de dinero. Si quisiera podría venderla por un céntimo.

—¿Por qué no quieres?

—Porque no quiero. Así de simple. Hay una manera, no obstante.

—¿Cuál?

—Una vida por una vida. La tuya por la suya.

Jukka se quedó mudo. No esperaba esta condición. Había pensado que con una buena cantidad de dinero podría arreglar el asunto. ¿Estaba dispuesto a este trato? ¿Por una mujer a la que amaba pero que sólo le había creado problemas? Fue entonces cuando recordó las palabras de Freedman «Que la cuidara. Hasta con mi vida. ¡Ah, David! ¡Cómo has acertado!».

—De acuerdo —le dijo a Helena.

—¿Qué? —dijo ella sorprendida— ¿Estás loco?

—Conforme. Su vida por la mía.

—Un héroe idiota —dijo Helena y comenzó a reír.

—Su hijo.

—¿Cómo?

—También debes dejar a su hijo.

—Una vida por otra vida. Encuéntrala y será libre.

—¿Cuándo?

—Tres días. El sábado. Al mediodía. Ahí arriba lo solucionaremos —dijo Helena señalando la cumbre del Peñón de Ifach.

—De acuerdo.

—Por cierto. Toma —dijo Helena alargándole un teléfono móvil — Cógelo. Es para ti.

—¿Y eso? Tienes mi número.

—Es el móvil de tu puta. Ella ya no lo necesita. Así tampoco podrás llamarla.

—Que hija de puta eres Helena.

—Ya… qué cosas ¿no? —dijo con indiferencia—. Por cierto. Tampoco te molestes en ir a visitarla al piso. Ya no está allí. La verdad es que ese tipo que nos la dio no sé por qué nos pidió tanto trato de favor. Pero bueno, es uno de nuestros mejores proveedores. Tú también podrías serlo, de no haber dejado que te ganaran tus demonios.

—Te aseguro —dijo Jukka manteniendo la calma a pesar de todo— que vas a conocer a mis demonios.

Jukka se levantó y se dispuso a irse. Pero antes de alejarse quiso decirle algo.

—Helena. Tu abuelo hizo un buen trabajo contigo.

—¿Qué sabrás tú de mi abuelo?

—Todo. Sus recuerdos, su colección de arte, el relato de su vida y como te educó. Cómo enviaba dinero a organizaciones neonazis y como tú has seguido con esa actividad y otras. Todo ese odio irracional que es lo que te hace vivir.

—El día que estuviste en mi casa… ¡Serás cabrón! —dijo Helena mirando con desprecio a Jukka. Luego, dando un nuevo sorbo a su bebida, comenzó a hablarle con calma y tranquilidad—. Ya que sabes tanto de mis negocios te voy a ilustrar con algunos aspectos que desconoces. Referidos a contactos que tengo. Al final a ver si adivinas por qué te lo cuento.

—Escupe tu veneno —exclamó Jukka, al tiempo que volvía a sentarse.

—Buen intento, pero me han dicho cosas peores —Helena volvió a beber y se humedeció los labios—. Todos esos negocios que has descubierto no podría llevarlos adelante si no fuera por la ayuda y la connivencia de ciertas personas muy bien posicionadas. Los lacayos del poder. Sabes a lo que me refiero ¿verdad? Abogados,

jueces, comisarios, concejales, consejeros, directores generales, ¿sigo o te haces una idea? La lista es inmensa. Y desde luego no estamos hablando solo de negocios como el de tu puta.

—Ya. ¿Por qué me cuentas todo eso?

—Para que te hagas a la idea de que no vas a poder pedirle ayuda a nadie. Aunque pongas una denuncia, acabará cruzándose en el despacho de alguien que tiene más de un motivo para callar y mantenerse al margen. O que me debe un favor.

—Entiendo.

—En serio Jukka —dijo Helena volviendo a beber—. Te has metido en un lío. Te aseguro que no me costaría nada llamar a alguno de esos descerebrados que mando a reventar manifestaciones para que se encargue de ti.

—¿Sicarios? ¿Manifestaciones?

—Mira que eres tonto cuando quieres. ¿Hace falta que te explique que en ocasiones algunos grupos políticos me encargan que envíe a alguno de mis chicos para que destrocen algo de mobiliario urbano o que apaleen a algún policía mientras gritan consignas que los hace ver como violentos de signo contrario? Seguro que lo has visto en alguna película.

—Sí, claro, desde luego. Me parece demasiado perverso.

—Venga, Jukka, ilústrame con alguna de tus películas extrañas.

—No, a ti no.

—¿A mí no? —Helena abrió los ojos con un gesto de sorpresa— ¡Ah! ¡No! ¿No me digas que a tu chica le gusta el cine? ¡Joder! ¡Una puta cinéfila! —Helena comenzó a reír a carcajadas—. Pues te prometo un final digno de tus queridas películas. Por cierto, ¿te ha contado por qué estaba en ese piso?

Jukka la miró a los ojos, no quería decir nada, esperaba que Helena la dijera la verdad.

—El belga que nos la vendió me avisó que iba a pasar una temporada aquí. Cuestiones de trabajo, ya sabrás que es profesor —dijo Helena riendo—. Me pidió tenerla a su disposición una temporada. También que la pusiera en un piso discreto así podría visitarla y follar con ella cuando quisiera. Le dije que de acuerdo pero que al mismo tiempo debería acudir a su “trabajo habitual”. El tipo estuvo de acuerdo. El belga me dijo que quería una zona de playa así que mira por dónde, que casualidad, acabamos alquilando un piso en el mismo edificio donde vives. Le dejamos muy claro a esa puta, a tu novia, que nada de llamadas, ni de internet ni cosas por el estilo. Ella sabe muy bien lo que puede pasar si desobedece.

En ese momento Jukka recordó al tipo que se encontró hace

tiempo esperando el ascensor. Ese debía ser el belga. El tipo que arruinó la vida de Jana y que, por desgracia, aún seguía haciéndolo.

—Eres despreciable— murmuró Jukka.

—Lo sé. Me lo han dicho muchas veces. Alguno de los que lo han dicho ha acabado en el fondo del mar. Envuelto en plásticos y con cinta de embalar. O cosido a balazos. Como los rusos en su maldita iglesia.

—Lo de Altea fue cosa tuya.

—Por supuesto —dijo con expresión fría—. No voy a dejar que lleguen y empiecen a quitarme lo que he conseguido organizar durante tantos años. He dedicado mucho tiempo a establecer contactos, a buscar un sitio para mis negocios; para que ahora lleguen estos rusos salidos de la nada y me quiten lo que me corresponde. De eso nada.

—¿Por qué los odias tanto? ¿Te lo enseñó tu abuelo? Su guerra terminó hace mucho tiempo. La perdió.

—¿Qué sabrás tú? —replicó Helena sin apenas dejar que Jukka terminará la frase—. Uno de esos malditos rusos mató a mi abuelo. ¿Te queda claro?

—Morata —murmuró Jukka—. "Manolito" Morata.

—¿Tú cómo sabes eso? —se preguntó Helena para contestarse a continuación—. Ya. Tuviste tiempo de leer todo lo que me dejó escrito mi abuelo.

Jukka se encogió de hombros.

—Ya que eres tan curioso, y ya sabes que la curiosidad mató al gato, te contaré como fue. Morata se dio cuenta de las actividades de mi abuelo. Cómo enviaba dinero a organizaciones y partidos que habían tomado el relevo de la causa iniciada por el Tercer Reich. Sufragaba actividades subversivas en los antiguos territorios soviéticos. Movimientos clandestinos destinados a combatir y hacer caer el comunismo. Por todos los medios.

—Pero esos países eran, y son eslavos, ¿no es un contrasentido?

—No me interrumpas —dijo Helena mirando a Jukka con odio —. ¿Y? Lo que importaba era el resultado. Acabar primero con la ideología, con su partido. Luego, ya vendría el momento de acabar con ellos. Pero surgió esa maldita Unión Europea cada vez más grande. Dejando entrar a todos. Bien. Un buen día Morata estaba esperando a mi abuelo. Llegaba de trabajar y lo esperó escondido en la entrada de casa. Yo lo vi todo. No estaba en Valencia estudiando, coincidió que estaba en Calpe. Y ese maldito ruso le disparó un único tiro. En la nuca. Luego huyó.

—Un nazi menos —interrumpió Jukka buscando enfadar a

Helena.

—Buen intento —dijo ella esbozando una mueca entre sonrisa y desprecio—. Pero te recuerdo que vas a pagar por eso y por más.

—Todos pagaremos tarde o temprano.

Helena cogió de nuevo su copa y de un trago la acabó. Miró a Jukka. Se dio cuenta que estaba confuso. Intentaba mantener la serenidad, pero notó como le palpitaban las venas del cuello.

—Cuando tengas conciencia de que estás solo ya veremos si mantienes tanta entereza, Jukka Lehto.

—Ya puestos —dijo él—, para terminar de enterarme de todo. ¿Las chicas? ¿Son las que te tiras una vez al mes?

—¡Cabrón! —gritó Helena—. ¿Quién te lo ha contado? ¿Esa novia puta que tienes?

—¿Qué pasó con Inga? —interrumpió Jukka ignorando el enfado de Helena—. Algo salió mal ¿no?

—Lo que a mí me guste es asunto mío —comenzó a responder Helena intentando sosegarse—. Era una tullida. Tenía mal una pierna y era medio retrasada. También iba drogada, tanto que la muy puta se murió en la casa. Ya te puedes imaginar. La basura de ese tipo acaba en el mar.

—¿Wageman?

—Ese tema ya sabes que…

—Helena, después de todo lo que me has contado poco importa que me expliques cómo os conocisteis y qué hubo entre vosotros. En definitiva, si no hubiera sido porque él me pidió que te buscara nunca te habría conocido. Ni para bien ni para mal.

—Tienes razón —dijo Helena esbozando una mueca que pretendió ser una sonrisa—. Si no es por él no nos conocemos. Es muy sencillo, lo conocí por casualidad. Un día en un supermercado, uno de esos que tú visitas. Él estaba allí, supervisando las promociones. Ahora que lo pienso, estaría supervisando tu trabajo, mira que casualidad.

—Puede ser. Era parte de su trabajo —interrumpió Jukka.

—Fue una situación de lo más normal. Nos miramos. Él se acercó y comenzó a hablar conmigo. Acabamos quedando para ir a cenar. Repetimos varias veces hasta que un día lo llevé a casa. Iba a acostarme con él, pero al final todo se acabó.

—¿No estaba a la altura de tus necesidades? —dijo Jukka en tono impertinente.

—Era judío.

Jukka se quedó asombrado y paralizado por la respuesta. Imaginó la situación y la cara de desprecio de Helena al ver a un

circuncidado Wageman. Helena se dio cuenta que Jukka la miraba con rabia contenida.

—No iba a dejarme humillar por él —dijo Helena como tratando de responder a las confusas preguntas que se estaba haciendo Jukka.

—Absurdo. Irracional y absurdo —dijo Jukka—. Toda esa mierda del antisemitismo llevó a tu abuelo y sus camaradas a perder una guerra y a dejar un reguero de muerte y destrucción en Europa. Aquello acabó.

—No necesariamente —apuntó Helena—. Durante años me he dedicado a financiar grupos y organizaciones que mantienen la lucha contra el comunismo y el sionismo.

—Claro, con la fortuna de tu abuelo.

—Exacto. Ya que te tomaste la molestia de espiar entre las cosas de mi casa sabrás que no me faltan medios para hacerlo. Si puedo contribuir a frenar el avance de esos dos grandes males lo haré sin pensarlo.

—Estás loca Helena. ¿Comunismo? Mira como ha acabado todo. No hay más comunismo, el bloque comunista desapareció. ¿Sionismo? ¿De verdad crees en esas bobadas conspiranoicas? Mira como está Oriente Medio.

—Piensa lo que quieras. Tengo mis ideales y lucho por ellos.

—¿Sabes que Wageman tuvo un accidente? —preguntó Jukka cambiando de tema.

—¿Qué te hace pensar que fue un accidente?

—¡Joder! —exclamó Jukka—. ¡Has sido tú!

—No aprendes Jukka. Él me humilló. Me engañó. No contento con eso te envió para seguir acosándome. Era cuestión de tiempo que pusiera las cosas en su sitio. Por cierto: no ha habido búsqueda del conductor del camión, ni del vehículo. Nada de nada. Sabes porqué ¿verdad?

—Lo imagino —dijo Jukka contrariado permaneciendo en silencio un instante. Luego, mirando a Helena a los ojos le hizo una pregunta —. Tengo una última curiosidad, que llegados a este punto no tendrás reparo en responder.

—Tú dirás.

—¿Qué pasó con esa mujer? La que llevaste engañada a esa casa de campo donde tus amigos abusaron de ella.

—Veo que tu puta no ha sabido tener la boca cerrada —dijo molesta—. Muy sencillo. Un cliente. Me encargó la construcción de su mansión, con vistas al mar. Pero a mitad de obra me vino con el cuento de que no podía pagar la obra. Que adaptara el proyecto a

su nuevo presupuesto.

—¿Y por eso te vengaste? Lo podías haber arreglado de otra manera.

—A mí nadie me toma por imbécil. Nadie.

—Pero algo salió mal y acabó muerta.

—¿Qué te hace pensar que acabó mal? Acabó como tenía que acabar. El recibió una grabación de video muy interesante.

—Lo que luego le hizo pagar.

—No. No pudo. Realmente estaba arruinado. Pero te aseguro que no siempre el mar devuelve lo que se le arroja —acabó sentenciando Helena con tono indiferente.

—Eres pura maldad —dijo Jukka.

—Si eso te hace feliz, llámalo así. Pero, volviendo al tema por el que me has citado, te recuerdo que estoy muy ocupada y no puedo perder el tiempo, te recuerdo que lo que le pase a tu puta no va a importarle a nadie.

—Algún día —dijo Jukka señalándola con el dedo—. Algún día, nos veremos en el infierno.

—¡Huy qué miedo! —rio Helena—. Mira como tiemblo.

Jukka se levantó. No vio como el gesto de Helena se transformaba en desprecio. Se metió en el coche. Arrancó, pero no supo dónde ir. Miraba el panel de instrumentos, con las manos en el volante y escuchando el ronroneo del motor. Una terrible sensación de impotencia es lo único que recorría su mente. Quería hacer algo, pero no sabía cómo. Comenzó a sentir su respiración acelerada. Solo tenía claro que Helena tenía los recursos suficientes para hacer que la vida de Jana, y la suya, se convirtiera en una pesadilla.

Condujo hasta la playa de San Juan. Necesitaba volver a un lugar en el que se sintiera tranquilo y a salvo. Cuando salió del coche se quedó mirando la imponente mole del edificio. Siempre, incluso cuando era un niño, se le había antojado como una gran pantalla que recogía la brisa y el aroma del mar, así como el sol del amanecer evitando que llegara a los edificios y personas que se encontraban detrás de él. Era como si hubiera algo siniestro en la disposición del edificio. Un intento por privar a otros del beneficio del amanecer. Con la mirada buscó la terraza de su piso y, justo dos terrazas a la izquierda, se encontraba el piso de Jana.

Dudó. No sabía si subir a su casa y enfrascarse en una divagación sin sentido mirando desde la terraza o bien caminar por la playa. Ganó esta segunda opción. Bajó por la avenida de Holanda hasta la playa. Mientras caminaba se percató que comenzaba a soplar una brisa de levante que iba ganando en intensidad. A lo

lejos, sobre el mar, unas nubes espesas, densas y de color plomizo, se comenzaban a arremolinar. En cuestión de minutos estarían sobre los edificios y con toda seguridad descargarían la típica tromba de agua que anegaría todo inundando buena parte de las calles. Jukka identificó a lo lejos, donde estaban las nubes, el manto translúcido que dejaba la lluvia; con una apariencia semejante a un velo de seda.

Cuando llegó al paseo se sentó en la muralla. Mirando hacia el mar. Una mujer rubia, de aspecto eslavo, apremiaba a su hija para que bajara de un columpio. «La tormenta se acerca y lo lógico es refugiarse en el hogar» reflexionó Jukka mientras veía como la mujer ponía unas zapatillas a la niña. Luego se alejaron deprisa.

Jukka comenzó a mirar la arena. Intentaba no pensar, pero le dolía no hacerlo. Estaba absorto. Tanto que no notó las primeras gotas de lluvia que comenzaron a caer. Tampoco sintió el viento que le arrojaba el agua a la cara como si de pequeños alfileres se tratara. Al cabo de unos minutos su rostro estaba empapado; le chorreaba el agua por el pelo y la perilla. Estaba concentrado. Sentía el peso de cada idea dentro de su mente. Intentaba razonar, pero no llegaba a ninguna conclusión.

—¿Se encuentra usted bien? —escuchó que le preguntaba una voz femenina.

Jukka se giró, con el pelo mojado sobre la cara. Frente a él una policía lo observaba. Unos metros detrás de ella, en la zona de tráfico del paseo, permanecía estacionado un coche patrulla con el motor en marcha y un policía que no dejaba de mirar.

—Sí —dijo Jukka—, estoy bien. No pasa nada, es usted muy amable. Tenía que… pensar un rato.

—Pues no parece que sea el mejor momento ¿no le parece? —le dijo amablemente la policía.

Jukka miró confuso a su alrededor. Se dio cuenta de que estaba empapado. Se levantó y señalando en dirección al edificio donde vivía acertó a decir una frase.

—Me voy a mi casa. Está ahí.

Comenzó a caminar mientras la policía se metía de nuevo en el coche y lo observaba mientras se alejaba.

—¡Vaya tajada lleva ese! —dijo el policía mientras subía el cristal de su ventana.

—Me da que es un pobre diablo atormentado por algo. Pobre —replicó su compañera—.

24

Sonó el despertador. Como cada mañana. La diferencia es que apenas había dormido un par de horas. Había pasado casi toda la noche trasladando las películas y libros al salón y desmontando las estanterías de la habitación pequeña. Pensó que con algo de ejercicio se cansaría para poder dormir. Apenas dos horas de sueño. Inquieto.

Se preparó un café bien cargado. Sin azúcar. Miró por el ventanal del salón mientras los rayos del sol le calentaban el rostro. Su mente seguía bloqueada sin saber que hacer. «Si al menos pudiera contárselo a alguien. Pero tanto cambio. Tanto huir una y otra vez de mí mismo me ha convertido en un solitario. Si hubiera ignorado aquella llamada hace años. Si hubiera dejado que Arantxa me dijera lo que sentía y yo a ella. Si le hubiera dicho a Lorena que la quería. Un continuo "¿y sí?". No tiene sentido plantearse que hubiera ocurrido si en el pasado hubiera hecho o dicho algo diferente. Demasiado tarde. No hay nadie». Apuró la taza de café momento en el que tuvo un atisbo de lucidez. «David. David Freedman. Al menos a él se lo puedo contar».

Condujo siguiendo la costa, por la carretera nacional. Llegó finalmente a Xàbia. Se dirigió a la tienda de David Freedman. Este se asombró al verlo llegar, pero en cuanto vio la cara sombría de Jukka intuyó que algo no marchaba bien. Se acercó a él señalándole un par de sillas que tenía en la entrada de la tienda, bajo un toldo verde que protegía el escaparate del sol de levante.

—Hola Jukka —dijo mientras se sentaba—. ¿Problemas?

—Hola David. Sí. Disculpa que haya venido aquí. No quiero molestarte. Tan solo ver pasar las horas en compañía de alguien.

—Hmmm. ¿Tu chica?

—Algo así. ¡Joder David! No sé por dónde empezar.

Finalmente, tras unos segundos de silencio, Jukka comenzó a explicarle a David cómo había conocido a Jana. Cómo se había enamorado de ella poco a poco. Su especial conexión y sensibilidad

para apreciar una película antigua. Le contó también la mentira de un trabajo que no existía y la realidad de un trabajo en un club de carretera. También le expuso todo lo que sabía sobre Helena: sus negocios clandestinos y la imagen pública que transmitía, la de una respetable arquitecta. Le relató la lectura que había hecho de las memorias de Heino Härma y como había educado a su nieta quien había mantenido el espíritu ideológico del abuelo, aunque derivando hacia terrenos delictivos. Por último, le contó como Helena había acordado liberar a Jana a cambio de la vida de Jukka, pero no así la de su hijo.

Cuando acabó, David estaba en silencio. Miraba a Jukka fijamente.

—No sé qué hacer, David. No lo sé.

—¿Qué te dice tu corazón?

—Que la ayude. Y a su hijo.

—¿Y la razón?

—La amo. No hay conflicto en eso, ¿sabes? No tengo ninguna duda.

—Comprendo —dijo David con rostro demudado.

—Lo único que me está agobiando es no saber cómo ayudar a su hijo. No sé si lo entenderás, pero no tengo miedo. No me importa dar mi vida por ella.

—Es muy serio eso que estás diciendo —dijo David acercándose a la nevera y cogiendo un par de botellas de cerveza. Le alargó una a Jukka.

—¿No es muy pronto? —dijo Jukka cogiendo la botella con gesto dubitativo.

—Nunca es pronto. Nunca es tarde.

—Ya. Soy consciente de que te parecerá una locura —dijo Jukka dando el primer sorbo—. Pero Jana ha sufrido mucho ¿sabes? Debería tener algo de paz ¿no te parece?

—A algunos la paz nos está prohibida.

—¿Incluso si alguien asume esa carga? Quiero decir, la de asumir las causas que impiden tenerla.

—¿Crees que eso puede ser factible? Cada uno debe hacer frente a lo que la vida le pone por delante. Sea o no sea justo.

—No puedo soportar esa idea. Es injusto.

—¿Qué es justicia? —preguntó David mirando fijamente a Jukka a los ojos.

—Si sabes que alguien a quien amas está en peligro ¿le niegas la ayuda?

—¿Realmente la amas? ¿Es amor lo que sientes? ¿Qué es el

amor?

—Negarse a uno mismo. ¿Te parece poco?

—Suena a tontería, Jukka.

—Puede que sí. Pero no la voy a dejar sola.

—Jukka —dijo David tras beber de su botella—, esa mujer; esa tal Helena, os quiere muertos a los dos. No va a dejar que tu chica viva. Te matará a ti y luego a ella. O peor aún, seguirá explotándola. Olvídate del niño. No le veo un futuro prometedor. Carne de cañón, futuro sicario. O algo peor si esa mujer es tan retorcida como dices. Sabes a lo que me refiero ¿no?

—Sí. Lo he pensado. Entiende mi confusión. Ya sabes, lees en los periódicos historias de este estilo todos los días. Mujeres explotadas, niños vendidos, redes de extorsión, corrupción. Toda esa mierda la ves como algo lejano. Piensas que todo eso les ocurre a otros. Pero la realidad es que todo está ahí. Alrededor. Dolorosamente tangible. Las cosas ocurren y al final acaban cruzándose en la vida. Sin buscarlas.

—Mal asunto Jukka —dijo David dándole una palmada en el hombro.

Se hizo un incómodo silencio. Jukka tenía la mirada perdida en el suelo. Sostenía la botella de cerveza con expresión ausente, desganada.

—¿Dónde está el niño? —preguntó David.

—No lo sé exactamente. Jana me enseñó un video. Me dijo que lo tenían en algún sitio en su país.

—¿Tienes alguna foto? Por curiosidad.

—Tengo el móvil de ella. Me lo dio Helena para evitar que contactara con ella. Ahí está el video.

—Déjamelo. Mira, no te prometo nada. Puedo hablar con algún antiguo compañero de servicio. Lo mismo puede averiguar algo. Pero…

—Ya. Que no me haga ilusiones —dijo Jukka desanimado.

David asintió en silencio mientras guardaba el teléfono. Jukka le dio las gracias y salió de la tienda. Se metió en el coche. David observó cómo se alejaba. Escuchó la voz de Agnes detrás de él.

—¿Qué vas a hacer, David?

—Lo voy a ayudar. Lo entiendes ¿verdad? —dijo él sin dejar de mirar hacia la carretera.

—Cuenta conmigo —dijo Agnes abrazándolo.

—Como en los viejos tiempos —añadió David acariciándole el largo cabello pelirrojo que caía sobre su espalda. Lo acarició suavemente, deteniendo su mano en una cicatriz oculta por su

melena.

Jukka condujo hasta Campello. Se dirigió al Super Plus que solía visitar y entró. Casualmente Laura estaba en la línea de cajas revisando unos pedidos que acababan de llegar.

—¡Hola Jukka! ¿Otra visita? Ya habías pasado hace unos días ¿no?

—No es una visita de trabajo Laura —respondió con tono sombrío.

—¿Te pasa algo? ¿Estás bien? Desde lo de aquel accidente que tuviste me quedé preocupada. No hay que quitarle importancia a esas cosas. ¿Has ido al médico? ¿Estás tomando algo?

—Laura… ¿Podemos hablar en algún lugar un poco más discreto?

—¡Joder Jukka! Me estás asustando. ¿De verdad estás bien? Venga, ven a mi oficina, bueno ya sabes, es un cuchitril, pero es lo que hay.

—Gracias.

Jukka siguió a Laura. Sus ideas estaban confusas. No acababa de entender la conversación que había tenido con David ni la promesa a medias que le había hecho al final. Tanta cautela podía entenderla. «Lo más seguro es que David no quiera reencontrarse con nada de su pasado» esbozó mentalmente. Pero le desconcertaba aún más la insistencia por hacerle dudar acerca de lo que sentía por Jana. La voz de Laura lo sacó de sus pensamientos.

—Tú dirás —dijo mientras se sentaba apoyada en la mesa—. Me tienes en ascuas. ¡Qué misterio!

—Necesito hablar con tu marido. Es muy urgente —dijo Jukka atropelladamente.

—¿Pero que pasa Jukka? ¿Te has metido en algún lío?

Al escuchar esa frase, él bajó la mirada. Sus ojos estaban húmedos, sentía un nudo en la garganta, pero a pesar de ello, le relató a Laura lo mismo que hacía apenas unas horas le había contado a David. Ella escuchaba entre asombrada y horrorizada. Con una mano se tapaba la boca pues en ocasiones tenía ganas de ponerse a gritar ante los detalles que Jukka le iba exponiendo con amargura. Cuando concluyó de explicarlo todo, Jukka se inclinó hacia adelante, con la cabeza entre las manos. Respiró pesadamente.

Laura, en silencio, se situó detrás de Jukka y le puso las manos en los hombros. Notó la tensión acumulada.

—¿No sería más fácil avisar a la policía? Seguro que pueden hacerse cargo de la situación —dijo ella.

—No. Ya te he explicado que Helena tiene contactos —respondió secamente Jukka—. Estoy convencido de que si aparezco en una comisaría antes de que salga Jana está muerta. He visto documentos en casa de Helena. En su momento no entendía que era lo que veía. Pero lo tengo claro. Son pagos, cifras, favores realizados y recibidos. Hazte a la idea del poder que tiene: fue capaz de organizar el accidente que tuve.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a hacer lo que he acordado con ella. Pero quiero dejar preparadas algunas cosas. Por eso necesito a un abogado. Te conozco. Me has contado tantas cosas de tu vida… el pasado. Los dos huimos del pasado. Por eso sé que también puedo confiar en tu marido. Tú no estarías con cualquiera. No con alguien sin principios.

—Gracias por la confianza Jukka.

Laura buscó el móvil en su bolso y marcó un número. Jukka pudo escuchar como hablaba. Le expuso rápidamente su petición. Hubo un intercambio de frases que concluyeron con palabras cariñosas. Jukka se dio cuenta como Laura se ruborizaba. Una corta despedida.

—Mañana por la tarde, a primera hora —dijo Laura mientras guardaba el móvil—. Él vendrá aquí. Si quieres os dejo la oficina y habláis.

—Muchas gracias Laura —dijo él dirigiéndose a la puerta de la oficina.

—Jukka —dijo ella haciendo que se girara—, ¿merece la pena? ¿La quieres tanto como para…?

—Sí. No lo dudes.

—¿Te acuerdas de cuándo nos conocimos? —preguntó de repente ella.

—Sí, claro.

—Si no es por ti no estaría aquí, con este trabajo. Seguiría hundida.

—No creo. Hubieras recuperado tu vida tarde o temprano.

—No lo creo Jukka. Cuando me ayudaste aquella noche, enfrentándote a aquellos niñatos que me destrozaron los cartones donde dormía, le diste un giro a mi vida. En serio.

—Es lo que menos me esperaba aquel día —dijo él—. Bajar a tirar la basura, dar una vuelta antes de dormir y como de costumbre, pasar al lado de aquella mujer que dormía en el hueco que había entre el cajero del banco y un restaurante. Te había visto un montón de días. Llegabas al atardecer, juntabas los cartones que

habías recogido en el mercado te metías en un saco de dormir hecho polvo y sucio y te quedabas quieta.

—Sabía que me observabas. Cada noche, cuando tirabas la basura en el contenedor de la esquina. Tus pasos se detenían cuando llegabas a mi altura. Pero nunca tuve miedo.

—Cada uno con su rutina.

—Hasta esa noche —dijo Laura entornando los párpados.

—Sí.

—Sabes que siempre te estaré agradecida. Esos imbéciles no sé qué hubieran acabado haciendo.

—Ya ves. Un día que bajé más tarde y que cambió la rutina sirvió para algo. Pero me sorprendió la mirada que tenías mientras te defendías. Había desafío. Voluntad. Pero en un instante te viniste abajo.

—Pero apareciste tú.

—Lo dices como si fuera un héroe y sabes que no.

—Cierto.

—Si la llegan a tomar conmigo les duro dos hostias. Me hubieran dejado medio muerto.

—Lo que hiciste después es lo que me hizo pensar.

—¡Ah, sí! ¿Te acuerdas?

—Sí. Me pareció tan patético al principio. Llegaste media hora después con un termo de chocolate caliente. Pero fue interesante. La conversación fue larga.

—Tus demonios, Laura. Echaste fuera tus demonios. Empezaste demasiado joven enfrentándote con lo peor del ser humano.

—Hasta lo de Afganistán. Ahí ya no pude más.

—Pero, perdona que te pregunte ¿ya lo has superado?

—Si te digo la verdad —dijo Laura bajando la mirada—, aún me asaltan los recuerdos. Es algo que no voy a olvidar nunca.

—Laura —dijo Jukka poniéndole una mano en el hombro—, no sigas. No te tortures.

—Ya, es lo que me dice Diego cuando me despierto alguna noche llorando.

—Eso es bueno. Lo tienes a él.

—Sí —dijo ella con tristeza en la mirada—, pero creo que se está distanciando.

—No se te ocurra volver a dejarlo todo y convertirte en una sin techo. ¿Realmente era la mejor opción? Quiero decir, cuando lo hiciste.

—En su momento sí. Además, así te conocí. Esa noche me cambiaste la vida.

—Exageras.

—No. Cuando me dijiste aquello de escupirle a la adversidad y pasar de largo me hiciste pensar. Me di cuenta que en el fondo siempre hay alguien que se preocupa por los demás.

—Me desconcertaba verte. Tan ordenada, recogiendo las cosas que llevabas encima. Tu rincón lo convertías en una especie de hogar.

—Ya ves. Decidí volver a la vida —dijo Laura sonriendo.

—Y aquí estás. Encargada en un supermercado. Una vida digna de una novela.

—Recuerdo tu cara de asombro, boquiabierto, con una expresión en la que se te podía leer la mente: "a esta tía la conozco de algo".

—¡Joder! ¡Calla! Lo que te dije fue muy desafortunado —dijo Jukka sonriendo.

—"La chica de los cartones" —dijo Laura riendo—. Eso es lo que dijiste.

Ambos rieron. Luego un largo silencio y unas miradas de complicidad que se perdían en el pasado.

—Espero que todo salga bien Jukka. Te mereces ser feliz con esa chica.

—Gracias Laura.

Jukka condujo hasta su casa. Mientras subía en el ascensor comenzó a pensar. «Si todo fuera un mal sueño sería más fácil. Despertar. Acabar con todo y seguir adelante como si nada hubiera pasado. O mejor aún: que Jana estuviera en su casa y nada malo hubiera ocurrido».

Al llegar a la planta diecisiete sus ensoñaciones desaparecieron al enfrentarse a la cruda realidad. Se acercó al piso de Jana solo para comprobar que no había nadie. Es más, en la barandilla que daba a la calle trasera había un cartel de una agencia inmobiliaria. Un rótulo de "Se alquila" y un número de teléfono no dejaban lugar a dudas. Jana ya no estaba ahí. Helena la había alejado de Jukka.

Jukka entró en su casa. Se dirigió a la terraza y se sentó mirando al mar. Estuvo bastante tiempo con la mirada y el pensamiento perdido. Lo distrajo el sonido del móvil. Cuando lo cogió se percató que era Prisca quien lo llamaba.

—¿Jukka? —escuchó al otro lado de la línea, con el típico acento seco de Prisca—. ¿No has ido a trabajar hoy? Me han llamado de un super. Esperaban la promoción y no has aparecido. ¿Te imaginas la vergüenza que me has hecho pasar? Desde luego que tendrá consecuencias. ¿No tienes nada que decir?

—Estaba enfermo —contestó desganado Jukka.

—Ya. Seguro. Mañana vas a entregar esa promoción. Haces la ruta entera. Y también la que te toque mañana. Sin olvidar que debes enviar obligatoriamente el informe por la noche. Nada de tonterías.

—Sí, entendido. Cuenta con ello —dijo él, aunque Prisca ya había cortado la llamada.

Jukka estaba harto. Tenía ganas de gritar. Sentía náuseas y un ligero mareo. Al estado de ansiedad se unía el hecho de no haber comido nada en todo el día. Salvo el café de la mañana y los dos sorbos de la cerveza que le ofreció David. Era consciente de ello, sentía hambre, pero al mismo tiempo la sola idea de la comida le revolvía el estómago. Salió de nuevo a la terraza. Escuchó el canto de los grillos. La noche era fresca, agradable. Sus ojos buscaron los destellos de las estrellas y las luces de los primeros barcos de pesca que llegaban a la bahía. En la quietud de la noche comenzó a perderse en el traqueteo de los lejanos motores. Estaba a punto de quedarse dormido cuando sonó el teléfono. Pensó que era otra vez Prisca, por lo que dejó que sonara hasta que se cortara la comunicación. Pero volvió a sonar. Miró el número y no le resultó conocido. Con desconfianza respondió la llamada.

—¿Sí?

—Jukka, soy David.

—Hola David. Dime.

—Escucha. El niño. El hijo de tu chica. No está en el extranjero. Está aquí.

Jukka se quedó en silencio. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Notó como se aceleraba su pulso y comenzaba a sudar.

—¿Jukka? ¿Estás ahí? —preguntó David.

—¡Sí! Pero… ¿cómo que aquí?

—Escucha. En el teléfono de Jana había varias fotos, en una carpeta que estaba en los archivos de música. Intuyo que así intentaba esconderlas. No es un buen método, pero bueno, entiendo que bajo presión es lo único que pudo hacer. El caso es que al descargarlas al ordenador eran de un tamaño considerable. Las he revisado minuciosamente. En una de ellas, al fondo, por una ventana abierta, se puede ver el peñón de Ifach.

—¡Oh, vaya! ¿Entonces? ¿Dónde está? —preguntó con curiosidad Jukka.

—Por la posición del peñón, la distancia y otras cosas que puedo apreciar, el niño está en Albir.

—¡Uf! —resopló Jukka— ¿Y ahora qué hago?

—Jukka. Yo me encargo del asunto del niño. Tú ocúpate de

Jana. Voy a sacarlo de dónde está. Necesito que entretengas a Helena. Lo voy a hacer mientras estás con ella y Jana. ¿Conoces a alguien de confianza que me ayude a esconderlo hasta que termines con Helena?

—Sí, claro.

—Bien. Pues toma nota de todo lo que quiero que hagas. Descansa bien esta noche porque mañana vas a tener un día muy activo.

—David, antes de nada. Gracias.

—Es lo menos… en fin… ya sabes.

—Claro. Dime ¿qué tengo que hacer?

25

Era un sábado del mes de abril, de ambiente primaveral. La mañana era fresca, pero todo hacía prever que al mediodía el sol calentaría como si fuera un día de verano. Desayunó, pero a diferencia de otras mañanas se dio el lujo de prepararse un par de huevos, queso, pan tostado con mantequilla y mermelada y una taza de café con leche bien caliente. Luego salió de su piso y se dirigió a la parada del TRAM. Esperó un rato hasta que llegó. El trayecto hasta Calpe le pareció demasiado rápido. «Hoy es de esos días en los que parece que los minutos vuelan» pensó mientras miraba por la ventana. Llegó a su destino y preguntó al personal de la estación que autobús le dejaba cerca del peñón. Volvió a esperar unos minutos y finalmente llegó a su destino. «Ahora a subir» se dijo mientras miraba hacia arriba.

Siguiendo los senderos indicados Jukka subió hasta la cima del peñón de Ifach. Al llegar, su respiración era jadeante. Se sentó en el suelo para reponer fuerzas después del ascenso. Cada bocanada de aire que tomaba le punzaba en los pulmones como gélidas agujas. «Esta mañana el aire está demasiado fresco» pensó. Observó a su alrededor y vio la nítida línea del horizonte, que desde ese punto se arqueaba; el sol se reflejaba en el mar y emitía destellos que en la orilla eran engullidos por la espuma de las olas. Miró su reloj y se percató que aún faltaban un par de horas para que fuera la hora señalada por Helena. Sentado como estaba, mirando hacia el lejano horizonte y con el sol bañando su rostro, repasó mentalmente los últimos días.

El día anterior Jukka empezó la jornada pensando en la bronca que se iba a ganar de parte de Prisca por no haber ido a trabajar otro día. Pero eso carecía de importancia para él dadas las circunstancias. Recordó que el viernes decidió desayunar en la cafetería que estaba enfrente de la oficina del banco, su primera

tarea de ese día. Mientras disfrutaba de un café con leche y un cruasán, el aroma de la bollería le trajo a la mente un recuerdo muy lejano. Cuando mucho antes incluso de irse a México, dedicó un año de su vida a recorrer el litoral murciano de archivo en archivo buscando datos y documentos referidos a un cineasta autóctono. Aquello, en este momento le pareció esperpéntico. No venía a cuento y sin embargo recordó la cantidad de cafés con leche y cruasanes que desayunó en Cartagena, Mazarrón, Águilas, Lorca y el insólito color del mar en Escombreras. Fue un recuerdo. No un deseo de volver a aquella época.

Desde la silla donde estaba sentado observó como abrían la oficina del banco. Hacía mucho tiempo que no la frecuentaba, sobre todo porque se había acostumbrado a realizar sus operaciones, que no iban más allá de pagar algún recibo e impuestos municipales, a través de la oficina virtual. Más cómodo. Más rápido. Por el contrario, menos contacto con la gente. No obstante, la directora de la oficina era una vecina del edificio y en alguna ocasión habían coincidido en al ascensor o en la urbanización.

Afortunadamente, el ser conocido de la directora le fue de utilidad. Cuando Jukka solicitó retirar prácticamente todo su dinero la directora se sorprendió y trató de persuadirlo ofreciéndole mejores condiciones para su cuenta e incluso una cubertería de regalo, lo que motivó la sonrisa de Jukka. Finalmente retiró su dinero, dejando una parte, que a su juicio era la indispensable para lo que tenía pensado.

Del banco regresó a su casa para hacer un paquete con el dinero. Lo envolvió con mucho cuidado en papel de estraza y lo rodeo con varias capas de cinta de embalar. Luego lo metió en una bolsa de viaje junto a otros objetos y salió de nuevo, en esta ocasión en dirección a su coche.

Condujo, sin prisa, hasta la primera parada del día. Alfás del Pí. Al llegar se dirigió a una agencia de viajes que estaba en el bajo de un edificio. Cuando entró buscó con la mirada a Mara, antigua cajera en The Alphà's Market. Su semblante había cambiado. Las ojeras ya no perfilaban sus ojos, su rostro tenía más color y vida. La mirada se le iluminó cuando vio a Jukka. En todos los meses que habían transcurrido la vida de Mara había cambiado. Alentada por Jukka y gracias al abogado, Mara consiguió no solo rescindir el contrato de alquiler que tenía con Bañuls, sino que también consiguió una indemnización. Además, crecida su autoestima, abandonó el supermercado y consiguió encontrar un nuevo trabajo. Al ver a Jukka se levantó y con una gran sonrisa fue a saludarlo.

—¡Qué alegría me da verte! ¿Cómo estás? —dijo ella abrazándolo ante la atenta mirada de las dos compañeras que estaban en la oficina.

—Ahí voy, tirando —dijo desganado.

—¿Qué te pasa? Te noto un poco mohíno.

—He venido a pedirte ayuda —dijo directamente ante el gesto de sorpresa de Mara.

—¿Ayuda? ¿Tienes algún problema?

—¿Podemos salir fuera? —dijo Jukka tras observar que una de las compañeras de Mara no les quitaba ojo de encima.

—Sí, claro. Aún no he ido a almorzar, si te parece vamos a una cafetería que está aquí al lado.

—Perfecto.

Salieron y fueron a la cafetería. En el trayecto Jukka comenzó a preguntarle a Mara por su vida.

—¿Cómo te va? ¿Todo bien? ¿Tu hijo?

—Todo fenomenal. El cambio ha sido para bien. Te debo una. Si no me llegas a obligar a que diera el paso decisivo seguiría igual.

—Tontadas. El mérito es tuyo por haberlo dado.

—Gracias, no obstante —dijo ella mientras se sentaban en una de las sillas de la terraza de la cafetería—. ¿Y tú? ¿Qué te pasa?

Jukka, de manera pausada le explicó a Mara su historia con Jana y el punto al que había llegado. Prefirió omitir el acuerdo que había concertado con Helena de una vida por otra.

—¡Ay, Jukka! ¡Pobre chica! ¿Qué vas a hacer?

—Pues como te he dicho, tratar de ayudarla. A ella y a su hijo.

—¿En qué te puedo ayudar? Si tú eres quien me facilitó el contacto del abogado. ¿Seguro que no puedes encontrar a alguien que te ayude en la policía?

—En ello estoy —dijo bebiendo un sorbo del café recién traído por el camarero—. Precisamente tengo un amigo que va a tratar de localizar al niño y rescatarlo. No sé cómo lo va a hacer.

—¿Rescatar? Suena a… —Mara no quiso continuar.

—Suena a lo que suena. Él, es un amigo. No preguntes como lo conocí. De esas cosas que ocurren, aparentemente de manera casual, pero que con el tiempo te das cuenta que de casualidad nada. Él es inglés. Militar retirado, por heridas de combate. Su experiencia fue bastante dura.

—Eso quiere decir que él va a… ¿usar la fuerza?

—No lo sé. Pero seguro que hará lo que tenga que hacer. El problema viene luego. Según me ha explicado necesita que alguien lo ayude, si lo consigue, para cuidar al niño hasta que se le pueda

entregar a la madre. A Jana —pronunció el nombre lentamente.

Mara permaneció en silencio mirando a Jukka. Bebió un trago del café con leche y mordisqueó la tostada con mantequilla y mermelada de albaricoque que había pedido para acompañar el café. Pero no tenía hambre. Se le había quitado. Se apoyó con gesto pensativo en la mesa sin dejar de mirar a Jukka, quien tranquilamente le devolvía la mirada, mientras sostenía la humeante taza de café. Mara vio su reflejo en el ventanal de la cafetería.

—Tú dirás —dijo Mara de repente—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Seguro?

—Jukka —le dijo mirándole—, estás realmente enamorado de ella. Se te nota en la mirada.

—Sí... —dijo él sin terminar la frase—. La echo de menos.

—Tranquilo. Verás como todo se arregla. Pero, ¿estás seguro que no hay manera de acudir a la policía ni nada por el estilo?

—No. Si pensara que hay alguna posibilidad ya hubiera actuado. Te aseguro que Helena tiene mucho poder. No quiero arriesgarme a poner la vida de Jana y la de su hijo en peligro.

—Y cuando ya consigas alejarla de esa mujer ¿qué vais a hacer? ¿Os iréis de esta zona? ¿Al extranjero?

—No sé. Todavía no lo he pensado con detenimiento. Por eso necesito ayuda para un día o dos.

—Dime, ya te he dicho que cuentas conmigo.

—Necesito que alguien cuide al niño de Jana, hasta que ella pueda hacerse cargo.

—Por supuesto, será un placer.

—Lo que voy a buscar también es un lugar donde puedas estar con él. No quiero involucrar a tu familia. Si Helena se entera de dónde estás…

—¿Dónde podemos ir?

—Voy a ver a unos amigos. Están en Calpe. Sería el último lugar dónde ella buscaría.

—Bien, pues me dices dónde y cuándo y ahí estaré. No te preocupes. Puedes contar conmigo.

—Muchas gracias Mara.

—Es lo menos que puedo hacer.

Se despidieron y Jukka condujo hasta Calpe. Una vez allí aparcó cerca del supermercado Parduotuve. Entró y se dirigió directamente a la oficina donde solía encontrarse Anselm. Llamó a la puerta y esperó a que le contestaran antes de entrar. Escuchó un carraspeo y la voz de Anselm diciendo “pase”. Abrió y entró. Anselm se levantó

para saludarlo justo en el mismo momento en el que llegó Fernando, quien también se alegró de encontrar a Jukka.

—¿Qué tal? No esperaba que vinieras tan pronto con otra promoción —dijo Fernando.

—No, no es eso —dijo Jukka—. Vengo por un asunto personal. Espero que podáis ayudarme.

—Bueno, pues tú dirás —dijo Fernando.

A indicación de Anselm, Jukka se sentó en una silla y comenzó a contar la historia de Jana otra vez. Mientras lo hacía no pudo reprimir un pensamiento: «Parezco el maldito Sísifo condenado, de manera absurda, a repetir una y otra vez lo mismo».

Cuando terminó, los dos salieron de la oficina dejando la puerta abierta. Se retiraron a una distancia prudencial para hablar entre ellos, sin embargo, Jukka podía ver sus reacciones. Anselm parecía nervioso. Gesticulaba de manera compulsiva con las manos. Fernando parecía más calmado y se limitaba a asentir. Jukka comenzó a preocuparse, sobre todo cuando Anselm comenzó a señalar en dirección a dónde él se encontraba. Luego señaló en dirección a la puerta de la tienda.

«Ya está. Me tengo que largar sin ayuda. Anselm lleva encima un cabreo monumental. En fin, que se le va a hacer, unas veces se gana otras se pierde» pensó Jukka de manera pesimista. Terminó con este pensamiento cuando vio que Anselm, negando con la cabeza y las manos sobre la cabeza salió de la tienda. Fernando, por su parte, entró en la oficina y se sentó frente a Jukka. Respiró profundamente.

—Mal rollo, ¿no? —dijo Jukka cabizbajo—. No era mi intención molestaros pidiendo vuestra ayuda para que tuvierais en vuestra casa al hijo de Jana y a Mara, hasta que se pudieran reunir.

—¡No! ¡No, qué va! —exclamó sorprendido Fernando—. ¡Todo lo contrario hombre! Sí queremos ayudarte.

—¡Oh, vaya! —dijo Jukka con alivio—. Es que he visto a Anselm tan alterado que pensé lo contrario.

—Estimado Jukka, deja que te cuente algo. La mujer de la que nos has hablado, Helena, tiene mucho poder en esta zona. Utiliza sus contactos para quedar impune de cualquier fechoría que comete. Bueno, sus secuaces, porque ella aparenta ser una persona más que respetable.

—Sí, me consta. Pero no me podía imaginar que estuvierais tan enterados de sus actividades.

—Hace unos años, mucho antes de que tú empezaras con este trabajo, sus hombres nos hicieron una visita. No ocultaron en

ningún momento de parte de quien venían. Al principio se limitaban a insultarnos, por nuestra relación. Creo que nos estaban tanteando, a ver hasta dónde aguantábamos y ver si acudíamos a las autoridades. Más adelante cambiaron de actitud. Venían, destrozaban las estanterías, nos tiraban la mercancía al suelo, nos insultaban desde fuera de la tienda a voz en grito. Hasta que un día nos dieron una paliza.

—¡Joder! Lo siento.

—La paliza fue por nuestra orientación sexual. Pero al mismo tiempo nos dijeron que si nos dejábamos proteger por ellos, no nos pasaría nada. En caso contrario aquello se repetiría todas las semanas.

—Entiendo.

—De manera que, desde aquel día, hasta hoy, cada mes vienen a por su recaudación. Sesenta por ciento. Cada mes.

—Pero…

—Escucha —dijo Fernando con calma—, cuando tienes un cuchillo afilado a punto de cortarte los huevos haces lo que sea por evitarlo.

Fernando guardó silencio. Jukka lo imitó. En su mente aumentaba un sentimiento de odio, cada vez más vivo, hacia Helena.

—Por eso, estimado —continuó Fernando—, cuando nos has contado tu historia y la de tu chica y nos has pedido ayuda no lo hemos dudado.

—¡Uf! ¡Qué alivio! —exclamó de nuevo Jukka—. Pero Anselm parecía realmente alterado.

—Está encantado de poder ayudar si eso significa poder dañar los intereses de Helena. Estaba nervioso porque para evitar problemas con ella y sus hombres lo mejor es que nos vayamos a un piso que tenemos en Alicante. Está en el centro. Hace mucho tiempo que no lo usamos. Lo tenemos en venta, pero está con todos los servicios disponibles.

—Qué buena idea.

—Anselm estaba preocupado por el calentador de agua. Es muy perfeccionista y no quiere que esté averiado. Quiere que funcione todo correctamente. Además, quiere ir a limpiar el piso, airearlo, hacer las camas y comprar comida.

—Está en todo —dijo Jukka sonriendo.

—No te preocupes. Todo va a estar bien. Por cierto, ¿has pensado en la posibilidad de que nos descubra? Si como dices un amigo tuyo va a rescatar al niño… Helena va a pillar un cabreo

monumental.

—Eso es asunto mío. Está todo previsto.

—Perfecto. Entonces ya sabes. Cuando nos avises nos ponemos en marcha.

—Bien. Recuerda que os llamará Mara. Lo demás lo ultimáis con ella. En el fondo, cuanto menos sepa yo, mejor que mejor.

Se despidieron. Cuando Jukka estaba llegando a su coche sonó su móvil. Vio que era Prisca. Con desgana contestó la llamada.

—¿Sí? —dijo él.

—Jukka, soy Prisca.

—Ya. Dime.

—¿Tampoco vas a trabajar hoy? ¿Qué pasa, que te has vuelto un vago?

—No es eso.

—Déjate de tonterías o aviso a la empresa ahora mismo y te puedes atener a las consecuencias —dijo ella elevando el tono de voz.

—Que te follen —contestó Jukka tranquilamente.

—¿Cómo?

—Que te den por culo Prisca.

Jukka colgó la llamada y bloqueó el número de Prisca. Acto seguido se dirigió a la zona del puerto. Era la hora de la comida. Jukka fue a uno de los restaurantes de costumbre. Al lado del puerto, junto al peñón de Ifach. Pidió una ensalada y lubina al horno. Para beber, pidió una cerveza de importación. Mientras esperaba que le trajeran la comida puso un par de mensajes a David y a Mara poniéndolos al corriente de cómo había organizado las cosas e intercambiándoles los números de contacto. Luego se dispuso a disfrutar el menú que había pedido.

Durante la comida se deleitó mirando el vuelo de las gaviotas y los matices de colores que la luz del sol formaba en la gruesa mole calcárea del peñón. Ensimismado como estaba no se dio cuenta de la figura que se había puesto frente a él. Solo cuando le habló se percató que había alguien.

—¡Hombre, Jukka!

Jukka se quedó mirando, le costó reconocer a quien lo había interpelado. Un hombre en la treintena, con la piel tostada por el sol, melena rubia desordenada. Altura normal y de constitución delgada, más bien fibrosa. Una mirada vivaracha, de ojos azules, y una sonrisa blanca, resaltaban en el rostro.

—¡Antonio Roca! —exclamó Jukka.

—El mismo —dijo al tiempo que le daba la mano a Jukka que se

había levantado—. Cuanto tiempo sin vernos.

—Años —dijo Jukka sonriendo.

Recordó, entonces, años atrás, cuando se conocieron en la adolescencia. La familia de Antonio tenía una tienda de deportes en uno de los locales comerciales que había en el edificio donde Jukka, por aquel entonces, pasaba el verano y que se había convertido en su actual vivienda. Era la única tienda de ese estilo en toda la Playa de San Juan. Durante el verano el grupo de amigos solía frecuentar la tienda. Antonio, no podía disfrutar de las vacaciones como cualquier adolescente, pues el padre lo obligaba a estar trabajando más de ocho horas en la tienda. Algún fin de semana le daba un par de horas libres para que pudiera ir a la piscina con los amigos. Eso sí, transcurrido el tiempo debía incorporarse a su puesto de trabajo o era objeto de un castigo consistente en limpiar el almacén de la trastienda. La excepción era el 18 de julio de cada año. Ese día, le estaba permitido estar con los amigos, aunque a la hora de la comida se reunía toda la familia para conmemorar el Alzamiento de 1936. Costumbre que Antonio Roca abandonó en cuanto tuvo ocasión de hacerlo.

Con los años el contacto se fue perdiendo y esporádicamente se habían cruzado alguna vez por las calles. Hasta que llegó un momento en que ni eso ocurría. En la actualidad la tienda ya no existía. El local, que tenía unos doscientos metros cuadrados, lo ocupaba la oficina de una entidad bancaria. Después de tantos años no esperaba volvérselo a encontrar, mucho menos en Calpe.

—Roca —exclamó de nuevo Jukka sorprendido—. Antonio Roca.

—Ni que hubieras visto un fantasma —dijo el aludido al ver el rostro perplejo de Jukka.

—No, disculpa. Estaba distraído.

—¿Puedo sentarme? Vamos, si no estás acompañado ni te molesta.

—No, por supuesto. Siéntate —dijo Jukka señalando la silla—. Estoy solo.

Jukka guardó silencio. Bebió un largo trago de la cerveza y luego se limpió lentamente con la servilleta. Miró hacia el peñón y, con voz apenas audible, le preguntó a Roca.

—¿Qué hay de tu vida? Ya no tienes la tienda ¿no? ¿Qué tal la familia?

—Muchas preguntas —rio Roca—. Mira te pongo al día.

—Vale, pero te invito a algo. Tú dirás.

—Un té frío —dijo aprovechando que el camarero estaba junto a ellos sirviendo en la mesa contigua—. No sé si lo sabes, pero mi

padre falleció hace unos ocho años.

—Vaya, lo siento.

—Gracias. La verdad es que fue jubilarse y se apagó. La tienda lo mantenía con vida. Mi hermana pasó de hacerse cargo. Además, se casó y se trasladó a Girona. Como puedes imaginar me tocó a mí hacerme cargo del negocio. Pero si recuerdas, más abajo, donde el cine de verano, abrieron otra tienda y casi enseguida comenzaron a construir más bloques y se abrieron otras. Cada vez más competencia.

—Cierto.

—Un día aparecieron unos comerciales de una entidad bancaria. Me hicieron una oferta para alquilar el local. Cinco mil pavos al mes.

—Bonita suma —exclamó Jukka asombrado.

—Ya lo creo —rio de nuevo Roca—. Me dio algo de lástima liquidar el negocio y desmantelar todo, pero también, y tú lo sabes, allí pasé unos veranos horrorosos.

—Sí, claro que me acuerdo.

—Pues nada, cerré. Les alquilé el local y a vivir de rentas.

—¡Joder! —dijo instintivamente Jukka.

—No te creas que no echo de menos esa vida de estar atendiendo gente. Compré un local justo enfrente. Puse una tienda de camisetas, pero al final lo dejé. Conservo el local, pero sin uso.

—Y qué haces entonces.

—Surf.

—¿Cómo?

—Me dedico a viajar —aclaró Roca—. Voy por las playas de medio mundo buscando sitios donde hacer surf. O pasar una temporada tomando el sol y poco más. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo todos estos años?

Jukka tardó un momento en salir de su asombro. Le costaba hacerse a la idea de que alguien pudiera dedicarse a viajar durante todo el año, sin tener que preocuparse por un trabajo. Poco a poco organizó sus ideas y comenzó a contarle a Roca sus últimos años. México; el regreso; la etapa docente en Alicante y luego en Burgos; finalmente su actual ocupación visitando supermercados. Cuando llegó a Jana dudó. Pero llevado por la confianza le contó todo. Cómo la había conocido, sus sentimientos y finalmente el problema en el que estaban inmersos.

—Cuanto lo siento —dijo Roca—. Créeme que lo siento.

—Lo siento. No tengo por qué molestarte con mis problemas —dijo Jukka encogiéndose de hombros.

—Oye… Me gustaría ayudarte.

—No tienes por qué hacerlo.

—Bueno, eso debo decidirlo yo también ¿no te parece?

—Antonio —dijo Jukka reflexivo—, ¿por qué querrías ayudarme?

—Mira, por lo que me has contado esa chica ha tenido mala suerte. Se merece algo mejor. Tiene un hijo. La familia es importante.

—No creo que sea una cuestión de suerte.

—Sí, tienes razón. No es suerte. Ha caído en malas manos. Es lo que quería decir. Contigo ha encontrado una salida ¿no?

Jukka asintió y luego se quedó pensativo. Lo miró fijamente.

—Oye, me has dicho que tienes un local ¿no?

—Sí, además que te pilla al lado de casa. Si los necesitas para esconderla hasta que pase todo esto cuenta con ello, se puede hacer algún apaño. Además, tengo las vitrinas tapadas con telas.

—Vale —repitió Jukka pensativo. Luego garabateó en una servilleta un número de teléfono y se lo dio—. Este número se pondrá en contacto contigo y te contará lo que hace falta.

—¿Un amigo? ¿Es de confianza?

—Sí. Te lo aseguro. Se llama David Freedman.

—Perfecto, apuntado queda —Roca se levantó y le dio la mano a Jukka—. Disculpa, pero ahora me tengo que ir. Tengo algunas cosas que hacer.

—Deus ex machina —dijo Jukka instintivamente con asombro mientras observaba como Roca se alejaba.

—¿Cómo dice caballero? —preguntó el camarero que había llegado a la mesa por si Jukka deseaba algo más.

—La cuenta, por favor, si es tan amable —concluyó Jukka mientras trataba de poner sus ideas en orden antes de ir al encuentro con Diego Celdrán, el marido de Laura. El abogado que necesitaba para ultimar unos detalles.

Un último recuerdo vino a su mente. La imagen de la cena de la noche anterior asaltó su memoria. Recordó la ensalada de rúcula y endivias, la carne asada de cordero y la botella de vino que bebió. De repente dejó de recordar todo lo vivido el día anterior. En el sendero que llegaba hasta la cima del peñón apareció Jana. Detrás de ella, dándole un ligero empujón, estaba Helena.

26

A la misma hora que Jukka había llegado a la cima, David Freedman, acompañado de Agnes llegó a L'Albir. Estacionaron su coche en la calle que Freedman había identificado al ver la foto: Camí Vell del Far. Agnes encendió los intermitentes en señal de avería. La calle era pequeña, con unos cuantos chalés a ambos lados. David miró en las fotos que había impreso hasta que dio con la que se ajustaba al eje de visión del horizonte y el lejano peñón. Era un chalé pequeño, pintado de blanco, de una sola planta. La parte que daba a la calle se correspondía con la fachada principal. Un porche daba sombra a la puerta de entrada a cuyos lados había un par de ventanas con las persianas bajadas.

—Es aquí —le dijo a Agnes.

—¿Seguro?

—Sí. Mira —dijo David enseñándole a Agnes la forma de las ventanas que se veían detrás del niño y la lejana e inconfundible imagen del peñón—. No hay duda.

—Pues vamos —dijo Agnes mirando a David con seguridad.

—Sí. Agnes…

—Dime.

—Gracias, otra vez.

—Te quiero David. Sabes que haría cualquier cosa por ti. Si además ayudamos a quien te salvó la vida… Es lo menos que podemos hacer. Nos entrenaron bien para hacer este tipo de cosas.

Se abrazaron. Agnes arrimada al coche se preparó. Se quitó el pantalón y se anudó un pareo alrededor de la cintura. Se quitó la camiseta y dejó a la vista un escueto bikini. Se colgó un bolso playero y unas gafas de sol oscuras. David, por su parte, se colocó una pistola, una SIG P226, en la parte trasera del pantalón y cogió con fuerza una bayoneta Azan, trofeo de guerra. Se miraron de nuevo y se hicieron una seña apenas perceptible. No sabían cuántas personas estaban en el interior de la casa. Ni habían tenido tiempo

de realizar una vigilancia previa. Pero estaban listos. Para ellos este tipo de acciones tenía una rutina harto conocida.

Agnes llamó al timbre mientras David se quedaba agachado junto al muro. En lugar de contestar por el telefonillo, un individuo salió de la casa y se acercó a la verja de la entrada. Agnes, que estaba un poco nerviosa, notó como el hombre la miraba de arriba abajo.

—Hola buenos días, es que he tenido una avería y me he dejado el teléfono en casa —dijo Agnes señalando hacia el vehículo que estaba estacionado enfrente con las luces intermitentes funcionando.

El individuo se acercó sin quitarle la vista de encima. Agnes llegó a sentirse incomoda pues notó como la estaba devorando con la mirada.

—¿Estás sola? —preguntó el individuo con acento extranjero.

—Sí —mintió ella fríamente—. ¿Puedo entrar a llamar a la grúa?

—Claro que sí —dijo el individuo abriendo la verja y dejándola entrar. Dejó el sitio justo para que entrara Agnes, arrimándose a ella cuando pasó frente a él, rozándose de manera impúdica. Agnes, disimulando, se volvió y le sonrió.

El individuo caminó detrás ella, mirando cómo se contoneaba. No se dio cuenta que la verja no se había cerrado y que David había entrado detrás de él escondiéndose tras un pequeño seto. Cuando Agnes llegó a la puerta de la casa el individuo le dijo que esperara y él entró primero. Ese momento lo aprovechó David para acercarse y esconderse al lado de la puerta. El hombre regresó al cabo de unos minutos. Traía un teléfono inalámbrico en una mano y una botella de vodka en la otra.

—Para tomar algo mientras llega la grúa ¿no te parece guapa? —dijo mientras se acercaba a Agnes. Pero en ese momento sintió algo frío contra su sien derecha y la voz de un hombre que le decía algo.

—Si te mueves estás muerto.

David, sin dejar de encañonar al individuo le hizo un gesto para que se pusiera junto a una mesa que había en el porche. Obedeció. Mientras Agnes sacaba otra pistola del bolso que llevaba y le preguntaba por el niño.

—¿Dónde está el niño?

—¿Qué niño? Aquí no hay ningún niño.

—Tienes dos opciones —dijo David con la tranquilidad obligada por su forma de hablar—. Nos dices donde está el niño que tenéis

aquí, por orden de vuestra jefa, Helena, o la segunda opción te aseguro que no te va a gustar.

Al ver que el cañón de la pistola se dirigía hacia uno de sus ojos, el individuo habló.

—Está dentro. En la habitación del fondo.

—¿Cuántos sois? —preguntó Agnes.

—Adivínalo —dijo de manera impertinente el sicario de Helena.

David miró a Agnes mientras se colocaba detrás del sicario. Atravesó la pistola en el cinturón sin dejar de observarla. Sus miradas coincidieron y hubo un gesto casi imperceptible. Un leve movimiento de cabeza. Acto seguido, con una agilidad que David no creía mantener, clavó la corta y afilada bayoneta atravesando el cuello del individuo quien apenas opuso resistencia ante la sorpresa. Luego con gesto rápido y firme empujó el filo hacia adelante rasgando el cuello degollándolo. Un reguero de sangre salió despedido a borbotones del cuello cercenado al tiempo que el aire que escapaba de los pulmones emitía un sordo y macabro gorjeo. El individuo se desplomó en el suelo con todo su peso. A su alrededor comenzó a formarse un enorme charco de sangre. En uno de sus últimos estertores el individuo, que se apretaba de manera inconsciente la enorme herida por la que escapaba su vida, consiguió agitar una mesa que estaba junto a la entrada haciendo caer una botella vacía que se hizo añicos contra el suelo. David y Agnes se miraron esperando que apareciera alguien. Pero no sucedió nada. Luego entraron en la casa.

Cuando entraron no pudieron menos que asombrarse. El interior de la casa había sido remodelado de manera bastante tosca. Se notaba como los tabiques originales habían sido derribados y en su lugar se habían construido pequeñas habitaciones, más parecidas a celdas, a ambos lados del pasillo central. En el ambiente flotaba un olor mezcla de suciedad, heces secas y orín. David y Agnes se miraron fugazmente antes de seguir avanzando. Agnes le hizo una señal a David para que se detuviera un momento. Se atrevió a asomarse a una de las pequeñas habitaciones que tenía abierta la puerta. Cuando lo hizo, de manera cautelosa, se le encogió el corazón.

—¡Son niños! —dijo ella ahogando un grito mirando asombrada a David.

Mientras ella vigilaba, David también se asomó. Sintió la misma mezcla de asombro y espanto que había sufrido ella. La pequeña habitación tenía dos filas de literas a ambos lados de las paredes. En ellas estaban acostados niños de diversas edades. Su aspecto era

mugriento y descuidado, con una palidez cadavérica y piel apergaminada. A David le vinieron a la mente imágenes de los campos de concentración y cárceles insalubres. Los niños dormían. Eso le pareció. Aunque se dio cuenta que más bien estaban como aletargados. Adormecidos por efecto de alguna droga o medicación. Estaba esbozando una sospecha cuando uno de los niños se giró, dejando al descubierto la espalda donde se podía ver una cicatriz a la altura de la zona lumbar. David se estremeció. Por instinto se dirigió a otra de las literas y volteó sin dificultad a otro de los niños. La misma cicatriz. Hizo lo mismo con los otros y todos presentaban las mismas marcas. A David se le humedecieron los ojos. Luego salió cabizbajo de la habitación.

—¿Qué te pasa? —preguntó Agnes.

—¿Puede existir alguien tan malvado como para tener encerrados a estos niños y sacarle los órganos?

Se quedaron en silencio. Les llegó el sonido de una televisión y una conversación entre, al menos, dos hombres. Siguieron avanzando cautelosamente esquivando restos de comida, latas vacías de cerveza, botellas de vodka y ropa sucia. Para llegar a la habitación del fondo tenían que pasar por delante del salón, de donde provenían las voces.

—Villen! Kus sa oled? —se oyó que decía uno de ellos gritando.

—Villen! Villen! —dijo otro mientras Agnes y David se miraban.

—Deben de estar llamando a su compañero —susurró Agnes.

En ese momento uno de los hombres que estaba en el salón salió al pasillo. Se quedó atónito al ver a David y Agnes. Más aún al ver una de las manos de David manchada de sangre. Solo tuvo tiempo de gritar una vez.

—Peeter!

David, de un salto, se colocó delante del individuo. Con un rápido movimiento del brazo y de la muñeca le clavó la bayoneta en el pecho, a la altura del corazón. La sangre empezó a brotar por la herida mientras el hombre, de manera inconsciente en un último acto reflejo, trataba de contenerla. Se escabapa entre sus dedos y acabó cayendo al suelo emitiendo un gorgojeo incomprensible. Mientras, en el salón, se oyó como alguien se movía deprisa apartando muebles. Se escuchó un portazo y luego se abrió la puerta de la habitación del fondo. El salón, algo que ignoraban David y Agnes, se comunicaba con la habitación donde estaba prisionero el niño. El tercer hombre salió llevando a Dušan cogido en brazos y apuntándole a la cabeza con una pistola.

—Si os movéis lo mato —dijo apretando el cañón contra la

cabeza del niño que empezó a llorar—. ¿Quiénes sois?

—Danos al niño y vivirás —dijo David apuntándole.

—Una mierda.

—Dušan —dijo Agnes—. Dušan, no llores. Somos amigos de tu mamá.

—¿Qué estáis diciendo? —dijo el matón sorprendido mirando a Agnes— ¿Qué tiene que ver esa puta?

Ese momento de distracción fue suficiente. David disparó. Un tiro limpio. Certero. La bala entró por el ojo derecho y salió destrozando el hueso parietal. Sangre, trozos de hueso y restos de masa encefálica salpicaron la pared. Dušan lloraba. Al recibir el disparo su captor lo dejó caer, pero Agnes, corriendo la cogió antes de que cayera al suelo y se lastimara. Lo abrazó y comenzó a acariciarle el pelo.

—Ssssh! Sssh! Dušan, todo está bien. Vas a ir con mamá.

—¡Mami! ¡Mami! —repetía entre sollozos el niño.

—Agnes, tenemos que irnos —dijo David.

—Sí. David…

—Dime.

—Todo ha ido como en los viejos tiempos —dijo ella sonriendo y con mirada nostálgica.

Salieron de la casa y se acercaron al coche. Agnes, antes de entrar se puso de nuevo la camiseta y el pantalón. David, que no podía conducir, se sentó en la parte trasera con el niño. Dušan

Se había abrazado a él. No lloraba, pero temblaba. David lo observó. Tan pequeño, tan frágil. Hasta ese momento sólo había sufrido. David sintió un nudo en la garganta. Si esto que acababa de hacer era ayudar a Jukka en realidad deseaba volver a hacerlo las veces que hiciera falta. Lo habían entrenado para matar. A Agnes también. Por un instante pensó en que ese entrenamiento podía ser una maldita paradoja: si lo mejor que sabía hacer era eso, ¿por qué no emplear su habilidad para ayudar, para salvar vidas? En ocasiones, como acababa de suceder, era la única manera.

—Agnes, ya sabes. A la dirección que nos ha dado Jukka, la de Mara Blanco.

—Vale. ¿Te podrás entender con el crío? —le preguntó Agnes mirando por el retrovisor.

—Descuida.

Agnes arrancó el coche y comenzó a conducir. Cuando salió de la calle llegó un coche patrulla con las luces azules refulgiendo. Alguien había escuchado el disparo y habían avisado a la policía. David pensó que quizás ya era hora de volver a su patria, o de

buscar un nuevo lugar donde instalarse con Agnes. Dejó de pensar en eso y cogiendo un peluche que estaba en la bandeja del coche comenzó a jugar con Dušan quien esbozó una sonrisa de oreja a oreja y rio ante las voces que comenzó a poner David. Sin que se diera cuenta, Agnes observaba la escena por el espejo retrovisor y mientras sonreía las lágrimas escapaban de sus ojos.

27

Helena empujó a Jana hasta donde estaba Jukka. Él la cogió y la abrazó.

—¡Patético! —dijo Helena—. Venga Jukka, no tengo todo el día.

—¿Qué pasa Jukka? ¿Qué está pasando? —preguntó Jana. Jukka sintió como temblaba de miedo.

—Tranquila. Todo va a salir bien —dijo él abrazándola de nuevo. Quería sentirla en esos momentos.

—Jukka tengo miedo.

Él le puso un dedo en los labios.

—Helena —dijo luego mirándola—. Deja que tengamos un momento. Unos minutos. Por favor.

—Bueno, todo condenado a muerte tiene derecho a una última voluntad ¿no? —dijo ella en tono sarcástico.

—¿Jukka? —dijo Jana al escuchar lo que acababa de decir Helena.

—Jana… Sólo hay una manera de que estés a salvo.

—Jukka… no irás a… por favor Jukka… no me dejes sola.

Se abrazaron mientras Helena seguía mirándolos con desprecio.

—Venga Jukka —interrumpió—, todo este asunto tuyo me está haciendo perder mucho tiempo.

—Ya —respondió él—. ¿Y cómo va a ser? ¿Me vas a pegar un tiro? ¿O has pensado en algo más original?

—Lo de dispararte no lo descarto —dijo Helena mientras sacaba una pistola de la pequeña mochila que llevaba a la espalda—.

—¡Qué original! Una reliquia de la guerra. Una Walther P38 —dijo Jukka señalando el arma que sostenía Helena.

—Ni te imaginas la cantidad de rusos que mató esta pistola en la guerra. Hasta hace poco ha estado en uso y te aseguro que funciona. Pero espero que tengas el valor suficiente para hacer lo que te voy a pedir. Ya sabes. En caso contrario: la puta muere.

Jana se arrimó a Jukka cogiéndole la mano con fuerza. Su pulso temblaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Ya que estamos aquí arriba, lo mejor es que bajes de un salto —dijo Helena señalando al abismo con la cabeza.

—Muy propio.

—Jukka… ¿qué pasa? —preguntó nerviosa Jana.

—Mira monada —contestó Helena—, tu querido Jukka, no ha tenido bastante con enamorarse de una puta como tú, también ha acordado que tú quedaras libre a cambio de su vida. ¡Estúpido! Pero así es tu querido Jukka.

—¡Jukka no! ¡No! —dijo Jana.

—No tengo toda la mañana —interrumpió Helena—. Venga, no es tan difícil. Un romántico idiota es en definitiva un héroe idiota.

—¿Y ella? —dijo él señalando a Jana.

—¿Qué pasa con ella?

—Si no la dejas que baje no me muevo.

—Mira que eres tonto. Si sigues así te pego un tiro. Y a ella, por supuesto. Sin olvidarnos del niño.

—¿El niño? ¿Qué niño? —preguntó Jana asustada mirando a Jukka— ¿Qué está pasando? Jukka tengo miedo.

—El muy estúpido me pidió también liberar a tu hijo —Jukka miró a Jana quien le devolvió la mirada con un brillo húmedo.

En ese momento Jukka sintió como vibraba el móvil en su bolsillo. Lo sacó y miró. Un mensaje de David.

—Nada de tontadas Jukka, termina pronto —escuchó a Helena que se acercaba a ellos.

Jukka abrió el mensaje. Era una foto. David, Agnes, y Mara sosteniendo a Dušan en brazos. El niño se veía feliz. Jukka le dio a Jana el teléfono.

—Jana… no digas nada.

Ella emitió un grito sordo y se tapó la boca con una mano. Miró a Jukka mientras comenzaba a llorar.

—Son amigos míos —se abrazó a ella y le susurró al oído unas palabras mientras le acariciaba el pelo—. No digas nada. No preguntes. Cuando acabe esta locura llama a David. Tu hijo te espera. Sé feliz.

—Jukka…

—Sssshhh. Todo va a ir bien.

Jukka se dirigió a Helena. Que estaba cerca de ellos.

—Me asombras Helena —dijo él con tranquilidad—.

—¡Vaya! —dijo ella sorprendida—. ¿Pretendes seducirme?

—No. Me asombra tu maldad. Tanto que fuiste capaz de hacer este trato conmigo. Hasta fuiste capaz de negociar la vida de un niño.

— Sí, pero no tienes otra vida para intercambiar.

—O sí —dijo él.

—¿Dónde? —Helena miró a su alrededor—. Aquí no hay nadie.

—Helena. ¿Te has dado cuenta de que no te he insistido para que Jana baje?

—¿Me vas a ofrecer su vida para salvar la de su hijo? Eso no tiene sentido.

—Una pregunta. Cuando tengas mi vida, ¿dejarás que ella se marche sin más?

—Un atisbo de inteligencia al fin. ¿Crees que de verdad la dejaría vivir su vida? ¿Crees que ella no haría lo que fuera por recuperar a su hijo? Volvería a ser lo que es: una puta.

—Llama a tus esbirros. Me gustaría ver como Jana habla con su hijo, antes de… bueno ya sabes —sonrió Jukka señalando el mar que se divisaba abajo.

—Una tontería más del héroe idiota —rezongó Helena. Cogió su móvil y marcó un número. Esperó. Esperó. Miró extrañada.

—¿No contestan?

—Estarán… no sé… siempre lo cogen cuando llamo —dijo confusa.

—Vas a tener que despedirlos —dijo él en tono sarcástico.

—No me faltan empleados —replicó Helena con desdén.

—Jana, ¿podrías enseñarle lo que he recibido? —dijo Jukka.

Jana se acercó con temor y le enseñó la foto en la pantalla del móvil. Helena se quedó perpleja. Intentó hablar, pero apenas si pudo balbucear algo. Miró a Jukka sin comprender cómo es que aparecía Dušan con otras personas que no eran sus hombres.

—¿Quiénes son esos de la foto? —preguntó extrañada.

—Helena —dijo Jukka que estaba frente a ella con las manos en los bolsillos—, vamos a arreglarlo. Según tus términos. Una vida por una vida. Está claro que mientras tú estés aquí, ni Jana ni su hijo podrán vivir en paz.

De repente sacó las manos de los bolsillos y corrió hacia ella. La arrolló y la arrastró en un abrazo ante la sorpresa de Helena. Casi al instante el suelo desapareció bajo sus pies y se inició la caída. Jukka tuvo tiempo de escuchar el grito de Jana que se había asomado al abismo. Arrodillada, viendo como caía, solo pudo desgarrar su garganta con un grito que se convirtió en llanto.

—¡Jukka! ¡Jukka! ¡No!

Al empezar a caer soltó el cuerpo de Helena, que fue a dar contra la pared del peñón. Le pareció ver como impactaba contra algunas rocas antes de salir rebotado hacia el abismo. Vio sangre, un chorro de sangre. Luego, él mismo emprendió una vertiginosa caída. Apretaba sus puños. En una de sus manos agarraba con fuerza un papel. Sintió la brisa de levante, el aroma del salitre, la cálida luz del sol, el graznido de las gaviotas. Finalmente miró hacia el horizonte. Una línea azul. Un último pensamiento «Tan bello y tan vacío». Luego no sintió dolor. Paz. Una absoluta sensación de paz. Todo dejó de ser.

28

Jana estaba en el bar. Con gesto seguro manejaba la máquina del café y preparaba las dos tazas de café con leche que le habían pedido. Era verano. Hacía calor y la terraza estaba llena de gente. Hacía aproximadamente un año que tenía a su cargo el bar.

Los días que siguieron a la muerte de Jukka fueron muy estresantes para Jana. Pero para su sorpresa contó desde el primer momento con una ayuda inesperada. Diego Celdrán se presentó rápidamente en comisaría, a donde la había llevado para declarar por lo sucedido, para asesorarla en todo lo que hiciera falta. Era una de las cuestiones que había acordado con Jukka. La investigación, por otro lado, se cerró en pocos días. El inspector responsable de la misma reconoció a Jana. Era un asiduo a los locales de Helena y sabía que, si empezaba a indagar tratando de esclarecer todo lo que había ocurrido, tanto su carrera como su prestigio, sin olvidar su matrimonio, podrían desaparecer en cuestión de segundos si Jana daba demasiadas respuestas. El caso se cerró bajo la etiqueta de violencia de género. El hecho sirvió también para que las autoridades se decidieran a clausurar el acceso a la cima del peñón.

Jana pudo reunirse en pocos días con Dušan. Mara lo había cuidado muy bien y estaba mucho más presentable que el día que David y Agnes lo llevaron a la casa de Anselm y Fernando. El niño sonreía a cada momento y al ver a su madre, estalló en una alegre carcajada al mismo tiempo que gritaba “mami, mami”. Jana no acababa de entender porque esos desconocidos la estaban ayudando. Permaneció en casa de Anselm y Fernando un par de días más y luego, David y Agnes la llevaron al piso de Jukka. Fue un momento tenso y emotivo.

Antes de dejarla sola, David Freedman le dio a Jana una caja que Jukka había preparado para ella. Escrito a mano en letras mayúsculas se podía leer: “Para Jana. Con todo mi amor”. En un primer momento no pudo abrirla. Estaba demasiado contenta por recuperar a Dušan y demasiado triste por haber perdido a Jukka.

Pero al cabo de una semana empezó a recuperar el ánimo y abrió la caja. Vació el contenido sobre la mesa. Sintió que su corazón daba un vuelco.

Sobre la mesa cayó un paquete envuelto en papel de estraza, al abrirlo había un fajo de billetes. Jana no pudo dejar de emitir un grito de sorpresa. En billetes de cien contó un total de veinte mil euros. Era parte del dinero que Jukka tenía ahorrado y que sacó aquel día del banco. Ahora era de ella. También estaban en un mismo llavero las llaves de su coche y las de su piso. Encontró una nota en la que le informaba que en breve recibiría de parte de su abogado todo el papeleo de traspaso ya que había puesto todo a su nombre y al de su hijo. También encontró un albarán de unos muebles infantiles que había comprado y que estaban pendientes de entregar, tan solo cuando ella llamara los llevarían.

En la caja encontró un documento. Era un contrato de alquiler de un local comercial por un periodo de veinte años y con una renta mensual de cien euros. Algo irrisorio, desde luego. El local era propiedad de Antonio Roca. El contrato estaba firmado por David Freedman en representación de Jana y por Diego Celdrán. Encontró también un paquete cuidadosamente envuelto y en el que había escrito “Para entregar a Laura Martínez” así como el número de teléfono de contacto.

Por último, había una carta. Escueta. Con las palabras justas y necesarias. Directa. Como había sido Jukka en el pasado. Jana la leyó.

Cuando terminó de leer, cuando vio todo lo que tenía delante, lo imprescindible para un nuevo comienzo, se derrumbó. Lloró amargamente como nunca lo había hecho. Al terminar se sintió liberada. Encontró las fuerzas necesarias para empezar de nuevo. De modo que empleó parte del dinero que Jukka le dio y solicitó un crédito para equipar el bar. Si bien los tiempos que corrían no eran muy favorables, le fue concedido por tener en propiedad un piso. Al bar lo llamó “Ifach”, un nombre, que, a pesar de todo, siempre le recodaría a Jukka. El bar estaba situado en un sitio estratégico. Junto a un supermercado, un Super Plus y varias tiendas. Cada día se llenaba, incluso en invierno, que descendía la población en la zona, había momentos que no daba abasto. Le iba tan bien que incluso pudo contratar a una camarera que la ayudaba atendiendo en la barra y en la terraza. Se había convertido en un lugar conocido y frecuentado por clientes habituales que al terminar la jornada o para almorzar, iban “al bar de la checa”, como familiarmente se empezaba a conocer.

Aquel día, mientras Dušan pintaba un paisaje marino en el que los peces parecían volar más que nadar, llegó una mujer joven al bar. De apenas unos treinta años. Iba muy arreglada. Un vestido estampado de buena marca. Igual que los complementos. Jana se dio cuenta de que debía de tratarse de alguien de clase acomodada. Por un momento sintió un escalofrío, sobre todo porque se dio cuenta de que no dejaba de mirarla. La recién llegada se acercó a la barra y se sentó en un taburete. Jana se acercó para preguntarle que deseaba tomar, pero la desconocida habló directamente.

—¿Jana Navratilova?

—Sí, soy yo —respondió con un temor que iba en aumento.

—Soy Sandra Melero. Venía a hablar contigo. Bueno, quería hablar con Jukka, pero ya sé que no va a ser posible.

—El murió, hace más de un año.

—Lo sé. También me he enterado que tú eras su novia —Sandra detectó una mirada de desconfianza en Jana—. No te preocupes. Me lo ha contado un amigo que tenéis… —hizo una pausa sin concluir la frase ya que se dio cuenta de que Jukka no seguía vivo—. Quiero decir: David Freedman.

Jana respiró aliviada.

—He pasado mucho tiempo intentando encontrarlo. Quería contarle algo que seguro le hubiera hecho feliz. Si no te importa te lo cuento a ti.

—Claro, sin problema. Pero me dejas que te invite a algo ¿vale?

—Vale. Un té frio estará bien —dijo sonriendo Sandra—.

Jana le indicó a la chica que la ayudaba que se iba a sentar con Sandra en una esquina del bar, un sitio fresco cerca del aire acondicionado.

—Hace años —comenzó Sandra—, Jukka y mi hermana, Lorena, tuvieron una relación muy especial. Más bien una relación que nunca llegó a existir. Los dos se querían, pero nunca se decidieron, no se dieron la oportunidad de expresar libremente sus sentimientos. Un día ocurrió una desgracia. Mi hermana sufrió un accidente. La atropellaron. Tuvo una agonía larga. Solo yo supe lo que sufría al saber que se moría, nadie más. El accidente la destrozó por dentro. Pero aguantó varios días. No por los medicamentos, ni las operaciones. Los médicos sabían que no había solución y apenas le dieron unas horas de vida. La voluntad es lo que la mantuvo viva. La voluntad por ver a Jukka y decirle finalmente lo que sentía. Recuerdo que nuestros padres no estaban de acuerdo. Pero logré convencerlos. Logré localizarlo justo una semana después del accidente y él vino a verla. ¿Sabes que mi hermana murió en sus

brazos? Creo que soy la única de toda la familia que sabe apreciar la grandeza de ese momento.

—Jukka me contó algo —terció Jana—. Creo que cuando lo conocí en el fondo seguía sintiendo algo por tu hermana.

—Le afectó mucho. No volví a saber de él por más que intenté localizarlo. Dejó su trabajo y desapareció. ¿Sabes? Recuerdo que mi hermana, a veces, volvía entusiasmada a casa. Cuando había tenido clase con él venía transformada. Aprendió cosas muy interesantes. Por lo que sé, era muy heterodoxo como profesor. Si algo repetía mi hermana es que Jukka la animaba a ella, y a los otros estudiantes, a seguir adelante. A confiar en sus ideas, en sus proyectos, en sus ambiciones. A mi hermana le ayudó mucho esa idea. La animó a que siempre siguiera adelante y afrontara todos los retos y dificultades. Voluntad de poder.

—Cuando yo lo conocí no era así —comentó Jana entristecida—. Me hubiera gustado conocerlo en esa época que comentas.

—Por lo que sé, tú lograste hacerlo vivir de nuevo… —Sandra interrumpió la frase—. Perdón… no quería decir exactamente eso.

—Sé lo que quieres decir. En el fondo tienes razón. A veces para vivir hay que morir —se hizo el silencio entre las dos. A continuación, Jana preguntó—. ¿Qué pasó después?

—Cuando murió mi hermana y pasó el tiempo comencé a darle vueltas al tema. Recuerdo que las últimas palabras que escuché de Jukka fueron que buscara. Yo sospechaba que no había sido un accidente. No lo tenía muy claro, pero intuía que era algo más siniestro. Empecé a investigar por mi cuenta. Conseguí en primer lugar una grabación de la cámara de seguridad de un banco que estaba enfrente. ¿Cómo lo conseguí? Mi novio, ahora mi marido, es abogado y Guardia Civil. En aquella época estaban investigando al director de la sucursal, por fraude. De modo que cuando consiguieron las imágenes de las cámaras de seguridad le pedí que revisara las del día del accidente. Se la jugó ya que me hizo una copia y las vi una y mil veces en casa.

—Entiendo.

—En las imágenes se veía el accidente. Se apreciaba como mi hermana apenas había comenzado a cruzar la calle, como se detenía asustada e intentaba dar un paso atrás para volver a subir a la acera y como el coche que la arrolló casi rozaba el bordillo al atropellarla. Iba a por ella. No se veía bien la matrícula, tan solo se podía apreciar las tres letras de la matrícula: CDL; y que era un coche oscuro. Por más que se buscó el coche no apareció.

—Entonces no podías demostrar nada.

—Lo peor fue un día mientras ponía orden en las cosas de mi hermana. Encontré el resultado de unos análisis que le habían hecho en Alicante. Estaban entre sus ropas del accidente. Nadie los había visto. Mi hermana estaba embarazada de cuatro semanas cuando pasó lo del accidente. Y durante todo ese tiempo quien no mostró la más mínima preocupación fue el novio.

—A lo mejor no sabía nada —dijo Jana.

—Mi hermana lo quería. Quería establecerse en serio con él. Formar una familia. Es algo que me había comentado. También que temía que su novio la estuviera engañando con otra. Así que empecé a investigarlo.

—¿A investigarlo?

—Sí. Dejé mis estudios. Hice creer a todos que pasaba por una depresión. Pero día y noche lo seguía. Estudiaba todos sus movimientos. Con quién hablaba, dónde iba, qué sitios frecuentaba. Todo. Yo iba haciendo fotos de todo. Hasta que un día lo seguí hasta un descampado. Estaba muy alejado de la ciudad, se acercó a unos arbustos. Aunque escondí detrás de unos arbustos estaba muy nerviosa. Lo vi agachándose y excavando con algo en el suelo. Luego sacó algo de una mochila y lo enterró. Hice fotos de todos sus movimientos. Cuando se fue esperé un buen rato. No quería que volviera y me sorprendiera allí. Si como sospechaba había matado a mi hermana no dudaría en hacer lo mismo conmigo.

—¿Qué encontraste? —preguntó Jana con curiosidad.

—Encontré una matrícula: 0614CDL. En ese momento no puedes imaginar lo que sentí. Alegría por haber descubierto lo que sospechaba. Pero rabia y odio. Quería vengarme. Quería hacerlo sufrir. Pero no sé por qué me acordé de Jukka. Me dijo que fuera justa. Vaya tontería ¿no? Justa. Pero le hice caso. Saqué una foto y luego dejé todo como estaba. Fui a ver a mi novio, le conté todo y me ayudó a que se iniciara la investigación. Obviamente hubo que apañar el detalle de cómo había encontrado yo la matrícula. No sé por qué, pero el muy canalla había guardado la matrícula. Mi novio decía que, porque es algo que suelen hacer los asesinos, guardar un trofeo, aunque sea de manera inconsciente.

—¿Y al final? ¿Qué pasó después?

—Mira, no te voy a entretener. Hubo que armar muy bien el caso. Las pruebas no parecían muy sólidas al principio. Fue complicado, la defensa insistía en homicidio involuntario esgrimiendo que se trataba de un atropello. Pero al final lo conseguimos. Sentencia por asesinato y veinticinco años de prisión. Hace un mes la sentencia ya se hizo firme. Espero que en la cárcel

sufra parte de lo que sufrió mi hermana. No va a ser lo mismo, pero es lo que se merece.

Se quedaron de nuevo en silencio. Jana miró a Sandra y asintió con la cabeza.

—A Jukka le hubiera gustado saberlo. Te aseguro que te hubiera ayudado de saber que estabas investigando como murió tu hermana.

—Tenía que contártelo. Sobre todo, después de que Freedman me informara de lo que hizo por ti. Has tenido mucha suerte al poder contar con Jukka. Te ayudó. Se ayudó a sí mismo y ayudó a mi hermana.

A Jana se le humedecieron los ojos. A Sandra también y dejó de hablar. Se hizo un incómodo silencio roto por el ruido de la calle, los clientes, el tintineo de los vasos y algunas carcajadas que llegaban de fuera. En ese momento se oyó el llanto de un niño. Dušan, que había estado todo el rato pintando en la mesa miró a su madre y luego en dirección a la barra. Jana se levantó y se acercó. Detrás de la barra, en una esquina protegida del calor y del ruido, había un cochecito de bebé. Jana cogió al niño en brazos al tiempo que le indicaba a Dušan que le alcanzara un poco de agua. El niño tenía el pelo como su madre, rubio. Los ojos también eran como los de ella, oscuros y muy vivos.

—Sssssshhh, ssshh —decía Jana con suavidad— Aquí está mamá. No tengas miedo pequeñín. Sssshh.

—¡Qué guapo! —dijo Sandra acercándose.

El niño estaba más tranquilo y sonreía. Miraba a su alrededor con sus enormes ojos marrones. Parecía querer absorber todas las sensaciones sonoras y visuales que le llegaban. Cuando Sandra le alargó la mano, él le cogió un dedo y sonrió.

En la radio sonaba la voz de Tony Kakko, en una versión acústica de una de sus canciones más famosas, lo que parecía hacer sonreír al niño. Jana susurraba la letra de la canción ante la mirada risueña de su hijo.

“Mamas do your children still sleep,
in the safe of their cradles so sweet.
Story I told you I have forseen,
your little angel ain´t always so clean.
days to come aren´t easy to see,
you can change ´em but it isn´t free”.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sandra.

—Jukka —respondió Jana.
Jana y Sandra se miraron y sonrieron.

CRÉDITOS DE LAS CANCIONES:

Jones, Stan: “Ghost riders in the sky”, por The Outlaws, Ghost Riders, Arista, 1980. LP.

Conte, Paolo – Michele, Vito: “Azzurro”, por Gabry Conte, 2010. Remix.

Vartianinen, Jenni – Immonen, Jukka: “En haluu kuolla tänä yönä”, por Jenni Vartianinen, Seili, Warner Music Finland, 2011. CD.

Pohl, Chris – Goldmann, Ulrike: “Über den Horizont”, por Blutengel, Tränenherz, Out of line, 2011. CD.

Costureras, Andrés: “There will be blood”, por Svet von Bathory, Log Lady Records, 2015. iTunes.

Goi, Dero – Crap, Andreas – Flux, Robert: “Du lügst” por Oomph!, Sandmann, Gun Records, 2009. CD.

Kakko, Tony: “Mary Lou”, por Sonata Arctica, Ecliptica, Spine Farm, 1999. CD.